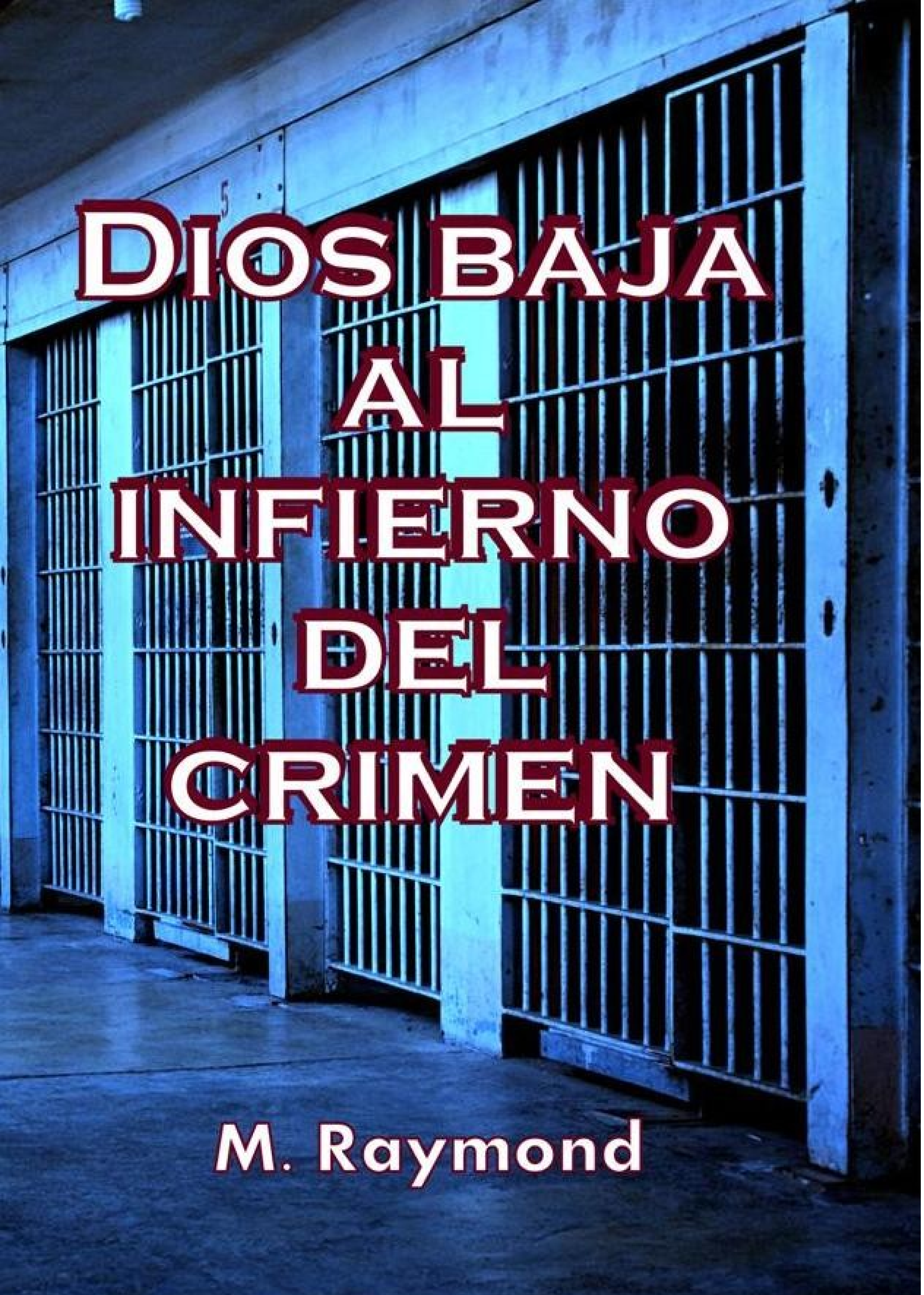

DIOS BAJA
AL
INFIERNO
DEL
CRIMEN
M. Raymond

M. Raymond, O. C. S. O.

Dios baja al infierno del crimen

Versión española de
FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL

1963

Nihil obstat:
Fr. Maurice Mulloy, O. C. S. O.
Fr. Paul Bourne O. C. S. O.

Imprimi potest:
Rt. Rev. Dominique Noguer O. C. S. O.
Abbas Generalis.

Nihil obstat:
Dr. Salvador Malo
Censor.

Imprimatur:
† José María, Ob. Aux, y Vic. Gral.

Título del original norteamericano:
GOD GOES TO MURDERER'S ROW

1963

Queremos expresar aquí nuestra gratitud a los editores de «The Christian Century» por habernos permitido utilizar el poema *Sobre una colina,* de Miriam Crouse.

A LA SEÑORA LEONA PENNEY Y «TOMMIE».
POR SU LEALTAD Y AMOR;
A LAS HERMANAS DE NAZARET,
POR SU CARIDAD;
A LAS MAGDALENAS DE DETROIT,
POR SU FRATERNIDAD;
y
AL PADRE JORGE T. DONNELLY
POR SU CRISTIANISMO

ÍNDICE

PÓRTICO DEL TRADUCTOR

Desde hace mucho tiempo era vehemente deseo de Ediciones Stvdivm —consagrada a proporcionar a una extensa masa de lectores de España y de América española las mejores obras del pensamiento católico contemporáneo— obtener los derechos de traducción y edición en nuestra Patria de algún libro del famoso trapense norteamericano Reverendo Padre Raymond, cuya vigorosa personalidad de escritor católico—poco conocida en España—ha penetrado a través de sus numerosas producciones en millares de hogares de América y Europa.

Nada menos que tres largos años de tenaces esfuerzos realizados por esta Editorial ha costado conseguir la realización de ese vivo deseo. Durante ellos, una insistencia machacona con amistades, corresponsales y conocidos en Norteamérica, España, e incluso Roma, ha venido actuando a modo de ariete contra la impenetrable muralla de silencio con que el Padre Raymond envuelve celosamente su absoluto retiro en la vieja Abadía trapense de Getsemaní, en Nelson County, Estado de Kentucky (Estados Unidos), fundada en 1848, y en la que más de un centenar de monjes, bajo la dirección de su Abad, llevan diariamente a la práctica la austera sencillez y las piadosas tradiciones de la hermosa y severa Regla dictada por San Benito hace quince siglos, seguida en todos los monasterios cistercienses durante la Edad Media, y restaurada en el siglo XVII en Francia por el Padre De Rancé.

Esos esfuerzos de Ediciones Stvdivm tuvieron so recompensa hace pocos meses al llegar a Madrid una carta del Padre Raymond, escrita a máquina y firmada con bolígrafo—no hay que olvidar que la vieja Abadía de Getsemaní está en la moderna Norteamérica—, encabezada con un Ave María y una Cruz, igualmente mecanografiada y así trazada:

L
G O D
V
E

en la que el Padre Raymond, después de decir Dios ha premiado la

constancia de ustedes, anunciaba el envío del original de su último libro titulado *God Goes the Murderer's Row*, que llegó algunos días más tarde, acompañado de la autorización para su traducción y publicación en España.

Según noticias posteriores del editor norteamericano, se han vendido en poco menos de un año ochocientos mil ejemplares de este libro, cifra pasmosa que indica por sí sola el éxito sensacional de la obra en los Estados Unidos. La razón de tal éxito —que supera los anteriormente obtenidos por su autor con *Tres monjes rebeldes*, *La familia que alcanzó a Cristo*, *El hombre que se entendió con Dios*, etc.— estriba en la sencillez, la emoción y la veracidad que destilan sus páginas bellísimas, profundamente norteamericanas, pero impregnadas de un hondo sentido católico universal.

Los libros del Padre Raymond marcan huellas indelebles, tanto en el corazón de los creyentes como en el de los descreídos. Millares de estos últimos han sentido la llamada de la Gracia Divina y percibido con toda claridad la áurea voz de Jesucristo al meditar sobre las páginas del trapense norteamericano que, aislado del bullicio y dinamismo de su país en su silenciosa celda de la Abadía de Getsemaní, alternan sus sacrificios y plegarias con la tarea apostólica de difundir la palabra de Cristo entre una Humanidad que tantas veces parece sorda y obstinada en no escucharla. Pero que no cabe duda de que al fin la escucha, como lo prueba ese constante y prodigioso aumento de lectores y entusiastas del Padre Raymond.

El libro *Dios baja al infierno del crimen*, cuya versión española me encomendó Ediciones Stvdivm —otorgándome una confianza a la que he tratado de corresponder aplazando otros trabajos y poniendo en el arduo empeño todo mi leal saber y entender para comunicar al lector español la tierna y objetiva naturalidad can que el original relata un conmovedor episodio humano—, es, a mi juicio, uno de los más bellos y significativos que se hayan escrito en lo que va de siglo.

Dios baja al infierno del crimen es uno de esos libros —rarísimos— que reconcilian plenamente al hombre con la Humanidad y elevan su pensamiento a las más altas cimas del milagro y la Bondad Infinita de Nuestro Creador. Cuando toda una literatura y un cinematógrafo tremendista, e incluso las mismas artes plásticas envenenadas de esnobismos, se dedican a la descripción, la copia y la exaltación de lo feo, lo sucio, lo maloliente de la grey humana, prefiriendo la carroña a la rosa; cuando toda una manera de entender la vida —la existencia, como ahora se dice— desdeña las virtudes y se goza en la apología de las taras, los complejos, los

vicios y los malos instintos —que con tanta frecuencia sirven para el triunfo social—, como si lo noble, lo bueno y lo bello no existiera realmente; cuando el egoísmo, la pereza, la envidia, la indiferencia y el olvido de los valores eternos de que es portador cada individuo transforman la convivencia humana en una lucha feroz de pasiones, rencores, ambiciones y odios; cuando el ateísmo intenta contemporizar plácidamente con el Catolicismo en tácitos contubernios siniestros, y los propios católicos aceptan consciente o inconscientemente toda clase de sugestiones del enemigo, resulta gratísimo y confortador saber que aún permanecen intactas en algunas almas las fuentes del amor, la caridad, la dulzura y la fe que hacen posibles milagros como el de la conversión y redención del gánster Tom Penney. Y, sobre todo, que permanecen intactas en los Estados Unidos, ese país gigantesco, trepidante y poderoso en el que el mundo tiene puesta su mirada esperanzada en estos momentos de angustioso futuro.

Si los Estados Unidos fuesen únicamente como creen muchos que no han leído los libros del Padre Raymond y sí los de algunos de sus famosos novelistas o reporteros; si América fuese sólo la que vemos en las películas o los melodramones de suburbio con pretensiones de tragedia shakespeariana; si en América sólo existieran Broadway y Hollywood, Wall Street y *trusts* financieros, superfortalezas volantes, acorazados y bombas de hidrógeno; es decir, si América fuese únicamente una irresistible fuerza material que oponer al materialismo triunfante sobre los despojos de la vieja Europa asesinada, esa esperanzada mirada del mundo sería desesperantemente inútil.

Pero, por fortuna, no es así. No todo en Norteamérica son grandes hombres de negocios, diestros obreros más o menos stajanovizados, estrellas del cinema coleccionistas de escándalos y divorcios, bárbaros gánsteres sin piedad ni arrepentimiento, cínicos políticos corrompidos y corruptores, intelectuales comunistoides y frívolos millonarios. El Padre Raymond —que ya en el prólogo de *El hombre que se entendió con Dios* defendió a su país y a sus compatriotas de las acusaciones de muchos europeos que han logrado crear en los americanos un complejo de inferioridad que les hacía creerse destinados desde su nacimiento en esta tierra de materialismo y de actividad excesiva, a llegar tan sólo a una mediocridad espiritual—, vuelve a demostrar al mundo desde las páginas de *Dios baja al infierno del crimen* que semejantes acusaciones son inciertas, puesto que existe en Norteamérica un inflamado espíritu católico capaz de ponerse de manifiesto en cuanto llega la ocasión. La mentalidad norteamericana que los sabihondos europeos menosprecian muchas veces con el calificativo de infantil, posee

precisamente las más admirables condiciones de la infancia: alegría, sinceridad, valor, optimismo y pasión, mucho más valiosas que la ñoñez, la hipocresía, la prudencia, el pesimismo y la frialdad habituales en tanto exquisito espíritu europeo. La mentalidad norteamericana es capaz en estos tiempos de proporcionar a Dios —que ama sobre todas las cosas a la infancia— la suma de instrumentos necesarios para llevar a cabo la conversión total y la muerte ejemplar del pistolero Tom Penney, condenado a la silla eléctrica por formar parte activa de una banda de atracadores, como cualquier pistolero español, sin que la gran prensa de su país prodigara esos aspavientos de horror que, por lo visto, reserva para cuando los criminales han nacido en España y cursado sus estudios profesionales en las academias de delincuencia instaladas en el Mediodía de la Dulce Francia. Sólo la mentalidad americana es capaz de ofrecer al mundo un inspector Austin Price, preocupado de que muera con absoluta dignidad el criminal que ha vivido indignamente, y al cual han dado caza sus sabuesos; sólo la mentalidad americana es capaz de hacer que un jefe de Policía invite a un niño y a dos Hermanas de la Caridad a visitar en la cárcel a un reo de asesinato; sólo la mentalidad americana es capaz de todo lo demás que el Padre Raymond nos refiere en sus páginas admirables.

Ahora bien: a nosotros —europeos y católicos— nos gustaría que esa mentalidad infantil de Austin Price, de Sor María Lorenza y Sor Ana Roberta, del alcaide Buchanam, de los padres Donnelly, Eugenio y Brian; de las monjitas de clausura del convento del Buen Pastor, de Detroit; de los redactores del *Register*, de Denver; de los criminales Penney, Elliot, Trent — ¡esa armónica de Trent tocando un himno sacro en el momento supremo! —, Baxter y los hermanos Doughberty y de los cientos de amigos desconocidos que aliviaron con cartas, libros, medallas, escapularios, dinero y cigarrillos los diecisiete meses de cautiverio de Tom Penney transcurridos entre el crimen del Club de Campo de Lexington y el *asiento caliente* del penal de Eddyville, y que, tras de rezar por él en vida, le dijeron cientos de misas después de muerto, se diera también en esta vieja Europa, tan madura y tan egoísta, en donde con una regresión feroz a la barbarie primitiva parece tolerarse el delito y odiar al delincuente, tal vez por pensar, más que en la caridad cristiana, en la defensa de una sociedad que no tiene demasiado que defender. Nos gustaría que la crónica negra y el cotilleo que en tantas páginas de la prensa europea y en tantas tertulias de salón, café o taberna se regodea en lo morboso, se suavizara, y, desdeñando los detalles repugnantes o macabros, buscara la presencia de Dios, incluso en el infierno del crimen. Quisiéramos que, como ha dicho en otro lugar el Padre

Raymond, nada nos separara de la caridad de Cristo, tan distinta, por lo general, del concepto que de ella tienen muchos que se creen caritativos. Cualquier alma humana creada por el Señor tiene un punto sensible a la luz de la Divinidad. El más empedernido de los delincuentes, rozado por la varita mágica del amor, la tolerancia y la piedad cristianas, puede convertirse y llegar a la santidad. El ejemplo de Tom Penney, referido en este soberbio libro del Padre Raymond, podría repetirse una y mil veces si la palabra de Dios se transmitiese al oído de los pecadores, por quienes la lleven grabada a fuego en el fondo de sus corazones, como ese puñado de sacerdotes, monjas y seglares norteamericanos que el autor de *Dios baja al infierno del crimen* nos presenta con el arte sutilísimo de un gran novelista, la delicadeza de un poeta, la autenticidad de un reportero genial y la fiebre de un místico.

Estoy seguro de que el lector —que habrá olvidado cientos de nombres de personajes de otras tantas novelas, dramas y películas leídas o vistas en su vida— jamás olvidará los de Tom y Leona Penney, los de las Hermanas de la Caridad del Hospital de San José de Nazaret, de Lexington (Kentucky) y el de ese sacerdote rubio, alegre, infatigable, que es el Padre Jorge Donnelly, a todos los cuales quisiéramos encontrar algún día en la tierra o en el Cielo.

Y también lo estamos que, de aquí en adelante, colocará los libros del Padre Raymond en el estante de los autores predilectos, muy cerca de los de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Fray Tomás de Kempis.

F. X. S.

PRÓLOGO

JUSTIFICACIÓN DEL AUTOR

Lo imposible ha sucedido: he llegado a ser lo que siempre desprecié… y exalto la actualidad. Yo, que he detestado toda la vida la literatura de fantasmas, escribo ahora acerca de un *fantasma* en el sentido estricto de esta palabra en relación con la literatura, pues el hombre de quien me propongo hablar exhaló su último suspiro en Eddyville, Kentucky, exactamente a la una y veintidós minutos de mañana del 26 de febrero de 1943, sobre la silla eléctrica de la prisión del Estado de Kentucky.

Aquel día, muchos periódicos de los Estados Unidos, y todos los del Estado de Kentucky, cometieron una grave equivocación al decir que Tom Penney, asesino convicto de Marion Miley y de su anciana madre, había pagado con su vida tal crimen, cometido el 28 de septiembre de 1941. Semejante afirmaron distaba mucho de la verdad, pues el hombre que se sentó en la silla eléctrica aquella glacial mañana de febrero no era Tom Penney, el asesino.

No trato de alarmar a nadie. Intento, sencillamente, establecer los hechos. Tom Penney, el asesino, había muerto catorce meses antes en la tarde del domingo 21 de diciembre de 1941, en la cárcel del Condado de Fayette, en Lexington, Kentucky, y allí había sido enterrado. Digo esto, porque el cuerpo al que el verdugo hizo llegar cuatro violentísimas descargas eléctricas el 26 de febrero de 1943 pertenecía a un hombre totalmente distinto del bandido Tom Penney, que, con Bob Anderson, había entrado en la madrugada del último domingo de septiembre de 1941 en el Club de Campo, de Lexington, del que salieron con las pistolas casi descargadas y un mísero botín de 130 dólares en sus bolsillos, después de matar a una mujer y herir gravemente a otra

Decir a quién se aplicó la máxima pena del Estado en aquella mañana de febrero es una de las causas por las que escribo este reportaje. Aunque sólo esta revelación sería motivo suficiente para saltar de alegría, para cambiar de parecer y hasta para quebrantar el silencio trapense. Tom

Penney, el asesino, había dicho una vez que para él *Dios era tan sólo una palabra compuesta de cuatro letras que para nada afectaban a su vida, como si fueran sencillamente la* v*, la* x*, la* y *y la* z. Pero el hombre que entró en la Cámara de la Muerte de Eddyville acompañado del grueso alcaide de la prisión, Jess Buchanam, había escrito pocos días antes: *Para mí, la paz sólo está en Dios y con Dios. Hasta que no esté con El, con su Madre y con sus Santos, seré un miserable*. El hombre que ataron con las correas a la silla eléctrica aquella mañana de febrero había dicho repetidas veces: *Yo sé bien que la muerte es el único camino hacia Dios, y siento la impaciencia de encontrar mi camino*.

Además de hablar de un hombre que ansiaba la muerte, quiero contar aquí la milagrosa historia de su segundo nacimiento, empleando en gran parte sus propias palabras. Palabras que tengo ante mí en doscientas veintiuna cartas, dos poemas, dos tercios de una autobiografía y un testamento autógrafo. De las cartas, casi cincuenta fueron escritas en aquellos catorce meses transcurridos entre el día en que el asesino Tom Penney *Murió* y la sombría madrugada en que cuatro fuertes descargas cortaron la vida del cuerpo del hombre sentado en la silla eléctrica de Eddyville. Aunque todas ellas llevan la firma de Tom Penney, espero que el lector decida si una sola de sus líneas fue escrita por Tom Penney el criminal.

Este, pues, es el profundo sentido de mi reportaje. Lo escribo no sólo para referir la grandeza del alma de aquel que murió en la silla eléctrica, sino para demostrar al lector que su propia alma, como las de todos los seres humanos, tiene un altísimo valor. He considerado necesario escribir este libro del mundo de nuestros días, porque aun cuando sobre todos mis libros pesen testimonios irrecusables de la gracia de Dios, la mayar parte de ellos son más o menos eruditos: biografías, autobiografías, artículos para revistas y expertas glosas relatando brillantemente la conversión de algún personaje. En ellos he recorrido toda la gama: desde las *Confesiones* de San Agustín y la *Apología* del Cardenal Newman hasta el *Ahora veo* de Arnold Lunn y *La montaña de los siete círculos* de Thomas Merton. Pero aunque esos testimonios sean maravillosos, pueden llevarnos a olvidar que cada alma es tan infinitamente preciosa para Nuestro Señor Todopoderoso, que El no ahorrará esfuerzos para salvar al más insignificante o al peor de todos nosotros, haciéndonos llegar hasta las puertas de la muerte, para tendernos en ella Su mano y librarnos del infierno. Pero para que esta ayuda de Dios sea eficaz, debemos fijarnos en la conducta del hombre de Eddyville.

Este libro, pues, está escrito para aquellos que desean la revelación de

las verdades más hondas del alma y de las almas sumergidas en la Verdad. Quienes busquen otra cosa, harán bien en no leerlo y dedicarse a las historietas cómicas y los crucigramas de los suplementos dominicales de los periódicos.

Puesto que mi libro es una revelación de Dios, permítaseme hacer como nuestro Padre San Bernardo, quien recordaba siempre cómo en la tarde del Viernes que ahora llamamos Santo, un hombre —sólo uno— se salvó en lo alto del Calvario. Uno —decía—, así que ninguno de nosotros debe nunca perder la esperanza; uno solamente, que podíamos haber sido uno cualquiera de nosotros. Este milagro del Calvario se repitió en Eddyville la noche a la que me refiero. Murieron tres hombres, pero sólo uno de ellos... Dejo que Miriam Crouse hable por mí en sus versos:

Tres hombres compartieron la muerte sobre una colina,
pero solamente murió uno.
Los otros dos
—un ladrón y el propio Dios
se habían encontrado.
Tres cruces inmóviles
había clavadas en el Calvario
donde los delincuentes eras condenados.
Sobre una de ellas, un hombre roto, tronchado,
moría maldiciendo.
De otra colgaba un ladrón implorante,
que, como los penitentes arrepentidos,
encontraba a Cristo
próximo a él sobre el patíbulo.

Tres hombres compartieron la muerte en Eddyville, pero uno solamente... Bueno, permítaseme empezar la historia de la salvación de su alma donde comienza la historia de la salvación de todas las almas, incluso la de la Madre de Dios: en Getsemaní:

Es del Getsemaní de América y no del de Palestina del que hablo. Pero ambos están tan estrechamente unidos en el Tiempo y para la Eternidad, que el hombre vacilante entre dos caminos aquella tarde de octubre de 1941 podía muy bien haber sido lo mismo el Padre Jorge Donnelly, el apóstol San

Juan o uno de sus sucesores del siglo XX. Estaba a punto de tomar la decisión de volver por Covington, y, sin embargo, por una razón inexplicable, casi una extravagancia, decidió regresar a su casa pasando por Lexington. Esta decisión fue la que mató a Tom Penney el asesino y condujo a la silla eléctrica en Eddyville a otro hombre distinto. El que el Padre Jorge tomara aquella dirección era, sin duda, la voluntad de Dios. Si es verdad que las manos del Padre Jorge empuñaban el volante y su pie apretaba el acelerador, todavía es más verdad que quien realmente conducía su coche aquella tarde era Jesucristo.

Mientras el sacerdote corría a través de la tarde de octubre, se sentía envuelto en una sensación de paz y de bienestar. Su breve retiro entre los muros grises de esa Ciudad de Dios que es el Convento de Getsemaní, le había tenido apartado de las fuentes de belleza que ahora volvía a ver a su alrededor. Su cigarro ardía perfectamente; el motor ronroneaba devorando las millas; nada puede extrañar que se sintiera satisfecho al considerar que la vida es bella. Los árboles, a un lado y a otro del camino, estaban pletóricos de color; el cielo y la tierra, recién lavados por la lluvia del día anterior, y el grato aroma del otoño embalsamaba el aire. El Padre Jorge conducía su coche, sin imaginar, ni por lo más remoto, que muy pronto iba a encabezar el reparto de un drama, que terminaría, no en la sombría cámara de la muerte en la prisión del Estado de Kentucky, sino en la antecámara del Cielo, deslumbrante de vivísima luz.

¡Qué hondo misterio!... Pero en la vida humana todo es profundamente misterioso. Mientras el Padre Jorge atravesaba la campiña fragante del otoño, hacia Lexington, el jefe de Policía de esta ciudad, Austin Price, y Guy Maupin, jefe del departamento de Identificación, trataban de esclarecer otro misterio: el de Tom Penney el asesino.

CAPÍTULO I

EL DESASOSIEGO DE AUSTIN PRICE

Guy Maupin salió apresuradamente de la cárcel del Condado, de Fayette y echó a andar ligero por Short Street. En unas cuantas zancadas llegó al Cuartel General de Policía de la ciudad. Empujó la puerta, atravesó el pasillo y, sin llamar, entró en el despacho del jefe. Austin Price estaba leyendo el *Heraldo* de la mañana.

— ¿Muchos elogios para el departamento de detectives, jefe?

La voluminosa cabeza de Price asomó por encima del periódico. Su expresivo gesto fue a la vez un saludo y una invitación a tomar asiento.

—Los periodistas sólo tienen un idioma, Guy. Los elogios de esta mañana son los mismos de todas las mañanas.

——Bueno. Después de las censuras que nos han dedicado durante diez días, deben tener la decencia de darnos una tregua...

— ¿La decencia?—dijo Austin Price, medio riendo y echándose hacia atrás en su butaca—. Lo que me gustaría saber es por qué han tomado a la Policía de la ciudad por una sucursal de la patrulla del Condado y por qué me han escogido como blanco y no se meten con el Sheriff. Nosotros nos hemos ocupado del caso, y, realmente, no es de nuestra incumbencia.

—Desde luego que no. El Club de Campo de Lexington está a más de tres millas de distancia de la ciudad. A pesar de todo, yo no siento que nos hayamos metido en el asunto.

—Ni yo tampoco —replicó el jefe—. Pero ¿por qué los periódicos se meten con nosotros?

—Eso quisiera yo saber —dijo Maupin, echándose hacia atrás el sombrero—. Lo que más me intriga de los periódicos es el silencio que guardan sobre la rapidez con que hemos desenredado la maraña. Fíjese: el domingo 28 de septiembre saltamos de nuestras camas para encontrar a la conocidísima *estrella de golf* Marion Miley, en pijama y tendida en el suelo

de su habitación en el Club de Campo, con un balazo en la espalda y otro que la atravesaba el cerebro. Un poco más allá, su madre, Elsie Ego, malherida con tres tiros en el vientre, a consecuencia de los cuales murió el miércoles. ¿Y qué encontramos además de los dos cuerpos? Una alcoba en desorden, tres cápsulas de una automática del 32 sobre un colchón y dos botones de chaqueta de hombre.

—Eso era todo—murmuró Price.

—Los elegantes chicos de la Prensa dijeron al mundo que se trataba de un asunto íntimo. Pero usted fue más elegante, y nos aseguró que era un asunto *local*, y me encargó *echar las redes*. A los dos días justos sabíamos exactamente lo que queríamos saber. Antes de una semana habíamos dado por teletipo a todos los Estados la descripción de los asesinos. Si los entremetidos de los periódicos y los teléfonos nos hubiesen dejado solos, podríamos haber actuado más de prisa todavía.

—Ellos nos dieron la pista del automóvil —objetó Price, tranquilamente.

— ¡La pista! —gruñó Maupin—. Hablamos con un reportero que había visto un Buick sedán de dos tonos aparcado en el Club el domingo por la mañana ¡Preciosa y valiosa información que nos desorientó completamente! Nos hubiera hecho perseguir un Buick verde que los ex presidiarios habían robado en Parrot. Georgia. No, jefe. La realidad es que usted sólo siguió la pista que la sustancia gris de su cerebro le aconsejaba seguir, aunque los periódicos graznaban como si los asesinos nos hubieran pasado sus tarjetas de visita, y nosotros nos hubiéramos negado a recibirlos.

—Los periodistas locales se sintieron ultrajados porque yo instituí conferencias de Prensa con las que trataba de jugar limpio—dijo Price, sin inmutarse.

—Sí. Y ellos también jugaron limpio con usted, ¿no? Recuerde los titulares: *La Policía local camina a ciegas,* y *F. B. I.* ([1]) *debe ser consultado*, etc. Y luego el silencio absoluto durante dos días.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del jefe.

Hubo algo peor que esos titulares, Guy: el viejo afán de las masas de matar a un hombre que desconocen...

—Pero nosotros hicimos que lo conocieran pronto.

—Dios nos ayudó a hacerlo.

[1] Servicio de identificación Criminal.

—Claro que sí. Pero ello fue sólo una prueba de que Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos. Recuerde los hechos. El 28 de septiembre se cometió el crimen. El 1 de octubre no tenía usted en sus manos más que los dos cadáveres. Y el 9 había capturado al criminal y logrado su confesión...

—No tanto, Guy, no tanto. El día 9 recibí una llamada de Fort Worth, Texas, comunicándome haber detenido a un individuo cuyas señas coincidían con la descripción que les habíamos enviado.

— ¡Venga, venga, jefe!... Dijeron más que eso. Dijeron que habían detenido a dos hombres en un sedán de dos colores, marca Buick, modelo 1941, con matrícula de Kentucky. Dijeron que uno de ellos era de Lexington (el hombre que buscábamos: Tom Penney), y que el otro, Leo Gaddys, también ex presidiario, había estado trabajando en Louisville recientemente. Dijeron que en el fondo del coche habían encontrado un casquillo de pistola automática de calibre 32 y un par de zapatos femeninos de *sport*. Esta llamada tenía todo el valor de una confesión.

—No hubiera pensado usted lo mismo si llega a venir conmigo a Fort Worth—dijo el jefe, repitiendo la leve sonrisa que iluminara antes sus facciones.

—Nunca me ha dicho cómo obtuvo la confesión, jefe. ¿Costó trabajo hacer hablar a Penney?

Price sacudió la cabeza.

—Hacerle hablar precisamente, no. Hacerle decir la verdad, ya fue más difícil. Cuando yo llegué, el sábado 11 de octubre, Tom Penney llevaba dos días y dos noches hablando y bromeando con los policías y periodistas de Fort Worth, pero sin decir ni pío. Le habían detenido el día 9 con Leo Gaddys y una mujer. La muchacha y Gaddys fueron puestos en libertad en seguida. Penney continuaba detenido para que yo le interrogara. Negó rotundamente su participación en el crimen del Club de Campo, y dio una explicación detallada de todos sus pasos desde que salió de Louisville, el 1 de octubre. Claro que lo interesante para mí era lo que había hecho antes de esa fecha.

Price se balanceó en su sillón antes de continuar.

—Dormí tranquilamente aquel sábado, y el domingo, después de oír misa a primera hora, arreglé una entrevista a solas con Penney. Me lo trajeron al despacho a las nueve de la mañana. No era el mismo cuando nos despedimos. Para mí, la identificación de los asesinos de la señorita Miley era evidente; pero había comenzado a entrever un misterio mayor.

— ¿Cuál?

— ¿No recuerda que encomendé a usted y a sus agentes detener a Bob Anderson en cuanto supimos que era suyo el coche que conducía Penney cuando le arrestaron? Ustedes le encontraron en *El gato y el violín*, su Club de noche en Louisville. Anderson juró que no se había movido de la ciudad desde hacía unas semanas. Pero nosotros sabíamos que había estado vagabundeando por Newport, la ciudad vecina, hace justamente un mes, porque se le había visto por todas partes conduciendo ese Buick en compañía de un ex presidiario y otras gentes sospechosas.

—Joe Hoskins se encargó del asunto..., y encontró a Anderson tan fresco como una lechuga...

—Es un hombre al que nunca podremos dominar...

—No lo hemos intentado. Penney cantó lo mismo que Baxter.

—Sí. Es posible que cantara. Pero sólo después de haber sometido a Bob Anderson a un doble interrogatorio he visto claro. Él fue quien dijo a Penney que cogiera su coche para escaparse e inventó el que se lo habían robado.

— ¡Vaya coartada!

—La más apropiada. Él la utilizará como último recurso para darnos que hacer.

— ¿Cómo, si ya tenemos todas las piezas reunidas? Penney confesó ante usted en Texas, y dijo que el asesino fue Anderson. Aquí, en Lexington, después que usted lo trajo, declaró que Skeeter Baxter, el guarda del Club de Campo, había tramado el plan. El mismo día (el viernes último) detuvieron a Baxter. En menos de cuatro horas había cantado de plano, coincidiendo con lo dicho por Penney. El sábado, Penney nos indicó dónde estaban escondidas las pistolas; y, en efecto, encontramos dos automáticas del 32 y el 38. Ayer, en el F. B. I. adquirí el convencimiento de que los casquillos que nos enviaron y los recogidos en el Club eran iguales. Si tenemos las pistolas y los pistoleros, no sé cómo Anderson puede darnos que hacer...

— ¿Les ha sido verdaderamente útil Penney?

La pregunta parecía formulada casualmente; pero Maupin conocía a su jefe. Price era tenido por hombre que sabía escuchar hasta el final, y rara vez interrumpía a su interlocutor. El jefe de la Identificación había recogido todo cuanto no se había dicho en los interrogatorios, y se extrañó de la pregunta. Sacó su pipa, y mientras la llenaba, dijo, lentamente:

—Yo estuve con Joe Harrigan desde las ocho de la noche del jueves hasta las siete de la mañana del viernes. Durante cerca de once horas estuvimos interrogando a Tom Penney. Gracias a Dios, el hombre se decidió finalmente a decir toda la verdad, pues de otra manera seguiríamos todavía haciéndole preguntas y recibiendo sus sonrientes respuestas, llenas del más agudo y cortante sarcasmo que jamás he oído. Ese muchacho tiene talento, lengua suelta y muy pocas simpatías por los representantes de la autoridad.

—Y ¿es verdad, Guy, que la bala recogida por usted en el piso del Club de Campo era del 38?

¿Eh?—gruñó Maupin.

—Penney asegura que la pistola de ese calibre era la suya.

Maupin no respondió.

—Entonces, me parece que tratará de basar su defensa en el hecho de que el único disparo que él hizo no hirió a ninguna de las dos mujeres. Precisamente, me enseñó una carta que había escrito a su madre el último lunes por la mañana, en la que decía: *No creas nada de lo que dicen los periódicos. Como de costumbre, tratan de presentar como convicta a una persona antes que lo esté. Yo puedo decirte una cosa, madre, que te debe tranquilizar: yo no soy un reo de asesinato. Y ahora poseo una prueba definitiva de ello*.

— ¿Qué quiere decir Penney con eso?—preguntó Maupin, moviendo la pipa entre sus dientes.

—Lo mismo que usted acaba de decirme. Que él disparó su pistola. Pero usted ha probado que su bala estaba en el suelo de la alcoba del Club de Campo...

—Lo cual no le librará de la silla eléctrica —dijo el *detective*, cruzando sus piernas y sonriendo un poco compasivamente—. La ley es terminante. Tom Penney no ha matado a ninguna de las Miley, pero será declarado cómplice del doble asesinato, y es bastante. Porque yo pienso proseguir este caso por mi cuenta, y solicitar el mismo veredicto y la misma sentencia para los tres. Aunque ya sabrá usted que ellos pretenden tres procesos diferentes.

Mientras el jefe se quitaba las gafas para limpiar sus cristales, Maupin continuó:

—Eso será una gran ayuda para Jim Park, el fiscal, y para su colaborador, que supongo será Harry Miller. Podrán utilizar a Penney y a Baxter contra Anderson, e incluso a Penney contra Baxter, si es que tienen

necesidad de ello.

Price carraspeó un poco ruidosamente, y dijo:

—No creo que el fiscal salve la vida a Tom como premio a sus declaraciones.

—Y más vale que no lo haga. La ciudad está muy excitada con el crimen, y serían capaces de linchar a Penney. Marion Miley no sólo era una chica guapa, sino una figura popular.

Price guiñó los ojos. Le divertía el cacareo gutural de Maupin, quien continuó:

—Es de esperar que no ocurra semejante cosa. Penney está en la cárcel del Condado de Fayette y la cárcel del Condado de Fayette está en la ciudad de Lexington, donde, por fortuna, estamos bastante civilizados. Pero, dígame... ¿Qué está pensando?... No parece usted el mismo... ¿Acaso su mujer?...

—No. Está perfectamente—replicó Price, tranquilizado por la última pregunta—. La operación ha sido de poca importancia, y, además, se encuentra en las mejores manos posibles. Sor María Lorenza es hermana suya, como usted sabe.

El *detective* se puso en pie, sorprendido.

— ¿La monja del Hospital de San José es cuñada suya?... La he conocido, lo mismo que a otras monjas, cuando fui a ver a la señora Miley. Me hizo una profunda impresión.

—A todo el mundo se la hace. Voy a ir esta tarde a primera hora a ver a mi mujer. Mi cuñada me llamó hace un rato para decirme que está completamente bien.

—Entonces... ¿Por qué está usted preocupado?

—Por Tom Penney.

—Ese sí que está a las puertas de la muerte.

—Quizá por eso no se me va de la imaginación.

— ¡Oh!... Piense en su *hoja de servicios*.

—Eso es exactamente lo que me preocupa.

Maupin se echó atrás el sombrero, se quitó la pipa de la boca y extendió sus manos sobre el borde del *buró* de su jefe. Inclinándose hacia Price, dijo:

—Nunca sospeché que fuera usted blando con ningún criminal, jefe.

¿Por qué le preocupa ese individuo? Es un mal actor. Le hemos tenido diez veces en nuestras manos, y, por lo menos, cinco de ellas ha cumplido condena en Frankfort. Es un delincuente habitual. La ciudad, el Estado y la sociedad ganarán mucho con su eliminación.

La gran cabeza de Price se hundió en el cuenco de sus dos manos, mientras sus codos arrugaban el periódico, abandonado sobre la mesa.

—Me asombra que lo sea—murmuró—. Desde luego, no le viene de herencia. Su padre era un profesor de inglés. Su madre tiene excelentes cualidades. Desde la muerte de su marido, alquila habitaciones. No se debe, pues, su mala conducta al ambiente familiar, ni tampoco a la vecindad o las malas compañías. A mi juicio, el único sitio en que pudo adquirir esas inclinaciones criminales sería nuestro correccional, en donde conoció a Anderson.

—Pero no durante su primera estancia en él, jefe —objetó Maupin—. Ya, en 1926, Penney había sido condenado a tres años de correccional por robo, de los cuales sólo permaneció dos. Cuando conoció a Anderson, en 1934, cumplía otra condena de veinte años por un asalto a mano armada cometido en 1930, en el que hirió de arma de fuego a dos dependientes de una tienda de comestibles. Anderson sólo estaba condenado a cinco años, por haber desvalijado un almacén.

La pipa de Maupin se apagó. Resopló enérgicamente antes de buscar una cerilla. Mientras encendía, formuló esta pregunta a Price:

— ¿Qué significa esto, jefe? Admite usted la maldad de Penney. Sabe que va a ir a la silla muy merecidamente, y, sin embargo, está usted pensativo.

Price se levantó de su sillón giratorio, y comenzó a pasear por el despacho, preguntando a su interlocutor:

—Guy, ¿cuál es el momento más importante de la vida?

Interrumpió su marcha, y se detuvo frente a Maupin, que no había contestado.

— ¡El momento más importante de una vida es el último!—dijo, golpeando la mesa con los nudillos—. Acabo de repasar todos los antecedentes de Tom Penney. Ya en junio de 1924, teniendo quince años nada más, fue reo de robo. Desde entonces hasta la fecha, los únicos años de su vida sin actividad delictiva son los que ha pasado en la cárcel. Cayó en nuestras manos en 1924, 1925 y 1926, en cuyo año le enviamos al correccional, donde permaneció hasta 1928 ó 1929. Pero como usted ha

dicho, le volvimos a enviar allí en 1930 por veinte años, aunque salió en 1937. En los últimos cinco años le hemos arrestado cinco veces... Es indudable que Tom Penney no ha vivido dignamente. Quizá por eso haré todo cuanto pueda para ver si muere como es debido.

— ¿Qué piensa usted hacer?—preguntó Maupin, sorprendido.

El jefe volvió a hundirse en su ancho sillón.

—La verdad es que no lo sé. Anderson es muy reservado y Baxter es un cabeza loca. Poco se puede hacer por ellos. Pero a Penney le conozco desde que era un chiquillo... ¿Qué podría hacer para tocarle en el corazón?...

Guy Maupin no contestó, pues la pregunta de Price iba más allá de su sagacidad. Nunca había tenido una conversación más extraña que aquélla con su jefe, tan sorprendentemente preocupado por un hombre que ya apenas interesaba a la Policía. ¿Qué podría decir para librarse de un diálogo que empezaba a cansarle? Decidió cortarlo por lo sano, y dijo:

— ¡Olvídelo, jefe! Un leopardo nunca pierde las manchas de su piel, y un criminal es siempre un criminal.

Austin Price movió suavemente la cabeza. Sus ojos brillaban tras las gafas de concha.

— ¿No ha oído nunca hablar de Dimas?

—Me parece que no tengo sus huellas dactilares...

—Lo supongo, aun cuando fue un criminal de larga historia.

—Y ¿qué le pasó?

—Acabó como yo quería que acabase Tom Penney.

— ¿Cómo?

Price espació sus palabras:

—Dimas, convicto y confeso, fue condenado a muerte... Pero murió como yo deseo que muera Tom Penney... Al lado de Jesucristo... ¿Qué podría hacer yo para que Tom muriera así?

CAPÍTULO II

DIOS REÚNE SUS INSTRUMENTOS

Era casi media tarde cuando Austin Price llegó al hospital. Cruzó rápidamente el pasillo, pero atenuó sus pasos al acercarse a la habitación de su mujer. Por la puerta, entreabierta, escuchó una alegre cháchara. Sor María Lorenza charlaba con la señora Price, su hermana. A Price se le ocurrió una broma cariñosa para saludarla; pero se contuvo al empujar la puerta y ver sentada también a los pies de la cama de la enferma a la hermana Ana Roberta.

— ¡Adelante, señor Price!—exclamó ésta—. Precisamente estábamos diciendo a Birdie que debe marcharse corriendo a casa para cuidar de usted.

— ¿Te echan, eh?—preguntó el inspector mientras besaba a su mujer.

—Sí. Pero no pienso irme a casa hasta pasado mañana.

—Le gusta estar aquí—añadió la hermana María Lorenza desde el otro lado de la cama—. Se encuentra como en los tiempos en que nos peleábamos todos los días. ¿No es verdad, hermanita?

La señora Price sonrió a su hermana, y preguntó a su marido:

— ¿Cómo está Jackie?

Austin Price abrió mucho los ojos, y exclamó:

—Me alegro que me lo hayas recordado, cielo. Le prometí llevarle a dar un paseo esta tarde. Su madre y él deben de estar esperándome abajo.

Se volvió a la hermana Ana Roberta, explicando:

—Es el muchacho que vino de Seattle a que le viera el doctor Rankin, ¿sabe? El y su madre paran en nuestra casa.

—No me has dicho cómo está—insistió la señora Price.

—Realmente, no lo sé. El doctor Rankin no había terminado de explorarle.

Pues debías...

Un golpecito en la puerta interrumpió a la señora Price. Era la hermana María Benigna, la Superiora del hospital.

— ¡Vaya, vaya!... Tenemos reunión de familia, ¿eh?... ¿Cómo está usted, señor Price? Me alegro mucho de verle. Y usted, señora Price, ¿cómo se encuentra? Me han dicho que nos deja...

—Pasado mañana, hermana.

—Eso está muy bien. Debe recuperar completamente sus fuerzas antes de volver a esclavizar a su pobre marido, ¿no le parece, señor Price?

—No me ponga en el aprieto de tener que contestarla—replicó Price, risueño, paseando su mirada alternativamente por los cuatro rostros femeninos—. ¿Viene usted de arriba o de abajo, hermana?

—De arriba.

— ¿Ha visto por casualidad a Jackie Regan y a su madre?

— ¿El enfermito del doctor Rankin? Sí; está sentado en el vestíbulo.

—Entonces, tengo que cumplir mi promesa.

—Espera un momento—dijo la señora Price—. Hermana Benigna... ¿Estaría mal que las hermanas María Lorenzo y Ana Roberta salieran en un hermoso coche con mi marido y ese niño? Durante muchos días he insistido con ellas para que tomaran un poco el aire; pero me han hecho tan poco caso como mi marido cuando está preocupado con un asunto embrollado.

—Tampoco a mí me obedecen mucho—dijo la Superiora, mientras sus manos acariciaban las cuentas de su rosario—. Continuamente les digo a todas las hermanas que deben respirar todo el aire fresco que puedan; pero...

—El aire del hospital es mucho más sano. Piensen en la cantidad de desinfectantes y antisépticos que lo esterilizan —replicó la hermana María Lorenza.

—Bueno, bueno —contestó la Superiora—. A pesar de ello, usted y sor Ana Roberta acompañarán al inspector en ese paseo con el niño y con su madre. Yo me quedaré charlando a solas con la señora Price. ¡Váyanse!

Y, volviéndose hacia Price, añadió:

—Usted tiene a su mujer todos los días de su vida, y yo la voy a tener ya muy pocas horas.

—No ha sido muy larga la visita —dijo Price a su esposa, recogiendo el sombrero que había dejado encima de la cama—; pero volveré pronto. ¿Tardarán mucho en prepararse, hermanas?

—Seguramente están en la puerta antes que usted. Las conozco bien

—contestó la hermana Benigna, empujando a las monjas fuera de la habitación.

Diez minutos más tarde, el inspector agarraba el volante del coche, Jackie, sentado junto a él, señalaba con el dedo el aparato de radio.

— ¿Se puede comunicar desde aquí con la Policía, señor Price? ¿Cómo se hace para dar órdenes?... ¿Me lo va a enseñar antes que vuelva a Seattle?

—Con esta radio no se comunica con la Policía, Jackie. Este coche es el de la señora Price, que ya oye bastantes informes y llamadas de la Policía sin necesidad de un equipo especial. Pero si tú quieres ver cómo se dan las órdenes por radio, te llevaré a la emisora después que hayamos visitado la cárcel.

La hermana Ana Roberta levantó las cejas, mirando a la otra monja, sentada a su lado, y exclamó con voz consternada:

—Pero ¿vamos a la cárcel?

—Espero que no le importe, hermana. Siempre he deseado visitar una prisión —fue el único consuelo que recibió de su veterana compañera.

Al poco rato, la hermana María Lorenza experimentó cierto sobresalto al ver que, en efecto, el coche se dirigía hacia la cárcel del Condado. Pero rápidamente se sintió tan curiosa como el mismo Jackie, y decidió no perder detalle de lo que iba a ver. Al ayudarla a bajar del coche, sor María Lorenza advirtió que el brazo de la hermana Ana Roberta temblaba. « ¿A qué viene este miedo, que yo también siento? —se dijo—. Antes había Hermanas de la Caridad en las cárceles...» Pero en seguida pensó que no habían sido Hermanas de la Caridad de Nazaret ni estuvieron en los calabozos de la cárcel del Condado de Fayette. Entonces creyó advertir una chispa burlona en los ojos de su cuñado. ¡Si pensaba que las monjas iban a asustarse, ellas le demostrarían lo contrario!

Supongo que nos permitirás verlo todo, ¿no? —dijo, mientras el inspector echaba la llave al coche.

—De arriba abajo—contestó Price, sonriente, dirigiéndose hacia la entrada.

Después de visitar las oficinas, el inspector llevó a las hermanas a ver las despensas y la enorme cocina. El orden y la limpieza que en ellas reinaba impresionó a las monjas.

—Y ¿no vamos a ver las celdas y los presos? —preguntó Jackie, a quien importaban tan poco los fogones, los hornillos y las calderas, como a

las monjas los palos del hockey o los patines de ruedas.

—Ahora los veremos —dijo el inspector, guiando a los visitantes hacia la galería de celdas del segundo piso.

Con el rabillo del ojo observaba a las monjas. Sor Ana Roberta parecía un poco asustada; pero Sor María Lorenza caminaba con la misma calma y seguridad que si anduviera por los pasillos del hospital. De pronto, Austin Price se puso a pensar con qué podría sobresaltar a su cuñada. Pero antes que se le ocurriera alguna idea, fue Sor María Lorenza quien le sobresaltó a él, preguntándole tranquilamente:

— ¿Está aquí Tom Penney?

— ¿Te gustaría hablar con él?

Por el rápido relámpago de alarma que brilló en los ojos de su cuñada, creyó un instante Austin Price haberla sobresaltado. Pero la monja replicó sin titubeos:

—Me encantaría.

— ¡Tom! —gritó el inspector, avanzando rápidamente hacia una de las celdas centrales.

Un hombre alto y rubio se asomó a la reja. Pero tan pronto como sus ojos vieron los hábitos de las religiosas, bajó la mirada y la cabeza. El inspector metió su mano por entre los barrotes y estrechó la del preso

—Es Sor María Lorenza, mi cuñada, Tom. Y esta otra es su compañera, la hermana Ana Roberta.

Penney echó una rápida ojeada a cada una, haciéndoles un ligero saludo con la cabeza.

—Las dos pertenecen al Hospital de San José.

—Las conozco—dijo Tom—. Las he visto algunas veces cuando yo trabajaba frente a San José.

— ¿Ah, sí?—exclamó la hermana Ana Roberta. Y, acercándose a los barrotes, añadió—: Quiero que sepa que las monjas de San José rezamos por usted, señor Penney.

— ¡Gracias! —respondió, confusamente, el prisionero.

— ¿Sabe usted el Padrenuestro, Tom?—preguntó la hermana María Lorenza.

—Temo haberlo olvidado, hermana.

—Bueno; entonces bastará con que diga a menudo: ¡Ten piedad de mí,

Jesús mío!

—Sí, señor Penney—añadió la hermana Ana Roberta—. Ningún pecado es demasiado grave para que Él no lo perdone. ¡Y Dios le ama!

Austin Prince observaba al preso mientras las monjas le hablaban. Nunca había visto a Tom tan atento a las palabras de nadie. Era una concentración totalmente distinta a la tensión reflejada en su rostro, alerta durante los interrogatorios. Ahora parecía ansioso de captar la enorme importancia de la frase más sencilla.

—Gracias, hermanas. Les agradezco mucho que hayan venido a verme. Y también a usted, señor Price, por haberlas traído.

—También hay aquí un chico que quiere verle, Tom. Es Jackie Regan, de Seattle. Esta señora es su madre.

— ¡Hola!—dijo Jackie, ofreciéndole la mano a través de la reja.

—Hola —respondió Tom, estrechándosela, mientras una leve sonrisa cruzaba por su rostro.

El grupo de visitantes se alejó. Tom Penney volvió a su camastro. Se sentó en el borde, escondiendo la cabeza entre sus manos.

«¡Ten piedad de mí, Jesús mío! —musitó, con el ceño fruncido—. «¡Quisiera recordar el Padrenuestro!...»

Pera antes de recordarlo, Tom Penney sonrió con amargura. Cínicamente encendió un cigarrillo, y mientras arrojaba la cerilla al rincón más lejano, imaginó lo que Bob Anderson y los demás presos pensarían de él si supieran que le gustaba rezar. Despectivamente echó una bocanada de humo hacia el techo, y se tumbó todo lo largo que era en el camastro.

Clavando la vista en el punto en que se unían los barrotes y el techo, recordó los acontecimientos de las últimas semanas. Hizo una mueca de desagrado y murmuró:

— ¡Vaya suerte podrida!...

Pensaba en el último sábado de septiembre. Cuando entraron en el Club, ni Anderson ni él tenían intención de disparar. Baxter les había asegurado que sólo había allí una vieja, y que la cosa sería tan fácil como quitar un caramelo a un chico. En seguida tendrían mucho dinero.

— ¡Sí, sí, mucho dinero!... ¡Cien cochinos dólares para todos!

Se incorporó y volvió a sentarse al borde de la cama, moviendo colérico la cabeza al pensar que todo podía haberse hecho mucho mejor. Todos sabían que Baxter era un cabeza loca... Claro que cuanto les dijo

parecía razonable. Un gentío despilfarrador frecuentaba el Club de Campo de Lexington, sobre todo los sábados por la noche, que había baile, y no era difícil que dejara allí entre cinco y diez mil dólares.

Tom se levantó y comenzó a pasear por la celda, tratando de apartar la memoria de lo ocurrido aquella noche terrible en el Club. ¿Por qué tomó la pistola de Anderson? Habían entrado completamente desarmados. Las luces de un coche que pasó les inquietó, y salieron a ver si se detenía o pasaba de largo. Fue entonces cuando salieron a relucir las pistolas. ¿Por qué lo hicieron? Habían arrancado el conmutador del control de alarma y cortado los hilos del teléfono, y tenían la seguridad de que no había ningún hombre por los alrededores. ¿Por qué cogió la pistola de Anderson?

— ¡Bah!—gruñó y encendió otro cigarrillo—. No creo que fuera muy distinto ahora, puesto que yo estaba con Bob cuando apretó el gatillo.

Una vez más se echó en la cama, lanzando bocanadas de humo al techo, mientras recordaba, admirado, el valor y la fuerza de Marion Miley. No recordaba haberla visto en su vida. Pero desde que los periódicos lo dijeron, estaba seguro de que fue ella quien salió de su habitación, y no solamente le agarró —tenía más de seis pies de huesos y músculos—, sino que le derribó al suelo. Fue entonces cuando sacó la pistola.

Penney jadeaba intensamente al recordar el episodio; pero al fin se quedó tranquilo, diciendo para sí:

«¡Gracias a Dios que los policías encontraron una bala en el suelo!»

Se incorporó, pensando:

«¿No podía mi abogado apoyar en esto mi defensa? Cierto que yo estaba allí. Cierto que participé en el robo. Cierto que la pistola del 38 era mía. Todo ello es innegable. Pero también es evidente que yo no cometí el asesinato. La única bala de mi pistola, la única bala del 38 que se encontró, estaba en el suelo, y no en uno de los cuerpos.»

Con los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, se asombraba de que Bob Anderson no quisiera comprenderlo. Los peritos del Servicio de Investigación Criminal habían dictaminado que los proyectiles encontrados en los cuerpos y en el lecho de la señora Miley pertenecían a la pistola del 32 de Bob. Y, a pesar de ello, Anderson insistía en su inocencia, y negaba su participación en el crimen.

¡Ese mamarracho es un *iceberg* o un chalado! —susurró Penney ferozmente, pisoteando la ceniza gris en el suelo—. Yo le acusé. Baxter le acusó. Las pistolas le acusan, y, finalmente, le acusan las balas. ¡Ya puede

negar cuanto le dé la gana! No sé qué espera conseguir con ello. ¡Como no sea gastar dinero y palabras, lo que es otra cosa!...»

Se echó otra vez sobre el camastro, preguntándose si realmente no había traicionado a su compinche. Apretó los dientes, pensando en lo ocurrido. Una señal luminosa de tráfico... Una señal fatídica, iba a costar tres vidas probablemente...

Fue en Fort Worth, Texas. Había estado el coche viajando durante diez días por todo el Sur sin que ocurriera nada de particular. Estuvo en Florida, volvió a través de Georgia y Alabama, cruzó Misisipi y Arkansas sin el menor obstáculo. Telegrafió una tarde a Anderson pidiéndole más dinero, y lo recibió al cabo de unas horas. Y en seguida, allá abajo, en Texas, una señal luminosa se volvió contra él... Aquella luz podía significar nada menos que la silla eléctrica.

Pero bruscamente se levantó como movido por un resorte. Entornó sus ojos, de un gris azulado, y un reflejo tan frío como el acero brilló en ellos.

«¿Traición?—pensó—. ¿No fue Anderson quien me traicionó a mí al difundir que le habíamos robado su coche después de dejármelo para que me escabullera? De no ser por eso, aquellos «polis» de Fort Worth nunca me habrían atrapado. ¡Como vuelva a echarle la vista encima a ese pájaro...! »

Los tres días y dos noches de incesante interrogatorio de los policías de Fort Worth no lograron abatirle. Las comisuras de sus labios se fruncían ahora despectivas al recordar cuánto le molestaron, le amenazaron y le golpearon en infructuosos esfuerzos para arrancarle una confesión. Si sólo se hubiera enfrentado con ellos, todavía estaría en libertad. Pero el inspector Price llegó a Texas desde Kentucky..., y las cosas cambiaron.

Tom Penney se volvió a sentar pensativo como si se enfrentara con un rompecabezas. Sabía que odiaba a Price con todas las fuerzas de su alma; pero por grande que fuera su odio, no podía por menos de reconocer que era todo un caballero. Le había hablado como se habla a un ser humano; le había tratado como se debe tratar a un hombre. Más de cuatro horas permanecieron juntos aquel domingo sin que el inspector alzara la voz. Tranquilamente, con toda consideración y suavidad, formulaba pregunta tras pregunta, anotando sus respuestas con idéntica serenidad. Recordando la escena, Penney oía la voz pausada de Price, que le decía:

—Se está usted contradiciendo, Tom.

Y asimismo oía con la misma claridad su propia voz —no tan tranquila, sino más bien ronca y falsamente fanfarrona— tratando de

aparentar confianza:

— ¿Cree usted que voy a confesarme autor de un doble asesinato?

Al percibirla ahora como un eco lejano con su experto oído de reo, Tom se estremeció.

«¡Allí fue donde me equivoqué! —se dijo—. Si me hubiera callado en lugar de preguntar...»

Se encogió de hombros, consolándose con pensar que, de todas maneras, el final habría sido el mismo, pues no había hombre capaz de resistir el tormento de las preguntas del inspector Price sin caer en sus redes.

Arrojó al suelo la colilla y la aplastó con el pie, mientras llegaba a la conclusión de que no había traicionado a Bob, pero sí caído en una trampa. Claro que, como el hecho de su detención era culpa de Anderson, éste no podía echarle en cara estar comiendo también el rancho de la cárcel. ¡Si no se hubiese *chivado* en lo del coche!...

Tom Penney se levantó y se estiró, diciéndose que tanto pensar no era bueno. Era como gritar porque se ha vertido la leche, cuando lo mejor es dejar que el gato venga a lamerla.

Ya de noche, y cuando se iba a acostar, Penney oyó que le llamaban. Se levantó, y vio a los *detectives* Harrigan y Gravitt a la puerta de su celda.

— ¡Basta de interrogatorios!—exclamó— ¡Ya les he dicho todo lo que sé! ¡Ya he dicho todo cuanto tenía que decir!

No se ponga así, Penney. Esta vez se trata de una visita amistosa.

— ¡Amistosa!—dijo Penney, sarcástico—. ¡El oficial Harrigan quiere hablarme con cariñosa amistad!... ¡Siempre empiezan ustedes lo mismo!

—No, no, Tom —replicó Gravitt—. Esta vez se equivoca.

— ¿Que me equivoco?... ¡Conozco sus tretas desde que era niño!

—Bueno... Si no quiere aceptar nuestras palabras, acepte, al menos, nuestros cigarrillos.

El preso miró primero al paquete alargado que el detective le ofrecía, y luego, recelosamente, a los dos hombres.

—Son suyos, Tom—aseguró Gravitt—. Joe y yo los hemos visto en el torno cuando entrábamos, y hemos venido a traérselos. ¿Qué tal ha pasado el día?

Penney tomó el cartón que le tendía Harrigan, leyó el remite puesto en el ángulo superior izquierdo, sonrió y lo arrojó sobre la cama, mientras contestaba a la pregunta de Gravitt:

— ¡Psch! No del todo mal. He comido bien. He dormido bien. He leído los periódicos de la mañana y de la noche, y hasta he tenido algunas visitas. Un día perfecto, si ustedes no vienen a freírme a preguntas esta noche.

Joe Harrigan encendió el cigarro.

—No hay preguntas esta noche. El jefe ha ordenado que se le deje solo y tranquilo. Al parecer, le tiene afecto, Penney. Me alegro que haya pasado un buen día, y le deseo también una buena noche. ¡Hasta la vista!

Tom sonrió mientras los dos hombres se alejaban por la galería. Cogió el cartón de cigarrillos y volvió a leer el remite. Sacó un lápiz del bolsillo, y en una hoja de papel trazó unas líneas agradeciendo a sus primos el obsequio. Cinco minutos después cerraba el sobre, lo ponía entre los barrotes de la reja, y tomando otra hoja de papel, escribía:

«Lexington, Ky., 22 de octubre de 1941.

Querido jefe: Nunca podrá imaginarse lo mucho que he agradecido la visita de esta tarde. Antes de ahora no sabía que un oficial de la ley pudiera ser tan humano. ¡Lástima que uno aprenda algunas cosas demasiado tarde y que le cueste tan caro el aprenderlas! No es sólo en mí en quien pienso. Lo que yo sufro no es nada comparado con lo que sufrirán mi madre, mis hermanas y hermanos y todos mis amigos.

¡Qué pena tan grande pensar lo que podía yo haber sido si hubiera seguido el camino recto en lugar de escoger el del mal! Si yo pudiera hacer el relato de mi vida, estoy seguro de que podría hacer mejores a muchos.

Jefe: honradamente le he dicho todo cuanto sé, y es verdad. La otra noche dije que deseaba manifestar algo a usted, pero me contestaron que estaba usted cansado y que se lo expusiera a ellos. Todos han sido amables y considerados conmigo, y aunque sé que usted, señor Price, nada puede hacer por mí, tengo la seguridad de que lo siente sinceramente, por lo que quiero que sepa que yo no guardo rencor a nadie en el mundo, y que siento el más profundo respeto por usted y sus subordinados. También creo que los señores Maupin, Harrigan y Gravitt son muy dignos de estimación en este caso. Han trabajado bien y sin desmayo hasta el fin. No les elogio por ganarme sus simpatías, sino porque me sale del corazón. Precisamente para demostrar cuánto aprecio las amabilidades de ustedes, quiero decirle que estoy arrepentido de las cosas desagradables que haya podido decir o pensar de los agentes de la autoridad. Muy arrepentido, pues ahora lo veo todo de

un modo diferente.

Si usted teme... ¡Oh, no sé cómo expresarme!... Si usted teme haberme hecho algún mal descubriendo este caso, deseche ese temor. Yo sé que era su deber.

Señor Price, me gustaría mucho saber los nombres de las monjas que vinieron hoy con usted. Dios las bendiga. Siempre son lo mismo de cariñosas y simpáticas. No sé por qué, siempre he sentido una especie de seguridad en su presencia.

Bueno, jefe; no quiero abusar más de su tiempo. Trate de no pensar demasiado mal de mí, y crea en la absoluta sinceridad de cuanto le he dicho. Para usted y los suyos desea respetuosamente la mayor salud y buena suerte,

Tom Penney.»

El prisionero releyó su carta. Por un momento estuvo tentado de romperla, pues la encontraba algo rastrera. Deseaba dar gracias a Price; pero había algo en aquellas líneas que no iba bien con la gratitud que quería expresar. Primero en Fort Worth y luego en Lexington, había pronunciado feroces invectivas contra Price, Maupin, Harrigan y Gravitt. Debía una explicación a cada uno y, sobre todo, debía agradecer a Price su actitud. Pero aquella carta sonaba a falsa... Entonces sus ojos llegaron al párrafo referente a las monjas.

¿Serían aquellas frases la verdadera razón de la extensa carta?... ¿Qué habían dicho ellas?... ¿Que rezaban por él?,.. Y ¿por qué? ¿No era un delincuente contrito y confeso, cuyo historial se había hecho público?... Si se libraba de la silla eléctrica, pasaría en presidio el resto de su vida. ¿Por qué iban a rezar por él las monjas? ¿Por qué?...

Por fin, resolvió sus dudas metiendo el pliego en un sobre y escribiendo en él la dirección del jefe. Si, por lo menos, conseguía saber los nombres de las monjas, les escribiría para averiguar la razón de por qué rezaban por él.

«Seguro que no es por mi vida —se dijo Penney, empezando a desnudarse—. Y yo sé que tampoco van a rezar por mi muerte.»

Pocos momentos después, al meterse en la cama y tirar de las sábanas hasta cubrirse con ellas la barbilla, admitió que posiblemente las monjas rezaban por su muerte. Como no había vivido de buena manera, las hermanas del Hospital de San José podían muy bien rezar para pedir una buena muerte para él.

Esta idea le llenó de inquietud. ¿Qué podría hacer para disiparla? Recordaba bien la ira que se apoderó de él cuando los policías de Fort Worth le reconocieron por la larga cicatriz que cruzaba su rostro y le detuvieron, Estuvo tentado de resistirles, e incluso de sacar la pistola y matar al conductor del coche. Ahora no podría decir por qué contuvo ese impulso que le habría evitado muchas amarguras: los interrogatorios, la publicidad, el largo viaje de regreso, la ignominia de entrar esposado en su ciudad natal, las duras semanas del proceso que le aguardaban... ¿Por qué no lo hizo? Porque había otras personas en el coche: Leo Gaddys y aquella mujer que habían recogido en la calle... Siempre había sido estúpidamente caballeroso con todas las mujeres, sin importarle que fueran o no merecedoras de ello. Mientras se volvía al otro lado de la cama, se dijo que la verdadera razón de no haber obligado a los policías a liarse a tiros con él fue una prostituta flaca y fea.

Al quedar frente al ventanillo, sus ojos vieron brillar una estrella solitaria en el cielo. Tom Penney se extrañó que no hubiera habido entonces algo más que aquella falsa caballerosidad. De pronto se dio cuenta de que en cada una de las cartas que había escrito desde la cárcel del Condado figuraba un *Dios le bendiga* o *te bendiga*.

En la última, que acababa de escribir a Price, estampó un *Dios las bendiga*, refiriéndose a las monjas. Y, sin embargo, días antes, en Fort Worth se había reído en las narices de uno de sus interrogadores que le preguntó si Dios significaba algo para él.

— ¿Dios?—respondió con una risotada—. Para mí, Dios es tan sólo una palabra compuesta de cuatro letras. Y para cualquier efecto práctico, esas cuatro letras tienen el mismo valor que si fuesen *w, x, y* y *z*.

Entonces... ¿Por qué había nombrado a Dios, a su madre, a sus primos y ahora mismo al inspector?

Aquella noche, las estrellas caminaban muy despacio a través del cielo de Lexington. Brillaban majestuosamente tranquilas y plácidas, bañando de plata las rejas de la prisión del Condado. Pero Tom Penney dormía bajo ellas con un sueño ligero e inquieto, sin sospechar que la misma mano que regía el curso maravilloso de aquellos astros había estado también reuniendo sus instrumentos susceptibles de atraerle a la órbita trazada por ella para el hombre. El interrogador de Fort Worth, con su pregunta sobre Dios, había sido un pequeño instrumento, lo mismo que la curiosidad de Jackie Regan por ver las celdas y los presos. Pero sólo cuando Penney se durmió profundamente, Dios reunió sus cuatro instrumentos principales: dos monjas

en el Hospital de San José y dos hombres que en casa de Austin Price discutían acerca de otro, que pronto estaría convicto y confeso de un asesinato.

—Sé que le condenarán a muerte por este crimen. Por eso deseo que vaya a verle —insistía, tenaz, el señor Price.

— ¡*Okey,* jefe! Iré. Pero usted pídale a Dios que cuando vaya le diga las cosas que debo decirle —contestó el Padre Jorge Donnelly, sonriendo, al vislumbrar una expresión de alivio en los ojos de su interlocutor.

El objetivo de toda aquella confabulación del cielo, y de la tierra agitó el sueño de Tom Penney cuando soñaba con su madre...

CAPÍTULO III

«LO MÁS PROBABLE ES QUE ME CONDENEN»

La señora Penney, espiando detrás de los visillos, esperó hasta que el cartero llegó frente a los peldaños. No trataba de esconderse, y mucho menos temía que el cartero pasara sin saludarla; pero se encontraba sin fuerzas para hablar con la gente. Quizá mañana u otro día... Abrió la puerta apresuradamente, y recogió el pequeño montón de cartas. En seguida cerró, y permaneció un instante en el vestíbulo suspirando con tristeza. Algo más que el horror a la curiosidad de los vecinos era lo que hacía ahora palpitar su corazón. En la carta que quedaba encima del montón había los trazos enérgicos de una escritura muy querida, que ahora le daba miedo leer. Al clavar la vista en la clara caligrafía de su nombre, advirtió que sus rasgos eran trémulos, y se emocionó.

Dejó sobre la mesa del vestíbulo las restantes cartas—facturas, anuncios o correspondencia de sus huéspedes—, y se dirigió a la cocina, llevando solamente la que le interesaba. En la cocina se encontraba más en su casa que en las demás habitaciones. Se dirigió a la ventana, se frotó los ojos, limpió los cristales de las gafas y rasgó el sobre, cuyo matasellos decía: «Lexington, 9 de noviembre de 1941.»

> «Mi querida madre: Me alegraré que ésta te encuentre muy bien. Yo estoy sin novedad. Ahora acabo de cenar: pollo asado con salsa de alcaparras, tomates, apio y una tarta. También tengo bastante fruta y caramelos. Podrás ver que no me muero de hambre. Por supuesto, casi todo procede de fuera, claro: pero la comida de la cárcel es buena y abundante.
>
> … El Padre Donnelly estuvo aquí esta tarde. Dice que irá a verte el miércoles y volverá más veces. Dime qué te parece.»

Aquel hombre alto, de piel blanquísima, de pelo sedoso tan rubio y tan fino que casi daba la sensación de estar calvo, de ojos muy azules que

miraban con auténtica simpatía y real comprensión, agradaba mucho a la señora Penney. En efecto, había venido a verla el miércoles, y ella no sabía cómo agradecérselo. Estuvo tan amable y habló tan cordialmente de Tom, que no pudo por menos de sentir una viva simpatía hacia él. Sí; podía contestar a Tom que había sentido un gran afecto por aquel sacerdote, tan bondadoso con él y con ella misma

Más adelante, otro párrafo de la carta aludía también al sacerdote. ¿Pensaría Tom en hacerse católico al escribir estas Palabras: *Sobre todo está Dios, que se interesa por nosotros... A pesar de lo mal que he vivido, te aseguro que moriré bien?*

La señora Penney elevó los ojos al cielo. ¿Por qué su hijo hablaba de la muerte con tanta seguridad? ¿Había perdido toda esperanza? ¿No podrían demostrar los abogados que no era un asesino?

Se levantó para dirigirse a la alcoba. Del cajón del armario sacó una postal y dos cartas. Con ellas en la mano, volvió a la cocina, donde había mejor luz y se encontraba más cómoda. Cuando llegó, desdobló las cartas, que eran las primeras escritas por el hijo desde la cárcel, casi tres semanas antes. Aunque se las sabía de memoria, quería leerlas una vez más:

> «Querida madre: No sé qué decirte para darte ánimos. Sé que estarás con el corazón deshecho. Sin embargo, no debes atormentarle, pues la situación no es tan mala como parece.
>
> No creas todo lo que dicen los periódicos. Ya sabes que tienen por costumbre tratar de declarar convictas a las personas antes de los procesos. Yo puedo decirte algo que te tranquilizará: no soy reo de asesinato. Tengo la prueba definitiva de ello...»

Los ojos de Leona Penney miraron a la ventana, y no vieron la lividez de la mañana de noviembre. No vieron nada. Su corazón de madre sentía otra vez la oleada de consuelo que lo inundó desde el fondo de su ser la noche que su otro hijo, Carlos, le dijo que la única bala de la pistola de Tom había sido encontrada en el suelo, lo cual demostraba palpablemente que Tom no había matado a ninguna de las dos mujeres... Pero, entonces, ¿por qué pensaba ahora en morir?

Volvió la segunda página de la primera carta, y releyó estos presentimientos de muerte: *Por favor, madre, no te atormentes, pues yo estoy preparado para cualquier cosa que pueda suceder.*

Luego cogió la tarjeta postal, que estaba encima de la segunda carta.

Echó una ojeada a la estampa, coloreada chillonamente, y leyó el pie, que decía: *Jardín de la Roca, en el Parque de los Cipreses, de la soleada Florida*. Al dorso, sólo estaban escritas estas pocas palabras: Madre: *Te escribiré pronto. Estoy muy bien. No tengo señas todavía. Muchos cariños...*

¡Cuántas cosas que no vio al recibirlas le decían ahora estas palabras! La postal llegó el 9 de octubre. Era la primera noticia que tenía del hijo desde la mañana del sábado 27 de septiembre, en que se despidió diciendo que iba a Louisville a buscar trabajo. Se fue a Louisville, en efecto; pero la misma noche regresó a Lexington con Baxter y Bob Anderson. Aquella noche asaltaron el Club de Campo...

Volvió a leer la postal, recordando su inquietud y confusión al contemplar el paisaje de Florida y pensar lo lejos que estaba el muchacho. Ahora se fijó por vez primera en el matasellos, que decía: *Delhi, Luisiana*. Sin duda, enterado de las noticias de los periódicos, iba de un lado para otro, esquivando a la Policía. Y, a pesar de todo, pensaba en su madre, y trataba de evitarle sospechas y ahuyentarle temores. Con razón escribió lo de *muchos cariños*. La señora Penney miró la postal, y comprendió que no habría un libro capaz de expresar mejor que aquella tarjeta postal de dos centavos una historia dramática. Pero su tranquilidad se disipó rápidamente.

Aquella misma noche, los periódicos publicaban la detención de Tom Penney en Fort Worth.

Desdobló la segunda carta, que había dejado en su regazo. Tenía fecha de 24 de octubre:

> « El Padre Donnelly vino a verme el viernes por la noche. Me trajo algunos libros. Todo el mundo es muy amable. Lorraine y Edith me han mandado un cartón de cigarrillos y Juan cuatro cajetillas. Todos me preguntan qué pueden hacer por mí. Pero nadie puede hacer lo que yo quisiera que hiciesen, que es evitarte sufrimiento.»

Mientras lloraba dulcemente rememorando el cariño filial, la señora Penney olvidó el que Tom parecía inclinado al catolicismo.

En aquel mismo momento, alguien que se dirigía desde Lexington a Covington no lo olvidaba. El Padre Donnelly, conduciendo a toda velocidad su coche, pensaba en algo mucho más lejano que el final de su viaje, mientras recordaba una por una las cosas sucedidas desde su primer encuentro con Tom Penney, el viernes 23 de octubre. Aquella mañana,

después de decir la misa en el Hospital de San José, Sor María Lorenza le contó su visita a Tom mientras le acompañaba a la habitación de la señora Price. La reacción de la monja hacia el preso impresionó mucho al sacerdote. Estaba felicitando a la señora Price por su restablecimiento cuando sonó el teléfono. Era el propio inspector, que deseaba leer a su mujer la carta de Tom, que acababa de recibir.

—Nunca he visto a Austin como ahora—dijo la señora Price a sus visitantes—. Está obsesionado con Tom Penney. No tendría más preocupación si ese hombre fuera hijo suyo. No lo comprendo.

Tampoco lo comprendía el sacerdote. La noche antes había visitado al inspector, y le encontró de mal humor. Solamente cuando le hubo arrancado la solemne promesa de que iría a ver al preso, el Padre Jorge advirtió en el semblante de Price una expresión de paz y de alegría.

Aquella tarde, a pesar del júbilo evidente con que por la mañana telefoneara Price a su mujer, el sacerdote le encontró más disgustado que nunca, pues había enviado a dos de los pastores de la ciudad a visitar a Penney, y nada favorable había resultado de la entrevista.

—Entonces —pregunto el Padre Jorge—, ¿por qué quiere usted que vaya yo a ver a ese pobre muchacho? Si esos dos buenos Padres no han conseguido nada con él, ¿qué puedo conseguir yo? Yo no tengo nuevas cosas que ofrecerle.

El inspector golpeó su mesa con los nudillos, y dijo:

—Si de verdad es usted amigo mío, hágame el favor de ir. Usted es diferente de los demás. Tal vez Tom se confíe a usted.

El Padre Jorge fue a la cárcel. Pero después de pasar tres cuartos de hora con Tom Penney, casi llegó al convencimiento de que éste no se confiaría a nadie. Ni un solo segundo apartó el preso del sacerdote sus fríos ojos gris-azulados. Aquella manera de mirar fijamente expresaba recelos, y el Padre Jorge la encontraba también nada amistosa, sin adivinar cuál sería el verdadero pensamiento de Tom.

Cuando vinieron a llamarle a su celda, el preso blasfemó entre dientes, imaginando que pudiera ser para otro interrogatorio; pero mientras recorría la galería, sintió la vaga esperanza de que fuese la visita de algún amigo. Al ver que se trataba de un sacerdote, le dio un poco de rabia. ¡Era el tercer piloto celestial del día! Con los dos anteriores no llegó a entenderse, por no encontrar en ellos lo que deseaba, y éste de ahora no sería muy diferente. Sin embargo, desde la primera palabra y el cálido apretón de manos, Tom

Penney percibió algo distinto. Era un hombre francamente cordial y nada hipócrita, con el que se podía hablar de hombre a hombre.

Penney repitió su nombre:

—Donnelly, ¿eh?

Y cuando el sacerdote le dijo que venía por encargo del inspector, murmuró:

— ¡El bueno de Price!

El Padre Donnelly le invitó a sentarse. Tom rehusó, diciendo:

—Uno está sentado todo el día.

Después, sólo contestó con monosílabos — ¡ah!; sí; ya— mientras el sacerdote hablaba de mil cosas que podían interesar a un hombre... menos de la que Tom esperaba precisamente de él. Comenzó hablando de los últimos partidos entre los Dodgers y los Yanquis ([2]). En otro tiempo y otro lugar, Tom Penney habría convertido en una viva conversación sobre el tema lo que ahora era nada más que un monólogo del sacerdote, especialmente cuando el Padre Donnelly manifestó su simpatía por los Dodgers, que perdieron un juego teniéndolo ya casi ganado al fallar el *catcher* el tercer golpe en el tercer *out* de la novena carrera.

— ¡Mala suerte!—fue todo el comentario de Penney. A continuación, el sacerdote se puso a hablar de la guerra. Tom encontró que aquel clérigo era un diplomático, un sagaz psicólogo, un experto estratega o algo por el estilo al oírle comentar el avance nazi hacia Moscú y predecir que sería rechazado más por el invierno ruso que por los ejércitos rusos, apoyándose en la derrota de Napoleón en los mismos parajes, a causa de la misma incontenible fuerza.

— ¡Cuántas pequeñas causas dan lugar a grandes desastres!—añadió —. Piense en esto: unos menudos copos de nieve cayendo del cielo ruso derrotaron al mayor genio militar que la Historia ha conocido.

Luego, como fascinado por la paradoja, el sacerdote se refirió a las gotitas de lluvia que al helarse fueron la causa remota de una catástrofe de las que Tom oiría hablar siendo niño: el hundimiento del *Titanic* ([3]) Mientras el Padre Donnelly proseguía con sus ejemplos de pequeñas causas productoras de grandes efectos, Tom esperaba que acabara diciendo: *Una*

[2] Famosos equipos de *base-ball*. (Nota del traductor.)

[3] Famoso transatlántico inglés, que en su primer viaje a América, en 1912, chocó con un *iceberg* en aguas del Atlántico, hundiéndose en media hora. Resultaron ahogadas casi dos mil personas. *(Nota del traductor.)*

lucecita de tráfico ha traído a usted a esta situación, o la pequeña presión de un dedo en un gatillo puede traer terribles consecuencias. Pero, ante su gran sorpresa y alivio, el sacerdote dijo, sencillamente:

—También de pequeñas causas se originan grandes triunfos, amigo mío. San Pedro se convirtió por una mirada; San Agustín, por la voz de una niñita. La batalla de Marengo cambió su signo porque un joven tambor no sabía cómo se redoblaba ordenando la retirada. Seguramente recuerda usted la anécdota de aquel rey de Inglaterra que observaba a una araña, y decía: *Prueba, prueba otra vez*.

— ¡Hum!—fue el único comentario que se le ocurrió a Penney.

No era, ciertamente, un comentario muy alentador; pero el Padre Jorge estaba decidido a cumplir su promesa a Price hasta el final. Siguió charlando de los incidentes que habían cambiado la marcha del partido de fútbol Duke-Colgate pocos días antes y de la victoria del Kentucky Wildcats sobre el Xavier por 21-6; discutió la composición de los equipos de la Liga del Sur, y acabó afirmando que el Center's Praying Colonels necesitaba otro Bo Me Millin. Tom asentía, pero la conversación no daba más de sí. El Padre Jorge quiso terminar la visita en un tono más familiar.

— ¿Le dan bien de comer, Tom?

Perfectamente.

— ¿Tiene bastantes cigarrillos?

—Sí.

— ¿Le permiten leer periódicos?

—Sí.

El Padre Jorge se levantó. El reloj le había dicho que llevaba tres cuartos de hora con aquel hombre. Su cabeza le decía que no había conseguido nada. Su corazón le aconsejaba romper aquella fría coraza de reserva tras la que se escondía el verdadero Tom Penney si quería hacer algo bueno por él. Pero no sabía cómo hacerlo.

—Bueno, Tom. Crea que me gustaría poder ayudarle. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Quiere que le envíe alguna cosa?

—No. Nada.

—Creo que ya lo estoy haciendo, Tom. Ahora recuerdo que siempre rezo por usted…, y quizá sea algo...

El sacerdote le tendió la mano, pero el preso no la tomó y permaneció inmóvil, contemplándole con sus ojos llameantes como una llamita azul. El

Padre Jorge no sabía exactamente qué hacer ni qué aguardar. Lo que siguió fue lo que menos podía imaginar después de la experiencia de aquellos cuarenta y cinco minutos últimos.

— ¿Quiere usted sentarse un ratito más, Padre?

El sacerdote se sentó.

—Me encuentro en una encrucijada. Yo querría hablar con usted de religión. Lo más probable es que me condenen por este crimen. Ya que no he vivido como es debido, deseo morir dignamente. Quisiera hacerme católico.

Sentado al borde de la silla, Tom Penney se dirigía a un sacerdote, cuyo corazón palpitaba con violencia.

—Yo conozco muy poco de su religión, Padre. De niño, jugaba con una pandilla de chicos católicos a los que acompañaba cuando iban a confesarse los sábados por la tarde, esperándolos en un banco al fondo de la iglesia. Cuando estuve en Francfort, me encargaron del cuidado de una capilla, y elegí la católica. Pero nunca supe exactamente lo que significaba todo aquello...

El preso se interrumpió. El sacerdote veía ahora sus ojos no sólo llenos de amistad, sino encendidos por una penetrante centella. Se inclinó hacia él y le sonrió:

—Perfectamente, Tom. Creo que podrá saberlo en cuanto reciba la preparación necesaria.

— ¿De quién?... ¿Del inspector Price?

—No pensaba en él. Aunque no creo que le fuera difícil dársela. No. Pensaba en algún sacerdote de la ciudad. Tal vez el Padre Sullivan.

— ¡Oh, no!—exclamó Penney, poniéndose en pie. El tono de su voz expresaba decisión y disgusto, y continuó:

—Si usted no puede hacerlo, olvide cuanto le he dicho.

—Pero, Tom... Yo resido en Covington... A ochenta millas de distancia...

—No lo sabía. Pero si es así, no he dicho nada. Lo olvidaremos.

— ¡Oh, no, Tom! Yo le enviaré al Padre Sullivan o...

— Si usted no puede venir, Padre, no quiero que venga otro.

El Padre Jorge le tendió la mano. Penney la estrechó.

—Si ése es el camino que usted escoge, Tom, lo seguiremos. Me

pondré de acuerdo con el párroco de aquí y con mis superiores. Crea que me llenará de alegría instruirle... El sacerdote sintió que la mano del preso estrujaba la suya. El, a su vez, apretó también la de Penney.

Esta mañana hablé con Sor María Lorenza y Sor Ana Roberta, y me han contado la visita que le hicieron. Rezan por usted todos los días.

—Me encantaría que volvieran a menudo —contestó Tom.

—Lo creo. Hablaré de ello...

— ¿De veras lo hará?... ¿Cómo me ha dicho que se llaman?

—La más vieja es la hermana María Lorenza. La otra es la hermana Ana Roberta.

—María Lorenza y Ana Roberta —repitió el preso.

Bueno, Tom, ahora le dejo, pues todavía tengo que correr bastantes millas. En cuanto llegue a casa le enviaré algunos libros y volveré por aquí la semana que viene.

Se separaron.

El corazón del sacerdote iba cantando alegremente: «¡Oh Dios, Dios, qué extraños son tus caminos!»

Penney volvió a su celda, sintiéndose más feliz que ningún día desde el 27 de septiembre.

Al día siguiente llegó a la cárcel un paquete certificado. Tom lo abrió con impaciente curiosidad. Aunque no traía indicación de remitente, tan pronto como leyó el título del libro que venía dentro adivinó el origen del regalo. La cubierta decía: *El Padre Smith instruye a Jackson*. En la hoja blanca se leía esta sencilla dedicatoria: «Usted es Jackson; yo seré el Padre Smith. Con los mejores deseos y una especial bendición de Dios, *Padre Jorge*.»

Mientras enfilaba una curva en la carretera, el Padre Donnelly pensó rápidamente en las cinco visitas que llevaba hechas a East Short Street ([4]), reconociendo haber recibido en ellas más de lo que había dado. Desde la primera se dio cuenta de que no podría enseñar a Tom Penney ni siquiera la mitad de lo que él aprendería por sí mismo. En efecto, el preso había leído la primera parte de *El Padre Smith instruye a Jackson*, no sólo con una mente abierta, sino también con una mente cerrada, según la frase de Chesterton, cuando afirma que cada mente debe abrirse y cerrarse *como una boca para*

[4] La calle en que está situada la prisión. *(Nota del traductor.)*

asimilar lo sólido y sustancioso. Tom tenía preparadas numerosas preguntas, todas ellas demostrativas de una profunda reflexión después de la lectura... Por haber asimilado lo leído, más que aclaraciones, trataba de obtener ampliaciones.

—Todo estuvo perfectamente dispuesto —dijo el día que hablaron de la Creación y de los propósitos del Señor al crear al hombre y al crear a Tom Penney. Cuando se trató de la Ley Natural, el preso comentó—: Cualquiera que niegue la voz de la conciencia es que no tiene oídos como yo, Padre. Yo siempre supe cuándo hacía el mal, y creo que todo aquel que lo hace lo sabe también. Pero todos nos lo negamos o nos lo excusamos, y preferimos echar la culpa a la sociedad. Algo de verdad hay en esta acusación —añadió, ceñudo—, pues la sociedad levanta una muralla entre ella y el hombre que delinquió una vez. Fíjese en mí. Poco antes de este final, intenté obtener licencia para conducir un taxi, que me fue denegada porque la Policía tenía mis huellas dactilares. De habérseme concedido, usted no estaría sentado ahí esta tarde.

Con una ligera sonrisa, concluyó

—Pero quizá tampoco me habrían ocurrido otras cosas buenas, Padre. Ahora pienso que tengo alguna posibilidad de salvar mi alma. ¡Creo, Padre Jorge, creo! Esta explicación católica es soberbiamente sencilla y satisfactoria. No excluye nada, ni siquiera mi inclinación al pecado...

Mientras el Padre Jorge se adentraba en el tráfago urbano de Lexington, volvió a plantearse la misma pregunta que se hacía después de cada conversación con Tom Penney. ¿Qué había hecho aquel hombre para alcanzar tantas gracias, o quién lo estaba haciendo por él? Posiblemente, su madre con sus plegarias. Pero el Padre Donnelly más bien se inclinaba a atribuirlo a las monjas, considerando como una gran merced divina el interés apostólico que habían puesto en el preso.

El sacerdote sonreía al evocar la conversación sostenida con Sor Ana Roberta inmediatamente después de la primera visita de las religiosas a la cárcel.

— ¡Oh, Padre —había dicho la monja—, cuando sentí el ruido de la llave aquel día, mi corazón empezó a dar saltos!... ¡Una monja sola con un asesino!

— ¿Sola? ¿No estaba con usted la hermana María Lorenza?

—Sí. Pero no había más que tres sillas. Sor María Lorenza ocupaba la más próxima a la puerta y Tom se sentó enfrente de mí. Casi casi era como

si estuviésemos él y yo solos en la celda.

— ¿Cómo en la celda?

—Bueno, sí; ya sé que lo llaman sala de visitas; pero como tenía una reja de hierro en lugar de puerta, a través de la cual nos veían desde fuera, para mí era lo mismo que una celda. Sin embargo, en cuanto empezó a hablar Tom, me olvidé de dónde estábamos. Tiene un corazón tan infantil...

Al detenerse por una señal luminosa, el Padre Jorge pensó en el reproche de un individuo que, pocos días atrás, le aseguró que conservaría mejor su buena fama si cesaban sus visitas a la cárcel del Condado y a los asesinos de las Miley. El sacerdote frunció el ceño, lo mismo que había hecho al oír aquella impertinencia. «¿Por qué las gentes serán tan incomprensivas? —se preguntaba—. ¿Por qué se olvidaban de que Cristo vivió y murió entre los pecadores? ¿Por qué no recordaban aquellos versos:

Comió con ellos y bebió con ellos,
y murió acompañado de dos de ellos en una colina?»

Cuanto más pensaba en esa actitud de la humanidad, mayores eran su perplejidad y su indignación. ¡Cuándo se darían cuenta todos esos orgullosos de sí mismos de la verdad de las palabras de Abraham Lincoln al contestar a un puritano miembro del Congreso que le exigía condenar a un borracho tambaleante: *¡Si lo hiciera, me convertiría en Abraham Lincoln por la gracia de Dios!* El Padre Jorge estaba seguro de que quizá el congresista llegara a comprender la prudencia de tal respuesta, lo mismo que millones de personas habían comprendido la interrogación de San Agustín: *Si tantos hombres y tantas mujeres son capaces de alcanzar las cimas de la santidad, ¿por qué no puedo alcanzarlas yo también?*

«Con estas gentes modernas...», se dijo; pero en seguida interrumpió su soliloquio, pues se sentía irritado dentro de su alzacuello de sacerdote romano, y un hombre que usa alzacuello no tiene derecho a irritarse. Movió despectivo la cabeza recordando al hombre que le había dicho que con sus frecuentes visitas a Tom Penney comprometía el limpio prestigio de la Iglesia Católica.

— ¡Bah!—exclamó, entrando con su coche en el jardín del hospital—. Lo que hacía falta es que todas esas gentes leyeran *El lebrel del cielo* y supieran que Dios nos acosa día y noche hasta alcanzarnos..., aunque sea en la celda de una cárcel.

Sonrió mientras cerraba el coche, y, ya tranquilo, pensó en las

personas que creen que el camino de la vida termina en algo distinto y mejor que el Hospital de San José. Había parado más allá del emparrado que cubría la puerta, y hubo de retroceder hasta ella, dando tiempo a que las hermanas María Lorenza y Ana Roberta llegasen a su habitación casi antes que él hubiera colgado el abrigo y el sombrero.

— ¿Por qué está Tom tan seguro de que va a morir? —fue la primera pregunta de Sor Ana Roberta.

—Dígaselo, Padre. La hermana Ana Roberta no pierde de vista los hechos.

— ¿Qué dicen sus abogados?

El Padre Jorge movió la cabeza.

—No he hablado con ellos, hermana; pero, según Tom, no parecen tener muchas esperanzas.

—Pero... la única bala de la pistola de Tom apareció en el suelo.

—Yo lo sé, hermana. Tom está muy contento porque no es un asesino y podérselo asegurar así a su madre. Por cierto, ¿han visitado ustedes a esta señora?

—Claro que sí—respondió Sor María Lorenza—. Por ella precisamente deseamos que los abogados puedan hacer algo.

—Lo mismo quisiera yo —dijo el sacerdote, con tristeza—. Pero después de la campaña que están haciendo los periódicos, será muy difícil encontrar un Jurado sin prejuicios. Desde luego, el crimen fue brutal. Eso no puede negarse... Temo que Tom no tenga muchas probabilidades de librarse de la máxima pena.

— ¡Es horrible que no podamos hacer nada!

—Desde luego, hermanas; pero no debemos atormentarnos por ello —replicó cariñosamente el Padre Jorge—. La mano de Dios es tan evidente en todo este asunto, que no puedo menos de considerar que todo ocurre de la mejor manera. Fíjense cómo y por qué cada uno de nosotros tiene intervención en el caso. Yo no tenía que pasar por Lexington al volver de Getsemaní, y, sin embargo, pasé. Por otra parte, usted, Hermana María Lorenza, no debía haber estado en San José los días que estuvo su hermana. Usted, Sor Ana Roberta, es una instructora de enfermeras y no una monja enfermera. A pesar de todo, las dos se encontraban en la habitación de la señora Price cuando llegó su marido, que, gracias a Dios, había prometido dar un paseo en su coche a Jackie Regan... Todo esto, ¿no parecen las piezas de un rompecabezas? Cada actitud y cada detalle completan el cuadro.

Todos hemos sido como peones en el tablero de ajedrez de Dios, o, mejor aún, como marionetas cuyos hilos movieran sus Divinas Manos. ¡Es maravilloso! Por eso no me preocupa el porvenir, aunque piense en él detenidamente. Incluso las preguntas y respuestas que Tom me dispara incesantemente me parecen dictadas desde el cielo. En media docena de conversaciones conmigo, ese hombre ha aprendido mucha más Doctrina que otros en seis meses. Esto es precisamente lo que más me hace pensar en que le queda muy poco tiempo de estar en este mundo.

—Pero, bueno, Padre —insistió Sor María Lorenza—. Si Tom alegara la Ley de la Evidencia... ([5]), ¿no encontraría una posibilidad de salvarse de la silla eléctrica?

El Padre Jorge entornó los ojos con curiosidad.

— ¿Ha hablado usted de eso con su cuñado?

La monja respondió que no con la cabeza,

—Pues Austin es el único que podría contestarle con exactitud, hermana. Yo debo confesar que también había pensado en ello, y se lo dije a Tom aconsejándole alegarla, o, al menos, que la alegase su madre. Su respuesta fue: *Ni mi madre ni yo nos chivaremos, Padre. Si esperando lo peor nos sucede lo mejor, nuestra alegría será inmensa. Ya el inspector Austin me insinuó en Texas que no había nada que hacer. Maupin, Harrigan y Gravitt me han dicho aquí lo mismo. Así que, como tampoco espero nada de la Ley de Evidencia, recorreré uno por uno todos los pasos del camino.*

—Y ¿por qué adopta esa actitud? —gimió Sor María Lorenza.

—Eso mismo le pregunté yo, hermana. ¿Adivina lo que me contestó?

—Me lo figuro —dijo Sor Ana Roberta alegremente—. Ahora sabe lo que significa agradar a Dios.

—Algo por el estilo, hermana. Dijo que no quería ofenderle otra vez, pues ya tenía bastantes culpas en su conciencia sin necesidad de añadirle una mentira.

— ¡Es maravilloso ver cómo el alma de ese hombre se hace cada vez más grande!

— ¡Maravilloso y edificante, hermana! Tom Penney no es todavía un católico, sino un catecúmeno. Pero ¿cuántos católicos, cuántos sacerdotes,

[5] *State's Evidence*. En el Derecho proceso anglosajón se denomina así la declaración del cómplice contra los participantes de un delito para librarse de la pena. *(Nota del traductor.)*

cuántos religiosos se esfuerzan como él por alcanzar el camino de la perfección?

La hermana María Lorenza sonrió luminosamente.

—Me encanta oírle hablar del camino de perfección. Pero a mi cuñado será mejor hablarle de la Ley de la Evidencia.

—Ya he pensado hacerlo, aunque es una cuestión muy delicada. La ciudad está indignadísima con Anderson, Baxter y Penney. Tanto, que estoy seguro de que desea ver rápidamente aplicado el aforismo penal *summum jus, summa injuria*.

— ¿Qué quiere decir eso en nuestro idioma, Padre? —preguntó Sor Ana Roberta.

—Quiere decir que habrá de aplicarse la Ley con todo su rigor. Como saben ustedes, Baxter no estuvo en el Club, y la pistola de Tom hizo un solo disparo que no mató a nadie. Sin embargo, probablemente los tres serán condenados a muerte: Anderson, como asesino, y los otros dos, como cómplices. Es la Ley.

—Pero el que utiliza la Ley de la Evidencia, ¿no obtiene alguna ventaja?

—Generalmente, sí. Pero, como he dicho, hay que pensar con más elevación. Tom lo sabe, y se obstina en decir: *Lo más probable es que me condenen*.

—Bueno, pues, a pesar de todo, yo seguiré rezando para que no le condenen —fue la decidida y un poco desafiante réplica de la hermana Ana Roberta.

—Y nosotros con usted, hermana —dijo suavemente el Padre Jorge.

—Entre tanto, hable usted con mi cuñado.

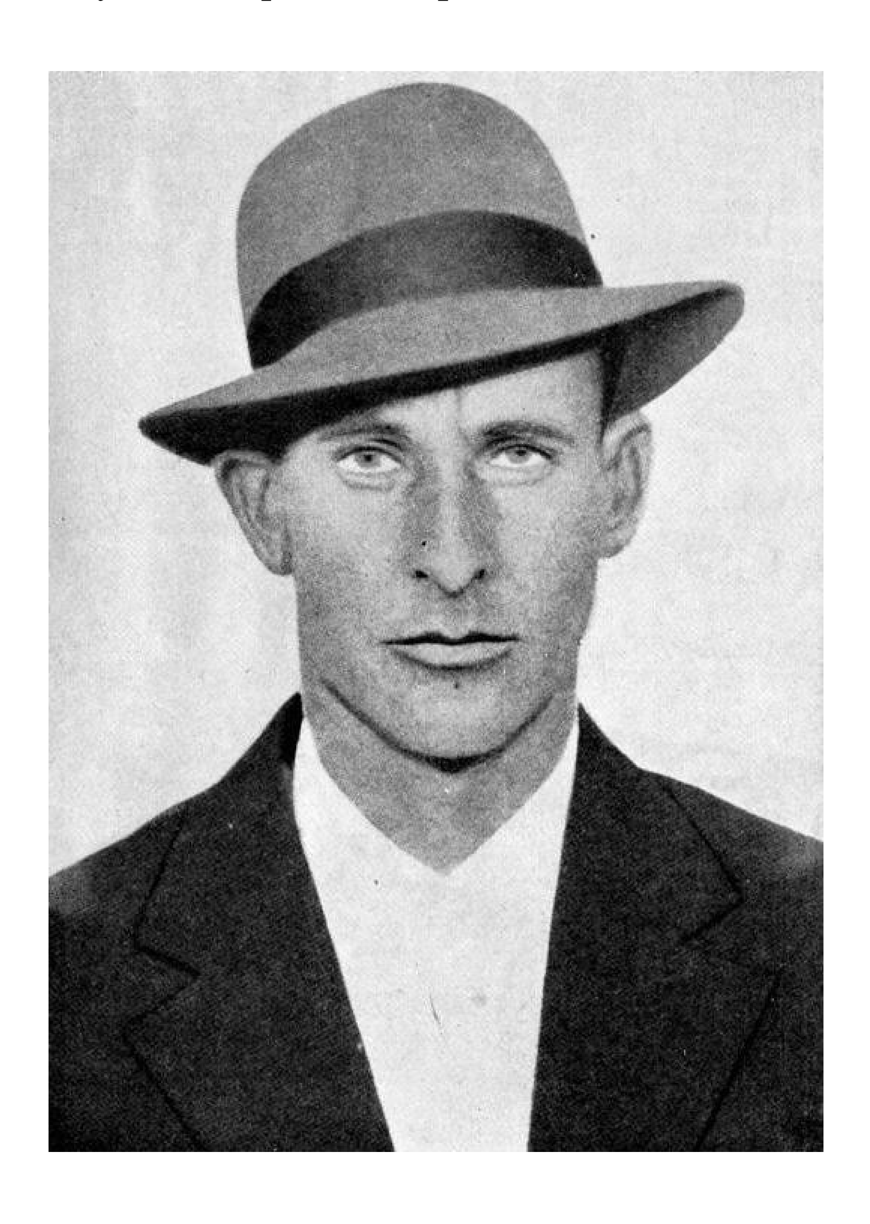
—Lo haré, hermana. Aunque ya sabe que mi deber es ocuparme de que Tom Penney nazca otra vez con el Bautismo, mucho más que procurar que, en lugar de morir en la silla eléctrica, pase en la cárcel el resto de sus días. Pero díganme, hermanas: ¿no es ya la hora de preparar las bandejitas de la cena?

Las dos monjas se echaron a reír.

—No se preocupe por las bandejitas, Padre. Usted tiene puesto su cubierto en el comedor de los capellanes hace mucho rato. ¡Tenía tanta cara de hambre al bajar del coche!...

—La verdad es que las monjas podían enseñar su técnica a los

detectives. ¡No hay detalle que se escape a sus miradas!



CAPÍTULO IV

SENTENCIADO A NACER

Terminada la cena y la visita a unos cuantos enfermos, el Padre Donnelly se metió en su coche, le dio la vuelta y salió con dirección a la cárcel del Condado. Los preparativos que se hacían en las calles principales para conmemorar el Día del Armisticio le hicieron pensar que tal vez fuera un crimen celebrar esa fecha cuando la mayor parte del mundo se encontraba en guerra. Pero en seguida se encogió de hombros, sin comprender la alegría con que el género humano se enfrentaba con la vida aun sabiéndose acechado por la muerte en cualquier encrucijada.

Llegado a su destino, bajó del coche y subió los doce escalones de piedra del viejo edificio. El oficial de guardia, que estaba en su oficina, le saludó afablemente,

—Supongo que viene a ver a Penney, ¿no, Padre?... Puede pasar a la sala de visitas. Se lo traigo en seguida.

—Siento mucho molestarle, señor Veal. Preferiría hablar a Tom en su celda; pero...

—No me molesta en absoluto, Padre. ¿No está usted enseñando la doctrina a Tom?... El mejor sitio para ello es la sala de visitas. Arriba hay demasiados ojos, oídos y lenguas. Baxter y Anderson están ahora allí, como usted sabe.

—Ya lo he oído decir. Y Tom ha prometido presentármelos un día.

Pronto apareció Tom, acompañado de un carcelero. Saludó al oficial:

—Muchas gracias, señor Veal.

Luego dio las gracias también al guarda que le había conducido. En seguida se volvió al sacerdote, estrechó su mano y le dijo:

— ¡Padre Jorge! Tengo más de cien preguntas que hacerle. Ya me sé todas las oraciones que me dio: el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo, los Actos de Fe, de Esperanza, de Amor y de Contrición. Y ya he rezado mi

acción de gracias. Las repito cien veces al día. Pero todas ellas me plantean alguna duda.

—Veamos cuáles son.

—Por ejemplo, esta frase del Credo que me mandó usted estudiar: *Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos*.

— ¿Qué encuentra de dudoso en ella?

— ¿Se habla de Jesús al decir *ha de venir?*

—Desde luego.

—Entonces, ¿es cierto que El será nuestro Juez?

—Claro.

—Ahora veo que no me equivocaba. El Dios que va a juzgarme es el mismo que perdonó a Dimas, el buen ladrón, prometiéndole que estaría con El en el Paraíso al siguiente día, ¿no?

—Ese será su Juez, Tom..., y el de todos los hombres.

Penney se levantó de su silla y dio unos pasos por la estancia, murmurando:

—Parecía demasiado hermoso para ser verdad.

— ¿Qué quiere decir, Tom? —preguntó el sacerdote tranquila y cariñosamente.

Tom se volvió, levantó las manos con un ademán de triunfo, y exclamó:

— ¡Porque es maravilloso, Padre! Jesucristo, el que como usted me ha dicho resucitó a un muchacho muerto y se lo devolvió a su madre viuda; Jesús, que no permitió a los judíos lapidar a la mujer adúltera; Jesús, que se compadeció de aquella ramera..., ¿cómo se llamaba?

—María de Magdalena.

—Jesús, que la protegió y defendió contra las turbas en el festín, ¿recuerda?

El Padre Jorge asintió con un gesto.

—Si ese Jesucristo va a ser mi Juez, estoy dispuesto a morir ahora mismo. Mire, Padre: quiero que el proceso se celebre pronto; quiero estar cuanto antes ante los hombres, que me verán como a través de un agujero en una muralla. Allí estarán los abogados, muchachos excelentes, y los rígidos acusadores, que me abrumarán con sus hábiles preguntas y desvirtuarán mis respuestas hasta que lo blanco parezca negro, y viceversa. Allí estarán los

doce hombres buenos y veraces del Jurado, que, haciendo gestos y sin conocerme desde Adán, escucharán la serie de despropósitos que chorrearán los labios elocuentes del fiscal, que tendrá los ojos fijos en su posición política, mientras con sus dedos el pulso del populacho... Pero yo sé que ninguno de ellos será capaz de juzgarme verdaderamente. Me condenarán a la silla eléctrica, y me quitarán la vida por un crimen que no he cometido.

—Pero, Tom...

— ¡Oh, sí; lo sé, lo sé! La Ley dice que moralmente soy reo de asesinato. Ya he hablado de ello con mis abogados. Sé cuáles serán las acusaciones y cómo se desarrollará el proceso. Hasta sé lo que dirán el veredicto y la sentencia. No me importa. Lo que me alegra es que Jesucristo sea mi Juez Supremo. ¡Jesucristo lo sabe todo! Usted me ha dicho que es Dios. Yo le creo a usted y creo en El. Y me hace feliz saber que El será mi Juez.

Los labios del Padre Donnelly se abrieron en una lenta sonrisa, aunque su corazón latía apresurado. Le parecía sentir la Gracia Divina inundando aquella habitación con dos sillas solitarias y su reja de hierro. Por enésima vez desde que conocía a Tom Penney, se repetía a sí mismo: ¡Oh Señor, qué extraordinarios son tus caminos! Pero al preso, de ojos brillantes y rostro transfigurado por el entusiasmo y la alegría, le contestó:

— Tiene usted razón, Penney. Usted posee la verdad desde un punto de vista; pero dudo si la ve desde todos los demás. Jesucristo, que va a juzgarle a usted, conoce todos nuestros pensamientos, palabras y hechos desde el momento en que empezamos a pensar, a hablar y a hacer; desde nuestro primer acto de piedad hasta nuestro último pecado...

— ¡Qué buen abogado hubiera sido usted, Padre! Sí; ya he pensado todo eso, y por ello precisamente tengo tanta confianza. Siento como si Jesucristo hubiese estado mirando dentro de mí la noche del crimen del Club de Campo. Él sabe bien que la idea de asesinar no había cruzado en absoluto por mi imaginación.

—Pero, Tom..., ¿no fue en aquellos días cuando usted se unió al criminal?... Y, sobre todo, usted tenía el propósito de asaltar el Club... Eso no lo puede negar.

—Claro que no. Lo hice... Escuche, Padre, y no se ofenda por ello. ¿No me dijo usted que Dimas, el ladrón que murió junto a Cristo, era un hombre vicioso y abyecto?

—Por lo que se sabe, debía de serlo. Los romanos le condenaron a

muerte, y él mismo reconoció en la Cruz que la sentencia era justa.

—Entonces..., ¿sería realmente reo de un delito capital?

—Es de suponer...

— ¿Comprende usted ahora por qué me siento tan dichoso?... ¿Recuerda lo que Jesús le dijo en el Calvario?

— ¿Qué quiere decir, Tom?

—*Mañana estarás a mi lado en el Paraíso*. ¡Ah, Padre, si todo cuanto me ha dicho de Nuestro Señor es cierto; si todo cuanto he leído ocurrió, estoy salvado! Debo ser un bruto, pero no tanto que no pueda ver que Dios es piadoso. La primera plegaria que las hermanas me enseñaron fue ésta: ¡Oh Jesús mío, ten piedad de mí!... ¿No fue algo parecido lo que Dimas dijo a Cristo en la Cruz?

—Sí, sí... Sin embargo, muchos hombres temen ese Juicio último...

—Entonces, es que ellos, o no conocen a Dios..., o que yo estoy loco. Dígame si tengo razón o no. Padre... Dios es un Niño para mí, ¿no? ¿No es esto lo que quiere decir «nació de Santa María Virgen»?

—Exactamente.

—Ya es Dios desde la cueva, desde el establo de Belén. Luego crece y hace cosas maravillosas. Cura a los sordos, a los ciegos, a los tullidos; limpia las úlceras a los leprosos, saca del pozo al enemigo... Ya mayor, camina sobre las aguas y resucita a los muertos, al niñito de la viuda, a la muchacha de veintidós años, hija del gobernador; a Lázaro... ¡Qué hermosa tarea!... El mismo, Hombre, defendió a aquellas mujeres de las que hemos hablado: la adúltera y la ramera. Murió en una Cruz después de prometer a Dimas su eterna presencia en el Paraíso y de rogar a su Padre por los bárbaros que le asesinaban. ¿Él va a ser nuestro Juez, y dice usted que hay quien le teme?

—Muchos.

—Hay cosas absurdas, Padre. O yo me equivoco o ellos tienen una carga de pecados más graves que los míos. ¿Por qué si no tenerle miedo?

El sacerdote no se atrevía a echar un jarro de agua fría aquel cándido entusiasmo, aun cuando deseaba hacer saber a su discípulo toda la verdad y contemplar el cuadro en toda su amplitud. Así, pues, con hábiles palabras le recordó el Infierno, y le dijo que aquel Cristo cuyas manos y labios derramaban tantas mercedes, era el mismo que había fulminado terribles anatemas y castigos contra escribas y fariseos; el Jesús que lloró por

Jerusalén era el mismo Dios que permitió su destrucción; el Jesús que rezaba por los judíos, mientras éstos le clavaban en la Cruz, era el mismo Dios que permitió su ruina como nación y su dispersión por todo el mundo. Era el dulcísimo Jesucristo, pero también el justísimo Dios.

Una profunda arruga surcaba la frente del preso mientras seguía las palabras del sacerdote con ferviente atención. El Padre Jorge habló extensamente de justicia de Dios, terminando con estas palabras:

—El Infierno existe, Tom, y muchas almas son condenadas a él por Dios, que es justo.

La frente del preso no se arrugó ni se apagó el enigmático brillo de sus ojos, pero su voz sonó serena y con un tono de firme convicción cuando dijo:

—Todo eso no me asusta, Padre. Al contrario, aumenta mi esperanza y mi alegría. Esa justicia de que usted habla es precisamente la que me da tanta confianza. Mi deseo es comparecer ante un juez justo... Ser juzgado por quien lo sepa todo.

—Pero usted sabe, Tom, que ha hecho muchas cosas malas...

— ¡Más de las que puedo contarle, Padre! ¡Más de las que puedo enumerar! Pero pienso que también las hizo Dimas, y como se arrepintió fue perdonado. A mí me puede ocurrir lo mismo, como a todos los demás que se arrepientan sinceramente. Si todo cuanto las hermanas y usted me han dicho es verdad, la justicia de Dios le hará tener compasión de mí. Si yo me arrojo a mí mismo a merced del Tribunal de Lexington, ¿qué obtendré? ¡La silla eléctrica! Pero Dios... ¡Ah, no, Padre, usted no puede engañarme! No sé si esto será herejía, como usted dice, o blasfemia; pero yo creo que la justicia de Dios le hace ser compasivo. ¿No le parece?

El pensamiento del Padre Donnelly rebuscaba en su memoria. ¿Dónde había oído o leído antes palabras parecidas a las de Tom Penney? ¿A Fulton Sheen? No, no. En alguien más antiguo y de mayor autoridad. Tal vez en San Agustín. Sonaban gravemente como las de él. ¿Acaso en el Breviario? Alguien — ¿quién?—había dicho en algún sitio las mismas palabras del preso: La justicia de Dios te hará misericordioso.

Miró fijamente a Tom, y dándole golpecitos en la pierna, murmuró despacio:

—Yo no puedo llamar herejía o blasfemia a eso que usted dice, pues lo considero como la más exacta definición de la verdad que he oído en mi vida. ¿Dónde la ha aprendido?

—No sé... Estaría en mi razón... O quizá se la habré oído a las hermanas. En sus cortas visitas me enseñan muchas más cosas de las que se figuran. Sor Ana Roberta me ha contado la vuelta del Hijo Pródigo después de correr muchas aventuras. Su padre era como todos los padres, y le perdonó lleno de júbilo al verle de nuevo en la casa. Bebieron, comieron, cantaron... La hermana dice que Dios es como el padre del Hijo Pródigo para todo el que vuelve a Él. Dios es nuestro Padre, y por eso la plegaria empieza llamándole Padre nuestro, ¿no es verdad?... Sor María Lorenza me habló del Buen Pastor y del Buen Samaritano... Yo espero no estar equivocado... Pero ese párrafo del Credo que usted dice asusta a la gente, es el que a mí me produce más alegría.

El Padre Jorge había ido dispuesto para hablar de ese párrafo, esperando mayores dificultades para hacérselo comprender al preso. Suscitó la conversación dando más importancia a la misericordia de Dios sin menospreciar su justicia, a fin de tranquilizarle. Pero se encontró con que se volvían las tornas, y tenía que dar más importancia a la Justicia Divina que a la Misericordia.

Una vez más, Tom le sorprendió con su afirmación de que la Justicia de Dios era la que le conducía a la clemencia. El sacerdote miró el reloj. Eran cerca de las cinco. ¡Qué de prisa había transcurrido aquella hora y media! Se levantó, sin sacar las manos de los bolsillos de la levita.

—Muy bien, Tom. Estudie el párrafo siguiente. Volveré el jueves o el viernes. Ahora dígame cuándo me va a presentar a Bob y a Baxter.

El rostro de Penney cambió de expresión. La luz que brillaba en sus ojos mientras hablaba de Cristo y de su Justicia se nubló. Incluso su voz era otra.

—Bob no está todavía en condiciones, Padre. Se lo presentaré cuando esté más tranquilo. Confíe en mí.

Dos semanas después, cuando ya habían analizado el último párrafo del Credo, Tom dijo:

—He mandado recado a Bob esta tarde... Pero permítame que antes de presentárselo le haga una advertencia. Bob es un tío fresco. Pero las hermanas y yo rezamos por él.

Cuando el sacerdote le preguntó qué motivos tenía para decir tal cosa, Tom respondió:

—Quizá demasiados.

El Padre Jorge pudo enterarse de que todo cuanto había sucedido a los

tres delincuentes era obra exclusiva de uno solo de ellos. En el tono de voz de Penney se advertía un fondo de amargura al decir que Anderson había sido capaz de sobornar a los abogados. Tom y Baxter aceptaron los que se les nombró de oficio. Pero Bob requirió los servicios de W. Clarke Otte y S. Rush Nicholson, de Louisville. Según noticias que Anderson le había enviado, era evidente para Tom el sentido que trataban de imprimir a la defensa de su cliente, centrando toda la responsabilidad directa o indirecta sobre Penney.

—El proceso se celebrará dentro de dos semanas, y yo seré su testigo más importante —añadió con gesto de angustia.

—Los periódicos dicen que serán juzgados separadamente, Tom.

—Es verdad. Y estoy seguro de que el fiscal, Park, tratará de utilizarme contra Bob, contra Baxter y, por último, contra mí mismo. No va a ser muy agradable, que digamos. Nada odio más que la soplonería. Anderson y Baxter pensarán que les voy a acusar, que soy un boceras y un chivato. Pero no lo crea, Padre. Al único que realmente acusaré es a Tom Penney...

El sacerdote le miró con asombro. Penney prosiguió, rápido:

—Con ello ganaré a Dios, que es lo importante, ¿no es cierto?

—Claro que sí, Tom.

—Rece para que tenga la cabeza despejada cuando me siente en el banquillo. Porque reciba en él todos los golpes del fiscal y de los abogados de Bob... Ahora vendrá Bob... Uno de los libros que usted me mandó dice que nosotros mismos escribimos nuestra sentencia y que Dios solamente lee en voz alta lo que hemos escrito. Tengo miedo de que Bob esté escribiendo torcido, Padre. Así que haga lo que pueda... Vamos, Roger—dijo, llamando al guardián, que esperaba al otro lado de la reja. La llave giró, y Penney salió.

Cinco minutos después entró en la sala de visitas un hombre rechoncho, bien afeitado y muy acicalado. Suavemente dijo:

—Usted debe de ser el Padre Jorge. Yo soy Bob Anderson. Tom me ha dicho todo lo que usted ha hecho por él, y cree que también podrá ayudarme a mí.

Unas pocas preguntas bastaron al sacerdote para saber que estaba hablando con un hombre inteligente, aun cuando la suavidad de su blanda voz y su sonrisa y sus gestos insinuantes pusieran de manifiesto superficialidad y afectación. El Padre Donnelly haría cuanto pudiera por el

alma de aquel hombre, advirtiendo desde el principio que no encontraría en él la firme colaboración con la gracia de Dios y la plena sumisión a la verdad manifestadas en la capitulación de Penney. No obstante, empleó la misma táctica, aconsejándole rezar y leer los mismos libros enviados a Tom. Pero mientras hablaba, notaba una absoluta indiferencia en el corazón de Bob, aun cuando exteriormente asentía, no sólo con gestos corteses, sino con vivas muestras de gratitud y entusiasmo. Como ya era tarde, el Padre se despidió, prometiendo a Bob volver antes que acabara la semana, deseándole la mejor suerte del mundo.

— ¡Fíjese si la necesito! —fue la única respuesta de Bob a estas palabras.

Dos semanas más tarde, el 8 de diciembre, empezó el proceso de Bob Anderson. El día transcurrió entre discusiones; pero a la tarde, el Jurado quedó constituido. A las ocho menos cuarto, Tom Penney subió a la plataforma de los testigos, de la que descendió a las diez y veinte, cansadísimo, pero lleno de un sentimiento interior de triunfo. Había cumplido su promesa al Padre Jorge de no ofender a Dios.

Con voz clara y palabra precisa, explicó cómo se tramó el plan del robo y cómo en su ejecución ocurrieron cosas no pensadas ni esperadas ni deseadas. El abogado defensor de Bob, W. Clarke Otte, le interrogó durante hora y media. Pero, a pesar de utilizar todas las tácticas y los trucos de su destreza y veteranía, no consiguió hacer vacilar a Tom en sus respuestas. Astutamente atacaba al carácter de Penney, a fin de destruir la eficacia de sus testimonios.

— ¿Por qué dice ahora cosas diferentes de lo que dijo en Fort Worth cuando iba a volver a Lexington? ¿Por qué acusó solamente a Baxter cuando regresó?

Al leer la pregunta, el Padre Jorge vio todo lo que implicaba, y temió por la respuesta de Tom. Pero se estremeció cuando sus ojos cayeron sobre la réplica dada por el neófito: *Este crimen ya es bastante horrible. No lo embrolle usted más con mentiras*.

El siguiente ataque fue un estímulo para Tom. No bastando una insinuación, Otte preguntó bruscamente:

— ¿Tiene usted alguna esperanza de obtener alguna otra pena que no sea la de muerte?

Toda la Policía creía que Penney había confesado precisamente por llevar esa esperanza en la cabeza. Mucha gente de Lexington pensaba lo

mismo.

Aunque el inspector Price había dicho al muchacho en For Worth que no podía asegurarle que la confesión le librara de la silla eléctrica, no pudo por menos de maravillarse de la resignación y la conformidad con su destino, reflejada en la respuesta de Tom:

—No. No tengo ninguna esperanza.

El laconismo y seguridad de la respuesta impresionaron a la Sala, que escuchaba con vivo interés. Todos se sorprendieron de que no hubiese el menor desaliento en su voz al pronunciarla. Price captó la paradoja, explicándosela perfectamente, y bendijo en silencio a Dios y al Padre Donnelly.

Otte llamó de nuevo la atención de la Sala al presentar unas notas que Penney admitió ser suyas. Leyó la primera: *Bob Anderson no estuvo en Lexington el 27 de septiembre*. Otra decía que él, Tom Penney, había robado el Buick sedán de Anderson. Si el juez, el Jurado y el público se asombraron con la lectura de aquellas notas tremendamente evidentes, no se asombraron menos con la reacción de Tom Penney, que se echó a reír, no con burla o sarcasmo, sino francamente divertido.

—En efecto, es mi escritura —dijo—. Las notas son mías, pero no la composición. Son copias de las notas de instrucción que me mandó el acusado mientras estuvimos juntos en la cárcel.

Durante otra hora, Otte continuó con preguntas cuya intención no era la de exculpar a su cliente, sino la de desacreditar al testigo. Desde luego, no fue muy agradable para Tom Penney aquella hora y media.

Henry Miller le cogió ahora para interrogarle por su cuenta. Otra hora transcurrió bajo un torrente de preguntas, cuyas respuestas habrían de perjudicar, no sólo a Bob Anderson, sino al testigo a quien se formulaban. Toni Penney lo sabía, y contestaba con monosílabos, pero procurando decir la verdad.

Pasada la medianoche, volvieron los presos a sus celdas. Tom iba pensando en unas palabras que había escrito a su madre unos días antes: *La vida es hermosa aun en una cárcel*. Ciertamente, ahora no le parecía tan hermosa. Bob había dicho una palabra cuando Tom pasó ante su celda. Una sola palabra que valía por diez libros. Una palabra que Tom temía pudiera expresar el veredicto del mundo entero. La palabra era: *¡Chivato!*

A pesar del cansancio, Penney no podía dormir. Los rostros de Otte, Nicholson, Park y Miller flotaban ante él. Las preguntas y las respuestas sonaban y resonaban en sus oídos. Pero lo que más le angustiaba era la cara

de Bob Anderson, sentado todo el tiempo, mascando goma y sonriendo con absoluta tranquilidad. ¿Qué habrían urdido sus abogados? Después de los testimonios de la jornada tendrían que hacer algo completamente inesperado sí querían impresionar al Jurado.

La noche pasó por fin. Por la mañana le trajeron el periódico y Tom se tranquilizó al ver que el traidor ataque de los japoneses a Pearl Harbour les había relegado al proceso y a él a las páginas interiores. En cuanto se afeitó y desayunó, tomó papel y lápiz, y escribió:

> «Querida madre: Dos letras para que sepas que estoy muy bien. Espero que tú también lo estés.
>
> Bueno, madre, supongo que habrás visto los periódicos. Aquello fue el trance más duro en que me he visto. Pero no había alternativa posible. Tenía que decir la verdad, y no me pesa haberle dicho.
>
> Fue una dura prueba, sean cuales sean sus consecuencias. Mi proceso no se verá hasta el lunes próximo. Si tú supieras, madre, cómo me han cambiado todas estas cosas, no sufrirías ni la mitad de lo que sufres. Porque yo sé que estás sufriendo. Es tan natural en una madre, que todo cuanto te diga me parece poco... No puedo expresarte mi arrepentimiento, madre. Todo lo que puedo decir es que si muero iré a un mundo mejor, y eso mismo debes pensar tú.
>
> Charlie vino el sábado, y me trajo algunos cigarrillos Yo sé lo penoso que es para algunos venir aquí. Las hermanas María Lorenza y Ana Roberta, del Hospital, estuvieron aquí el sábado por la tarde. Son bonísimas. Quieren ir a verte otra vez y espero que lo hagan. Saluda a todos, y levanta la cabeza».

El proceso de Tom no fue el lunes, pues el de Anderson duró toda la semana. El Jurado supo el martes que solamente una bala salió de la pistola del 38 —la de Penney—, y que las dos víctimas resultaron muertas por los disparos de otra arma.

Tom vio que todo eso dirigía la causa hacia Anderson, pero también advirtió que sus propios abogados podrían utilizarlo para desviarla de él, y esperaba que estuviesen alerta.

El miércoles todo acusaba a Anderson con irrecusable evidencia. El jueves terminó el juicio. Cuando el fiscal resumió el proceso con el testimonio de Tom y terminó con estas palabras: *Penney no ha desvirtuado nada. Este crimen es tan terrible, que todos cuantos han intervenido en él*

debían pagar con sus vidas. Tom supo lo que podría esperar cuando, a su vez, fuese juzgado.

El Jurado estuvo deliberando casi veinticuatro horas. Uno de sus miembros intentó una sentencia de prisión perpetua en lugar de la muerte en la silla eléctrica. Pero, por fin, a las nueve y media de la noche del viernes 11 de diciembre, se hizo público el veredicto. Bob Anderson era declarado reo del asesinato de las Miley y su sentencia era: *Muerte en la silla eléctrica*.

El lunes comenzó el proceso de Raymond Baxter. Otra vez Tom Penney fue el testigo más destacado. Declaró que Baxter fue quien urdió la trama, asegurándoles que podrían apoderarse de unos tres mil a diez mil dólares en el Club, prometiéndoles cortar los hilos del teléfono y abrir las puertas, así como que dentro del edificio no habría más que una mujer vieja. Delmer Howard interrogó minuciosamente a Penney durante hora y media, pero no con tanta saña como W. Clarke Otte la semana anterior. Penney decía la verdad, y nada pudo hacerle flaquear.

Cuando Harry Miller se dirigió a él para interrogarle, Tom dio ocasión a una de las pocas risas que sonaron en los procesos. Entre la serie de las rutinarias preguntas *generales de la ley*, el fiscal hizo ésta:

— ¿Dónde vive?

Tom, sonriendo, preguntó:

— ¿Ahora?

La sala entera prorrumpió en un rumor de hilaridad. Miller, azorado, balbució:

—Bueno..., naturalmente..., antes de ser encarcelado...

El juicio duró hasta el martes. En el momento en que Park, recopilando lo actuado, admitió que Baxter no era reo de asesinato físico, aunque sí de asesinato moral, Tom comprendió que exactamente igual se diría de él en su proceso. El Jurado —esta vez en dos horas de deliberación — dictó un veredicto de culpabilidad, sentenciando también a Baxter a morir en la silla eléctrica.

El proceso de Tom comenzó al día siguiente. La sala estuvo mucho más abarrotada de público que en las sesiones anteriores. Tom contempló con ansiedad a la muchedumbre, respirando tranquilo al divisar a su hermana. La familia seguía siéndole fiel. En cambio, su madre no estaba. Había hecho caso de sus súplicas de que no asistiera. El Jurado apareció, y

en seguida Penney se encontró una vez más en la plataforma.

Ahora no hubo necesidad de un largo interrogatorio, pues Tom había confesado en Fort Wort, luego en Lexington cuando le trasladaron, y, finalmente, en cada uno de los procesos de sus cómplices. Park le preguntó por qué había testificado contra Anderson y contra Baxter.

—Más que por nada, por dar satisfacción a mi conciencia.

— ¿Cuándo sintió esa conciencia por primera vez?

—Al ocurrir lo del Club de Campo.

Estas respuestas fueron favorables a Tom Penney, quien las hizo con toda serenidad. En vista de ello, Park cambió de terreno, para evitar que pudieran despertarse simpatías u opiniones favorables hacia el acusado entre los miembros del Jurado y el público. Deseoso de informar indirectamente al Jurado de la sentencia que debía dictar, preguntó a Penney:

— ¿Encuentra usted justificadas las penas de muerte dictadas en los procesos de Baxter y de Anderson?

Tom no se dejó atrapar tan fácilmente, y contestó:

—Yo no creo en la pena de muerte. No he creído nunca.

Por segunda vez, Park se sintió derrotado. Pero sabedor de cuál era la opinión de la ciudad, que razonablemente había de compartir el Jurado, procuró terminar rápidamente su cometido, cediendo la palabra a la defensa del acusado.

Martín empleó en su informe nada más que treinta y seis minutos, haciendo lo único que se podía hacer en aquellas circunstancias, que era poner de manifiesto la veracidad de Tom como testigo. Para conseguirlo, no dudó en llamar a declarar al inspector Price y a Guy Maupin. De las declaraciones de éstos resultó que Penney había facilitado la acción de la Policía y la del Estado. Luego comparecieron dos de los jurados de los procesos anteriores, quienes manifestaron a la Sala que las contundentes declaraciones de Penney permitieron a ambos jurados tomar una decisión. Por último, Harry Martín, interrogado también, llegó a admitir que, prácticamente, Tom Penney había encauzado el proceso desde el principio hasta el fin con sus manifestaciones. Si el proceso había llegado rápidamente a buen término, se debía en gran parte a las sinceras confesiones de Tom.

Martín insistió en que el robo no se castiga con la pena de muerte; pero el Jurado sabía de sobra que Tom Penney no estaba siendo juzgado por simple robo.

El proceso de Tom no sólo fue el más corto de los tres, sino que también la deliberación del Jurado para dictar su veredicto fue rapidísima. Duró justamente cincuenta y cinco minutos. A las once y dieciocho de la mañana el Jurado regresó a la sala y pronunció su fallo: *Pena de muerte en la silla eléctrica*.

En las primeras horas de la tarde el reo escribía:

> «Lamento muchísimo, madre, haberte causado tanta tristeza, tanta angustia y tanto sufrimiento. Supongo que sabrás cuál es mi sentimiento. Me alegra, por lo que me quieres, que no hayas asistido al proceso. Debes estar tranquila ahora, madre, y debes procurar no atormentarte...
>
> »El abogado ha hecho todo lo posible; pero eso no era bastante. Pero no temas, madre. ¡Nadie muere por un crimen que no ha cometido!»

Mientras leía esta carta, la señora Penney se asombraba de la fe de su hijo, conmoviéndole especialmente los renglones en que Tom aseguraba que no moriría por un crimen que no había cometido. Según todo cuanto leía y oía decir, resultaba discutible que el muchacho fuese un ladrón, pero no un criminal. Aunque fuera a morir por los asesinatos de la señora y de la señorita Miley, la pobre madre tenía en lo más hondo de su corazón el convencimiento de que el hijo a quien ella había dado la vida no había dado la muerte a ninguna de las dos mujeres.

Tres días más tarde, la señora Penney recibió una nueva carta, llena del espíritu —exultante de vida, de paz y de alegría— de las Navidades. Estaba fechada el 21 de diciembre, y decía:

> «Querida madre: Tengo que decirte algo que te alegrará mucho. ¡El Padre Donnelly me ha bautizado! Así que ahora soy como una pizarra limpia, madre. Me siento mucho mejor, y sé qué, de ahora en adelante, la vida será muy diferente.»

La cabeza canosa de la señora Penney se dobló sobre su pecho. Las lágrimas arrasaban sus ojos

— ¡Oh Dios!—murmuró—. ¡Qué maravilla verle pensar en la vida cuando acaba de ser sentenciado a muerte! A una milla de distancia, tres personas hablaban también de Tom, empleando casi las mismas palabras. El Padre Jorge Donnelly acababa de decir a las Hermanas María Lorenza y

Ana Roberta:

—Esperé deliberadamente hasta que estuviera sentenciado a muerte para invertir la sentencia del Tribunal y condenarle a nacer a una vida distinta y eterna...

—Estuvimos ayer con él —exclamó Sor Ana Roberta—, y nunca hemos visto un hombre más alegre. Nos dijo que el Padre Sullivan le había dado la Primera Comunión.

—Y nos mostró el escapulario que le había regalado el mismo Padre —añadió Sor María Lorenza—, ¡Ningún soldado estaría más orgulloso de sus condecoraciones!

La hermana Ana Roberta cruzó las manos:

— ¡Figúrese, Padre!... Me dijo: «Hermana, he sido condenado a muerte, pero nunca en mi vida me he sentido tan dichoso... Anoche soñé por primera vez desde hace un mes.»

—Esta mañana me he encontrado a su hermana —dijo Sor María Lorenza—, y, muy preocupada, me ha dicho que teme que su hermano esté perdiendo la razón. Cuando le pregunté por qué, me contestó que porque se ríe y bromea y parece tan alegre como un colegial.

—Hermanas—contestó el Padre Jorge con tono de juez—, yo creo también que Tom Penney ha perdido su razón. ¡Estoy seguro de ello! En efecto, podemos afirmar sin equivocarnos que Tom Penney el criminal murió en la tarde del domingo último, y que ha nacido un nuevo Tom Penney. El hombre que he convertido es otro distinto. En otros casos, Dios me utilizó como un instrumento suyo. He bautizado varios adultos; pero jamás encontré en mi vida un caso como el de Penney. La Gracia Divina ha sido palpable. Después de las horas que he pasado con Tom Penney en la sala de visitas de la cárcel del Condado, esa habitación será para mí la antesala del cielo.

La mirada del Padre Jorge se perdió a lo lejos unos momentos, tras los cuales añadió:

—Desde que salí de la cárcel, el lunes por la tarde, he estado meditando profundamente sobre las fuertes palabras que San Pablo escribe sobre la muerte y la vida cuando se trata del bautismo. Por ello puedo decir que he sido yo quien ha ejecutado la sentencia del Tribunal. Yo he dado muerte a Tom Penney, el reo de asesinato. Le he dado muerte y le he enterrado. Pero como murió y fue enterrado en Jesucristo, Tom Penney «ha resucitado a una nueva vida».

Después de una pausa, el sacerdote continuó:

—Nunca, nunca he comprendido tan claramente el pasaje de San Pablo: *Si morimos con Cristo, debemos creer que también viviremos con Cristo*. De aquí en adelante deberemos rezar para que Tom Penney viva hacia Dios en Jesucristo.



Few Clues Are Found As Officers Seek Solution To Murder Of Marion Miley

Buttons From Man's Coat Are Discovered

Strange Car Also Was Seen At Club Near Time Of Tragedy

Mother, Also Wounded, Is In Critical Condition

Women Shot By Assailant In Their Apartment At Lexington Country Club

Reproducción de una página del diario *Lexington Herald*, con fotografías de Marion Miley y del lugar donde se cometió el crimen

CAPÍTULO V

CONFINADO EN LA SOLEDAD

Las Navidades trajeron las más contrapuestas emociones a la señora Leona Penney. Como cristiana, el nacimiento de Cristo le dio esa paz, alegría y esperanza que ningún otro día puede dar. Como madre, la señalada fecha proporcionó a su corazón una indescriptible angustia, pensando en el hijo de su alma condenado a muerte. Cierto que el muchacho le escribía valerosas cartas y que su abogado había apelado de la sentencia. Pero como la intuición de una madre es mucho más sutil que la mente del letrado más experto, su certeza le aseguraba lo que su corazón no quería creer: los días de Tom estaban contados.

Poco después de la festividad, cuando empezaba a planear una visita a su hijo, recibió una larga carta de éste, enumerando los muchos regalos y visitas que había tenido, lo cual le hizo ver que los sentimientos de la opinión pública habían cambiado un tanto. Una vez terminados los procesos y dictadas las sentencias, la gente parecía recordar que los presos eran también seres humanos. La señora Penney se alegraba con las simpatías manifestadas a su hijo, aunque adivinaba eran debidas, sobre todo, a su cercana muerte. En la mencionada carta figuraba esta posdata, que levantó un poco su decaído espíritu:

> «El Padre Donnelly vino a mí cuando se interesaba por mi suerte, porque le preocupaba mi alma. Me trajo libros, y puso el mayor cuidado e interés en enseñarme la verdad; así que ahora creo todo cuanto la Iglesia Católica enseña.
>
> Esta es la razón por la que he sido bautizado dentro de la Iglesia Católica. Así que no te preocupes por mi porvenir, madre. Nunca volveré a ser malo.»

Mientras abandonaba la carta sobre su regazo, la señora Penney pensaba que el mejor regalo de Pascuas recibido por su hijo procedía de Dios. Era la fe.

El Año Nuevo comenzaba cuando la señora Penney subía los doce peldaños de piedra de la entrada de la cárcel del Condado para ver a su hijo por vez primera desde el tremendo suceso. Rober Mc Guirk, el celador, que había sido el padrino de bautismo de Tom, la acompañó a la sala de visitas, cerró la puerta, echó la llave, y con toda intención se fue a pasear un poco más allá.

Sin una palabra, el abrazo de la madre expresó un inmenso cariño, un completo perdón y todo un mundo de ternura. En seguida estalló un sollozo surgido del fondo del alma.

Un segundo sollozo fue ahogado por Tom, quien, con mano firme, acarició la cabeza de su madre y murmuró, sonriente:

—Vamos, vamos, madre, no te pongas así...

Pasó una hora y luego otra. Madre e hijo hablaron febrilmente; pero ninguno podía repetir aquella noche lo que el otro había dicho. Hablaban los labios, pero sólo escuchaban los corazones. La señora Penney supo la nueva y extraña fuerza que ahora poseía Tom, y que le hacía no tener miedo alguno. No era el asirse desesperadamente a una ciega esperanza, no. Irradiaba una serenidad contagiosa que proporcionó a la madre una extraña alegría y le permitió volver a su casa llena de ánimo y fortaleza.

Aquella visita cambió la vida para Leona Penney. Inconscientemente se sentía como rodeada de calma. Ocho días más tarde volvió a subir los escalones de piedra de la cárcel. En esta segunda entrevista sí hubo palabras que ambos podían oír y entender. Y una empanada hecha por la madre.

Llegó febrero, y Tom escribía que las cosas mejoraban en la cárcel. Ahora no les encerraban en sus celdas hasta las ocho de la noche, y las luces no se apagaban hasta las nueve. El día 11, la madre —cada día más reconciliada con él— visitó una vez más al hijo para hablarle detenidamente de la apelación preparada por los abogados. Cuando Tom habló de un nuevo proceso, un sutil rayo de luz pareció iluminar el negro horizonte, acariciando de esperanza el corazón de la pobre mujer.

Sin embargo, dos días después recibía una carta. La letra del sobre era conocidísima, pero no así el matasellos: Eddyville, Kentucky. Traía la fecha 12 de febrero de 1942. La abrió nerviosa, y se sintió desfallecer al ver las

frías palabras *Penal del Estado de Kentucky,* impresas en la cabecera de la ancha hoja. Ansiosamente leyó:

> «Estoy muy contento de haberte visto ayer, pues he venido aquí esta mañana a las cinco y media. Nada supe del traslado hasta que me avisaron de madrugada.
>
> Esto es muy distinto de aquello. Estoy solo en una celda, sin nadie con quien hablar o jugar a las cartas. Pero lo soportaré bien si tú me prometes no preocuparte por ello. No puedo recibir de fuera comida, ni lectura, ni cigarrillos o tabaco de cualquier clase. Las únicas cosas que se me pueden mandar son sellos y dinero.
>
> Desde luego fue una sorpresa para mí cuando me llamaron esta mañana y me dijeron que me preparara.
>
> No he podido despedirme de algunas personas a quienes me habría gustado decir adiós. Por favor, no te angusties, y ten ánimos.»

La señora Penney no había enjugado sus lágrimas, cuando el Padre Donnelly, a su vez, abría otra carta con el mismo membrete de la Casa de la Muerte:

> «Querido Padre: Bueno, lo que más temía, ha ocurrido finalmente. Esta mañana he sido trasladado desde Lexington al penal del Estado en Eddyville. Todo fue de sorpresa, pues me enteré de pronto. Menos mal que había visto a mi madre el miércoles por la tarde, por lo que le doy gracias a Dios.
>
> No llevo aquí lo bastante para conocer mucho el sitio; pero por lo que he visto, no me gusta demasiado, aunque las instalaciones son espléndidas. Voy a echar de menos a las monjas, a usted y al Padre Sullivan. Creo que un sacerdote viene de Paducah dos veces al mes. En este momento, soy el único católico en esta Casa de la Muerte, pues Anderson sigue tan terco como siempre... Sé que ahora discutiré con él.
>
> Como esto está muy lejos para que pueda venir a verme, debe usted escribirme. No tiene usted Idea del bien que me hará. Mi lista de corresponsales es muy limitada, aunque espero escribir a Sor María Lorenza y e Sor Ana Roberta…»

El sacerdote apartó a un lado de su revuelta mesa un montón de periódicos, revistas y cartas y un libro de Teología abierto, y poniendo ante

sus ojos la hoja escrita por Tom, la analizó párrafo por párrafo. Se fijó especialmente en lo que decía del sacerdote católico que sólo iba dos veces al mes. Al leer la primera frase del párrafo siguiente, dio un puñetazo en la mesa:

— ¡Oh, no, Tom! No está demasiado lejos para mí. Hoy es ya muy tarde, y mañana tengo que confesar. Iré el domingo, y el lunes será otro día.

El viaje resultó largo y fatigoso en aquel desolado día de mediados de febrero. Los alrededores del penal parecían desiertos e inhóspitos. El mismo edificio, enorme, resultaba sombrío y desagradable. Las formalidades que era menester cumplir para entrar a visitar a los huéspedes de la *Casa de la Muerte* resultaban abrumadoras, e irritaron al cansado sacerdote. Finalmente, le condujeron a través de un patio hasta otro edificio, sin duda un anexo. Un vigilante le llevó a lo largo de una fila de celdas como nunca las viera antes, deteniéndose ante una puerta, no sólo con pesados barrotes, sino también con una plancha de hierro. El Padre Jorge no podía ver nada del interior. Pero cuando el vigilante gritó: ¡Penney!, reconoció en seguida la voz que contestaba, avanzó hacia la férrea plancha, y dijo:

—Soy yo, Tom. ¡Esto es peor que visitar a una Carmelita! Pero como yo he venido a verle, espere un momento, que voy a ir a hablar con el alcaide, y en seguida vuelvo. Sencillamente le pediré que me deje violar esa clausura.

— ¡Padre Jorge! —fue todo lo que Penney dijo, mientras los pasos del visitante se alejaban.

El gigantesco Jess Buchanam conocía a los hombres y penetraba en su carácter en cuanto los veía. Sonriente, dijo al Padre Jorge que pedía demasiado, pero, sin embargo, ordenó al vigilante que le permitiera entrar en la celda de Tom.

Regresaron a la galería de los condenados a muerte. El gran cerrojo que cerraba cada celda fue descorrido y las manos del sacerdote pudieron estrechar las del preso, quien un segundo más tarde bajó el camastro que se plegaba a la pared, suspendido de ella con dos cadenas.

— ¿Podrá resistirnos a los dos? —preguntó el Padre Jorge, riendo, cuando Tom le invitó a sentarse.

—Si no puede, nunca se romperá con mejor motivo. ¡Oh Padre! ¿Cómo ha venido hasta aquí?... ¿Se quedará toda la noche?

—Soy sólo un pobre cura auxiliar, y tengo que volver a Covington antes de la medianoche.

—Eso es imposible... Estamos a trescientas millas de allí.

—No exagere, Tom. Doscientas ochenta y nueve. Las recorreré como si nada... Ahora, cuénteme cómo le va por aquí.

Mientras hablaban, el Padre Jorge observaba todos los detalles de la celda. Era estrecha, de sólidos muros y sin ventana. La cama de pared era el objeto de mayor tamaño —casi el único objeto— que había. Un lavabo cubierto en un rincón completaba el mobiliario. No había mesa, ni silla, ni banqueta alguna. El sacerdote sonrió al contemplar el ingenio con que se las había arreglado para colocar sus libros y sus cartas. Y rió francamente cuando Tom le sorprendió midiendo el largo de la celda con la vista.

—No se lo diga al vigilante, Padre —susurró—; pero cuando quiero cambiar de pensamientos tengo que dar un salto mortal.

El sacerdote se maravilló del buen espíritu del preso, pues realmente aquella celda era el mejor procedimiento para volver completamente loco a cualquiera.

Tom tenía muchas preguntas que hacerle sobre religión: sus deberes con Dios en cada circunstancia, sus oraciones y devociones privadas, sus dudas y tentaciones, sus dificultades para entender algunos de los libros que había leído... Hablando de todo ello transcurrió hora y media.

—Bueno, Tom, debo ir a saludar a Bob y a Baxter.

—Pues vaya, Padre. Aunque creo que a Baxter hay que dejarle en eso que usted llama *ignorancia invencible*. Quizá sea esa ignorancia su camino hacia el cielo. Con Bob tendrá usted que trabajar más. Sigue tan testarudo como siempre. Pero estoy seguro de que si se rinde a algún hombre, ese hombre será usted... Antes de marcharse, dígame cuándo podré comulgar.

—Le diré al alcaide que desea hacerlo para que informe al Padre Libs. No creo que haya dificultad...

Después de darle su bendición y prometerle que volvería pronto, el sacerdote abandonó la celda Al día siguiente, Tom escribía a su madre:

> «El Padre Donnelly vino ayer. ¡Qué firmemente se ha unido a mí, madre: Le adoro casi! Siempre sabe exactamente lo que ha de decir y cómo decirlo. Con él se siente uno tan cómodo como en su casa. Tú, madre, no tengas duda de que estoy preparado. Esto es algo que quisiera recordaras siempre. He borrado completamente mi pasado, y no me asusta la idea de la muerte. Un cobarde muere cien veces; un hombre valiente, sólo una.»

La semana siguiente, cuando el Padre Donnelly fue a verla, la señora Penney le enseñó la última carta recibida de Eddyville, en la que Tom decía que la apelación había sido planteada y estaba en marcha. Esto era una noticia consoladora. Sin embargo, le preocupaba esta posdata:

> «Madre, si vieras algo en los periódicos que no entiendas, no te alarmes. Ya lo entenderás a su debido tiempo. Será Su voluntad. ¿Me lo prometes?»

El Padre Jorge, después de leerla dos veces, movió la cabeza, diciendo:

—Esto está más allá de mi comprensión... Pero ambos debemos tener confianza en Tom.

Desde la calle de South Spring el sacerdote se trasladó al Hospital de San José.

—Ese alcaide debe de ser un hombre amabilísimo —dijo Sor María Lorenza—. Ha permitido a Tom recibir una caja con tres libras de caramelos que le he enviado, aunque Tom me había dicho que no debía mandarle más. No debe tener mucha libertad ahora ¿verdad?

El Padre Jorge hizo un gesto negativo y describió a las monjas la celda del penal.

— ¿Qué podemos hacer por él? —preguntó Sor Ana Roberta.

—Rezar, escribirle y mandarle muchos y buenos libros.

El Padre Jorge no quiso hablarles a las monjas de la última carta del preso a su madre, que le había llenado de inquietud. Sabía que cualquier cosa puede ser concebida por un hombre aislado en la soledad. Sentía un vago temor, pero no quiso transmitírselo a las hermanas, por haber decidido volver a Eddyville lo antes posible.

Tal decisión se llevó a la práctica pocos días después, al recibir una carta de Tom diciéndole que el Padre Libs había estado en la prisión el miércoles, sin poder hablar con él más que a través de las rejas de la celda, y se negó a darle la Comunión, lo que el preso consideraba *lo peor que podía sucederle*.

La visita a Eddyville fue breve, pues el Padre Jorge estaba impaciente por hablar con el Padre Tom Libs en su rectoría de Paducah. La plática entre ambos sacerdotes resultó agradable hasta que se suscitó el tema de la Comunión del preso. Entonces se reveló al Padre Donnelly otro de aquellos caminos de Dios sorprendentemente extraños, por los cuales atrae primero a

un alma hasta la más estrecha unión con El, para luego hacer que la abandona; por los que, después de abrasarla con su fuego amoroso, parece querer retirarle todas las ascuas de su amor, en un singular proceso en el que la Divinidad se complace en poner a prueba la veracidad del adagio humano, según el cual *la ausencia hace más tierno al corazón*.

Después de marchar de Paducah, el Padre Jorge temió que Tom habría de pasar muchos días sin recibir la Sagrada Comunión. El Padre Libs era un cura muy atareado, y sólo podía visitar Eddyville una vez al mes..., y, además, no estaba convencido de la sinceridad de Penney. Había citado varios casos de fraude, hablando a su colega del escepticismo que llegan a sentir los capellanes de las cárceles.

Mientras volvía a recorrer las solitarias doscientas ochenta millas de vuelta a su ciudad, el Padre Jorge se decía que había fracasado con el Padre Libs y también con Tom Penney, pues no había convencido al primero de dar la Comunión al preso y se le había olvidado preguntar a éste lo que significaba la inquietante posdata puesta a la última carta a su madre. Otro problema más hondo hostigaba su pensamiento mientras devoraba millas y millas de helado desierto a una velocidad peligrosa. ¿Cómo iba a dirigir la preparación espiritual de aquel hombre aislado en una celda solitaria, sin oír misa ni recibir los Sacramentos?

Encontró la respuesta antes que terminara el mes. Sor Ana Roberta, sin saber que Tom no recibía la Comunión Sacramental, tuvo la feliz inspiración de instruirle para la Comunión Espiritual. Y Sor María Lorenza, en vísperas de Cuaresma, le remitió un pequeño Vía-Crucis, con instrucciones para rezarlo.

En la siguiente visita a Lexington, el sacerdote se presentó con varias cartas de Tom, que no sólo le llenaron de alegría, sino que le impulsaron a recoger todas cuantas hubiera escrito o escribiera, a fin de estudiar los caminos de Dios para salvar un alma.

La Hermana Ana Roberta pidió una explicación de lo que quería decirle Tom en este párrafo de una de ellas.

> «Gracias por el calendario, Hermana. Había intentado tener uno, sin conseguirlo. Pero ahora ya puedo disponer de todos los momentos, pues tengo un calendario, un diccionario y, sobre todo, el mejor par de pulmones. Los demás no tienen esa suerte.»

El Padre Jorge le explicó que los presos incomunicados sostienen

conversaciones a gritos a través de las paredes de sus celdas. Cuando la monja preguntó a qué clase de elementos aludía Tom, el Padre sonrió y dijo:

—Pronto lo descubrirá.

En cambio, con Sor María Lorenza, el proceso fue inverso. Ella fue quien explicó al Padre Jorge el párrafo de la carta de Tom en que le daba las gracias por una caja de tres libras de caramelos.

—Yo creí que le había dicho que no le enviara más.

—Así fue. Pero una buena enfermera nunca obedece a sus enfermos, y Tom es mi enfermo. Mi primera obligación es ver lo que les conviene. El alcaide Buchanam sabe que las monjas nunca le enviaremos cosas perjudiciales. Con los caramelos le mandé unos cigarros..., y unos y otros le llegaron.

El Padre Jorge se echó a reír y leyó en voz alta la carta para Sor María Lorenza, fechada en 5 de abril de 1942, Domingo de Resurrección:

> «Querida hermana: Verdaderamente, hoy ha sido un hermoso día. Aunque sólo he podido ver un insignificante rayito de sol a través de una reja, me alegro mucho pensar que otros más afortunados que yo lo estuvieran disfrutando.
>
> Hermana, el Vía-Crucis me ha proporcionado un enorme consuelo. Lo he colocado de manera que pueda verlo constantemente. Mis penas y sufrimientos son bien pequeños en comparación con los de Cristo. Tan pequeños, que no puedo ni acordarme de ellos. El Viernes Santo cumplí muchas veces lo que usted me encargó, y me imagino que coincidí con usted en sus oraciones de madrugada. Aunque no tenga nunca manera de saber la hora que es, mi intención fue ésa.
>
> Algunas veces me acuesto a la hora en que usted se estará levantando. Los días son ruidosos, y procuro dormir la mayor parte del tiempo. Tenemos radio desde las cinco a las nueve y media. Luego, todo queda en silencio. Y yo, según me parece, apago o enciendo la luz.
>
> Supongo que el Padre Donnelly vendrá pronto a visitarme. No sé nada de él desde hace dos semanas. Le echo de menos terriblemente. Está tan ocupado, que me da miedo venga desde tan lejos. Pero estoy seguro de que vendrá.
>
> El Padre Libs estará aquí el miércoles 8. La señora Lewis me ha

mandado dos libros de oraciones y *La te de nuestros padres*.

Las palabras son inútiles, y mis débiles esfuerzos nunca podrán expresarle mi estado espiritual: pero a mí puedo decirme que mi futuro reside en Dios, en quien pongo todo mi amor y mi fe. Él quiera admitirlos. Continuamente rezo Para comprenderle mejor y sentir una devoción más profunda...»

El Padre Jorge guardó la carta, diciendo:

—Ahora quiero que vean ustedes la clase de cartas que a mí me escribe.

Sacó de un bolsillo interior una hojilla sin doblar y, leyó:

«Hay en la celda una cucaracha grandota. Come conmigo, y muchas veces se sube a mi cama. No puedo apartarla de mis caramelos. No consigo enseñarla nada. No logro atraerla al buen camino. Es tan bruta como yo.»

— ¿Cómo puede tener tan buen humor? —preguntó Sor Ana Roberta.

El sacerdote extendió sus manos.

—Hermanas, estoy coleccionando sus cartas, porque deseo ver lo jovial que ha sido… y por qué lo ha sido...

Una noche de mayo, el Padre Jorge dejó su pipa apagada en el habitual revoltijo de cosas de su mesa, y comenzó con la primera carta que había recibido de Tom Penney. Completó su pequeño paquete y ojeó la colección de las dirigidas a las monjas, más numerosas que las suyas. El tono de unas y otras era completamente distinto, aunque los temas tratados eran los mismos muchas veces. El sacerdote sonrió. ¿No había algo caballeresco en aquel hombre, condenado a muerte como asesino?

Era cerca de medianoche cuando terminó de leer la última carta. Rellenó de nuevo la pipa. Mientras apretaba el tabaco, pensaba en lo mucho que había mejorado el espíritu de Penney y en la necesidad de recoger sistemáticamente su evolución. Encendió, tomó un lápiz y empezó a anotar:

CONTRICION Y GRATITUD

A mí, el 22 de marzo:

«Es un gran consuelo tener la oportunidad de ver, reconocer y confesar mis errores. No puedo borrarlos de los ojos de los hombres; pero no hay día ni noche que yo no pida a Dios el perdón de ellos.»

A Sor Ana Roberta, el 22 de febrero:

«He enterrado mi pasado y sólo pienso en el futuro. Hermana: ahora nada puede hacer vacilar mi fe. Concluyo con mis mejores deseos y mi sincera gratitud.»

DESEOS DE CUMPLIR LA VOLUNTAD DE DIOS Y COMPASIÓN POR CRISTO

A Sor María Lorena, el 22 de febrero:

«Este trágico asunto constituyó una gran sorpresa para todos. Pero yo estoy seguro de que fue la voluntad de Dios, y por ello no me quejo de lo que me ocurre.»

A Sor Ana Roberta, el 5 de marzo:

«He recibido la medalla, Hermana, y ruego a Dios que si ello es su santa voluntad, pueda llevarla tanto tiempo coma usted, y haga igualmente tantas buenas acciones amándole y sirviéndole con toda mi alma y todo mi corazón, cada día, cada hora y cada minuto, hasta el último latido de mi corazón.»

A Sor María Lorena, el 5 de abril:

«Hermana el Vía-Crucis me ha proporcionado un enorme consuelo., Lo he colocado de manera que pueda verlo constantemente. Mis penas y sufrimientos son bien pequeños en comparación con los de Cristo. Tan pequeños, que no puedo ni acordarme de ellos.

El Viernes Santo cumplí muchas veces lo que usted me encargó... En Dios pongo todo mi amor y mi fe. Él quiera admitirlos. Continuamente rezo para comprenderle mejor Y para sentir una devoción más profunda...»

Cuando empezó a releer las cartas de mayo, el Padre Jorge adquirió la certidumbre de que en todo aquel proceso espiritual existía un ordenado designio. Si Dios había utilizado la Cuaresma para llevar a la conciencia de

Penney la Pasión de Nuestro Señor, el mes de mayo lo utilizó casi exclusivamente para despertar en su alma la devoción a la Virgen Santísima.

Anotó en otra hoja:

MAYO: DEVOCIÓN A NUESTRA SEÑORA.—ORACIONES

A mí, el 6 de mayo:

«Padre, cada vez me siento más devoto en este mes de Nuestra Bendita Madre. Rezo tres veces al día el Rosario, la Letanía y otras muchas oraciones, meditando mucho sobre ellas. Si no acierto en alguna, seguramente será por mi culpa, pues las hermanas me han provisto de material suficiente para educar hasta la inteligencia de una pulga.»

A Sor María Lorenza, el 1 de mayo:

«Empiezo el mes escribiéndola. Ahora deben ser las dos de la madrugada del viernes, y acabo de rezar el Rosario, las oraciones de la noche a la Bendita Virgen y la Letanía de Nuestra Señora, como lo hago cada día. Se reirá usted de eso de las oraciones de la noche a las dos de la mañana; pero como todavía no me he dormido, sigue siendo noche para mí. Cuando me levanto digo todas las plegarias que me sé de memoria. Como ve, no me faltan ocupaciones: rezo, leo, escribo y dibujo...»

A Sor Ana Roberta, el 14 de mayo:

«La devoción a Nuestra Bendita Madre vino a mí con toda naturalidad desde el principio... No encuentro difícil meditar sobre los Misterios mientras rezo el Rosario. Puedo cerrar los ojos y verlos. Generalmente, rezo los quince Misterios sin interrupción. Quiero mucho a mis rosarios, Hermana, y duermo con ellos, con lo que mi imaginación se aparta de muchas cosas desagradables.

He colocado a la cabecera de mi cama la estampa que dibujé de Nuestra Señora; así, que Ella me vigila mientras duermo. No la copié de ningún sitio. Es de tamaño nueve por doce, pero sólo de medio cuerpo. Voy a ver si dibujo otras dos para cada una de ustedes; Pero me parece que el tamaño nueve por doce será demasiado grande para sus devocionarios, ¿no?»

A Sor María Lorenza, el 27 de mayo:

> «Me alegrará mucho verla, Hermana. No sé de dónde he sacado esa idea de que no debo tener muchas ganas de verla, que me ofende un poquitín. No era en mí en quien estaba pensando, sino en el reglamento de visitas, que me cohíbe de animar a nadie para que vengan a verme... Rezaremos a Nuestra Bendita Madre a fin de obtener un privilegio especial en esa ocasión, ¿quiere? Ha atendido ya muchas súplicas mías y no me canso de darle gracias.
>
> He enviado ya los dos dibujos... Alguien me ha preguntado por qué no la dibujaba sonriendo. Pero la verdad, Hermana, es que no puedo dibujar su sonrisa, pues la sonrisa de la Virgen está en su corazón. Para probar a usted que no soy un artista, le diré que este pobre muchacho no sabía qué era lo que quería retratar. Así, que sólo merece elogio mi buena intención.»

El Padre Jorge movió la cabeza afirmativamente. Sí; realmente, todo respondía a un designio providencial. Ahora comprendía por qué habían trasladado a Tom a Eddyville. La soledad no existía en la cárcel del Condado. Para que Tom Penney se encontrase con Dios en esa intimidad que conduce a la santidad, era menester sacarle del ambiente de Lexington y colocarle donde pudiera pensar, no sólo con la cabeza, sino con el corazón. Para ello era necesaria la soledad.

El sacerdote se levantó, recordando la pequeña celda de paredes de cemento que constituía ahora el universo de Tom Penney, y lo vio como el lugar escogido por Dios entre todos los de la Creación para encontrarse con un hombre a quien el mundo llamaba asesino.

Nuevamente la rubia cabeza del Padre hizo un movimiento afirmativo. Aquellas cartas revelaron a su entendimiento sacerdotal la próxima muerte de Tom. En ellas se veía claramente que Dios le preparaba a bien morir, como sólo puede hacerlo la Divina Misericordia.

De pronto, una nube pareció apagar la clara luz de los ojos azules del Padre Jorge. Un poco intranquilo, volvió a la mesa y tomó otra vez el paquete de cartas para estudiar la actitud de Tom ante la muerte.

En una carta dirigida a él el 29 de abril leyó:

> «Bob y Baxter tienen grandes esperanzas de salir con bien, y hablan como si ya no necesitaran para nada de Dios. Todo lo que yo puedo decir es que si para creer en Dios hay que tener el ánimo

deshecho, yo no creo, pues mi ánimo está entero y firme, aunque haya cambiado completamente mis puntos de vista, ya que nada me importan las cosas que antes me importaban. Si ocurriera lo que parece imposible y se me permitiera vivir, tengo la absoluta seguridad de que nunca volvería a mi vida anterior.

Algunas personas parecen creer que deseo morir; pero se equivocan lastimosamente... Pero si debo morir, tal será la voluntad de Dios, y trataré de ir a la muerte con la frente alta y el paso firme. ¿Puedo hacer otra cosa?

Después de leer esto, el cura se sintió más aliviado. Entre las cartas a las monjas encontró otros pasajes que aumentaron esa sensación de alivio.

Continuó tomando notas:

A Sor Ana Roberta, el 22 de mayo:

«Algunas personas me dicen: ¿Cómo puede usted reír y bromear, señor Penney, sabiendo que eso tan terrible está tan cerca de usted? No les contesté que las únicas personas que temen a la muerte son aquellas que no entienden el amor de Dios, porque como todas ellas se consideran verdaderamente religiosas, no quise ofenderlas; pero ésa hubiera sido mi única respuesta.»

A Sor María Lorenza, el 27 de mayo:

«Mi más vivo deseo es morir decorosamente. Si no lo puedo satisfacer, cúmplase la voluntad de Dios. No temo a la muerte, Hermana; lo que detesto es la indigna causa por la que voy a morir.»

Mientras volvía a ordenar las cartas en un cuidado paquete, sus ojos cayeron sobre este pasaje de una dirigida a él el 27 de mayo:

«¿Por qué he aceptado la verdadera fe tan decidida y voluntariamente? ¡Ah, Padre, no mc es difícil contestarlo! Desde el primer momento que le vi comprendí que usted no sentía curiosidad por un criminal, sino que se interesaba por su alma. Usted me explicó el amor de Dios y las alegrías del cielo, en lugar del miedo al demonio y los tormentos del infierno. Usted me dio las más cálidas muestras de amistad hasta que mi conocimiento de usted se desarrolló y profundizó hasta convertirse en la más alta admiración. Usted trabajaba por darme una cosa: un profundo y creciente amor a Dios y a Nuestro amado

Señor Jesucristo.»

«No tanto, no tanto» —pensó el Padre Jorge, rebuscando entre las cartas, hasta encontrar una de fecha 16 de abril, dirigida simultáneamente a las dos monjas, y que decía:

> «Ahora son las dos de la mañana. Pronto empezará para ustedes un nuevo día. No sé si saben, Hermanas, que una vez pensé que las monjas eran las personas más tristes de la tierra (¿cómo podía imaginarme que son las más dichosas?) Ahora lo sé, y ha sido una revelación maravillosa.
>
> Creo haberles dicho una vez que el señor Price era el responsable de mi conversión. Desde luego, él me hizo ponerme a pensar seriamente. Pero la culminación vino después de una de las visitas de ustedes a la cárcel, en la cual me hablaron de las circunstancias bajo las que el Padre Donnelly venía a verme. Aquel día me dije: Si el Padre Donnelly recorre cien millas para visitarme, si las dos Hermanas tienen que vencer también incomodidades para llegar a esta hedionda cárcel, seguramente no esperan una compensación por ello en la tierra. Deben hacerlo, lo hacen seguramente por algo que vale la pena salvar en mí. Trataré de salvarlo yo también.»

El Padre Jorge sonrió mientras dejaba la cachimba apagada en el borde del cenicero y recogía sus notas. Por primera vez tuvo la sensación de que había representado un importante papel en la conversión de Tom Penney. Ahora, a las dos y cuarto, colocó a un lado las dos hojas de apretada escritura, diciéndose que podía retirarse del caso sin escrúpulos de conciencia si las dos monjas continuaban en su tarea, pues Dios tenía un clarísimo designio.

Mientras se ponía el pijama, murmuró:

— ¡Oh Señor, qué trabajo más maravilloso has hecho!

En el momento en que iba a dormirse acudió a su memoria la posdata de aquella carta escrita por Tom a su madre a finales de febrero o principios de marzo, inexplicada durante varias semanas. Ahora subía como una nube que cruza la serena hermosura del cielo de la noche y cubre el pálido resplandor de la luna. ¿Qué habría pasado por la imaginación del muchacho al escribirla?

El Padre Jorge se dio vuelta en el lecho, y suplicó:

— ¡Oh Dios mío, no permitas que nada le desvíe de Ti!

CAPÍTULO VI

CUMPLEAÑOS EN LA CASA DE LA MUERTE

La enfermera graduada, de guardia en el pasillo, no era capaz de adivinar qué pensamientos cruzaban la mente de la Hermana Ana Roberta. Ningún enfermo se encontraba grave, y las enfermeras estudiantes habían hecho perfectamente sus trabajos. A pesar de todo, la siempre serena instructora de enfermeras aparecía nerviosa y agitada.

La enfermera graduada ignoraba que la Madre Ana Sebastián, Superiora general de las Hermanas de la Caridad de Nazaret, acababa de llegar a Lexington para la celebración de los exámenes en el Hospital de San José, y que Sor María Lorenza había decidido pedirle un permiso especial para Sor Ana Roberta y para ella.

Sin saber para qué, la delegada instructora de enfermeras entró en el ropero, del que salió inmediatamente para dirigirse, también sin ningún objeto, a la despensa.

— ¡Oh Señor —iba diciendo—, cuánto me gustaría estar en la capilla! Pero debo estar aquí cuando venga el doctor Rankin...

Entró en el despacho y volvió a arreglar por quinta o sexta vez en una hora las cosas que había sobre la mesa del supervisor.

«¿Por qué estoy tan intranquila? —se preguntaba—. Si conviene a Dios que tengamos ese permiso, nos lo concederá. Si no...»

Pero recordando las palabras del Evangelio: Pide y se te concederá, llena de ilusión, suplicó:

— ¡Haz que nos lo conceda, Dios mío! ¡Haz que la Madre Ana Sebastián esté de buen talante y que Sor María Lorenza lo sepa pedir como es debido! Y, sobre todo, Señor, que sea pronto, pues me estoy poniendo terriblemente nerviosa.

Hacía tres semanas que había cuidado a una prima de Sor María Lorenza. La buena señora se sintió tan atraída por la graciosa monja, que

hacia el final de la convalecencia dijo a su pariente:

—Quisiera hacer algo por ti y por la Hermana Ana Roberta. Como no se os puede hacer un regalo, os podría costear un pequeño viaje a casa de Sor Ana Roberta, en Francy Farms.

Sor María Lorenza parecía escucharla sólo a medias, pero aquella misma noche preguntó a su compañera:

— ¿Cuándo estuvo usted en su pueblo la última vez?

—Hará unos tres años. ¿Por qué?

—Ya es hora de que vuelva. ¿No le parece? Mi prima nos pagaría el viaje a las dos si tuviéramos permiso.

— ¡Oh Hermana, si nos dieran permiso, sería mejor ir a ver a Tom Penney!

Sor María Lorenza no contestó; pero a los pocos minutos hablaba del asunto con la Hermana María Benigna, la Superiora del Hospital, a la cual le pareció muy bien el proyecto, prometiendo solicitar el oportuno permiso a la Madre general. Pero antes de hacerlo envió una carta a Nazaret diciendo que iban a empezar los exámenes de fin de curso. Con su característica honradez, llamó a Sor María Lorenza para confesarle su equivocación, encareciéndola que gestionase personalmente el permiso, en la seguridad de que le sería concedido.

Sor María Lorenza no pensaba lo mismo. Llevaba muchos años en religión y había aprendido que las inesperadas negativas son tan corrientes como las concesiones inesperadas, si no más. Sin embargo, más por Sor Ana Roberta que por ella, se decidió a gestionarlo.

Sor Ana Roberta vio a su compañera en cuanto dobló la esquina del pasillo. Entornó sus brillantes ojos azul grises, intentando leer la inescrutable expresión del rostro de Sor María Lorenza.

— ¿Qué? —susurró, mientras la anciana monja se acercaba a ella.

—Todavía no he visto a la Madre.

— ¡Oh! —exclamó, con una mezcla de alivio y desilusión.

—Estaba ocupada cuando fui esta mañana. Ahora voy a intentar de nuevo verla. Venga conmigo.

—Es que yo...

— ¡Venga conmigo!

—Tengo que esperar al doctor Rankin...

—Déjele. Sus dos enfermeras graduadas están ahí. Venga conmigo.

Encontraron a la Madre general sola en su despacho. Sor María Lorenza no perdió el tiempo en preámbulos.

—Reverenda Madre: Sor Ana Roberta no ha ido a casa hace tres años.

— ¿A Nazaret?

—Perdón, Madre; quería decir a Francy Farms, a visitar a sus parientes.

— ¡Ah, ya! A su antigua casa —dijo la Madre Ana Sebastián, risueña.

—Una prima mía ha estado hospitalizada aquí hace unas semanas. La Hermana la ha cuidado. Mi prima, agradecida, querría pagarle el viaje a su antigua casa.

— ¿Y usted, Hermana? —preguntó la Madre, todavía sonriente.

—Todos los niños necesitan una niñera. Madre. A pesar de lo poco que me gusta viajar, le ofrecería mis servicios.

La Madre Ana Sebastián se echó a reír abiertamente.

—Es usted incorregible, Hermana María Lorenza. Debe ir también.

—Todavía otra cosa, Madre.

— ¿Cuál?

—Tenemos que pasar por Eddyville, ¿Podríamos detenernos allí?

Claro que pueden...

—Muchas gracias, Madre—dijo Sor María Lorenza, haciendo una reverencia y empujando materialmente a Sor Ana Roberta fuera de la habitación.

— ¡Chiiiist! —aconsejó hasta que doblaron la esquina del pasillo.

— ¿Cree que sabe lo que es Eddyville? —preguntó Sor Ana Roberta ansiosamente—. Usted no se lo ha dicho...

—¿No tenemos permiso para detenernos?

—Sí, pero...

—No hay pero que valga. Iremos a Eddyville, y veremos a Tom Penney.

Llegó el 4 de junio, y las dos monjas, después de ver sus grandes cajas de cartón colocadas en la trasera del coche, ocuparon, excitadísimas, sus sitios, suplicando al hermano de Sor Ana Roberta cubrir las cincuenta millas que les separaban de Eddyville todo lo de prisa que la seguridad permitiera.

De haber llevado otra misión, hubieran disfrutado de la maravilla del paisaje. Pero con su impaciencia, ni siquiera les llamó la atención el encendido azul de las gencianas brillando en un bellísimo campo salpicado de margaritas. Ni los jilgueros saltarines entre los arbustos que bordeaban la carretera, ni el murmullo de los arroyuelos, ni los majestuosos pinos agitados por la brisa fresca de la mañana, merecieron el más insignificante comentario de las monjas.

El experimento que iban a realizar era más interesante que todo eso. Con frecuencia, Tom les había expresado su deseo de hablar de ciertas cosas con alguien que pudiera comprenderle. Al parecer, las visitas mensuales del capellán católico no daban satisfacción a sus necesidades espirituales, y, por otra parte, las ocupaciones del Padre Jorge le impidieron hacer el largo desplazamiento durante las tres semanas últimas. Por todo ello, las monjas se creían obligadas a pasar con el preso el mayor tiempo posible.

Los rígidos párrafos de las Instrucciones para los parientes de los reclusos que figuraban impresas en el papel de cartas de la prisión decían que las horas de visita eran de ocho y media a diez y media por la mañana, y de una a tres y media por la tarde. Al leerlo, las monjas se dieron cuenta de que ya no tenían tiempo de hacer la visita matinal. Pero Sor María Lorenza recordaba que más abajo decían también: *Las personas que deseen ver a los presos para algún asunto, deberán obtener permiso especial del alcaide*. Dirían, pues, a éste que solicitaban ese permiso especial porque tenían importantes asuntos que tratar con Tom.

Como ni la excitación ni los nervios ni el cansancio acortaran las distancias, las dos Hermanas se sorprendieron cuando el hermano de Sor Ana Roberta dijo:

—Bueno, pues ya estamos, y aún no son las once y media.

Ante ellos, sobre una colina como un pétreo castillo medieval con formidables murallas, se alzaba el penal del Estado de Kentucky, deslumbrante bajo la cegadora luz del sol de junio. Miraron a su alrededor esperando ver algo; pero sólo encontraron un paisaje vacío. La fortaleza parecía un pueblo desierto.

— ¿Qué hacemos?... ¿Comemos ahora? —preguntó Sor Ana Roberta, pensando, sin duda, en aguardar a que fuera la una de la tarde.

—Yo quiero ver al alcaide antes de mediodía —fue la respuesta un poco desabrida de la anciana monja—. Comeremos más tarde.

Ascendieron medio centenar de anchos escalones de piedra, y llegaron

casi sin aliento hasta la gran puerta de hierro de la entrada. Tocaron una campana, y retrocedieron un poco asustadas, mientras se abrían las macizas hojas, detrás de las cuales aparecieron dos guardias armados, que sonrieron a las monjas. Uno de ellos dijo:

—Todos los días las estábamos esperando, Hermanas.

—Queríamos ver cuanto antes al alcaide, si es posible —dijo Sor María Lorenza, temerosa de que diesen las doce.

Uno de los guardias las invitó a seguirle. Subieron al segundo piso, y en seguida las pasó a presencia de W. Jess Buchanam. Sor Ana Roberta le catalogó como un hombre corpulento, de edad madura y con una cara amable y una cordial sonrisa, hasta que se levantó. Sólo entonces advirtió que era un gigante de seis pies y siete pulgadas, con un peso de unas trescientas libras. Junto a él, la pobre monja se sintió más pequeña y frágil que nunca, Buchanan les ofreció asiento, asegurando que consideraba un honor su visita.

—Seguramente —dijo— era la primera vez que dos Hermanas de la Caridad de Nazaret entraban en el penal del Estado de Kentucky.

Oyéndole, Sor María Lorenza pensaba que, aun sin ser diplomática, necesitaba poner en juego todas sus dotes de persuasión en servicio de su propósito.

—Habíamos oído hablar mucho de su amabilidad, señor Buchanam— dijo—, y teníamos muchos deseos de conocerle.

El alcaide sonrió afectuosamente.

Señalando a un retrato de «Happy» Chadler que Buchanam tenía sobre su mesa, Sor María Lorenza prosiguió:

—Ya veo que tiene el retrato del gobernador... También es amigo nuestro. Le hemos tenido como paciente en nuestro Hospital de Lexington.

—Me lo contó —replicó, cariñoso—. Es un gran hombre.

Sor María Lorenza abordó la cuestión decididamente:

—Señor Buchanam... Nosotras hemos venido a ayudar espiritualmente a Tom Penney, pues tememos que le quedan muy pocos días de vida. ¿Se porta bien?

—Sí, Hermanas. Es un preso modelo.

Conocemos las reglas del penal por haberlas leído muchas veces en los membretes de las cartas, pero no dicen que no se puedan enviar comestibles.

—Es verdad. Pero es que esas reglas son para los presos corrientes. A

los condenados a muerte es a quienes no se les pueden enviar.

Ya comprendo, ya. Pero hay otra cosa señor Buchanam. Tom es católico, y no se le permite oír la misa que dice el capellán.

—Cierto, Hermana. A los condenados a muerte no les está permitido hacer nada en común con los demás presos...

—Claro, claro... Y dígame: ¿puede, al menos, el sacerdote visitarle en su celda?

Siempre he autorizado al Padre Donnelly para hacerlo.

—Yo me refería al capellán de la prisión, un cura que viene de Paducah...

¿El Padre Libs? ¡Desde luego! Yo puedo concederle el mismo permiso para visitar en su celda a Penney.

Sor Ana Roberta, que escuchaba atenta y silenciosa, sintió latir su corazón con violencia. ¡Tom podría recibir la Sagrada Comunión!...

Sor María Lorenza seguía hablando:

—Exactamente dentro de una semana será el cumpleaños de Tom. Usted sabe mejor que yo, señor Buchanam, que será el último para él. ¿No podríamos enviarle alguna golosina como regalo? ¿Nos permitirá que le hagamos una tarta de cumpleaños?

Los ojos de Jess Buchanam pestañearon bajo los cristales de sus gafas de concha. ¿Quién podría resistir semejante petición?

—Envíenle lo que quieran, excepto cigarrillos, y yo se lo haré llegar. Pero ahora, antes que me pidan más cosas, permítanme decirles que mi mujer y yo nos veremos muy honrados si ustedes aceptan almorzar con nosotros —dijo Jess Buchanam, levantándose para escoltar a las monjas hasta sus habitaciones particulares.

— ¡Oh, señor Buchanam, a nosotras es a quien honra esa invitación, que agradecemos mucho! Pero también nosotras, prisioneras de Cristo, tenemos nuestras reglas y prohibiciones respecto a la comida, y, sintiéndolo mucho, no podemos aceptar su amable invitación. Explíqueselo a la señora Buchanam, y dígale que esperamos no le disguste... ¿Podríamos ver pronto a Tom?

—Pueden verle ahora mismo, Hermanas. Diré que lo traigan aquí, a mi oficina. Será más agradable para ustedes que ir a la galería *del paseo*, donde está su celda. Ahora que tendrá que permanecer un guardia con él.

Las dos monjas no pudieron hacer otra cosa que contener el aliento y

cambiar miradas de inteligencia. Aquellas palabras eran la respuesta de la novena que habían hecho con Tom a la Virgen de los Dolores.

Tres minutos más tarde, desde la ventana, vieron a Tom seguido de un vigilante cruzar el patio. Sin decir nada, comprendieron por qué levantaba sus manos sin esposas para cubrirse los ojos. Hacía casi cuatro meses que no veía la luz del sol.

Limpio y bien afeitado como siempre, entró en la habitación y saludó a las monjas calurosamente, estrechándoles las manos con gran efusión para expresarles su bienvenida. Luego, finalmente, dio las gracias al alcaide. Buchanam saludó con la cabeza, y salió. El vigilante se sentó en el sillón del director, mientras Tom lo hacía en la única silla vacía, a la izquierda de Sor Ana Roberta. Al ir a acercar su silla a la del preso, Sor María Lorenza recordó estas palabras de una de las cartas de Penney: «No es fácil empezar una conversación cuando alguien nos escucha.» Se volvió al vigilante, y entabló can él un animado diálogo, durante el cual no oyeron una palabra de lo que Tom decía a Sor Roberta.

Así transcurrió más de una hora. Sor María Lorenza se levantó, diciendo:

—No debemos abusar más tiempo de usted ni del director.

Tom Penney se puso en pie también, y se volvió a su guardián para preguntarle:

— ¿Cree usted posible que las Hermanas vean a Bob Anderson?

— ¿Posible? Le puedo traer aquí. Justamente es ya la hora de visita. Pero antes tengo que llevarle a usted.

—Desde luego —dijo el preso, volviéndose hacia las monjas.

Tanto ellas como él intuyeron que, probablemente, aquélla sería la última vez que se vieran en este lado de la eternidad. El mismo pensamiento pareció herir a la vez las tres mentes, privándolas del uso de la palabra. El despacho se llenó de una honda tensión, a la que no pudo sustraerse el vigilante. Advirtiendo lo que producía aquel desconsuelo a los tres interlocutores, resolvió la angustiosa situación, diciendo:

—Después que hayan hablado con Anderson, Hermanas, las llevaré a la celda de Tom.

Tom sonrió, y saludó:

—Hasta la vista, Hermanas.

Y salió con su acompañante.

No había terminado de cerrarse la puerta, cuando Sor María Lorenza se acercó a la joven monja, preguntándole:

—Consiguió el sitio junto a Tom, como quería, ¿eh? Bueno, pues ya me contará todo lo que le ha dicho. Sor Ana Roberta sonrió:

—En efecto, he tenido suerte, Hermana. Un millón de gracias por haber entretenido con su charla al vigilante. Tom ha hablado hoy con la sencillez de un niño. Ya puede usted imaginarse cuál ha sido el tema de nuestra conversación.

— ¿Cuál?

—Su madre. Está agradecidísimo. Cree que hemos hecho algo maravilloso al visitar y animar a su querida vieja.

—Y ¿qué más ha dicho?

Cuando usted nos indicó tan finamente que ya no tenía nada que hablar con su guardián, Tom me hablaba de los Sacramentos y de la Misa. ¡Oh Hermana, ese muchacho se abrasa de amor y afán de Dios!

—Ya ha oído usted lo que ha dicho el director. Tom puede recibir la Sagrada Comunión en su celda, pero no oír Misa... Temo que tendrá que esperar a oírla desde el Cielo... ¿No le preocupa Bob Anderson?

—Le preocupa desde el principio. Recuerda cómo trabajó con él en Lexington...

También está trabajando aquí; pero Bob no responde. No es extraño que dos hombres...

— ¡Chiiiissst!... El vigilante vuelve.

—Realmente, no sé para quién resultará esto más raro, si para ustedes, Hermanas, o para mí —dijo el guardián—. La verdad es que nunca antes de ahora había escoltado a dos Hermanas de la Caridad hasta la Casa de la Muerte.

Aquélla constituyó para las monjas un largo y singular paseo. Primero bajaron a una larga galería con celdas a ambos lados; luego cruzaron a través de puertas construidas especialmente para entrar en otra galería de cemento grisáceo y rejas de hierro. Finalmente, el guardián exclamó:

—Ahora vamos a llegar a la Galería de la Muerte.

Las monjas lo miraban todo con viva curiosidad. Mientras recorrían las diferentes galerías, muchos de los presos las llamaban. Sor Ana Roberta y su anciana compañera iban sumidas en los más graves pensamientos.

— ¡Qué jóvenes son la mayoría de los presos! —comentó en un

susurro Sor Ana Roberta.

—Este muchacho morirá esta misma noche —dijo el vigilante *sotto voce* ([6]) cuando se acercaban a una celda, en la que un joven negro, sentado, leía la Biblia.

Al oír el repiqueteo de los rosarios monjiles, levantó la cabeza, las miró un momento, y dijo:

—Recen por mí esta noche, Hermanitas.

Sor María Lorenza empezó a sentirse desasosegada. No es que la idea de la muerte fuese algo nuevo para ella después de sus largos años de Hospital. Pero la muerte de unos hombres llenos de vida, la muerte esperada a plazo fijo, era algo muy distinto.

Otro negro permanecía inmóvil en su petate.

—Este hombre no ha pronunciado una sola palabra en tres semanas —dijo el vigilante suavemente.

Luego, en voz muy alta, continuó:

—Esa es la celda de Anderson... ¡Bob, tengo una sorpresa para ti! ¡Visitantes especiales!

El capellán protestante del penal se había unido al grupo en uno de los corredores. A Sor María Lorenza le pareció que estaba muerto de curiosidad por saber qué era lo que las monjas iban a hablar con Bob Anderson, en vista de lo cual, después de dar un cordial apretón de manos y prodigar algunas palabras de saludo y consuelo al preso, la anciana religiosa se apartó un poco de la celda, diciendo al pastor:

—He oído que tiene usted organizada una biblioteca magnífica.

El pastor no tuvo más remedio que seguir la conversación iniciada por la monja, y de esta suerte Sor Ana Roberta se pudo colocar a la puerta de la celda, fuera del radio de escucha del capellán.

Una vez más, Sor María Lorenza utilizaba su ingenio. Manifestó un gran interés, no sólo por la biblioteca, sino también por todo el trabajo del pastor con los presos. Le escuchó atentamente la exposición de sus proyectos, felicitándole por la noble y gran labor que realizaba, lo cual aumentó el entusiasmo del pastor, quien se puso a explicar minuciosamente su técnica. Cuando la monja le elogió la idea de haber constituido un coro, el capellán le prometió que se lo haría escuchar antes que abandonase el penal. Con el rabillo del ojo, Sor María Lorenza miraba a Bob Anderson y a

[6] En italiano en el original.

Sor Ana Roberta charlando animadamente. Sonrió al capellán, y le contestó que era muy amable y generoso, con lo cual aquél se marchó satisfechísimo para preparar el pequeño concierto.

Bob Anderson dio las gracias a las Hermanas por su visita y sus oraciones. Sor María Lorenza pudo contemplar a sus anchas la celda y el preso. Veía perfectamente a Bob a través del ventanillo de la puerta, y le encontró muy atildado. La celda era relativamente confortable, pues tenía una mesa y una silla, y el aire y el sol entraban a raudales por una amplia ventana.

El vigilante, que parecía leer el pensamiento de las monjas, explicó que los condenados a muerte tenían mejores celdas que los otros.

—Es lo último que se puede hacer por ellos antes que vengan aquí —añadió, llevándolas directamente desde la celda de Bob, cruzando la galería, hasta una habitación de unos veinte pies, pintada de verde y color canela, en cuyo centro se alzaba la silla eléctrica.

Con rigurosa exactitud, el guardián explicó a las religiosas el mecanismo del mortal artefacto. Las Hermanas contemplaban a menudo con el mayor interés el instrumental inventado por el hombre para atajar dolencias y hasta quizá salvar vidas... En el brillo del bruñido acero de los escalpelos y demás material quirúrgico veían la posibilidad de arrancar de la muerte una vida; pero aquella trágica silla... De no estar seguras de que Tom se sentaría en ella un día, habrían agradecido al vigilante sus buenas intenciones, rogándole que se callara. Pero, llenas de angustia, permanecieron en aquella estancia fuertemente iluminada, clavando la vista en la silla desde la que tantas almas volaban a presentarse al supremo juicio de Dios. Por último, el guardián las condujo desde la Cámara de la Muerte hasta el *paseo*, como los presos llamaban a la galería donde estaba situada la celda de Tom. Con toda naturalidad le preguntaron por qué habían encerrado a Tom tan lejos de Anderson, pues ignoraban lo sucedido en Lexington —conversaciones, intercambio de notas, charlas con los abogados de Bob, etc.—, que había obligado a los oficiales a tomar la determinación de separarlos durante una temporada. Finalmente, se detuvieron ante la puerta llena de barras y cerrojos que tanto chocara al Padre Jorge en su primera visita a Penney. Las monjas lo fisgaron todo muertas de curiosidad.

¡Qué diferencia con la celda de Bob Anderson! Las Hermanas no conseguían ver a Tom por las rendijas de la puerta, en la que sólo había abierto un pequeño hueco por donde le pasaban la comida. A través de él,

pudieron contemplar el interior de la estrecha celda. No tenía ventana, y, por tanto, carecía de sol y de aire. Un camastro sujeto con cadenas a la pared. En un rincón, un pequeño almacén de libros, papel y material de dibujo. El preso reía alegremente al decir a las Hermanas que los celadores eran amabilísimos con él al permitirle tener la luz encendida a cualquier hora del día o de la noche.

—Sin ella ni siquiera alcanzaría a ver mis manos —dijo—. Pero es estupendo levantarse a las dos de la mañana cuando todo está silencioso. A esa hora es cuando escribo la mayor parte de mis cartas. También suelo dibujar. Por cierto, les voy a regalar algún dibujo como recuerdo de este día maravilloso.

Se dirigió al pequeño montón, y escogió cinco dibujos: uno representaba al Sagrado Corazón, otro a San Francisco, un tercero a San Vicente de Paúl y los dos restantes a la Dolorosa. Los pasó por debajo de la puerta a las dos monjas, que casi estaban a punto de echarse a llorar por aquel hombre encerrado en tan exiguo espacio de frío hormigón. Pero la contemplación de su alto espíritu no permitía lágrimas.

Pronto tendrían que despedirse. Ese era el momento más temido por las monjas. Pero Tom se adelantó diciendo con jubilosa convicción:

—No sé por qué, Hermanas, tengo el presentimiento de que no será ésta la última vez que nos veamos en la tierra. Así que sólo les digo *Au revoir* ([7]) y muchas gracias por haberme proporcionado uno de los días más felices de mi vida. La Virgen de los Dolores ha escuchado todas nuestras plegarias.

Camino de Francy Farms, las religiosas se detuvieron en Paducah. Mientras Sor Ana Roberta visitaba al viejo pastor, Sor María Lorenza habló con el joven Padre Tom Libs, para decirle que el director del penal le autorizaba a entrar en la celda de Tom Penney, quien verdaderamente tenía hambre de Eucaristía.

—No sólo le encontrará usted bien preparado, Padre, sino que, además, es sincero.

Sólo ya muy entrada la noche, y después que Sor Ana Roberta dio a una hermana suya toda clase de detalles sobre una tarta que deseaba hacer, así como de la fecha en que debía estar hecha y de cómo, cuándo y a quién había que enviarla, las dos monjas sintieron la fatiga subsiguiente a una intensa jornada de trabajo.

---

[7] En francés en el original.

A la mañana siguiente —5 de junio—, Tom escribió a su madre:

> «He tenido un día felicísimo. ¡Las Hermanas han venido a verme! Pero no te quiero contar nada. Acaban de marcharse, e irán a verte muy pronto.
>
> Madre: «Tommie» me envió cinco dólares para mi cumpleaños y el Padre Donnelly me mandará otros cinco. Las Hermanas me van a hacer una tarta, pues les han dado un permiso especial para regalármela. Te lo digo para que sepas que el próximo jueves tendré banquete de cumpleaños. ¡Dios les bendiga a todos ellos! Otra razón para decirte todo esto, madre, es que puedas saber lo bueno que Dios es conmigo al darme tantos amigos. Sólo siento, madre, no poder demostrarles lo mucho que los quiero...»

Aquel mismo día le cambiaron de celda. Los oficiales de Prisiones, que ahora ya confiaban en él, le sacaron de su pequeña celda de cemento, llevándole a otra mucho más confortable, contigua a la de Bob Anderson. Los dos hombres hacía varios meses que no se veían. La cordialidad con que Bob le felicitó indicó a Tom la benéfica influencia de la breve visita de las monjas. A la una de la madrugada siguiente, Tom escribía a Sor María Lorenza:

> «Acabo de despertar de un sueño agradabilísimo, y aunque usted conoce mis pensamientos quisiera darle una ligera idea de lo que ha pasado dentro de mí. En resumen: puedo asegurarle que su visita del jueves me proporcionó uno de los días más felices de mi vida.
>
> Ahora ocupo una celda contigua a la de Bob en la Galería de la Muerte. Estoy mucho mejor aquí: es mejor habitación y tengo buena luz, buena cama y aire fresco. Tengo una ventana al patio y nada me molesta. Esto es mucho más tranquilo. Dios es bueno conmigo. Rece, Hermana, Porque siga mereciendo sus favores. Yo, por mi parte, trataré de ser mejor cada día.
>
> Me sentía demasiado feliz o estaba tan emocionado, que fui incapaz de hablar para dar las gracias al director y al señor Dangin por sus atenciones. Lo hubiera hecho de no hacérseme un nudo en la garganta. Creo que en algunos momentos todos nos reímos a carcajadas.
>
> Eternamente le estaré agradecido, Hermana. Si no supiera los santos que han muerto, sospecharía que era usted el propio San Judas.

Anderson se alegró mucho de verla, Hermana. Yo no lo sospechaba entonces; pero ahora estoy seguro de que su visita no habrá sido totalmente inútil para él.»

Aunque la lectura de esta carta resultara muy grata, la Hermana esperaba con impaciencia la de la semana siguiente, pues conocía las instrucciones dadas por Sor Ana Roberta a su hermana respecto a la tarta, y tenía gran curiosidad por saber cuál sería la reacción de Tom ante la caja enviada por ella misma. El 21 de junio recibió esta carta:

«Querida Sor María Lorenza: Si los paquetes postales admitieran mayor tamaño, probablemente me hubiera usted mandado una tienda entera. Todo llegó estupendamente. Hermana, y veo que tendré alegría para muchos días.

También llegó la tarta, que era una hermosura. Debieron de traerla aquí en mano. El señor Rankin me la trajo en seguida, y pude admirarla antes que la cortasen. Encima ponía «Feliz cumpleaños, Tom Penney». También tenía unas rosas blancas y de color de rosa confitadas y adornadas con grageas verdes. Como sabe, también era el cumpleaños de Bob. El cumplía treinta y siete y yo treinta y tres. Nos repartimos nuestros obsequios, que esperamos nos duren unas semanas.

El Padre Libs vino ayer. Yo estaba bien preparado y en ayunas; pero eran ya más de las once cuando empezó la Misa, y no tuvo tiempo, aunque me prometió que lo haría el lunes que viene. Esperaré con paciencia.»

Antes de acabar junio, el Padre Donnelly tuvo conocimiento de todos los detalles del cumpleaños en la Galería de la Muerte y de la inolvidable visita a través de cuatro fuentes diferentes. La carta de Tom no era muy larga, pero una de sus frases valía por varios libros:

«Si yo amara a alguno de ustedes un poco más de lo que les amo, sería un sacrilegio.»

Esto lo decía al hablar de su gratitud, no sólo a sus buenos amigos, sino a Dios. La señora Penney, tristísima, pero llena de agradecimiento, le hizo un resumen de la carta de su hijo y la visita de las monjas. Estas, a su vez, se la contaron verbalmente. Una de las cosas que más impresionaron al Padre fue la preocupación de Tom por Anderson.

De pronto, comprobó que también a él, con el transcurso del tiempo, Bob había llegado a preocuparle como un complicado rompecabezas. Las escasas cartas enviadas por Bob le mostraban inquieto por el traslado al penal, lleno de temores físicos y totalmente frío en el aspecto religioso. Decía que rezaba, leía y hablaba con el Padre Libs, pero añadía cínicamente que nada de ello llegaba a tranquilizarle.

Pocas semanas después de la visita de las monjas, el Padre Donnelly concibió algunas esperanzas, pues Anderson le escribió diciendo que las Hermanas *le habían hecho ver las cosas más claras que nadie,* y Tom, por su parte, le refería cómo Bob le había formulado varias preguntas acerca de la religión, y parecía estar haciendo serios esfuerzos para orar. Pero la última semana de junio trajo una nueva carta que desvaneció tales esperanzas. El Padre Jorge vio claramente adónde se dirigía el verdadero interés de Bob.

Se sentó a meditar. Había dos hombres enfrentados con el mismo destino, visitados por Dios con las mismas gracias, a través de los mismos instrumentos al mismo tiempo y en idénticas circunstancias. Sus principios morales eran muy parecidos, así como su educación y su ambiente familiar. ¿Cuál podía ser entonces la explicación de sus opuestas actitudes? Bob era un poco mayor que Tom, como acababa de saber por el reciente cumpleaños que ambos habían celebrado en las celdas contiguas de la Galería de la Muerte, pero parecía mucho menos prudente que el más joven. Penney pasaba su tiempo escribiendo cartas a las monjas y solicitando preparación para la otra vida; Anderson, por el contrario, se dedicaba a escribir a sus abogados, trazando planes para poder salvar la vida. Bob era bastante sincero; pero si hubiera que expresar en lenguaje técnico-teológico esta sinceridad, podríamos decir que solamente sentía una contrición imperfecta. Lo que temía era el infierno; lo que le entristecía, la convicción de que habría de ir a él forzosamente. Tom, en cambio, sentía la contrición perfecta; su pesadumbre era la de haber ofendido a Dios, su amante Creador, y por ello trataba ahora de enmendar su conducta anterior para devolverle amor por amor hasta donde le fuera posible.

En la Galería de la Muerte había planteados dos conflictos: en una celda, el mundo triunfaba sobre un hombre creado para el Cielo; en la celda inmediata, un hombre triunfaba sobre el ángel rebelde, que había obligado a un Dios todo misericordioso a crear un infierno. Y el Padre Jorge se sentía algo más que un árbitro en ambas batallas. Se había unido tan estrechamente a cada uno de los protagonistas, que las cartas de ambos desgarraban por

igual su alma, viendo que, a la vez que triunfaba con uno, era derrotado con el otro.

Mientras el mes terminaba, el buen sacerdote se regocijaba con la alegría de aquel cumpleaños en la Galería de la Muerte, al mismo tiempo que se afligía con una duda que amenazaba convertirse en convicción: temía que la muerte en la misma cámara no llegara a significar para los dos hombres el mismo nacimiento a una nueva existencia.

CAPÍTULO VII

SATÁN, EN LAS CELDAS DEL PENAL

— ¡Eh, tú Tom!

— ¿Qué haces?

—Escribo.

— ¿A casa?

—No. A Sor Ana Roberta.

— ¿Cuántas horas malgastas escribiendo a tus monjitas?

La risa de Penney flotó entre las rejas de su celda, rebotó en la pared de la cámara de la silla eléctrica y resonó como un eco a lo largo del *paseo*.

— ¿A qué viene esa risa de caballo? —preguntó Anderson.

—A que, o eres un adivinador del pensamiento, o estás leyendo lo que escribo por encima de mis hombros a través de algún instrumento mágico. ¿De veras no tienes algún espejo encantado?

El último párrafo que acababa de redactar decía: *El privilegio de escribirla me proporciona tres o cuatro horas de hermosos y nobles pensamientos, lo cual es muy de agradecer*.

— ¡Bah, bah!—dijo Anderson.

— ¿Con qué se comen esos hermosos y nobles pensamientos, Tom? —terció una voz aguda al fondo de la galería.

— ¿También me oyes tú desde tu rincón? —gritó Tom—. Creí que estabas durmiendo, Skeeter.

— ¡Sí que hay posibilidad de dormir con vuestras estupideces y vuestros berridos!

Un tanto disgustado, Tom Penney dejó su lápiz sobre la hoja a medio escribir, y se acercó a la mirilla de su celda. Era costumbre en los presos hacerlo cada vez que se relevaban las guardias, aprovechando la ocasión para trabar conversaciones a través de las rejas y discutir las noticias del día,

leídas en el *Correo Diario,* de Louisville, o el *Heraldo,* de Lexington. Anderson leía el primero y Tom Penney el segundo. También solían hablar de las cartas que habían recibido y de las que escribían; se comunicaban sus pensamientos sobre la vida y la muerte; intercambiaban sus puntos de vista sobre las posibilidades de un nuevo proceso; charlaban del tiempo, de la radio, de la guerra y de la religión.

Aquella tarde de finales de junio, unos pasos en el paseo les hicieron callar y atisbar con curiosidad. El capitán Rankin lo recorría acompañado de dos guardias, entre los que venía un preso muy joven. La celda inmediata a la de Tom se abrió, cerrándose seguidamente.

— ¿Quién es el recién llegado, Tom?

— ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Elliot. Y vosotros, ¿quiénes sois?

—Somos los asesinos de Marion Miley. Yo soy Tom Penney. A mi izquierda está Bob Anderson. Dos celdas más abajo de la tuya está Skeeter. ¿Te van a sentar en el «asiento caliente»?

—De hoy en una semana, me han dicho.

— ¡Canastos! —murmuró Anderson—. ¡La víspera del 4 de julio! ¡Vaya un modo de celebrar el nacimiento de la libertad!

— ¡Qué sabes tú, Bob!... Quizá signifique el nacimiento del muchacho a la verdadera libertad...

— ¡Por amor de Dios, Penney! ¡Siempre el mismo disco!... Estoy harto de oírte hablar de religión... Todo lo que se te ocurre decir es que la vida es muerte, y la muerte, vida... ¿Querrás acabar de una vez con tus malditos sermones? Yo espero salir con vida de este infierno, ¿sabes?

— ¡Y yo también!—gritó Baxter, tres celdas más abajo.

—No creas a esos dos ilusos, muchacho. Bob es un bocazas que lucha como una fiera y consume sus energías como un marinero borracho, sin ganar nada con ello. Luego, Baxter...; bueno, los sueños de Baxter siempre fueron estúpidos, y no van a ser ahora de otra manera... Pero tú debes enfrentarte con los hechos, chaval. Morir es nacer a una vida real.

—Lo sé. Por eso me he bautizado hace poco.

— ¿Católico?

—No, protestante... Dime... ¿Hará tanto calor como aquí, en el infierno?

—No lo creas, muchacho. En mi obsequio y en el de mis dos

cómplices, esto es mejor, afortunadamente.

— ¿Qué quieres decir?

—Que creo que este lugar es sólo tan caliente como el purgatorio.

— ¡Puaf! ¿Ya empiezas otra vez? ¡Me largo a la cama!

— ¡Que descanses, Skeeter!... Vamos a ver, muchacho. ¿Qué piensas tú de la muerte?

— ¡Oh, no sé! Nunca se me había ocurrido pensar en ella antes de ahora. Sabía que todos tenemos que morirnos. Pero me espanta que me haya tocado a mí morir en la silla. ¿Dónde está ese horrible artefacto?

—Al otro lado de esa galería. Justo enfrente de la celda de Bob.

—No tendrás que andar mucho para llegar a ella. Ni ninguno de nosotros, por supuesto...

—Ya lo veremos —dijo Anderson—. No andaré mucho, si es que voy. Pero no estoy muy seguro de tener que ir, ¿sabes, muchacho? Todo depende de Penney. Él fue quien me trajo aquí y quien puede sacarme de aquí.

—Vaya poder que tengo, ¿eh? Soy más poderoso que el propio gobernador Johnson. Sólo él puede perdonar la vida a un hombre. Pero, oyendo a Anderson, resulta que yo he podido encerrarlo primero y luego puedo sacarle, si quiero. ¡Animo, Bob! Puede que todavía utilice mi enorme influencia.

—Si no lo haces, te maldeciré por los siglos de los siglos.

— ¿Has oído, chico? Bob es un tío más grande que yo. ¡Es un hombre que reza a Dios!

—Dime, Penney... Tu voz suena alegre... ¿Es que tienes alguna esperanza de librarte de la silla? —preguntó Elliot.

—Ni la más remota, amigo mío. Desde luego, nuestras causas han sido apeladas; pero sé que eso sólo servirá para prolongar nuestra agonía, aunque Bob no quiera admitirlo y Skeeter le haga el dúo.

— ¿Por qué hemos de admitir lo peor? ¿No trabajan por mí algunos de los mejores abogados criminalistas del país?

— ¿Que trabajan por ti?... ¡Lo que hacen es sacarte los cuartos, Bob!

— ¡Muchos cuartos me van a sacar si cruzo la galería hasta el *asiento caliente!*

— ¿Por qué no piensas en tu mujer, en tu madre y en el resto de tu familia?

—Y ¿por qué no piensas tú en ellas? —replicó ásperamente Bob.

Por un momento, Penney no encontró respuesta.

— ¿Que por qué no pienso yo...?

—Sí, sí... ¿Por qué no piensas tú? Tú, no sólo podrías salvar mis cuartos, sino también salvarme a mí para mi mujer, mi madre y el resto de mi familia.

— ¡Caramba, Penney! Por lo que se ve, no sólo eres poderoso, sino todopoderoso. ¿Qué historia es ésa?

—La vieja historia del hombre a punto de ahogarse, y que se agarra a una caña para salvarse. Bob piensa que podemos suscitar con éxito la revisión de los procesos porque uno de los jurados tropezó en una piedra en las afueras del Condado, o porque en la Sala del Jurado había un peridico antes que sus miembros dictaran su veredicto. ¡Meras trivialidades!

—No son trivialidades, sino tecnicismos de la ley, los que han librado a algunos hombres de la silla. Pero aun cuando fueran montañas, serían un grano de arena comparados con lo que tú puedes hacer. Tú puedes anular los procesos y hacer que el juez, el Jurado, el fiscal y los defensores, los reporteros y los editores se queden tontos con una sola palabra tuya. Tú puedes cambiar nuestra situación de arriba abajo.

— ¿Ves, Elliot, cómo soy el hombre del milagro?

—Y ¿por qué no quieres hacerlo?

—Porque prefiero enviar a Bob al Cielo.

— ¡Al infierno es adonde quieres mandarme!

—Menos, Bah menos... Al purgatorio, que ya es bastante malo.

— ¿Qué es ese purgatorio que nombras tantas veces, Penney? La señora catequista que viene a vernos dice que el purgatorio no existe, puesto que la Biblia no lo menciona.

La risa de Penney sonó musical.

—Cuando estaba en el *paseo* encontraba cada hora una docena de argumentos acerca de Dios y de la religión. Todos ellos venían por el mismo camino. La mayoría de los compañeros que están allí consideran la Biblia como la última palabra... Pero yo he aprendido que ni siquiera es la primera. ¿Cuándo se escribió la Biblia, vamos a ver?

— ¡Yo qué sé!

— ¿Quién nos dio a conocer la Biblia?

—El rey Jacob, me figuro. Su nombre figura en ella.

—Y ¿quién era el rey Jacob?

— ¡A mí qué me preguntas!

— ¿Era acaso Dios?

— ¡Claro que no!

—Sin embargo, tú dices que la Biblia es la palabra de Dios.

—La señora catequista así lo asegura.

—Y a ella, ¿quién se lo ha dicho?

—Bueno, bueno... ¿Adónde me quieres llevar?

—A buen camino, Bob, La Iglesia Católica puede enseñarte quién nos dio a conocer la Biblia, cuál es su antigüedad, qué palabras son en ella de Dios y cuáles no, qué es lo que quieren decir y lo que no quieren decir. La Iglesia Católica es quien nos ha dado a conocer la Biblia. Ni Pedro, ni Pablo, ni Mateo, ni Marcos, ni Lucas, ni Juan eran protestantes, como sabes.

—Y eso, ¿qué?

—Yo he oído a la Iglesia Católica cuando habla de la Biblia y cuando habla de cualquier otra cosa. Después de escuchar en el *paseo* a algunos muchachos, he comprendido que la Biblia es un libro demasiado grande para cerebros pequeños. Nunca debe dejarse en manos de los ignorantes.

—Por eso, sin duda, te mantienes alejado de ella, ¿no? —preguntó, irónico, Bob.

—Eso es muy poco amable de su parte, señor Anderson. Precisamente, yo tengo aquí en mi celda los Evangelios, y prefiero leerlos a soportar las bellas predicaciones de la catequista... —dijo Elliot.

—A propósito, muchacho, quería preguntarte qué fue lo que dijiste el domingo último a esa señora. Vino a mi celda con la mirada como una antorcha chispeante cuya llama acaba de ser avivada.

—Me convirtió, Penney —dijo Elliot—. Lo mejor es ser amable con ella.

—También yo lo fui.

— ¿Lo fuiste? ¿Qué le dijiste?

La risa de Tom sonó clara entre la gris oscuridad de la prisión.

—La verdad es que me pidió un testimonio, una solemne profesión de fe, y se la di.

— ¿Se la diste?

—Palabra que se la di. Yo no podía engañarla o ponerme a dar alaridos como hace Skeeter. Yo no puedo jugar con estas cosas, que imagino son muy serias para los demás. Yo soy católico.

Bob reía con risa entrecortada y gutural.

—Esa buena señora catequista —continuó Tom— estaba detrás de mí desde mí llegada al penal. Siempre me pedía una profesión de fe. El domingo pasado le hice la única que puedo hacer.

—Me gustaría oírtela.

—La oirás si me prometes callar y no interrumpirme.

—Prometido.

—Pues mira: me llegué hasta esta reja en que ahora estoy y le dije: Señora, ésta es mi profesión de fe: *Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra. Creo en Jesucristo, su Único Hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos y resucitó al tercer día de entre los muertos; subió a los Cielos, y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgan a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, en la Comunión de los Santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida perdurable. Amén.*

Hubo un momento de silencio que cortó Bob diciendo:

—La dejarías satisfecha, ¿eh?

—Eso es todo lo que ella enseña y mucho más. Pero dime, Penney, no te he oído decir nada del purgatorio ni de la Biblia en esa profesión de fe— dijo Elliot.

—El purgatorio, muchacho, es un invento de la Divina Misericordia para los renegados como tú y como yo. Nosotros no somos lo bastante buenos para ir al Cielo; pero ahora que estamos bautizados y tratamos de vivir y morir como es debido, tampoco somos lo bastante malos para ir al infierno. Por eso quiero que Bob sea como nosotros.

—La única palabra verdadera de tu precioso discurso es esa de renegados.

—Bueno, Anderson, yo ignoro la causa de tu rabia; pero quizá un poquito de religión te hiciera mucho bien. Eres agrio como el vinagre. Dime más cosas de la Iglesia Católica, Penney.

—Si te interesa, te puedo dejar un catecismo. La Religión Católica ha cambiado el mundo para mí, haciendo que estos días en la Galería de la Muerte sean los más felices de mi vida. Ahora no sólo no tengo miedo a morir, sino que lo deseo fervientemente, pues sé que será lo que me lleve ante Dios.

—Esas son las palabras que me gustan escuchar.

— ¡Sois dos pájaros de la misma pluma!—gritó Anderson con desprecio. Pero en seguida continuó—: No me extraña que sean ésas las palabras que te agrade oír, pequeño, ya que vas a sentarte en el *asiento caliente* la semana próxima. Pero yo no pienso hacerlo. ¿Nunca has oído hablar de Buford T. Stewart?

— ¿Quién es? Mi defensor se llama Stewart, pero no Buford T. —replicó Elliot.

—Es el individuo que estuvo en Lexington con Penney el 27 de septiembre del año pasado y el que se cargó a Marion Miley y a su madre. Es el que...

—Roberto H. Anderson —gritó Penney, remedando el tono judicial—. ¿Jura usted decir la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad?

— ¡Así Dios me ayude! —contestó Anderson rápidamente—. Penney estaba resentido conmigo porque no había querido trabajar con él en un negocio sucio de whisky. Rumió su rencor un par de años y luego me robó un coche que tuvo parado frente al Club de Campo para probar mi complicidad. Pero yo ni siquiera estuve aquel día cerca de Lexington.

— ¡Bob, eres el tío más fresco que hay bajo la capa del cielo!

— ¿Y dónde anda ese Stewart? —preguntó Elliot.

—Comiendo tierra desde el 2 de febrero, que palmó.

— ¡Hum! —gruñó el recién llegado—. Los hombres muertos no se van de la lengua. Pero tampoco se les llama de testigos en un proceso. ¿Cómo vas a hacer creer ese cuento al juez y al Jurado?

—Muy fácilmente. El difunto tenía una amiguita rubia que le vio con Penney en mi coche la noche del crimen.

—Has pensado en todo, ¿eh?

—Desde luego. Pero, a pesar de todo, has olvidado algunos detalles.

—¿Cuáles?

—Has olvidado el detalle de la verdad y el de las coincidencias.

— ¿A qué coincidencias te refieres? —preguntó Bob con ansiedad.

—No sé cómo ahora piensas que todo eso puede impresionar a alguien cuando no lo alegaste al testificar yo contra ti en Lexington. Debiste haber citado como testigo a Stewart. Hubiera sido mucho más eficaz entonces. Ahora tiene que chocar un poco que el nombre de Stewart aparezca en el proceso después de muerto.

— ¡Bah! —ironizó Anderson—. Mi abogado lo tiene todo perfectamente previsto y no se preocupa mucho de un héroe como tú, Penney.

— ¡Ah! ¿Sí?

—Sí. Supongo que llamarás a esto otra argucia técnica. Pero, una vez más, te recuerdo que muchos hombres han sido salvados por argucias técnicas parecidas.

— ¿Cuál va a ser la nueva?

—Supongo que sabrás que nadie puede ser declarado convicto de un delito por el testimonio de un cómplice. De manera que tú aprovechaste una buena ocasión de ajustar cuentas conmigo por el asunto frustrado del whisky, y, al mismo tiempo, de encubrir a Stewart, tu verdadero cómplice.

— ¡Caramba! —exclamó Penney—. Ya lo creo que es una nueva argucia técnica. Envíame a tu abogado la próxima vez que venga a verte, Bob. Quizá tenga algo que decirle. Pero ahora déjame hablar de cosas más importantes.

— ¿Más importantes? —rugió Anderson.

—Seguro. A este chico sólo le queda una semana de vida. ¡Qué pronto, chaval, vas a encontrarte frente a Dios! Cuando no tengamos que hablar de los estupendos proyectos de Anderson para salir de aquí, hablaremos tú y yo de cosas mucho más hondas. Haremos juntos un examen de conciencia. Rezaremos una plegaria en voz alta como podamos. Tan pronto como Bob se calle, me avisas. Cuando él está por medio, el tercero está de más. Mataremos rezando muchas horas de nuestro tiempo. ¿Qué te parece esta señal para llamarnos?

—Suena estupendamente. Pero déjame antes arreglar un poco la celda. Voy a poner la cama, la mesa y la silla a mi gusto. Pero antes dime: ¿no nos molestarán los centinelas?

—No vigilan mucho por aquí. Ahora viene uno. Cállate. ¡Hasta luego!

Tom Penney volvió a su mesa y a la carta inacabada que dejara sobre ella. Cogió un lápiz, pero en vez de escribir permaneció pensativo. Después de unos momentos, movió la cabeza con desasosiego, preguntándose por

qué se sentía mucho menos a gusto aquí, en la Galería de la Muerte, que en el *paseo*. Tenía mucho mejor alojamiento, más aire y más luz, mayor comodidad y mayor libertad. Prácticamente, Bob y Baxter estaban a un paso. Realmente, tenía compañía, a pesar de estar incomunicado. Skeeter era paisano suyo y a Bob le conocía desde los días del reformatorio de menores. Pero, sin embargo, no se sentía a gusto.

Miró la carta empezada y sospechó si esa sensación desagradable procedería de algún descuido de las prácticas que las buenas monjas le habían recomendado. Pero no, pues al revisar cada una, comprobó su fidelidad a todas ellas. ¿A qué se debería entonces? Tal vez a que no ponía el mismo fervor en sus plegarias que cuando estaba en el paseo. Dios no parecía tan cercano ahora como en aquel pequeño cuarto oscuro en donde pasara el invierno y la primavera. El Padre Jorge le había prevenido al decirle que la vida tiene altibajos, y si hoy estamos radiantes y la encontramos maravillosa, mañana podemos amanecer sombríos y gruñones como un viejo cascarrabias, sin razón alguna aparente. Tom sabía que esto era verdad; pero le maravilló oír de labios del sacerdote que lo mismo ocurre con la oración: un día creemos que nos bastaría alargar las manos para llegar a tocar a Dios, y al día siguiente el Señor nos parece tan distante como la estrella más remota, y la oración resulta tan absurda como una conversación por un teléfono con los hilos cortados. En realidad, Tom nunca llegó a este extremo; pero desde que salió del *paseo*, sus preces eran diferentes.

En seguida advirtió que le ocurría lo mismo con todo. Ni escribía sus cartas con tanta soltura, ni le emocionaban tanto las que recibía. Leía con esfuerzo libros y revistas. Incluso sus dibujos le resultaban forzados. ¡Había sido tan dichoso en *el paseo!...*

Meditó sobre la causa de todo ello. Desde su llegada a la celda contigua a la de Bob Anderson, el tema continuo de conversación era que él —Tom Penney— podría librarle con su testimonio.

Golpeando los nudillos de su mano izquierda con el lápiz cogido con la derecha, Penney se acordó de la historia que Anderson había urdido. ¡Qué diabólicamente hábil parecía y qué estúpida era, no obstante! Antes de salir de Lexington, Bob le escribió una notita el primero de febrero, anunciándole que Buford Stewart había caído muerto en una reyerta callejera en Louisville.

De pronto, Tom interrumpió su tamborileo y se incorporó con el ceño fruncido, recordando que fue el 2 de febrero, justo diez días antes de ser trasladados de la cárcel del Condado, cuando Bob le mandó una revista con

la notita de la muerte de Stewart dentro. ¡Qué velozmente había trabajado la imaginación de Anderson! Pero ¿sería la de Anderson? Tom trató de recordar si los abogados de Louisville estuvieron en la cárcel aquel mismo día. No estaba seguro. De lo que sí estaba es de que habían sido mucho más asiduos desde aquella fecha. De cada una de sus visitas Bob obtenía nuevos detalles que añadir a su historia.

Tom sonrió sarcástico, se levantó y anduvo hasta la ventana, pensando en la última afirmación de Bob de que la chica rubia amiga de Stewart les había visto juntos en el «Buick» de Anderson. *Otro truco,* pensó. Un detalle más para perfeccionar el amaño. ¿Y qué significaba aquello de que nadie puede ser condenado por el testimonio de un cómplice? Los abogados de Bob estaban forjando una cadena con los más turbios eslabones. Cada otrosí, incluso los motivos que hubiera podido tener para declarar contra Bob, estaban tan bien tramados, que le presentarían a él como cumpliendo el código de la venganza —ley del hampa— para satisfacer su rencor contra Bob. ¡Esto era lo que quería decir aquello de que nadie puede ser condenado por el testimonio de su cómplice! Pero ¿cómo podría él, Tom Penney, considerar semejante cosa como un tecnicismo de la ley?

Se dirigió a la puerta de su celda y llamó suavemente:

— ¡Eh, tú, Bob!

— ¿Qué?—replicó con la misma suavidad la voz de Bob.

—Antes has dicho una cosa que me ha hecho reflexionar. ¿Es vedad eso de que un hombre no puede ser condenado por el testimonio de su cómplice?

—Así lo he oído decir.

— ¿Dónde?

—Aquí mismo, en Eddyville.

—Pero, Bob..., ¿cómo podía yo saberlo antes que tú me lo dijeras?

— ¿No podía habértelo dicho alguien?

— ¿Quién?

—Los compañeros de Lexington antes del proceso.

— ¿Qué sabían ellos?

—Hay muchos presos que están al tanto de las leyes.

—Y algunos abogados piensan poner un poco al tanto a los presos, ¿no? ¿No será Nicholson quien te lo ha dicho?

—En todo caso, sería lo mismo, Tom. La única cuestión que se nos

plantea es si tú vas a utilizarlo.

— ¿Eso quiere decir que hay posibilidades de un nuevo proceso?

—No hemos oído nada en contra.

—Entonces, tengo mucho tiempo para pensarlo.

—Escucha, Penney —dijo Bob, después de una pausa—. Todo tu afán es que me convierta al Catolicismo, ¿no? Pues bien: como mi vida está en tus manos, si me pones en libertad, o por lo menos me conmutas la pena de muerte, entraré en el seno de la Iglesia Católica. ¿Qué te parece?

Tom Penney se dirigió al otro lado de la celda y clavó la mirada en la alta ventana abierta. Una nubecilla algodonosa cruzaba melancólicamente sobre el pedacito de cielo encuadrado en la ventana. Cuando pasó y desapareció, el preso volvió a la mesa... *Su alma y las demás almas*... Moviendo la cabeza. Tomó la carta sin terminar y la releyó:

> «Querida Sor Ana Roberta: Acabo de recibir su interesantísima carta, que, como todas las suyas, me ha llenado de aliento. Supongo que su estancia en Chicago habrá sido muy interesante… Agradezco mucho su visita en mi nombre a la capilla de San Judas y también la novena que en favor mío ha hecho a San Francisco.
>
> No sabe, Hermana, todo el bien que me ha hecho y me sigue haciendo. El privilegio de escribirla me proporciona tres o cuatro horas de hermosos y nobles pensamientos por lo cual es muy de agradecer...»

«Sí —se dijo—. Muy de agradecer y mucho más provechoso que pensar en los procedimientos para salir de aquí y para sacar a los demás...»

Tomó la pluma y continuó escribiendo:

> «Ayer escribí a la señora Fenwick y temo haberle hablado más de su maravillosa hermana que del espléndido pastel de cumpleaños que me mando y de lo mucho que he estimado su amabilidad conmigo.
>
> He estado leyendo el folleto «Pequeños cánticos de amor». Debe de haber pertenecido a la Hermana Leonor Juana, pues tiene escrito su nombre. Su contenido es muy hermoso. Parece como si Dios estuviera realmente presente y uno hablara directamente con EL ¡Oh Hermana, si usted supiera cómo deseo ser bueno!
>
> El capellán vino esta noche y estuvo hablando con el compañero de la celda de al lado, que va a ser ejecutado el dio 3 de julio. Es un

protestante, y ha sido bautizado aquí. Le he dado un devocionario, y le gustan las oraciones. No hay esperanzas para él en esta vida; pero es seguro que las haya para otra vida mejor.

Algunos piensan que estamos un poco locos, pues como con frecuencia hablamos de la muerte como si la amásemos, les parece increíble que un alma se enfrente tan serenamente con el más allá. ¿Qué le parece a usted?

Hermana, voy a hacerle una pregunta, quizá más apropiada para mi confesor; pero, no obstante, quiero consultarla con usted. ¿Es un pecado grave decir alguna mentirijilla para salvar un alma o tal vez varias almas? —Si no le parece oportuno, no me conteste.

Empecé esta carta ayer, y ahora es la una de la madrugada del sábado; así, que si digo alguna bobada no me riña. Hemos charlado, rezado, cantado, comido, etc.., y me quedé dormido desde las cuatro y media hasta las ocho y media, mientras sonaba la radio. No es fácil escribir en serio cuando hay algo que nos distrae cada cinco minutos.

Ahora estamos cinco presos de tres religiones diferentes en el anexo, y hemos llegado a un acuerdo. Cuando alguno se pone a rezar, todos lo hacemos también uno por uno. Al terminar la ronda, siempre hay alguno que se siente avergonzado de haber rezado poco, y volvemos a empezar. A veces rezamos durante dos horas. De una cosa estoy seguro: de que no podríamos emplear de mejor manera nuestro tiempo.

Dios la bendiga, Hermana, y le conceda fuerzas y valor para seguir animando a los demás como lo hace.

Su indigno, pero devotísimo hermano en Cristo,

Tom Penney.»

Sor Ana Roberta encontró francamente confusa esta carta, atribuyendo esa confusión a la situación del compañero de la celda de al lado que iba a morir en la madrugada del 3 de julio. La monja no podía imaginar que fuera Bob Anderson el causante de la desazón de Penney. De haber sido capaz de leer entre líneas en la pregunta acerca de la gravedad de una mentira para salvar un alma o tal vez varias almas, inmediatamente le habría enviado una exposición breve, pero enérgica, clara y elocuente, sobre la maldad de cualquier mentira.

El problema no llegó a preocupar demasiado a Penney durante la

semana siguiente, pues toda su atención estuvo ocupada con el muchacho de la celda contigua. El 28, el 29 y el 30 de junio pasaron volando. También el 1 y el 2 de julio tuvieron ligerísimas alas, y llegó el día 3. Tom se levantó muy temprano para acechar como fascinado y bastante excitado todos los preparativos en la Cámara de la Muerte, que solían celebrarse los días que un condenado tenía que ir a ella. Tom pensaba que era la simpatía hacia el joven Elliot, que estaba viviendo sus últimas horas sobre la tierra, lo que le hacía sentir aquel vivo interés. Pero la carta que escribió a su madre aquella misma noche indica que, inconscientemente, lo había estado viendo como un ensayo general de su último día.

Empezó la carta e las diez de la noche. *Morirá a medianoche. Estoy seguro de que Dios le está esperando,* escribió. E inmediatamente, sin darse cuenta, seguía hablando de sí mismo al decir:

> «Desde luego, madre, hemos solicitado una modificación de la sentencia; pero si no se logra, quiero que sepas que la muerte no me da miedo... Tengo la absoluta seguridad de que Dios tendrá piedad de mí, pues aunque le he ofendido miserablemente en esta vida, El comprende mi corazón y me perdonará.»

Después de escribir esto, se levantó, se dirigió a la ventana y contempló las estrellas. No tenía facilidad para escribir aquella noche, aun cuando se sentía lleno de verdades que necesitaba comunicar a su madre. Miró con admiración durante algunos minutos el cielo impasible de la noche. Pero al escuchar las pisadas que venían del *paseo,* corrió hacia la mirilla de la puerta de su celda. Vio los gestos que Buchanam hacía a los hombres que había dentro de la Cámara de la Muerte. Sus voces agrias y sus nerviosas exclamaciones hicieron que las manos de Penney se agarraran con fuerza a los fríos barrotes de hierro. Guardias, electricistas, periodistas, frailes, e incluso empleados de la funeraria, se apretujaban frente a la celda de Elliot. Todo lo que Tom pudo oír fue esto: *¡Aplazado! ¡Aplazado!*

Veinte minutos más tarde volvió a su carta. Una vez más, sólo dedicó los primeros renglones a su vecino de celda:

> «Después de todo, no quería morir. Por lo menos, no quería morir todavía. Mis ruegos fueron atendidos. Había comido su última comida, y ya sólo faltaban dos horas para «ir». Todo ello fue ni más ni menos que la voluntad de Dios. Así que no debemos atormentarnos, madre. Dios es Dios, y todas las cosas ocurren como Él las tiene

dispuestas.»

Con la misma excitación escribió a Sor María Lorenza, dándole los más conmovedores detalles. Llena de orgullo, la monja entregó la carta al Padre Donnelly en su primera visita al hospital, y observándole mientras la leía, pensaba que adivinaba el origen de la lucecita que bañaba sus pupilas al terminar su lectura.

—Es tremendo, ¿verdad? —preguntó la Hermana cuando el sacerdote le devolvió la carta—. Sobre todo, eso de que los de la funeraria estuvieran esperando que les entregasen el cuerpo.

—Sí—respondió tranquilamente el Padre Jorge—. Pero no es eso lo que más me impresiona, Hermana, sino el hecho de que el Padre Libs haya prometido dar la Comunión el día 8. ¡Qué alivio más grande! Últimamente me tenía preocupado, pues Tom me había escrito tres cartas seguidas, en las que cada vez se mostraba más inquieto.

—Inquieto, ¿por qué?

—Eso es lo que más me angustiaba, que no me decía el porqué. Mencionaba al Padre Libs y a la Comunión; pero yo tenía la certidumbre de que había algo más. Sin embargo, esta carta me tranquiliza.

Hizo una pausa, y añadió:

—Rece, Hermana, porque Tom reciba pronto el Sacramento. Presiento que necesita una gracia especial, que sólo la Comunión puede darle. A decir verdad, si mi padre no estuviera tan delicado, pasaría mis vacaciones en Eddyville, en lugar de en Pensilvania. Escriba a Tom todas las semanas, y guárdeme todas sus respuestas para mi vuelta.

Lo que, en realidad, perturbó más a Penney fue el efecto que el dramático aplazamiento de la ejecución de Elliot produjo en Bob Anderson. *El Correo Diario*, de Louisville, publicó un vivo relato de cómo el abogado de Elliot, Zeb A. Stewart, había hecho un desesperado intento desde Francfort —donde el Tribunal de Apelación le había denegado un auto de *coram nobis*— a Louisville, en donde logró más éxito, obteniendo del juez federal, Shackelford Miller, un mandamiento de *habeas corpus*.

La conmoción por la negativa del Tribunal del Estado, el telegrama al Tribunal Federal de Louisville, su llegada a la ciudad pasadas las horas de oficina, el taxi corriendo veloz a casa del secretario y luego a la del juez, y, por último, el urgente telefonazo a Jess Buchanam ordenando la suspensión de la ejecución, no interesaron demasiado al rechoncho Bob Anderson. Lo que verdaderamente le fascinó y le hizo importunar a Penney con taimadas

indirectas y vehementes argumentos fue la serie de razones aducidas por Stewart para obtener el aplazamiento de la sentencia, entre las cuales las más importantes eran: que Elliot había sido condenado por un perjurio (¡cómo podía esto aplicarse a su caso!, pensaba Bob); que dos de los jurados —Gus Wells y Gabe Thomas— habían manifestado antes del proceso que si fueran designados como jurados enviarían a Elliot a la silla eléctrica; que otro de los jurados, Bob West, estaba emparentado por su mujer con Joe Tuggle, el guarda-llaves de la cárcel del Condado de Withtley, a quien Elliot asesinó al intentar escapar mientras esperaba ser llevado a un presidio para cumplir una sentencia de veintiún años por robo a mano armada (Bob tenía algunas cosas parecidas que alegar contra sus jurados); que había habido una conjura para declararle culpable sin tener en cuenta la Ley de la Evidencia (¡él podía decir lo mismo de Lexington y de su sentencia!), y, finalmente, que el testigo principal de su defensa, Grant B. Walker, no había podido comparecer por estar movilizado y encontrarse de guarnición en un campamento del Ártico.

—Tom —susurró Anderson una noche, ya muy tarde, hacia finales de julio—. Nuestro asunto está mucho mejor que el de Elliot, y, sin embargo, ya ves que éste no ha muerto. Tampoco nosotros moriremos si tú accedes a intentarlo.

Si el Padre Donnelly hubiese podido escuchar aquella conversación en voz baja, habría volado a Eddyville desde Pensilvania, dejando la cabecera de su padre moribundo. Pero como no tenía ni la más remota idea de cómo el aplazamiento de la ejecución Elliot había trastornado todo en la Galería de la Muerte de Eddyville, su única obsesión era que Tom no recibía los Sacramentos.

No obstante, no tuvo que esperar a su regreso para recibir las noticias que tanto anhelaba. Apenas llegado a su antigua casa de White Haren, en Pensilvania, le entregaron un sobre escrito con una caligrafía bien conocida. Lo abrió, y leyó la carta en que Tom le decía:

> «El miércoles recibí, al fin, los Sacramentos. ¡Qué alegría! Sobre todo, porque casi casi había perdido las esperanzas de que me los administraran. Ahora creo que quiero al Padre Libs. Entiéndame bien, Padre. Usted sabe que siempre le he querido, pero me parecía que había en él cierta cantidad de autoridad no ejercida. Quizá ello se debiera a que como usted me ha mimado mucho, yo no esperaba menos del Padre Libs. Mi alma requiere cuidados, Padre, pues aunque yo procuro hacer las cosas lo mejor posible, quizá no sean suficientes...,

Mientras el Padre Donnelly se disgustaba por las dificultades con que tropezaba Tom para conocer bien al Padre Libs, el prisionero se disgustaba por otras razones. Se sentía malhumorado y triste. Al principio lo atribuyó al calor. Julio había sido muy caluroso, pero agosto le hizo decir que habían pasado de la sartén al horno. Esta frase reflejaba exactamente la situación, pues la piedra del inmenso edificio conservaba el calor abrasador del sol del estío y hacia las noches agobiadoras y sofocantes. Más tarde lo atribuyó a su sensibilidad y a su egoísmo. Echaba de menos las visitas del Padre Donnelly y le faltaron las cartas de Sor Ana Roberta, que dejó de escribirle durante una semana, en que fue trasladada del hospital de Lexington a la Escuela de Verano de Louisville. Finalmente, su madre parecía haberse vuelto incomprensiva con él.

Todo ello culminaba una serie de contrariedades, comenzada el día en que el capitán Rankin le denegó una caja de pinturas a la aguada que Sor María Lorenza le enviara para iluminar sus dibujos. A partir de aquel momento, todo parecía ir de mal en peor, y contribuía a aumentar su irritación. Bob y Baxter —e incluso Trent, un recién llegado a la celda contigua— le atacaban a los nervios. Su correspondencia, detenida por la censura, le impedía comunicarse con los amigos de fuera con la asiduidad apetecida. Las cartas que recibía le parecían siempre portadoras de noticias desagradables. La radio le aburría y los periódicos le fastidiaban. Al menos antes, cuando podía escribir a su madre en la creencia de que ella comprendería todo cuanto le dijera, sentía cierta satisfacción. Pero ahora... El correo matutino le había traído una carta que demostraba que también la señora Penney había perdido completamente la simpatía a las monjas, interpretando los elogios que su hijo las hacía como un reproche hacia ella. ¿Cómo podía pensar eso?

Tom echó una ojeada por toda la celda. Cada una de las cosas le hablaban de la simpatía y el interés de las buenísimas religiosas. El Vía-Crucis clavado en la pared, el montón de libros, revistas y papeles en el suelo, el rosario bajo la almohada, las cartas sobre la mesa, la cajita de caramelos en una esquina, la carpeta de dibujos en la que había trazado tantas imágenes de Cristo y de su Madre..., todo, en fin, procedía de las dos Hermanas de la Caridad. ¿Cómo no iba a prodigarles sus elogios si le salían del corazón? Le habían visitado en la cárcel de Lexington. Habían hecho un viaje de trescientas millas y pico para verle en Eddyville. ¿Cómo su madre no se daba cuenta de lo que significaban para él? ¿No habían ido también a visitarla en su casa de South Spring Street? ¿No advirtió por sus propios ojos que no eran mujeres, sino ángeles?

Cuando Anderson interrumpió aquellos pensamientos para hacerle una pregunta, Penney respondió con tal violencia y sequedad, que inmediatamente rectificó gritando:

—Perdona, Bob. Estos días estoy fuera de mí. No sé si es el calor, que me está volviendo loco, o que tengo al demonio metido en esta celda.

La tormenta que estalló durante la medianoche fue un verdadero sedante. Tom aprovechó el relativo frescor de la madrugada para escribir a su madre:

> «Recibí ayer tu carta, alegrándome que hicieras bien tu viaje, a pesar del calor. También aquí aprieta de firme. Precisamente estaba tumbado esperando ahogarme de un momento a otro, cuando ha caído un buen chaparrón que nos ha refrescado un poquito...
>
> A veces me siento deprimido y otras terriblemente solo, madre. ¿Qué haría si no fuera por las monjas? Gracias a ellas, estoy bien surtido de libros, que leo de cabo a rabo... Haz el favor de entenderlo bien, madre; no es que las Hermanas hayan conseguido algo en lo que tú hayas fracasado. No es eso. Es sólo que ellas me han revelado aquí todo lo bueno que tú sembraste ahí, en casa. Así, pues, no pienses que tú has fracasado, y déjame creer que siempre amarás a estas Hermanas por sus bondades conmigo y por la ayuda que han proporcionado a mi tranquilidad espiritual...»

Después de echar esta carta al correo, se sintió mejor, y durante unos días recuperó su antigua paz y alegría. Pero justamente cuando la alta temperatura de agosto volvía a afectarle, recibió una noticia que le llenó de desconcierto: el Padre Donnelly se marchaba a la guerra como capellán militar.

¿Qué iba a hacer él ahora? El Padre Libs no iba al penal más que una vez al mes, y siempre con tanta prisa, que apenas podía hablar con él más que unos minutos a través de la mirilla. ¿Cómo podía plantearle los problemas más hondos de su alma, sabiendo que todos los presos de la galería y una pareja de guardias le escuchaban? A pesar de todo, lo habría hecho de no haber algo extraño en el Padre Libs que le obligaba a guardar silencio. ¿Qué era?... No podía decir que el Padre Libs no fuera cariñoso con él. Y, sin embargo...

De pronto, la mirada de Tom se posó sobre uno de sus dibujos que representaba a la Dolorosa.

—Sí, Madre mía —murmuró suavemente—. Tú estás aquí y también está tu Hijo, por lo cual estoy contento. Pero también, Virgen mía, está el demonio, que me hostiga...

Para calmar su angustia, tomó la pluma y escribió:

«Querido Padre Donnelly, Supongo estará pensando que me he olvidado totalmente de mis amigos. Pero la verdad no es ésa. La verdad es que estoy sumido en una terrible melancolía. Su carta llegó el viernes último. Mentalmente he redactado varias contestaciones, pero ninguna de esas me parecía adecuada para trasladarla al papel. Como no creo que nunca le haya sucedido a usted algo por el estilo, puedo asegurarle que es una sensación muy desagradable. No es que sea una desgracia, pero sí algo que le disgusta a uno más que nada.

El teniente Merviss me envió las fotos ampliadas de las que usted me dio. Están muy bien, y las he agradecido mucho. Ya le he escrito para darle las gracias por su atención.

De manera que va usted a ser teniente, ¿no? Bien, Padre. Sé que está usted siempre dispuesto a cumplir con su deber; pero la guerra, la guerra... ¿Era necesario que fuera usted a la guerra? Tanto horror y tanto peligro, ¿Para qué? ¿Lo sabe alguien? Mi única contribución al esfuerzo de guerra es una oración para que termine pronto.

... Padre, he hecho algunos dibujos de la Virgen Santísima y del Sagrado Corazón de Jesús, así como otros de Nuestro Señor con la cruz; de San Francisco, San Vicente de Paúl y San Judas..., y ¡hasta un autorretrato mío! Todos ellos son para usted. Desde luego, no son buenos, pero pueden gustar a algún niño. Mi retrato puede usted utilizarlo para muchas cosas, incluso para alimentar chimeneas, ratones, saltamontes o lagartos. Usted me decía que le hacía falta una ratonera. Quizá mi cara sea un buen cebo para los bichos.

La semana próxima se dedicará aquí en el penal a las Misiones, según me dijo el Padre Libs. El y otro sacerdote la pasarán entera con nosotros. Espero que pueda verlos más despacio durante esos días. El Padre Libs está conmigo todo lo amable que puede; pero, a pesar de todo, sospecho que no llegaré a hacerle muchas confidencias. Es superior a mis fuerzas por no sé qué razón, Padre. Y me gustaría decirle en qué consiste...

Espero que vaya usted a ver a mi madre antes de marchar... No deje de decirme cuándo se va y todo cuanto le ocurra en adelante. Y no

me olvide en sus oraciones.»

Cuando Tom dio a Bob Anderson la noticia de que el Padre Jorge se incorporaba a filas, Bob replicó con un rotundo: *¡Que tenga muy buena suerte!*, que hizo sospechar a Penney que su compañero se alegraba de la ausencia del sacerdote.

—Me temo que se me acaben las visitas—murmuró Tom, contristado —. Las Hermanas no podrán venir otra vez, y no creo que nadie de mi familia esté dispuesto a hacer el viaje hasta aquí.

¡No te apures, hombre! —gritó Bob—. Yo repartiré contigo mis visitantes. Precisamente mañana o pasado espero a mis abogados.

Tom volvió a sus dibujos, preguntándose si deseaba o no ver a esos abogados. Al cabo de un rato, la voz de Bob volvió a sonar en un evidente esfuerzo para animarle, terminando con esta exhortación, que quería expresar el compañerismo de la galería:

— ¡Los pájaros de la misma pluma siempre se reúnen!

La respuesta de Tom fue, sencillamente:

—Ahora ya sé por qué estamos aquí seis de nosotros.

— ¿Seis? —preguntó Bob, con extrañeza.

Tom contestó con gravedad:

Además de los cinco hombres a quienes nos espera el *asiento caliente*, está aquí desde hace meses un demonio del más abrasador infierno. ¡Dios quiera que los Padres de la Semana Misional logren echarlo!

CAPÍTULO VIII

DIOS DA COMPENSACIONES

La última convicción de Tom Penney de que estaba viviendo, no sólo en la omnipresencia de Dios, sino en la presencia específica del demonio, se mostró palpable en la mayoría de sus cartas de aquellos días. Pero, cosa rara, ni una sola alusión a ella figura en su correspondencia con Sor Ana Roberta. Por esta razón, la Hermana no comprendió la desazón del Padre Donnelly el día que se presentó para despedirse antes de incorporarse al campamento.

Apenas abandonó el recinto del hospital, la joven directora de enfermeras se dedicó a releer las últimas cartas del condenado, para ver si acertaba con la causa de las preocupaciones del sacerdote. La primera que releyó fue una del 5 de julio, que decía:

> «Querida Hermana Ana Roberta: Su carta llegó ayer y el paquete el día antes. Quiero decirle que no podía haberme enviado cosa más de mi agrado. Ese pequeño *Manual de oración* es una verdadera joya. De tal manera me absorbió su lectura, que hasta terminarlo no vi que tenía un índice de materias. Me gusta especialmente la plegaria de la perseverancia. La leeré a diario hasta que me la aprenda de memoria.
>
> El Divino Rostro limpiará de maldades mi corazón. Me encanta, y creo que es la más eficaz de todas las estampas sagradas. Al contemplar la Divina Faz, pienso que el martirio sufrido por Cristo pone de manifiesto lo completamente indigno que soy del menor de sus favores. Mi corazón se enciende, Hermana. Olvido mis pequeños conflictos, y sólo deseo darle y darle hasta haberle entregado todo mi ser… y aún me perece poco. Ahora comprendo lo vacía que antes estuvo mi vida y que en adelante ya no podrá estarlo. Cada día rezo para tener prudencia y fortaleza con las que resistir las tentaciones, así como para amar a Dios más y más.
>
> El Padre Libs me ha dado palabra de que el día 8 me dará los sacramentos. Dele gracias a Dios, Hermana, conmigo y en mi nombre.

Bob me encarga le dé las gracias por el libro y el rosario. También el chico de la celda de al lado está muy agradecido a usted. El pobrecillo está dispuesto a morir; ha comido su última comida, y, sin embargo, habla tranquilamente con los funerarios. Dios le conceda su bendición.

Bueno, Hermana, son cerca de las cinco de la mañana. Le diré, pues, adiós, y me uniré a usted en la oración, ya que supongo que ahí en Louisville también se levantará usted a las cinco. Rezaré el Rosario —los quince Misterios— por sus intenciones.

Que Dios la bendiga y la premie eternamente sus bondades con

Tom Penney.»

La Hermana no encontró nada inquietante en un hombre capaz de escribir aquello, y continuó leyendo la carta del 12 de julio, que decía:

«Todas sus cartas son alimento para el pensamiento, Hermana. Por eso las aprecio tanto, reconociendo lo mucho que he mejorado en los últimos meses gracias a ellas. También sé que a mayores conocimientos corresponden mayores responsabilidades. Pero también debe ser verdad que a mayor sacrificio, mayor galardón. ¿No es cierto? Por ello trabajo intensamente todo el tiempo.

Leo con avidez cuanto cae en mis manos, sobre todo *La fe de nuestros padres*. Aunque realmente puedo decir que de todos los libros he leído hasta las cubiertas. No recuerdo el artículo del Padre Le Buffe en el *Mensajero* de junio. En este momento, Bob tiene la revista. Cuando me la devuelva lo buscaré, y lo leeré otra vez. Ese mismo Padre publica un artículo en el número de julio que termina con una plegaria verdaderamente hermosa.

Siempre que leo una oración nueva, la ofrezco como todas las demás, y como todos mis trabajos y sufrimientos, en acción de gracias por los gloriosos regalos de fe que Dios me hace y en reparación de los muchos pecados de mi vida anterior. Y la leo, la leo hasta que me la aprendo de memoria, y en seguida busco otra para aprendérmela.

Recibí los Sacramentos el miércoles, Hermana, por lo que le ruego dé gracias a Dios y le pida siga ayudándome en todos mis propósitos. He prometido solemnemente —me he prometido— un castigo casi superior a la resistencia física sí quebranto alguno de ellos; así que ya ve usted que necesito esa ayuda.»

La rigidez con que Sor Ana Roberta leía las cartas se alteró un poco cuando se inclinó sobre la mesa y leyó rápidamente la carta siguiente. Cada párrafo le producía mayor confusión respecto a la actitud del Padre Donnelly. La carta del 19 de julio le había hecho sonreír el día que la recibió, e incluso ahora, a pesar de su preocupación, volvió a sonreír. Tom había escrito:

> «Me pregunta cuándo duermo. La respuesta es sencilla: nunca. Al menos, estos últimos tiempos. Hace demasiado calor. Lo más que consigo es dormir tres o cuatro horas en la madrugada.»

Pero la sonrisa se borró de sus labios al leer:

> «Supongo que dirán Misa para mí el 11 o el 12 de agosto. Como usted sabe, el Padre Libs viene sólo los días 12. ¿Puedo conseguir mucho en un día? Dé las gracias en mi nombre a la Hermana Ana Guillerma.
>
> Hermana: Jamás se me ocurre pensar en mi libertad; pero si ocurriera ese milagro, tengo la idea —Dios me la habrá inspirado seguramente— de dedicar el resto de mi vida a hacer el bien en servicio de Cristo. Hacer ahora otra cosa, sería absurdo.»

Antes de terminar la lectura de esta carta llamaron a la puerta. Cuando Sor Ana Roberta vio que era Sor María Lorenza, exclamó:

—Llega usted oportunamente, Hermana, pues iba a ir a buscarla. ¿Me quiere decir a qué viene todo ese alboroto del Padre Donnelly? Antes de marchar me ha dicho que Tom estaba acongojado y que debíamos pedir mucho por él. Usted sabe que nunca preguntamos a los sacerdotes sobre ciertas cuestiones; pero el Padre, adivinando mi deseo, me ha dicho que si estudiaba detenidamente las cartas de Tom, podría apreciar esa congoja. Las he estado releyendo con toda calma, y sólo veo en ellas a un hombre que cada día ama más a Dios y que desea expresar ese amor con el lenguaje más bello, que es el del sacrificio. A mí me parece que está en perfectas condiciones espirituales.

— ¿De qué fecha es la última carta que ha leído?

—Del 26 de julio.

—Es decir, de hace cerca de un mes. ¿No ha releído aún las de agosto?

—Habla usted, Hermana, como si creyera que el Padre Jorge está preocupado con razón. Vamos a leer juntas esas cartas, ¿quiere? Aquí

tenemos la del 1 de agosto. ¿Qué hay en ella? Mire. En la primera página vemos a Tom en tarea de apostolado. Me había pedido un catecismo, y se lo mandé en seguida. Me dice en esta carta que era para el preso de la celda contigua —no sé si para Elliot o Trent—, al que ha enseñado a rezar el Rosario, intentado que el Padre Libs le hablase; pero que como no había logrado esto, me rogaba pedir al Espíritu Santo que le ayudase. Luego habla un poco de mi retiro, y me promete rezar por mí. ¿Hay algo alarmante en todo ello?

—Nada —repuso tranquilamente Sor María Lorenza—. Vamos a ver la siguiente.

—Como yo estaba de retiro, no me escribió aquella semana. Aquí tenemos la del 15 de agosto, en la que habla de la Misión...

Sor Ana Roberta leyó en voz alta:

> «El Padre Libs vino ayer, pero con tantas prisas como siempre, y sólo pude del hablar con él una palabras. Pero la primera semana del mes que viene la pasará aquí con otro Padre, un Pasionista creo. ¡Qué ganas tengo de que lleguen! Hermana, en el penal estamos casi mil cuatrocientos presos, de los cuales sólo ochenta y seis somos católicos. Desde luego, es maravilloso que seamos tan pocos católicos; pero sería mucho más maravilloso que pudiéramos vivir como verdaderos católicos. Yo creo que es terrible que el Padre Libs no venga más que una vez al mes. A mí me encantaría tenerle siempre a nuestro lado. Estoy seguro de que a todos nos convendría un poco más de estímulo.»

— ¡Ah, ah! ¿Lo ve? —preguntó la anciana monja.

— ¿El qué?

—Siga, siga...

—Sor Ana Roberta continuó su lectura:

> «Usted tiene trabajo que ocupa su tiempo y su atención. Aquí no tenemos nada que hacer, y la ociosidad es un cebo para el demonio. Claro que Dios nos ha dado el libre albedrío para resistir al demonio; pero ese albedrío, Hermana, necesita de estímulo, especialmente cuando está asediado por muchos demonios...»

—No siga, Hermana, y dígame de quién habla Tom.

—De sí mismo, por supuesto.

—No es usted tan perspicaz como yo pensaba.

—Tom lo dice. Vea lo que sigue:

> «Estoy hablando de todos en general, y de mí mismo como de los demás...»

Sin embargo, no habla tanto de él como del otro.

— ¿Qué otro?

—De Bob Anderson.

— ¡Oh Hermana, me parece que se equivoca! Tom ha hablado siempre de Bob con afecto, pidiéndonos que recemos por él.

—Todos tenemos la obligación de pedir por nuestros enemigos.

Pero no es eso, Hermana. Fíjese bien en el párrafo que sigue. Tom dice:

> «Quizá que de mí un poco menos, porque carezco de compañeros que influyan sobre mí.»

El rostro de Sor María Lorenza no se inmutó:

— ¿Me deja usted ver el resto de la carta?

Sor Ana Roberto, un poco nerviosa, alargó el papel a Sor María Lorenza, que leyó:

> «El demonio ronda alrededor de mí. Ya hemos librado algunas escaramuzas, pero no lo suficientemente reñidas que me hayan permitido conocer todas sus tretas y preparar mis defensas. Cuando aprenda a dominar mi temperamento me consideraré un hombre verdaderamente feliz. Debo darle ya las buenas noches, Hermana, y pedir a Dios que la bendiga. Su hermano en Cristo,
>
> *Tom Penney.*»

Bueno —continuó, dejando la carta sobre la mesa—. No creo que tenga necesidad de decirle que es menester aprender a leer entre líneas, Hermana. Yo estoy muy contenta con saber que no soy la única a quien Tom habla de su demonio.

— ¡Hermana!...

—No se extrañe. Yo había empezado a pensar que Tom me había tomado por un exorcista y a usted por un mandadero, como si nosotras, las

mujeres, pudiéramos recibir Ordenes Menores.

— ¿De qué está usted hablando?

—De Tom Penney, querida. La primera carta que me escribió desde Eddyville comenzaba: «Unas líneas para asegurar a usted que el demonio no ha vuelto del todo a la carga, aunque trató de hacerlo de diferente manera en varias ocasiones.» Y desde entonces sigue hablándome del demonio y a usted de cosas bonitas.

— ¡Oh, váyase, váyase!

—Me iré, Hermana, mientras usted sigue leyendo.

Sor Ana Roberta leyó rápidamente:

> «Querida Hermana: Esta noche ha llovido un poco, y la temperatura está muy agradable. Si el fresco dura un par de días, podré recuperar el sueño perdido.
>
> Deseo que sus ojos vayan mejor. Me gustaría poder prestarle los míos.
>
> Acabo de leer el libro que me envió—*El pequeño secreto*—, al que podría añadir por mi cuenta un capítulo. ¿Quiere que le diga cuál es mi «pequeño secreto»? Este: Jesús mío, en mi agonía os amo más y más. Dadme fuerza para sufrir hasta el final...»

La monja se estremeció, y continuó leyendo:

> «Esto no sonará muy gratamente a algunos, pero para mí es un firme sostén. A muchos debo parecerles extravagante, y sé que otros se reirían oyéndome decir que las horas más serias y felices de mi vida han transcurrido en una celda de un condenado a muerte.»

Sor Ana Roberta colocó los codos sobre la mesa, sintiéndose tranquilizada por la relectura de aquellas cartas. «Seguramente —pensaba— había algún error.» Pues ella no encontraba ni en el texto ni entre líneas otra cosa que alegría y bienestar. Terminó la lectura de la carta:

> «Deben ser ya las tres de la madrugada. Buenas noches. Que todo el cielo la bendiga,

Movió la cabeza, cubierta con la toca blanquísima, y dijo:

— ¿Cuál puede ser la preocupación de este hombre? En aquel momento regresó Sor María Lorenza.

— ¿Qué? —dijo—. ¿Ha leído usted entre líneas?

—No hay nada que leer, Hermana.

—Bueno, Hermana. Búsquelo, y ruegue por Tom. Me marcho.

Una profunda arruga surcó la frente de la joven religiosa. Conocía bien a Sor María Lorenza, y sabía que bajo su genio vivo y seco guardaba una serena manera de enjuiciar las cosas. Con gran ansiedad, volvió a sentarse, cogió la carta de Tom de fecha 26 de agosto y la leyó atentamente:

«Esta noche es otra noche espantosa: dos hombres «irán» antes de amanecer. Yo he vuelto *al paseo*, donde estaba cuando usted vino a verme. Hace unas horas he dejado mi celda a los hombres que van a morir. Es más conveniente para ellos y más agradable para mí. Hemos estado discutiendo sobre la Biblia, y me han querido convencer de que Jesús tenía tres hermanos y una hermana, de cuyo disparate no he logrado disuadirlos... Debería exigirse a la gente cierto grado de inteligencia antes de permitirle leer la Biblia... Es un libro demasiado denso para cualquier cerebro mediocre... Quizá intenten arrastrarme por un camino erróneo, Hermana; pero como usted recordara, soy intransigente en cuanto se refiere a Nuestra Señora, de la que me considero un defensor vehemente y ardoroso.»

Con gesto de impaciencia, Sor Ana Roberta cerró la carpeta y la metió en el cajón de su mesa, murmurando:

— ¿Cómo pueden hablar de esas cosas?

Una pequeña luz se hizo en su mente, cuando a la mañana siguiente encontró una nota sobre su mesa, que decía: *El sobre ponía mi nombre, pero contenía una carta destinada a usted, que no necesita ni relectura ni habilidad para leer entre líneas*.—Sor M. L.

Con mano ligera tomó la carta. Sus ojos gris-azulados se clavaron en la hoja de papel:

> «Realmente, Hermana, no tengo derecho a quejarme. Pero no estoy en paz conmigo mismo. Los peligros que acechan mi paso no son tremendos, pero los problemas que se me plantean son muy arduos para resolverlos por mí mismo. Por ello imploro consejos y necesito de alguien que me ayude a comprender...
>
> Nada me ha sucedido que pudiera disgustar a usted. Se me han prometido los Sacramentos para esta semana... Estoy seguro de ser tan digno de ellos como el que más. Por favor, no me crea ingrato o descontentadizo. Son mi ignorancia y mi torpeza para expresarme

claramente las que me descarrían. Sí, Hermana, recibí su carta desde el retiro. Espero podré ver al Padre Eugenio esta semana. Nada sé de sus responsabilidades, Hermana. No obstante, pediré ardorosamente por usted.

Tengo dudas de a cuál de las dos estoy escribiendo. Pero como de costumbre, mi carta es para ambas.

Siempre su amigo en Cristo,

Tom Penney.»

No pudo ver al Padre Eugenio aquella semana, pues fue un Pasionista de Chicago y no uno de Louisville quien recibió el encargo de la Misión en el penal de Eddyville.

Hacia medianoche del lunes, Tom miró a través de los barrotes verticales de la puerta de su celda, y vio avanzar por *el paseo* a un hombre grueso, bajo y de espesa pelambrera.

— ¿Es usted Tom Penney?

—Sí, señor.

—Se me ha asignado realizar una Misión aquí, en Eddyville; pero, a juzgar por las cartas que he recibido últimamente; la Misión parece ser toda para usted. ¿Conoce al Padre Eugenio, de Louisville, y a la Hermana Ana Roberta, de Lexington?

—Conozco al Padre a través de la Hermana, y ahora me parece que estoy conociendo al Padre Brian, de Chicago, ¿no es así? —contestó Tom, estrechando la mano que el religioso le tendía a través de la reja—. Dígame, Padre: ¿dispone usted de mucho tiempo?

—De todo el que sea necesario. ¿Por qué me lo pregunta?

—Consiga que el capitán Rankin le deje entrar aquí... Tengo miles de cosas que consultarle.

El Padre Brian Mahedy, C. P., hizo la gestión, obtuvo el permiso, y pudo pasar a sentarse dentro de la celda —tan próxima de la Cámara de la Muerte— y departir con Tom Penney hasta el mediodía. Al despedirse, Tom le rogó que después de comer visitara a Bob Anderson.

A la tarde los dos cómplices se asomaron a sus rejas.

— ¿Qué te ha parecido, Bob?

—Un gran muchacho; pero no es el Padre Jorge.

—Es que Padre Jorge no hay más que uno. Sin embargo, también es

un hombre atractivo, ¿no te parece?

—Puede ser. Aunque, en realidad, no he hablado mucho tiempo con él, y mis pensamientos no están muy concentrados en la religión estos días. Nicholson me ha dicho que nos oirán el mes próximo.

— ¿Tiene buenas esperanzas?

—Dice que sí. Pero por el modo de decirlo, me da el corazón que no. Al menos, si todo depende otra vez de ti, Tom.

— ¡Oh, no, Bob! ¡Esta semana, no! ¡Esta semana, no! ¡No me atosigues más con eso esta semana! Hoy he confesado y mañana voy a comulgar. El Padre Brian volverá el miércoles o el jueves. ¿Por qué no haces lo que yo, y piensas sólo en Dios y en tu alma esta semana?

—Y ¿por qué no piensas tú en mi vida y en el infierno a que la has condenado? —replicó, violento, Bob.

— ¡Oh, Bob, por favor, no hables así! Sabes de sobra que haré por ti todo lo que sea necesario en el momento oportuno. Pero no se puede cruzar un puente hasta que esté tendido. Este Padre Brian es un tipo estupendo. ¿Por qué no tienes con él una detenida charla como las que celebras con tus abogados? Confíate a él. Dile todo cuanto piensas. Deja que te conozca, tal como eres realmente, para que pueda dirigir tu espíritu. La otra vida, Bob, es mucho más larga y más importante que esta terrenal. ¿Por qué no quieres comprenderlo?

—Te juro, Penney, que muchas veces pienso que has nacido para cura y te quedaste en el camino. Has intentado convertir a todos los habitantes de la Galería de la Muerte. Lo hiciste con Trent desde que llegó cerca de ti. Antes lo hiciste con Elliot. ¿Por qué no me dejas en paz y te dedicas un poco a Skeeter?

—Porque tú eres inteligente, y Skeeter es una prueba de que la ignorancia es feliz. Tú conoces el bien y el mal y eres responsable. Dios será justo contigo y misericordioso con Skeeter.

La risa de Anderson resonó ásperamente.

—Penney, si continúas así, acabarás en un altar. Eres un ángel... ¡Eh, Skeeter!

— ¿Qué?

—La próxima vez que veas a Penney, fíjate bien en él, y verás que le han brotado alas y una aureola de luz.

— ¿Por qué?

—No ha salido de sus labios un solo taco desde que vinimos de Lexington. Es más pío que un cura viejo, y quiere que haga ejercicios espirituales como él. Está dispuesto a salvarnos del infierno.

—Eso no sería muy difícil, Anderson —dijo Tom con una risa iluminada—. ¡Piensa en cuanto te he dicho! Será bastante mejor que cometer otra equivocación. Y ahora, adiós. Tengo cosas que hacer.

Esto último era bien cierto. Tom Penney tenía ocupado cada momento de sus vigilias con la lectura, la escritura, el dibujo y la oración. Se sentó satisfecho ante su mesa, pues la conversación con el Padre Brian le había enardecido con un entusiasmo no conocido hacía meses. Debía prepararse para la Comunión del día siguiente, y ya no se le oyó una palabra más.

A fines de semana escribía a las monjas:

> «El misionero que vino de Chicago fue el Padre Brian. Sólo hablamos dos veces, llenos de mutua comprensión, y pude aprender muchas cosas. Es un hombre que parece adivinar lo que uno está pensando antes que llegue a decirlo, por lo cual resulta facilísimo charlar con él. El Padre Eugenio le escribió antes de venir, contándole muchas cosas mías.
>
> El Padre Libs me trajo la Comunión el martes, y tuve ocasión de conocerle mejor y apreciarle más. Es difícil saber de pronto cómo es. He hecho tal cantidad de preguntas al Padre Brizo, que supongo pensará que nunca he hablado con un sacerdote. Predicó, además, en la capilla, adonde no pude asistir, pero no le eché de menos lo más mínimo.
>
> Después de su visita siento más confianza y seguridad en mí mismo. He aprendida que el alma que lucha, siempre siente el peso de sus penas, mientras, por el contrario, el que se resigna se libera de ellas. ¡Dichosas las almas que viven en este estado de conformidad y saben querer lo que Dios quiere!
>
> Muchas veces he estado a punto de creer que había en las cosas espíritus diabólicos que parecían divertirse cuando yo me mostraba más petulante. Pero ahora que he comprendido el bienestar que proporciona el mirar las cosas con cariño y acariciarlas con delicadeza, pido a Dios fuerzas para sufrir, resignarme y, sobre todo, ser bueno y alcanzar la gracia de perdonar a cuantos me hayan ofendido.
>
> Desde luego, Hermanas, estoy seguro de que les será imposible llegar a saber alguna vez todo cuanto han hecho por mí. Mi corazón

está tan lleno de gratitud en estos momentos, que mis gritos podrían llegar hasta los Cielos.»

Aquella sensación de placidez, debida en gran parte a las conversaciones con el Padre Brian, aumentó conforme avanzaba septiembre. Los días se acortaron y las noches se alargaron lo bastante para que Tom realizara cuanto deseara. Por mediación de Sor Ana Roberta, había conseguido la ayuda del Padre Eugenio Creegan, C. P., a la sazón residente en Louisville, quien, a través del Padre Brian, indujo a la Hermana Francisca, Ursulina de Owenstoro, a escribir a Tom. Asimismo, el bondadoso religioso exhortó a las Magdalenas del convento del Buen Pastor, de Louisville, para que adoptasen bajo su protección a Tom Penney. Así, Tom recogía una alegre cosecha amistosa cada día cuando el capitán Rankin le entregaba los abultados paquetes de cartas.

El más absoluto silencio reinaba durante muchas horas en la celda de Tom. El resentimiento de Anderson aumentaba cada vez que le llamaba y oía su respuesta:

—Estoy ocupado, Bob. Aún no he despachado mi correspondencia.

En efecto, Tom escribía cinco o seis cartas cada mañana.

El día 11 de septiembre se sentó a la mesa y escribió al Padre Eugenio:

«No he esperado a encontrar un buen pretexto para escribirle. Y no porque ésa sea mi norma de conducta, como podrá usted ver en seguida, sino porque por haber oído hablar tanto de usted y de sus obras, así como de su maravillosa bondad y simpatía, me parece que le conozco personalmente. Todo esto se debe a nuestros comunes amigos, las Hermanas de la Caridad y el Padre Brian.

Sor Ana Roberta me ha proporcionado su librito de oraciones. Es un verdadero tesoro. En sus páginas se explican muchas cosas que deseaba saber...

Me han producido una terrible conmoción el darme cuenta de lo mucho que he ofendido a Dios y del mezquino precio que he pagado por el consuelo y la alegría que Él me ha dado. Es tan asombroso como sobrecogedor pensar lo indigno que soy de su tierno amor y sus bondades y lo poco que puedo ofrecerle en cambio.

Me horroriza pensar que podía haber muerto hace un año, cuando mi alma era de tan baja condición. No, la muerte es una fácil salida. Antes me hubiera gustado más vivir; pero ahora mi deseo

constante y fervoroso es hacer su santa voluntad. Hacer la mía ha causado la miseria, la angustia, el sufrimiento, la humillación y la desgracia de cuantos me quieren..., además de ofender gravemente a Dios.

En todo cuanto me quede de vida —semanas, meses o años—he decidido firmemente hacer cuanto sea preciso para vivir y morir en su amistad y favor. Y ¿quién —digo yo— puede ayudarme más a ello que la admirable y adorable Madre de Dios?

Padre, cada vez estoy más contento de mis brevísimas entrevistas con el Padre Brian, que tanta ayuda me han dado El Padre visitó de vuelta a su casa a las Magdalenas de Detroit, obteniendo su promesa de rezar por mí y escribirme, lo que me encantará. Como usted sabe, no tengo más corresponsales católicos que las dos admirables Hermanas de la Caridad. También el Padre Brian me envió algunos libros de Chicago.

Sírvase aceptar mi agradecimiento por el *Libro de la Pasión*, que significa tanto para mí, y permítame pedirle que me recuerde en sus oraciones, y que cuando no tenga cosa mejor que hacer, escriba a su muy sinceramente amigo en Cristo,

Tom Penney.»

A renglón seguido, Tom empezó la siguiente carta:

«Querida Sor María Lorenza: Hoy llegaron su carta y sus libros. *El monje experto* lo recibí a principios de semana. Era estupendo. Hoy me llegaron *Jesús de Nazaret* y *El bufón de Dios.* El Padre Brian me ha mandado otros cuatro libros: *Las hazañas del rey, Por qué autoridad y Soledad,* de Robert Hugh Benson, y *El largo camino de vuelta,* de John Moody. Ya le diré qué me parecen todos ellos cuando los vaya leyendo.

¿Con que pensaba usted pillarme desprevenido, eh? Quizá pueda hacerlo en otros días de fiesta, pero de ninguna manera con los de la Virgen Santísima, en los que he hablado de ayunar. El día 8 fue la Natividad de Nuestra Señora, y el 12, el Dulce Nombre de María, estoy seguro de ello. Los Siete Dolores son el 15, y Nuestra Señora de la Merced, el 24. ¿Qué haré? Eso precisamente, Hermana: invocaré la ayuda de la Virgen.

Siento mucho ose sus ojos no mejoren, aunque confío que esta

todopoderosa Intercesora pueda aliviarle pronto esa dolencia. Verdaderamente, yo puedo decir que hasta ahora su ayuda no me ha fallado nunca...

Acabo de terminar sus dibujos, y sé que a Ella le agradaron. No es porque yo lo diga, pero son buenos. Tan buenos, que no me disgustaría que usted los regale. Cuando digo que son buenos, Hermana, quiero decir solamente que son buenos para mí. Se los enviaré mañana en un paquete con el retrato del Padre Donnelly. Hágame el favor de guardar ese retrato hasta que escriba a su madre y tenga su dirección.

Como quiero escribir también a Sor Ana Roberta, me despido, reiterándole las gracias por los libros. Que Dios la bendiga y su bondad le mejore los ojos. Volveré a escribirla a mediados de semana...»

Sin esperar a meter en el sobre la carta anterior, Tom comenzó la de Sor Ana Roberta. Después de hablarle del Padre Eugenio y del libro que éste le había mandado, y de insistir en lo mucho que debía a ambas Hermanas, continuaba:

«No sé de nadie en la tierra que tenga más motivos de gratitud que yo. Parece increíble que Dios pueda ser tan bueno conmigo cuando yo le he ofendido tanto. Pero, sin duda, disfruto de su maravilloso amor...

Recuerdo haber leído en algún sitio esto: «Un niño decía una vez: —Madre, si nada se pierde, ¿adónde van e parar nuestros pensamientos y deseos? —A la memoria de Dios —replicó la madre —, es donde permanecen eternamente. — ¿Eternamente? —dijo el niño, angustiado, y se abrazó a su madre, murmurando—, ¿Eternamente?... ¡Me da miedo!»

Si meditamos seriamente en ello, ¿quién no daría el mismo grito? Suponga, Hermana, que cada minuto de nuestra vida fuese como una moneda acuñada a nuestro capricho y solamente aquellas con la imagen de Dios pudieran circular en la eternidad. ¡Cuántos millones de falsos millonarios como yo habría! Pero si el sufrimiento y la sumisión a su soberana voluntad y un ardiente deseo de amarla sirven para abrirnos las puertas del Cielo, puedo afirmar que tengo muchas esperanzas de encontrarme con usted en la otra vida.

¿Debo dirigir las cartas a esa nueva dirección de Eufrasia Hall, o se las sigo enviando a San José? Claro que me gustaría verlo. Tenía miedo de que hubiesen cortado el árbol que hay enfrente; pero veo que, por fortuna, no la han hecho. Creo que ya le dije a usted que estuve trabajando en ese edificio. Hace trece años el hospital ardió. Toda la noche estuve llevando en brazos a los enfermos hasta la Escuela de Enfermeras, que entonces estaba en Milward Funeral Home. El último que transporté murió entes que llegásemos. No había sufrido quemaduras; pero era viejo y débil, y la excitación fue demasiado fuerte para él.

No tengo la menor duda, Hermana, de que tendrá los mayores éxitos en sus deberes con Dios y con sus alumnas. Que sus plegarias me den fuerzas para rezar por usted.

Siempre su amigo en Cristo.

Tom.»

La mañana había terminado. Pero antes que acabase el día, Tom tenía dispuestas otras dos cartas para el correo. A su madre le decía:

«Durante toda mi vida, septiembre ha sido para mí el mes más desdichado. Por esta razón, sé que no le tienes mucho cariño. Pero si miras hacia adelante, madre, verás que no es tan fácil soportarlo. Este septiembre, te digo, significa que yo podía haber tenido un final mucho peor. No ante los ojos del mundo, por supuesto, sino ante otros ojos... En cuanto a mi alma, te aseguro, madre, que no siento la menor angustia... Todavía no ha llegado el momento de entregarla. Aún lucharé cuanto sea posible con la muerte por diferentes caminos. Pero mi único deseo es aceptar la voluntad de Dios, y estoy seguro de que Él no nos dará más de lo que podamos resistir.»

Este tema y este entusiasmo permanecieron en el ánimo de Tom durante todo el mes. A mediados de septiembre, logró localizar al Padre Donnelly en la Universidad de Harvard, donde servía en la Escuela de Capellanes castrenses. Tom le escribió inmediatamente, hablándole de sus nuevos amigos —los Pasionistas— y de sus viejos conocidos Bob Anderson y Skeeter, y, sobre todo, claro es, de las monjas de Nazaret, tan buenas amigas de ambos.

A finales de mes, la memoria trajo una oleada de amargura al preso. El 28 de septiembre, aniversario del día en que Marion Miley perdió la vida,

Tom Penney escribió a Sor Ana Roberta diciendo que preferiría tener mejores recuerdos de aquella fecha, y aludía a una carta que acababa de escribir a Sor María Lorenza.

La directora de enfermeras entró en la farmacia para pedir a su compañera la última carta recibida de Eddyville. Sor María Lorenza no hizo el menor comentario al entregarle el sobre. La sencillez y seriedad de su gesto casi preocuparon a Sor Ana Roberta, quien corrió a su despacho y leyó ávidamente:

> «Hoy ha llegado su carta. Como de costumbre, me llenó de alegría, aun cuando me dé mucho miedo esa supervaloración de mis méritos espirituales...
>
> Es confortador saber que Dios toma un personal interés por nuestra salvación, expresado en sus palabras: «La entrada en el Cielo de un pecador arrepentido causará más alegría que la de noventa y nueve justos.» Estoy seguro de que Dios sabe lo verdaderamente apesadumbrado que estoy por mi ominoso pasado. Esta noche hace un año... Si al menos ellas pudieran saberlo, estoy seguro de que me comprenderían... ¿Querrá usted unirse a mí para rezar por ellas, particularmente los jueves y domingos? Me gustaría pensar que ellas hacen lo mismo por mí...
>
> Ahora más que nunca necesito sus plegarias para lo temporal y lo espiritual. Desde la última vez que escribí a usted conozco mi destino, y sólo pido que se cumpla la voluntad de Dios. Ocurra lo que ocurra esta semana, espero que sea lo mejor, pues no lo consideraré como la expresión de una decisión humana, sino como un favor de Dios. Todavía tengo esperanzas de verla y hablarla otra vez... Hasta la próxima, seguiré pensando y deseando muchas cosas buenas de usted y para usted»

La próxima semana transcurrió sin noticias del Tribunal de Apelación. Sin embargo, Dios llevó algo nuevo a la vida de Tom Penney al enviarle a la Galería de la de la Muerte un espíritu que nadie le había conocido hasta entonces: un espíritu verdaderamente infantil, lleno de confianza y entrega en el amor de Dios; un espíritu de sencillez y franca generosidad, de auténtica alegría sin la mácula de algún mezquino interés. Este espíritu llegó en un paquete de cartas procedente de las Magdalenas del convento del Buen Pastor, de Detroit.

Al leerlas, Tom Penney quedó deslumbrado, sin poder creer que en este mundo sórdido, vicioso y avariento pudiera existir tanto desprendimiento y tanta pureza. ¿Cómo, en un siglo corrompido como el nuestro, podían vivir almas tan llenas de inocencia, conocimiento de Dios y hermosísima sencillez? Antes de terminar la lectura de la primera se le saltaron las lágrimas. Al acabar la última lloraba de alegría por aquel contacto con la santidad sin fingimiento y el absoluto olvido de ellas mismas que todas reflejaban.

Ello constituyó el comienzo de la educación de la infancia espiritual de aquel hombre nacido otra vez de las aguas del Espíritu Santo. Las Hermanas Ana Roberta y María Lorenza siempre habían parecido a Tom unos seres angelicales. En tanto que aceptaba sus enseñanzas y seguía sus consejos para mejorar su conducta, sentía por ellas la más alta estimación que jamás soñara, juzgándolas unas santas. Pero las cuarenta y nueve Magdalenas de Detroit eran algo totalmente distinto. De edades diferentes, que oscilaban entre la adolescencia y una senectud casi bíblica, se habían constituido voluntariamente prisioneras con y por el Divino Prisionero del Amor. Algunas de ellas habían conocido las pompas y vanidades del mundo, mientras otras las desconocían por completo. Sin embargo, todas pertenecían a un tipo de mentalidad femenina jamás conocido por Tom. Y ahora, de pronto, le escribían como a un hermano tiernamente amado y muchos años perdido. Tom se sentía asombrado de la nueva amistad que el Señor le ofrecía como compensación de la pérdida del Padre Jorge, enrolado en el Ejército.

La carta que Tom leyó primero decía:

> «Querido señor Penney: La otra noche, cuando nos reunimos en la comunidad para escuchar los puntos sobre los cuales debíamos meditar, y la Madre comenzó a leer: «Mis queridas Hermanas Magdalenas», todas pensamos que se trataba de una carta del Padre Eaten, S. J., el director espiritual de nuestro último retiro. Pero ¡cuál no sería nuestra sorpresa y alegría al oír al final de su lectura las palabras «Su amigo, Tom Penney»! ... Me emocioné tanto, que miré la cara de las demás Hermanas mientras íbamos a la capilla, y pude comprobar que, como en los míos, había lágrimas en otros muchos ojos.
>
> ¡Qué bueno ha sido Dios con usted! ... ¡Qué maravillosas gracias le ha otorgado! Nuestro más vivo deseo es que continúe derramando sobre usted sus mejores bendiciones. También nos entristece a todas

saber que no puede recibir a Nuestro Señor con la frecuencia que desearía. Desde que me enteré de esto, le llevo a usted en espíritu a la Comunión. Cada mañana, al recibir la Sagrada Forma, digo a Jesús que también usted desea recibirle en su corazón, y que yo quiero de alguna manera compartir con usted mi privilegio. Al levantarme rezo el Magnificat en acción de gracias por todas las que el Señor ha derramado sobre usted desde el día de su bautismo...»

Penney interrumpió la lectura para limpiarse los ojos, húmedos de llanto, y volvió la página:

«La Madre nos ha permitido escribir al Apostolado de la Oración, encargando para usted una suscripción por un año a El Mensajero del Sagrado Corazón, que recibirá usted cada mes. Si no le llegara, tenga la bondad de decírmelo.»

El párrafo siguiente le hizo reír:

«Le voy a contar algo de nuestra vida familiar. La Madre es muy escrupulosa respecto a nuestras comidas. La otra mañana, antes del almuerzo, entró en la cocina para ver qué íbamos a comer. Primero, una Hermana le dijo: «Madre, fíjese en la sopa.» Otra segunda exclamó: «Madre, mire la carne.» Y otra: «Madre, vea la verdura.» La más joven de todas, una novicia que generalmente friega los platos y no tenía nada que enseñarle, se sintió inferior a las demás, y decidió mostrarle algo. Y al día siguiente esperó con toda paciencia a que las demás hubieran terminado su retahíla de Madre, mire esto o lo otro, y se acercó a ella diciendo: «Madre, mire mis platos sucios...»

Durante algunas horas, Tom Penney disfrutó leyendo aquellas cuarenta y nueve cartas, que, invariablemente, empezaban con *Viva Jesús crucificado* y terminaban con *Alabado sea Dios*. De su éxtasis le sacó una voz:

— ¡Eh, tú, Penney!

Era Trent, en la celda inmediata.

— ¿Has terminado ya de leer tu periódico de hoy?

Lo siento, Herb; pero todavía no lo he abierto.

— ¿Qué diantres has estado haciendo toda la mañana? ¿Durmiendo?... Has estado tan callado como un ratón. Mas callado quizá, pues a los ratones se les siente.

—He estado leyendo algunas cartas de mis Hermanas.

— ¿Toda la mañana?

—Claro. ¿No sabes que tengo medio centenar de Hermanas? Acabo de ser adoptado por cuarenta y nueve Magdalenas de Detroit.

— ¿Qué es una Magdalena? —preguntó Anderson, que estaba escuchando.

—Las más dulces mujeres del mundo, Bob—gritó Tom—. Nunca habrás visto nada como ellas.

— ¿No?

—No. Sor Ana Roberta y Sor María Lorenza te demostraron algo nuevo en cuestión de feminidad, ¿no es cierto?

— ¡Qué tontería! —exclamó Anderson con evidente fatuidad—. ¡Nunca he pensado que las monjas puedan ser mujeres!

Tom se echó a reír.

—También son de carne y hueso, Bob, aunque tienen algo más.

—Ya, ya—dijo Anderson—. Tienen algo que nos impide pensar en ellas como mujeres. ¿Qué es?

—La gracia, Bob. El Espíritu Santo. La santidad. Estas mujeres son perfectas. Viven con Dios. Las mujeres que hemos conocido...

—Pero, bueno, dinos lo que es una Magdalena.

—La verdad es que no lo sé, Bob. Todo cuanto puedo decirte es que son distintas que Sor Ana Roberta y Sor María Lorenza. Yo he perdido al Padre Jorge, pero parece que Dios lo ha hecho para darme a conocer al Padre Brian, quien primero me proporcionó como corresponsal a Sor Francisca, una Ursulina de Owenstoro. Ya te enseñaré algunas de sus cartas, las mejores y más alentadoras que he recibido. Luego fue a Detroit, y me puso en contacto con las cuarenta y nueve Magdalenas y su Madre Superiora. Acabo de leer en este momento las cartas que me han escrito. Te aseguro que he estado fuera de este mundo, como un enamorado. Todo cuanto ahora podría decirte es lo que ellas dicen al final de cada carta: *¡Alabado sea Dios!*

— ¡Eres un caso, Penney!

xington, Kentucky, Friday Morning, February 26, 1943 — Price 5 Cents — Vol. 73 — No. 49

Anderson, Penney And Baxter Are Electrocuted At Eddyville Penitentiary For Miley Murders


Robert Anderson


Thomas Penney


Raymond Baxter

Appellate Court, Governor Refused To Halt Electrocution Of Anderson

Executions Started At 1:01 A. M.; Anderson Denies Guilt To Last

EDDYVILLE, Ky., Feb. 26 (Friday)—(AP)—Three me convicted for the slaying of Marion Miley, 27-year-old Lexington, Ky., golf star, died in the electric chair at the state peni tentiary here early today.

The executions were started at 1:01 o'clock with Rober H. Anderson, 37, former Louisville cafe operator; Tom C. Pen ney, 33, former Lexington carpenter, and Raymond S. Baxter 28, of Lexington, dying in that order. Baxter was pronounce dead at 1:33 a. m.

They were followed to the chair by Ernest Trent, 27, con victed of killing Hiram Smith, a Breathitt county constable.

Trent entered the chamber at 1:36 and was pronounced dead at 1:4

Anderson, who late yesterday was denied a stay of execution by th Kentucky Court of Appeals and Gov. Keen Johnson, maintained his in nocence to the last.

"Gentlemen, the only thing I can say is that I'm innocent of wha I've been charged with," he declared as three attendants strapped hi in the chair. He was chewing gum and smoking a cigarette as he entere the room, and shook hands with Warden W. Jesse Buchanan.

He kicked off his tan prison shoes just before the current was turne on at 1:05. He was pronounced dead five minutes later.

Penney entered the death chamber at 1:14 and when asked by War den Buchanan if he had anything to say, he replied, "I want you t publish my closing statement."

Penney's Statement

Reproducción de una página del diario *Lexington Herald* correspondiente al día posterior a la ejecución

CAPÍTULO IX

SENTIMIENTOS PROFUNDOS Y AMPLIOS HORIZONTES

Desde mediados de febrero, en cada una de las cartas que la señora Leona Penney recibía semanalmente de su hijo, éste la exhortaba a *no desanimarse*. Más adelante, cuando Dios empezó a volver rojos y dorados los verdes tonos del estío, las cartas filiales variaron su sentido, espiritualizándose. La señora Penney se asombraba de la profundidad de los sentimientos y los vastos horizontes que el muchacho iba abriendo ante los ojos de ella con sus palabras. Pero aún tardó algunos meses en darse cuenta de la sutil influencia que sobre la mente y el corazón de Tom ejercían las Magdalenas de Detroit y Louisville, quienes, al comunicarle los pensamientos corrientes y las diarias experiencias de su vida, le abrían anchísimos balcones sobre el mundo del espíritu. Aquellos pensamientos y experiencias que las religiosas consideraban sencillos y naturales, eran sublimes para Tom. Conforme iba conociendo más las normas, la disciplina y la finalidad de aquella vida recoleta, comprendía mejor su altísimo espíritu que América —y el mundo en general— ignoran en este siglo XX, tan lleno de prisa, de confusión y de angustia.

Algunos llamarán a esto, sencillamente, la fe. Y no se equivocarán. Ahora bien: este sustantivo necesita adjetivos. Necesita ser llamada fe vital y vivificadora, fe real y realizadora. Necesita ser considerada como una fe enérgica y creadora de energías. Esas Magdalenas creen y enseñan a creer; viven porque creen y predican con el ejemplo. Para ellas, Dios no es una palabra, un fantasma, una imagen, una conveniencia o un convencionalismo, sino una convicción. No es una sombra ni una fuerza distante, impersonal y ciega: es su última razón de ser su absoluto, su todo. Mucho más real que la misma realidad es la gran evidencia invisible que han descubierto, y en torno a la cual giran incesantemente. Para ellas, Dios es el inagotable Creador que las lleva en el cuenco de sus manos. La Divina Providencia no es para estas mujeres un concepto teológico muerto: es el café del desayuno,

las faenas del día, los dolores físicos, las angustias mentales y también las innumerables pequeñas alegrías de cada hora. Para ellas, Dios es Dios, y ellas son sus hijas.

En su clausura carcelaria, Tom Penney iba asimilando tales verdades, desparramándolas con prodigiosa influencia en todos sus escritos. En una carta decía a su madre:

> «Ten valor y paciencia... Nuestros sufrimientos son tan sólo surcos que traza Dios en nuestros corazones para luego sembrar sus gracias. Si soportamos las injusticias con paciencia, al final de la jornada obtendremos una paz extraordinaria y una rara alegría; la semilla arrojada por Dios habrá germinado y florecido.»

En otra:

> «Seguramente, Dios te dará valor y fuerza, madre. Mis sufrimientos son nada comparados con los tuyos, y esto es precisamente lo que más me duele. Si mi muerte pudiera aliviar la pena de tu corazón, pediría a Dios me la enviase hoy mismo. Pero las cosas no se solucionan tan sencillamente. Debemos hacer lo que Dios mande, confiando en que siempre será lo más conveniente para nosotros. Yo querría saber decir algo que pudiera servirte de consuelo. Algo capaz de aliviar tus sufrimientos por mí y expresarte mi tristeza Por habértelos causado. Si supiera decirlo, te lo escribiría diez veces al día, reprochándome en cada una ser el origen de ellos. Pero todo lo que sé decirte es que te dejes guiar por Dios y confíes en El, en la seguridad de que su bondad habrá de proporcionarte un día cercano, no tan sólo el consuelo, sino el premio.»

La pobre madre confiaba en Dios y le agradecía vivamente el milagro que había operado en el alma de su primogénito, al descubrir por fin el origen de su cambio, en una carta donde le detallaba cómo eran sus nuevas consejeras. Con extraña fuerza escribía Tom:

> «Madre: Sé que las Hermanas no pueden ayudarme financieramente, pues han hecho voto solemne de servir a Dios sin retribución alguna, después de haber entregado todos sus bienes materiales a la caridad y consagrado sus vidas a propagar el Cristianismo en este mundo vano, cruel, falso y transitorio. Para mí, esto constituye la prueba definitiva de la divinidad de la Iglesia

católica.

Mucha gente equivocada tiene una falsa opinión de las monjas. Algunos creen que son mujeres fracasadas en el amor. ¡Qué error más grande! No pueden comprender la hermosa vida que llevan de amor y sacrificio; no pueden apreciar todo el bien que realizan a través de sus organizaciones y trabajos caritativos, que seguirán llevando a cabo hasta el final de los tiempos.

Entre todas las Órdenes religiosas hay una de la que quiero hablarte, madre. Se llama de las Hermanas Magdalenas, gobernadas por las Hermanas del Buen Pastor. Muchachas o mujeres ya hechas, con graves problemas a cuestas, acudieron al Buen Pastor para solucionarlos. Algunas ya no lo abandonaron, captadas por las infinitas bondades de Dios, y permanecen en el convento, consagrando enteramente sus vidas al Señor. Muchas de ellas me escriben. Tengo que mandarte sus cartas para que veas cómo son. A veces, leyéndolas, río y grito como un chiquillo al admirar su santa fe, sencilla e infantil.»

El día siguiente, la señora Penney tuvo oportunidad de juzgarlas por sí misma, pues Tom le mandó una carta de Sor Magdalena de Santa Elena, que, entre otras cosas, decía:

«Quiero que sepa, señor Penney, cuánto hemos apreciado su ofrecimiento de rezar cada día un Avemaría por cada una de nosotras. Cuando rece la mía, debe usted recordar esta intención: una joven obstinada, que conoce sus pecados, pero no desea cambiar. Pida, pues, a Nuestra Señora que cambie su corazón. Nos ha encantado saber que admira usted a San Francisco de Sales. Sus obras pueden considerarse ejemplares, ya que no sólo predicaba la perfección, sino que la practicaba. Hoy he meditado sobre dos de sus textos: «No deben inquietarnos demasiado nuestras imperfecciones. Lo que hay que hacer es levantarse valerosamente después de cada caída y empezar de nuevo cada día. No hay mejor manera de progresar en la vida espiritual que estar continuamente empezando.» ¿No es consolador? Santa Teresita del Niño Jesús dice que Dios obtiene gran gloria de nuestras caídas, puesto que ellas nos hacen practicar la contrición y la humildad.

Sus propósitos de reparación son muy hermosos, señor Penney. Usted sabe cuál es nuestra vida. Nuestra Santa Regla nos manda hacer actos de expiación, tanto por nuestros pecados como por los pecados

ajenos. Nuestros maestros de retiro nos dicen que nuestra Regla es el cuarto grado de humildad, lo cual significa el puro amor de Dios y que debíamos querer vivir ignoradas o despreciadas. Esto no es fácil para la naturaleza humana, pero es posible. Ya San Agustín dijo: «Yo puedo hacer cuanto los otros hagan.»

Usted sabe que la juventud de San Agustín fue muy turbulenta. Pero, una vez que se convirtió, marchó rápidamente hacia la perfección. Algunos santos nos prueban que no debemos destruir nuestra naturaleza humana, sino dirigirla tal y como es: *hacia Dios*. Piense en Dorothy Day. Antes era comunista, y ahora lucha por la fe católica, no sólo con el mismo ardor, sino con métodos idénticos a los que empleaba dentro del partido. Pero su propósito ahora es salvar almas para Dios. Lo que ha cambiado, como usted ve, es su finalidad. Los demás podemos hacer lo mismo...»

A la otra semana, la señora Penney tuvo la sorpresa de recibir una carta de Detroit. Su sorpresa fue mayor todavía cuando la leyó. Decía:

«Querida madre: Desde que Tom nos ha adoptado por Hermanas, nos ha convertido en hijas de usted. Como somos cuarenta y nueve, puede figurarse qué gran corazón debe tener para albergar a tantos hijos.

Deseamos hacerle saber, querida madre, que rezamos por usted, pidiendo a Dios que le dé fuerzas para sobrellevar la cruz que ha puesto sobre sus hombros. Usted puede obtener grandes beneficios para usted y para todos sus seres queridos si acepta esa carga con el corazón humilde y sumiso. Piense, madre querida, en lo que el Salvador padeció por nosotros. Piense asimismo todo lo que esta guerra hace sufrir a millones de corazones maternales. Usted, al menos, puede tener contacto con Tom, pues sabe dónde está.

Ya sabemos que es inútil tratar de consolar al corazón de una madre; pero queremos que usted sepa que todas estamos muy orgullosas de haber entrado en relación con su hijo, y muy agradecidas al sacerdote que nos la ha proporcionado. Presentimos que su Tom es un espíritu elegido, y que ha recibido de Dios una maravillosa gracia cuando le dio su fe.

Si usted tiene ánimos para escribir mientras dure el nuevo proceso, nos llenaría de alegría tener noticias suyas. Nada sabemos del asunto, excepto que se ha pedido para Tom la última pena. Y ¿quiénes

son los mortales para condenar a otro mortal? Sobre todos nosotros pesa una condena a muerte, que fatalmente ha de cumplirse más tarde o más temprano.

Dios quiera guardarla en su Sagrado Corazón por los siglos de los siglos.

Cariñosamente y con la más profunda simpatía.

La Madre y las Hermanas Magdalenas de Detroit.

¡Alabado sea Dios!»

Después de algunas palabras oscuras, la señora Penney hizo un gesto de perfecta comprensión al leer esto en una de las últimas cartas de su hijo:

«Las Magdalenas de Detroit han sido mis verdaderas Hermanas en todos las sentidos, y haré que Sor Ana Roberta y Sor María Lorenza te lo expliquen.»

A juzgar por las siguientes cartas escritas por Tom a Lexington, Sor Ana Roberta y Sor María Lorenza nada dijeron a la señora Penney de las Magdalenas, aunque, inconscientemente, Tom les había dado a entender que eran para él un don de Dios.

Así, el 2 de octubre de 1942 escribía a Sor Ana Roberta:

«Me alegra muchísimo saber la visita de mi madre. Si usted quiere mucho a una persona, ¿no desea compartir su alegría con ella? Mi madre ha compartido mis tristezas y desdichas conmigo, y Dios sabe que yo daría mi vida por saber que había recibido alguna satisfacción mayor que tantas penas. Mi experiencia me prueba lo que la verdadera fe significa realmente, e imagino lo que significaría para ella si siguiera el mismo camino. ¡Oh, sí, yo tengo algunos días negros, como todos; pero Dios los aclara con sus argumentos!

Es muy triste saber que algunas personas se avergüenzan de haber tenido trato conmigo, y más todavía si uno piensa que aquellos a quienes he querido, favorecido y considerado como amigos, son los que más hablan contra mí. Pero lo peor de todo ha sido cuando he sabido que algunos en quienes tenía plena confianza se han puesto frente a mí traicionándome sólo porque otros están frente a mí...

A veces me pregunto si todo esto no será más que la voz de mi conciencia. Pero ¿qué es nuestra conciencia, Hermana, sino la voz de

Dios? Cuando Dios está contento de nosotros, la conciencia calla, Pero cuando está enojado... Fácilmente puede uno comprender por qué muchos Santos han hecho suyas las palabras del Salmista: «¡Oh Dios mío, no calles para mí, no sea que con tu silencio me vuelva como aquellos que bajan a la tumba!» Ninguna plegaria mejor podríamos decir para hacernos presente el peligro de quedarnos sordos a la voz del Señor... Sé que no he dicho nada que usted no sepa mucho mejor que yo; pero me encuentro mucho más a gusto después de decirlo...»

La directora de enfermeras se envaneció un poco con esta carta; pero Sor María Lorenza, con el sentido común que le daba su gran experiencia, supo esperar a su vez, y dos días más tarde, en efecto, entró con aire perezoso en el despacho de Sor Ana Roberta, y lentamente dijo:

—Aquí hay algo que puede mejorar su espíritu, Hermana.

Antes que Sor Ana Roberta abriera la carta, la vieja monja había desaparecido. Los ojos de Sor Ana Roberta después de bailotear un momento regocijados por el inesperado mutis de su compañera, se nublaron ligeramente, pensando cuál sería la enfermedad de su espíritu y el remedio para ella contenido en la carta que llevaba fecha 4 de octubre de 1942. Decía así:

«Querida Sor María Lorenza; debía haber escrito a usted el mismo día que lo hice a Sor Ana Roberta; pero había escrito ya tanto, que temía que el capitán Rankin me preguntara si es que pensaba publicar un libro si pedía una hoja más. Por otra parte, pensaba que el juicio se celebraría el viernes.

Espero que esté usted ya completamente repuesta de su resfriado. Yo disfruto de una salud espléndida, y casi casi me encuentro satisfecho de mí. Lo cual quiere decir que estoy contentísimo de que Dios me haya concedido la gracia necesaria para conocerle y corresponder a su amor.

Desde hace mucho tiempo, Hermana —mejor diría desde que el tiempo empezó—, las gentes buscan ávidamente la felicidad. Algunas han viajado hasta muy lejos corriendo todo género de peligros para encontrarla, ignorando que sólo es necesario abrir de par en par el corazón y apartar los obstáculos que se oponen a que la gracia de Dios llegue a él para lograr una felicidad todo lo perfecta que se pueda encontrar en este mundo.

Difícilmente puedo yo en mi actual situación esperar algún placer, pero la verdadera paz está siempre a mi alcanee. Son millares los libros importantes que se han escrito para enseñar a los hombres los medios de alcanzar la felicidad; pero todos ellos juntos no llegan a superar la fórmula que para la paz del alma ofrecen estas tres palabras del Padrenuestro: «Hágase tu voluntad.»

Ayer tuve una carta del Padre Eugenio, en la que se muestra maravillado de los progresos que he hecho para aprender tan rápidamente y con tan poca ayuda la grandeza de nuestra fe, careciendo —dice— de la asistencia de un instructor. Le he contestado recordándole que tuve dos vivientes Angeles de la Guarda para guiarme...»

A última hora de la mañana, Sor María Lorenza aguardó en el pasillo a que Sor Ana Roberta saliera de su despacho para decirle:

—Espero que nuestro espíritu profundice tan rápidamente como el de Penney.

Sor Ana Roberto interrumpió a la anciana monja con esta pregunta:

— ¿Le envió usted el librito de De Caussade?

— ¿De Caussade? No conozco ni ese autor ni ese librito.

— ¿Y tampoco el *Santo abandono*, de Lehodey?

— ¿Por qué me pregunta eso?

—Por usted y por Tom Penney. Tom ha aprendido la doctrina de la entrega a la voluntad de Dios más de prisa y más prácticamente que nadie, y quisiera saber quién se la ha enseñado.

—Yo nunca he sido directora espiritual de Penney. Sólo me he permitido actuar con él como portera, primero aquí, en Lexington, y luego en Eddyville. Aunque he visto a una monja muy seria de Nazaret sentada junto a él en las dos prisiones. Tal vez ella.

— ¿Quiere usted no burlarse?...

— ¿Quiere usted no aturdirse?... Si Tom Penney ha aprendido esa doctrina, será gracias a Dios, que se lo ha permitido.

— ¿Eso es una confesión de que usted lo ha hecho?

— ¿El qué?

—Mandarle esos libros.

—Hija mía, ¿por qué no me cree cuando le digo que ni tengo la menor

idea de la existencia de esos libros?

—Bueno, pues entonces alguien debe habérselos enviado u otros por el estilo. La última carta que me ha escrito y esa de usted...

— ¿Con que ha leído usted mi carta? ¿Qué le parece? ¿Le gusta el incienso que echa a su paso?

— ¡Qué cosas tiene, Hermana! Lo que me gusta es su manera de decir «hágase tu voluntad». Y lo que me intriga es quién se lo ha enseñado.

Mientras Sor María Lorenza guardaba la carta de Tom en su faltriquera, recordó a su amiga y compañera que no eran ellas solas quienes escribían al preso, subrayando que el Padre Jorge, el Padre Eugenio, el Padre Brian o quizá Sor Francisca podían habérselo enseñado.

—Pero —añadió, echando a andar otra vez por el pasillo—, si usted me lo pregunta, le diré que lo más probable es que se lo hayan enseñado las Magdalenas de Detroit. Las monjas contemplativas y de clausura suelen ver mucho más lejos que nosotras en estas materias. Claro que también cabe la posibilidad de que Tom lo haya aprendido por sí solo. Como usted sabe, el muchacho no es nada torpe, y aunque lo fuera, no necesito decir a usted que la gracia de Dios puede atravesar las cabezas más duras, y si no fíjese en mí.

A pesar de aquella aparente indiferencia y del tono de improvisación de sus palabras, Sor María Lorenza estaba tan profundamente impresionada como su compañera, e igualmente intrigada por los amplios horizontes que se abrían ante Tom Penney. La carta de la semana siguiente, fechada el 9 de octubre, aumentó la impresión y aguzó la curiosidad, pues Tom Penney, volviendo sobre uno de sus temas favoritos, escribía:

> «Querida Sor María Lorenza: Recibo hoy su preciosa carta cuando empezaba a preocuparme por usted. Me alegra mucho que se encuentre tan mejorada. Yo sigo como siempre: leo, medito, hago planes y paso la vida con todo esto. Algunas veces pienso que sería mejor ignorar muchas cosas. Sí; «La ignorancia puede ser la bienaventuranza.»
>
> No se asuste, Hermana, porque diga esto, pues, en realidad, amo cada bendito grano de conocimiento que poseo, aunque tenga mis días negros. Hace poco leí de una persona muy piadosa que siempre tenía sobre su mesa un libro titulado *Las glorias de María*, al que llamaba su «termómetro espiritual». He pensado mucho en esta idea, y acabé haciéndola mía. ¡Y trabajo! Así, cuando me encuentro en estado de gracia, la lectura de una o dos páginas de ese libro basta para llenar mi

alma de una paz y una alegría celestiales, que me iluminan y vigorizan por dentro. En cambio, si estoy perezoso o tibio..., me fatiga y abruma. ¿Sabe por qué? No es que el esplendor de la luz haya disminuido: son los ojos del alma los que no pueden resistir- lo. Lo que hago entonces es ponerme a rezar y a trabajar para devolver a esos ojos su pureza de visión y su fuerza. En seguida el termómetro sube, o, mejor dicho, mi espíritu se eleva y no tarda en ponerse al unísono para ensalzar a la Virgen Santísima.

En tanto que somos puros, Hermana, noto que hay una íntima relación ente nosotros y la Virgen Santísima, que se manifiesta en un temblor de alegría cada vez que nuestro intelecto piensa en Ella o nuestros labios murmuran una Plegaria en su honor.

Desde luego, mis oraciones predilectas son las que se dirigen a María. Para mí, el Santo Rosario es una maravillosa fuente de serenidad. Más todavía es mi salvaguardia. Mientras lo voy rezando, siento que desaparecen el cansancio, el tedio y las preocupaciones. La devoción a la Virgen María es para mí como un faro colocado en el camino que conduce hacia Dios...»

El Padre Eugenio podía haber aclarado a la monja sobre la fuente de ese libro que Tom consideraba ahora su *vademecum* ([8]). Pero, a su vez, el Pasionista estaba trastornado con una carta que le había escrito Tom y que era también un verdadero mensaje de otro mundo, capaz de asombrar al experto religioso. El prisionero le decía el 14 de octubre:

«Sería una gran suerte poder escucharle otra vez. Usted recordará, querido Padre, que aquí no tengo otros quehaceres que leer, escribir, comer y, a ratos, dormir. Por eso soy capaz de contestar las cartas más rápidamente que un religioso como usted, que tantas cosas hace por y para Dios... Yo estimo que el buen empleo del tiempo es una de las virtudes más difíciles de adquirir.

Empezar temprano, trabajar firmemente, proseguir con constancia, descansar con avidez, reanudar la tarea sin impaciencia y terminarla despacio, deben ser las normas de un espíritu fuerte y virtuoso. Créame, Padre, que, a fuerza de experiencia, he adquirido la práctica de esta virtud hasta tal punto, que, no hay una hora en las veinticuatro del día que no tenga su ocupación y distracción. Parece difícil en mis circunstancias, pero así es.

[8] Así es en el original.

Sí, Padre, he leído todo cuanto ha caído en mis manos. Temo que mi único gran fallo sea la impaciencia. Cuando algo me gusta, nunca me sacio de ello. Así, pues, espero que de mi indiferencia anterior pueda salir mi salvación. Me gusta rezar…

La oración ha sido para mí una fuente de consuelo, Padre, sin olvidar a nuestra pequeña y maravillosa Sor Ana Roberta. Usted sabe que ha sido para mí una hermana, un hermano, un amigo y, a veces, hasta un confesor.

A estas horas especialmente, Padre, siento que no estoy solo en este mundo, y que sea cual sea mi suerte en el futuro, tendré alguien que me guarde, me proteja, me consuele y me ame.»

El buen Padre se preguntaba de dónde habrían venido a Tom aquella idea del uso preciso del tiempo y aquel afán de llenar sus horas de ocupaciones provechosas. Si hubiera leído la carta que el condenado envió a Sor María Lorenzo el 17 de octubre, hubiera visto que no se trata de frases de un desocupado o de manías pasajeras de un preso aburrido, pues Tom escribía a la monja:

«Me aconseja usted orden para comer, etc.... Crea, Hermana, que ya tengo mi «sistema de vida», si se le puede llamar así. Me levanto a las cinco de la mañana, y rezo mis habituales oraciones matutinas. Si al terminarlas no me siento bien dispuesto, hago las Estaciones, que nunca fallan, pues nada como ellas absorben mi atención. Ya bien preparado, puedo hacer mis Actos de Fe, Esperanza y Caridad, mis Actos de Dolor, Humildad, Deseo y Perfecta Contrición. A continuación, comulgo espiritualmente. Después, si me queda tiempo, leo las Leyendas de la Virgen Santísima hasta las ocho, hora del desayuno. Después de desayunar, me pongo a dibujar o a leer el periódico hasta las diez y media, hora del almuerzo. Entonces leo una novela o charlo con los compañeros que acaban de levantarse. A la una de la tarde digo que tengo sueño y rezo cinco misterios del Rosario, y algunos días más. Luego descanso o leo hasta que vienen a llamarme para comer otra vez a las dos y media. A continuación escribo cuantas cartas tengo que escribir. De cinco y media a seis y media, paseo, y tras ello me echo o vuelvo a leer o escribir, según me dé. Esta tarde escribiré, pues ya son las cinco y todavía no he escrito a Sor Ana Roberto. A las ocho, rezo las oraciones del mes a la Virgen Santísima, y me acuesto rezando el Padrenuestro y cuantas oraciones puedo, hasta

que me duermo, dedicándolas a mis amigos, a cuantos me quieren, a los soldados y a sus medres y también a mis enemigos, incluso a los más acérrimos...

Esta es la vida que hago cada día, con muy pocas excepciones Si tiene usted algunas sugestiones que hacerme, las seguiré con gusto.

Tuve una carta del Padre Donnelly. Está en Turner Field, Albany, Ga. Me pregunta por ustedes, y dice que no tiene tiempo de ponerles unas líneas (pero, créame, que, a pesar de todo, se las pondrá).

La Madre Dulce Nombre del Buen Pastor, de Detroit, me escribió una carta dándome ánimo, a la que las Magdalenas añadieron una docena de páginas, en las que me describían su monasterio, sus hábitos, etc. Son cuarenta y nueve, y todas rezan por mí y me piden unirme a ellas en su gran hora de silencio entre la una y las dos de la tarde. Me propongo emplear esa Hora Santa en pedir a Nuestro Señor que perdone mis ofensas y las que los demás le infligen. Rezo mis oraciones mentalmente. ¿Hago bien? Lo que me queda por decir se lo diré a Sor Ana Roberta. Que Nuestra Señora la proteja y Dios la bendiga siempre.»

Todo lo que escribió aquella tarde a Sor Ana Roberta fue esto:

«Como acabo de escribir a Sor María Lorenza todo lo que tenla que decir, prepárese usted, Hermana, a una carta insulsa. He adquirido unos cuantos corresponsales más, todos católicos. Realmente, Hermana, es muy distinto escribirse con personas que piensan, viven y aman lo mismo que uno. Tan malo como he sido, ahora veo lo que debí ser. Nunca imaginé que hubiese en el mundo tanta gente buena. Pero ¿cómo podía saberlo si nunca me preocupé de buscarla? ¡Oh, Dios mío misericordioso, qué ignorante fui!

Tengo un gran consuelo, Hermana: Dios me dio una oportunidad de salvar mi alma, y la perdí, y ha sido tan bueno conmigo, que me ha dado una segunda. Esta vez mi obligación es ver hasta dónde llega su bondad..., y seguramente podré verlo.

Hace dos semanas que nada sé del Padre Eugenio, El Padre Libs estuvo aquí el miércoles; pero sólo me trajo desasosiego. Como sé que Dios me entiende, no me atormento demasiado.

¿Se ha enterado usted del debate bíblico en el «Register»? Yo lo

estoy siguiendo, y enviaría alguna réplica si me considerara capaz de hacer algo que valiera la pena. Todas las preguntas las he contestado en seguida. Generalmente, hay una pega en cada una.

Escríbame pronto, Hermana, y perdone mi escasa inspiración esta noche. La próxima vez seré más extenso. Ahora voy a pedir a Dios por usted y por sus trabajos.»

Una semana más tarde, Tom estaba ante su mesa contestando a una carta de Sor María Lorenza, en que ésta le decía que le parecía que Sor Ana Roberta no estaba bien. Tom escribía:

«Comprendo lo que me dice del aspecto de Sor Ana Roberta, y creo que puedo decirle la causa de ello.

Ustedes dos tienen almas de gigantes espirituales, e intentan soportar cargas dignas de gigantes físicos. Algunas veces pueden con ella y otras no. En todo caso, supongo que siempre agradan a Dios.

Me acordaré de rezar la oración que me sugiere. En muchas ocasiones llego con mis plegarias a donde no pensaba, y siempre me siento mejor cuando las he rezado. Es indudable que muchas cosas, si se empiezan pacientemente, nos proporcionan al final de la jornada una extraordinaria calma y alegría.»

Acababa de escribir estas palabras, cuando el altavoz de noticias del penal prorrumpió en un grito: *Ultimas noticias de Francfort, Kentucky.* (Tom prestó atención.) *El Tribunal de Apelación de Kentucky confirmó hoy las sentencias de muerte en la silla eléctrica dictadas contra un carpintero, un mozo de café y un guarda de jardín morfinómano, por robo y asesinato de la famosa estrella de golf Marion Miley y su madre, de cincuenta y dos años. A menos que estos tres individuos, actualmente en el penal de Eddyville, entablen una petición de revisión de sus causas dentro de un plazo de treinta días, o sean indultados, deberán morir en la madrugada del día primero de año de 1943. Los tres, Tom Penney, carpintero, de treinta y tres años; Roberto H. Anderson, de treinta y siete, propietario de un bar en Louisville, y Raimundo Skeeter Baxter, de veintiocho, guarda del jardín del Club de Campo de Lexington, fueron declarados reos de asesinato en diciembre último y condenados a muerte en la silla eléctrica por el Tribunal de Fallete, de cuya sentencia apelaron al Tribunal Superior de Kentucky. Este Tribunal, mediante escritos separados de cada uno de sus miembros, legalizados por el comisario del mismo, señor Carlos Morris, declaró que*

los tres criminales habían sido juzgados correcta e imparcialmente, y que no existía nada en los autos que justificase una revisión.

A continuación de esta noticia comenzó la parte comercial del programa. Mientras una cinta magnetofónica lanzaba al aire por los corredores del penal la voz de Bing Crosby, los ojos de Tom se abrieron desmesuradamente en su rostro palidísimo. En seguida oyó la llamada de Anderson:

— ¡Eh, tú, Penney!

— ¿Qué hay?

— ¿Has oído?

—Sí.

— ¡Eh, tú, Skeeter! —gritó Bob más fuerte. Y cuando la voz delgada y trémula de Baxter respondió, volvió a preguntar—:

¿También lo has oído?

—Sí. ¿Qué debemos hacer ahora? ¿Recurrir al gobernador?

Anderson prorrumpió en una risa sarcástica.

— ¿Al gobernador?... ¿Es que tú te crees que algún político se digna ocuparse de un preso? No, hijo, no. A quien tenernos que recurrir es a Penney.

— ¿Qué dices tú, Tom? —chilló, muy excitado, Baxter.

—Digo que lo que acabamos de oír no me desazona lo más mínimo. Antes bien, es un gran alivio. No creo que haya una manera mejor de empezar el año nuevo que muriendo cristianamente.

Antes que estallaran los comentarios, Tom se volvió a su mesa para continuar la carta a Sor María Lorenza

> «En este momento oímos que nuestra apelación ha sido rechazada. Seguramente, Hermana, Dios sabe qué es lo que más me conviene. Si ésa es su voluntad, la acepto sin quejarme.»

Se echó atrás en la silla para releer lo escrito antes de seguir adelante. Pero antes de tomar la pluma para empezar otro párrafo, Anderson volvió a gritar:

— ¡Es una lástima que no seas actor, Penney! El teatro echa de menos otro Edwin Booth, que bien podías ser tú. Pero haz el favor de dejar de representar. Aún quedan más tribunales, más jueces y más abogados. Aún puede haber un nuevo proceso, sólo con que tú hagas una nueva

declaración...

Con un tono mucho más conciliatorio y casi insinuante, Anderson prosiguió:

—Escucha, Tom. Siempre he jugado limpio contigo. Nunca he sido tacaño de dinero. Ahora hay una cantidad importante para ti y para los tuyos... Sácame de aquí, que no te pesará... Ni a ti ni a nadie de los tuyos les faltará nada... ¿Cuánto quieres por nombrar a Buford Stewart para salvarme?

— ¿Qué piensa Nicholson de todo eso, Bob?

—No te preocupes por él. Yo, lo que te puedo asegurar es que una comparecencia tuya manifestando que Stewart fue el que «sacudió» a las señoras, sería la mejor manera de obligar a esos tíos a una revisión, en la que podríamos alegar nuevos argumentos. Si obtuviésemos un nuevo proceso, nuestros abogados se las arreglarían para que se modificasen las sentencias... ¿Qué dices a eso?

Como Tom no respondiera inmediatamente, Anderson volvió a la carga:

—Recuerda, Tom, la vaca que saltó por encima de la luna...

— ¿Qué quieres decir?

—Que *El gato y el violín* ([9]) podrá abrirse de nuevo… y que tal vez pudiera ser tuyo, de tu madre o de quien tú quisieras... No seas tonto, Penney, no seas tonto...

— ¡No lo seré!—contestó Tom, tan rápida y alegremente, que Bob no supo si había ganado o perdido la partida.

Penney reanudó la carta a Sor María Lorenza:

> «Me pregunta usted qué me parece la parábola del labrador en su viña. A mi juicio, es una muestra del amor y la misericordia sin límites de Nuestro Señor; una manera de decir que cada hombre o mujer que se conforme con lo que Dios le dé, será premiado por igual. Aunque parezca difícil, Hermana, que yo pueda merecer el mismo premio que usted.»

A la mañana siguiente escribió esta posdata a su carta:

> «P. S.—No sé lo que siento esta mañana, aunque creo que si dijese «estoy tranquilo» lo expresaría perfectamente. No sé qué rumbo

[9] El bar propiedad de Anderson.

tomar, si es que tomo alguno. Pero si no tomo ninguno, moriré el día de Año Nuevo. Odio entregarme sin lucha, y supongo que todavía existe alguna posibilidad de luchar. Si ve usted a su cuñado, ¿querrá usted preguntarle qué posibilidades de defensa me quedan? El las conocerá mejor que nadie. Los abogados prometen cualquier cosa, a sabiendas de que no podrán conseguirla, si ven alguna posibilidad de ganar dinero. Por eso, me gustaría saber la opinión de alguien a quien no le guíe el interés profesional. Si lo que le pido, Hermana, es contrario a sus Reglas, no lo haga.

Respecto a le decisión del Tribunal, no sé qué decirle, como no sea que no me ha impresionado demasiado. Claro que lo siento, no por mí, sino por las escasas personas que sufrirán y se afligirán por mí. Ahora más que nunca debo procurar dedicarles todos mis pensamientos. Así, pues, si escribo muy a menudo, no se alarme. ¡Si en este momento pudiera decir una sola palabra de consuelo a mi pobre madre...! Sé que también oiría lo de ayer...

Mañana escribiré a Sor Ana Roberta. Seguiré rezando por usted. Siempre pienso en usted y siempre menciono su nombre en mi última plegaria, que consideraría incompleta si lo omitiera... ¡Oh, Hermana, cuánto me gustaría llegar a ser como usted quiere que sea! Lo intento, aunque es difícil.

No tendré tiempo de completar las lecciones del *Register*, que durarán aun once semanas. Pero las estudiaré hasta el final.

Que Dios la bendiga siempre, Hermana.»

La semana siguiente trajo una gran confusión de sentimiento y emociones al carpintero de las cicatrices en la cara, como los periódicos se complacían en llamarle. Había dicho la verdad cuando escribió a Sor María Lorenza que las últimas noticias le habían devuelto la tranquilidad, pues el largo y caluroso verano y el principio del otoño fueron una temporada de angustia e impaciencia. Cada mañana leía el periódico con avidez, buscando una nota sobre las actividades del Tribunal de Apelación. Ahora ya no necesitaba buscarla. También era cierto que la decisión no le produjo el menor desasosiego. Desde el día que oyó las débiles razones en que los abogados apoyaron la apelación, no abrigaba la menor esperanza de una revisión o un nuevo proceso. Aquellas argucias sólo servirían para ganar tiempo y aplazar lo que en el fondo de su alma juzgaba inevitable, aunque superficialmente fingiera no creerlo. Ahora que las argucias habían sido barridas, se enfrentaba con la evidente realidad de que, aun cuando se

utilizaran otras nuevas, el Año Nuevo empezaría para él con la muerte...

A veces esta idea le agradaba. Primero, por haberla acariciado mucho tiempo en la soledad de su encierro, y luego, porque sabiendo que todo el que nace, nace condenado a morir, consideraba casi como un privilegio ser uno de los pocos mortales que conocen de antemano el día, la hora y la forma en que han de dejar esta vida. Por muchas razones se consideraba afortunado; pero, sobre todo, porque como la muerte en la silla eléctrica es rapidísima y sin sufrimiento, no la tenía miedo. Por otra parte, las monjas y los sacerdotes le habían dicho muchas veces que las aguas del Bautismo lavan el alma. Sí, más que dispuesto a la muerte, la aguardaba con impaciencia.

En cambio, le entristecía pensar en su madre, y deseaba ardientemente vivir para evitarle el tremendo sufrimiento de la separación final. ¡Qué desgraciada la había hecho con su conducta! Y, a pesar de todo, ¡cómo seguía queriéndole! Quizá ahora parecía quererle más que nunca. Recordaba sus besos y abrazos en la cárcel de Fallete, y sabía la inmensa alegría que la infeliz recibía con sus cartas. Si luchaba y lograba salvar su vida, esa alegría sería mucho mayor aún... Pero como eso era dificilísimo y la pobre señora era ya viejecita, ¿no podría Dios, en su infinita misericordia, llevársela ante que a él?

También pensaba en Bob Anderson... Tom sabía que sus abogados eran muy marrulleros y capaces de encontrar cualquier resquicio que pudiera existir en la Ley. Bob necesitaba tiempo, pues aún no tenía preparados para la muerte ni el corazón ni la cabeza, ni mucho menos el alma. Todas las veces que Penney reflexionaba sobre el futuro de su rechoncho camarada se estremecía y rezaba.

Por el contrario, Baxter no le producía la menor desazón. De una u otra manera, Dios sería misericordioso con aquel cabeza loca. No era probable que se convirtiera, pero Tom advertía en el ex guarda cierta tendencia hacia la escasa luz que su menguado cerebro percibía, y ello le tranquilizaba.

Cuando cinco días después de la decisión del Tribunal recibió carta de su madre, Tom la estudió detenidamente, decidiendo, por último, utilizar cualquier posibilidad ofrecida por la Ley para prolongar en lo posible su vida terrenal. Una vez tomada esta decisión, se sentó a la mesa y escribió a la pobre señora, encargándole llamara a sus abogados para que le aconsejaran.

«Cuando hables con ellos, diles que me informen exactamente de los argumentos que emplearán para conseguir un nuevo proceso. Lo que ahora necesitaremos es una nueva evidencia. Si sé con tiempo lo que preparan, puedo pensar algo distinto.

Tú, madre, procura no agobiarte demasiado, pues ello no nos ayudará nada. No te pediría que hicieras esto, de no estar seguro de que Dios espera que yo haga algún esfuerzo. Pera hazme el favor: si no hay nada que hacer, no me lo ocultes, pues no es ocasión de andar con secretos, y necesito conocer toda la verdad para poder conducirme como es debido. No temas hacerme daño con ello, pues ya he pasado ese período...»

Después de cerrar la carta, se echó, pensando lo que le diría al Padre Donnelly. Un par de días antes de oír la noticia le había escrito su primera carta a Turner Field, en la que le decía:

«Estoy esperando conocer mi destino, Padre, y quisiera saberlo cuanto antes. No temo el resultado. Con tantas personas como rezan por mí, sea cual fuere, lo consideraré como la voluntad de Dios.»

Al recordar estas palabras, Tom dudaba si la carta a su madre las contradecía o las corroboraba. Desde luego, había aceptado el fallo del Tribunal como expresión de la Voluntad Divina. Pero ahora sentía que Dios le exigía hacer cualquier legítimo esfuerzo para prolongar su vida, por amor a su madre al menos. Y, súbitamente, la consideración de que él no fue quien mató a ninguna de las dos mujeres subió hasta la superficie de su conciencia. Como durante los últimos meses no había pensado en ello, juzgó su brusca reaparición como una señal de que el Cielo quería que luchase.

Desde luego, habría hablado de todo ello con el Padre Libs; pero como el buen sacerdote tenía siempre tantas prisas el día de su visita mensual, Tom no se creyó con derecho a retenerle para una larga conferencia ¿No había tenido que decir al Padre Jorge y a las dos monjas de Nazaret que, aun estando en ayunas y perfectamente preparado para la Comunión mes tras mes, sufrió el desencanto de que el Padre Libs no se la administrara? «Tengo que conformarme —había afirmado en varias cartas— con hacer una Comunión espiritual cada mañana.» Ahora hizo otra, y después de una breve acción de gracias, arrancó una hoja del periódico y escribió esta carta:

«27 de octubre de 1992.

Querido Padre Jorge: Como supongo que no oiría el viernes las noticias, le envío ese recorte, y de este modo ganamos tiempo los dos.

He estado usted tan unido a mí durante este año, Padre, que espero le agrade saber que sólo usted y las admirables Hermanas fueron mi inspiración en las horas negras... Dios sabe la tristeza que invade mi dolorido corazón. Todas mis esperanzas están en El, a quien pido que Su Infinita Bondad no me abandone, sino que sus ojos misericordiosos me sigan mirando compasivos...

Mi madre se porta muy bien. He tratado de prepararla para lo peor. No sé exactamente cómo tuvo la noticia, pues no tengo nadie que me lo diga sino ella. Nadie de la familia me ha escrito desde que estoy aquí...

Padre, ¿podría usted venir si le llamara? Sentiría mucho que me dijese que no...»

La señora Penney —como hacen todas las madres— contestó a Tom que estaba dispuesta a remover cielo y tierra y a gastar hasta el último centavo para salvarle. Pero todavía no había conseguido ponerse en contacto con los abogados. La carta no era muy esperanzadora. Pero el mismo día —1 de noviembre— Dios le proporcionó otra, tan confortadora para Tom, que pudo escribir a Sor Ana Roberta:

«Muchas gracias por el aliento que me da... A veces creo que me volvería completamente loco, si no me tranquilizara alguien como usted. Usted sabe, Hermana, que aun cuando uno esté seguro de su destino final, decidido a obedecer los mandatos de Nuestro Señor y resignado a su santa voluntad, resulta muy grato verse confortado. Pero, permítame decírselo, resignarse a la voluntad de Dios no es siempre tan fácil como se dice. Con frecuencia, cuando uno tiene que decir «Que se cumpla su voluntad», lo dice muy de prisa, para evitar que el corazón evite otra cosa distinta... Mi madre me informa de que no estará todo perdido mientras tengamos algo. Así, que lo más probable es que yo no pase del 1 de enero. ¡Si viera qué difícil me resulta hablar de la muerte con mi madre! Desde luego, yo no lo doy todo por perdido, en tanto haya una posibilidad de seguir viviendo. No creo que Dios deseé otra cosa. Pero supongo que tampoco querrá que tire el dinero si esa posibilidad no existe. Créame, Hermana, que no es por mí por quien sufro, sino por mi madre, que soporta tanta pesadumbre. Como usted sabe, Hermana, ella agradecería que usted la

visite tanto como yo...

P. S.—Seguramente han sido sus plegarias y las de los demás amigos las que me ayudaron a sobrellevar el verano pasado. Sólo Dios sabe cómo las agradezco.»

Pasó otra semana. La colección de cartas escritas en ella muestran al preso sumido otra vez en las profundidades de su alma. Durante meses había leído cartas y cartas hablándole del abandono, de la infancia espiritual, de la absoluta confianza en Dios, de la reparación, de la expiación y de que el amor se prueba con el sacrificio. Un nuevo mundo se había abierto para Tom a través del contacto con las Magdalenas de Detroit. En aquella mañana de primeros de noviembre se preguntaba si podría asegurar honradamente que creía con esa ciega e ilimitada confianza de la infancia.

Después de media hora de escudriñar en su alma, tomó la pluma y pasó el resto de la mañana contestando su correo. Primero escribió a las Magdalenas:

«Acabo de terminar de leer sus hermosas cartas, y francamente les digo, Hermanas, que no sé cuál de ellas me ha producido más alegría. Dios la bendiga, Madre María del Dulce Nombre, por haber dado permiso a sus hijas para escribir a este miserable pecador.

Sor Magdalena de Santa Gertrudis: No me avergüenza confesar que su carta me ha hecho llorar mucho, por lo que se parece a las de mi anciana madre, de la cual he recibido hoy una en la que me dice lo siguiente: «Sólo Dios sabe la pena que me da decírtelo; pero los abogados me informan que no hay esperanzas de clemencia para ti,» ¿Puede usted concebir algo más terriblemente doloroso para una madre que decir esto a su hijo? Yo he tratado siempre de prepararla para lo inevitable. ¡Quiera Dios darle el valor y la fortaleza necesarios para soportarlo! ¿Se lo pedirán ustedes conmigo, Hermanas? Todo lo que yo le pido para mí es el privilegio de amarle siempre.

Gracias, Sor Magdalena de San León. Esté segura de que no retrocederé. Mi vida es un pequeño sacrificio en comparación con el sacrificio de Nuestro Señor. Mi única pena es no tener dos vidas que ofrecerle.

A usted, Sor Magdalena de San Félix, le digo que no debe pensar que soy tan avaro de mis oraciones que no pueda rezar más de un Avemaría por cada una de ustedes. Las recuerdo muchísimas veces al

día, y a menudo, cuando por las noches estoy leyendo, me encuentro pensando en ustedes y murmurando «¡Dios las bendiga!» No olvide, Hermana, que tenemos una cita.

También a usted, Sor Magdalena de Santa Teresa, le agradezco de veras su orden del día. De aquí en adelantes será usted más fuerte en todo cuanto haga. Siga comulgando espiritualmente conmigo, pues es algo maravilloso. Transmitiré su mensaje de gracias al Padre Brian.

Sor Magdalena de Santa Elena: Su carta me ha alegrado mucho, y recordaré su intención particular. Continúe teniéndome con usted para su Sagrada Comunión, como yo pido al Cielo que la bendiga a usted siempre.

Hermanas, yo querría escribir por separado a cada una de ustedes, pero no puedo. Así, pues, envío a todas mis Hermanas mis cariñosos recuerdos, y paso a contarles algunas cosas...

La fecha de mi ejecución está señalada para primera hora de la madrugada del Año Nuevo. Recen en este momento... para que Él no me rechace

Gracias otra vez, querida Madre, por permitir a las Magdalenas escribirme; gracias también por el *Mensajero*. ¿Me escribirán pronto otra vez? ¡Se lo ruego, Madre!

Que la alta, justa y adorable voluntad de Dios se cumpla sobre todas las cosas, y Él sea siempre bendito y alabado.

Su agradecidísimo adoptado en Cristo a la derecha de su Cruz,

Tom Penney.»

P. S.—Hermanas, ¿no podría ofrecer mi vida por la conversión de los pecadores o por la salvación del ánima más abandonada en el Purgatorio?

Había otras cartas a las que Penney quería contestar aquella mañana; pero le importunaron con tantas interrupciones, que, no encontrándose suficientemente concentrado, decidió dejarlas para el día siguiente, en el que, sin dar siquiera un vistazo al periódico, se sentó a la mesa y escribió a su madre:

«Recibí ayer tu carta. Me figuro lo duro que habrá sido para ti darme esas noticias; pero lo mejor es enfrentarse con los hechos. No sé qué decirte que hagas. En mi carta al abogado le indiqué algunas cosas

que podía intentar, aunque supongo que me contestará que ya las habían hecho. Y ¿cómo voy a saber si de verdad las han hecho o no? Todo cuanto puedo decirte, querida madre, es que tú has hecho cuanto has podido de la mejor manera y que debemos dejar que Dios haga lo demás.

Hoy he sabido de las Hermanas. Me cuentan la visita. Estoy contentísimo de que hayas podido hablar con ellas, pues ello te ayudará mucho. Ya sabes que Sor María Lorenza es cuñada de Austin Price. Le ha pedido tres veces que haga algo por mí, y él ha dicho que le es imposible, y le creo sincero...

Tommie dice que va a ir a verte. Me extraña que no lo haya hecho ya. Le he dicho que vea también a los abogados. Déjala hacer lo que pueda, madre, pues no lo intentará sin tu consentimiento.

Recuerda, madre, que, suceda lo que suceda, estoy preparado. Esto, querida mía, debe servirte de consuelo.»

Terminada esta carta, que juzgaba la más difícil de todas, escribió otras dos para las monjas de Nazaret. En la de Sor Ana Roberta decía:

«Llevar una cruz, en cualquier forma que sea, constituye una prueba especial de amor de Dios. Aunque parezca una contradicción, es absolutamente cierto. Para comprenderlo, basta mirar las vidas de Nuestro Señor, de Nuestra Señora, de San José y de los demás santos. Yo rara vez comprendo las razones de Dios para hacer ciertas cosas, pero mi confianza en su amor permanece firmísima. No quiero poner cara seria; pero digo como San León: «No dar gracias a Dios por todo equivale a censurarle por algo.» Cosa que en manera alguna quisiera hacer.»

A Sor María Lorenza le escribió:

«No se apure, Hermana. Estoy resuelto a reunirme con Dios cuando Él lo disponga. Si logro pensar algo que me pueda favorecer conforme a su ley, lo utilizaré. Si no, permaneceré como un niño pequeño que no siente temores, angustias, ni preocupaciones de pasado o de futuro. Muchas veces, los caminos de Dios me parecieron misteriosos. Ahora estoy seguro de que su proceder podrá parecer extraño y contrario, no sólo a la prudencia humana, sino a la justicia. Sin embargo, nunca he titubeado; nunca dudaré de que su amor y su

sabiduría lo dirigen todo.

José fue vendido por sus envidiosos hermanos, acusado falsamente de un crimen vergonzoso y encerrado en prisión injustamente; pero todos esos sufrimientos fueron los escalones para subir al trono de Egipto. Así, pues, yo también espero contra toda esperanza y me entrego al amor sin límites de mi Padre celestial, con la misma tranquilidad con que un niño permanece en los brazos de su madre en medio de los furores de una tempestad.

Escríbame cuando le sea grato hacerlo, Hermana. Yo seguiré teniéndola presente en mis oraciones. Gracias, una vez más, por todo.

Su hermano en Cristo a la derecha de la Cruz.

P. S.—El Padre Libs me ha traído la Comunión esta mañana; así que acuérdese de dar las gracias a Dios por sus bondades al otorgarme este divino privilegio.»

La lectura de estas líneas iluminó el rostro —habitualmente inexpresivo— de Sor María Lorenza con una sonrisa de gratitud. Elevó sus ojos al Cielo, y exclamó:

— ¡Gracias, Dios mío, por cuanto has hecho y estás haciendo por ese desgraciado!

CAPÍTULO X

REGALOS DE NAVIDAD

La señal más evidente de que un hombre ha encontrado a su Dios y le reconoce como su Padre, es una honrada y completa confesión hecha, no sólo con absoluta contrición de los pecados, sino con una vibrante confianza en el perdón. Una y otra vez, Tom Penney confesó los suyos; pero quizá el mejor ejemplo de su contrición y confianza se encuentre en esta confesión dirigida a una de las Magdalenas de Detroit el 12 de noviembre:

> «Sor Magdalena de Santa Gertrudis: En su última carta me preguntaba si había hecho alguna vez uno de esos dificilísimos rompecabezas de muchas piezas. Al leerlo me pregunté por qué querría usted saberlo. Pues sí, Hermana, hice uno una vez. Compré uno que representaba a das hermosos perros para divertir a dos niños a quienes quería mucho. Pero mientras lo estaba haciendo eché de menos tres o cuatro piezas. ¡Qué visión cuando lo terminé, Hermana! A uno de los perros le faltaba un ojo y el otro no tenía hocico. Me disgustó tanto, que lo quemé.
>
> Ahora usted me pregunta si no se me ha ocurrido alguna vez considerar mi vida como uno de esos rompecabezas. Debo confesarle que me ha dado usted que pensar.
>
> He hecho un gran revoltijo con el rompecabezas de mi vida, desde mi juventud hasta que me convertí al Catolicismo, y, francamente, Hermana, temo haber perdido algunas de sus piezas más importantes. Pero ahora, gracias a su ayuda, voy a ponerlo en orden desde hoy, siguiendo su indicación de que el único procedimiento para resolver el rompecabezas de la vida es dejar que Dios me entregue una por una y día a día las piezas y recibirlas de Su mano valerosa y confiadamente.
>
> Un millón de gracias por su sugestión. Si se le ocurre alguna más, no vacile en decírmela.

Su agradecido hermano a la derecha de la Cruz.

P. S.—Hermana: Acláreme este punto. Dice usted que ahora y siempre vemos algunas piezas perfectamente ajustadas a las otras, y que nos sorprende ver cómo las menos apreciadas han ganado en belleza, añadiendo: «Pero, por regla general, debemos conformarnos con comprender sólo una parte.» Espero su explicación en la próxima carta.»

La antefirma *A la derecha de la Cruz* empezó por entonces a aparecer en todas las cartas de Tom, causando sorpresa a sus corresponsales. En Turner Fiel, Georgia, el rostro pálido del Padre Donnelly se iluminó con una sonrisa, y su rubia cabeza se movió complacida al leer por primera vez.

«Es un nuevo Dimas» —murmuró, pensando en las Magdalenas. Era muy natural que aquellas monjas de clausura dedicadas a la vida contemplativa, hubieran relacionado a Tom con el hombre que murió a la diestra de Jesucristo, y que, no sólo ganó el Cielo con un solo acto de fe, sino que fue canonizado durante su agonía por el propio Cristo, mientras bandadas de pájaros como nieve fundida volaban hacia el Norte abandonando los árboles desnudos.

La carta alentó al fatigado capellán. En la página segunda, Tom hablaba de un misionero que, predicando entre los indios de Oklahoma, preguntó una vez a un niño dónde estaba Jesús, a lo que respondió el indiecito, poniéndose la mano en el corazón: *¡Aquí!* Sorprendido el misionero, repitió la pregunta. Sin la menor vacilación, el indiecito repitió la misma respuesta, con lo que el Padre comprendió la excelente labor que habían realizado las buenas monjas. Aquel niño comprendía una verdad ignorada por muchos que se consideran buenos cristianos. Una verdad que, entre todas las de nuestra santa fe, es quizá la más consoladora, fascinadora y fecunda.

El Padre Jorge sonrió al pensar la conveniencia de que algunas Magdalenas entablaran correspondencia con los jóvenes soldados. Pero en seguida rectificó. No. Eso no era la técnica de Dios. Las cartas de las religiosas contemplativas no serían eficaces con sus bulliciosos reclutas.

El buen sacerdote se hubiera reído de sí mismo por establecer un paralelo entre sus muchachos y el condenado a muerte, de haber conocido esto que Tom acababa de escribir a Sor María Lorenza: «Las Magdalenas me han mandado *La imitación de Cristo,* de Tomás de Kempis. En sus últimos días, Kempis decía: *He buscado el descanso por todas partes, pero*

sólo lo encuentro en un rincón de mi celda con un pequeño libro en la mano. Este libro ha sido una maravillosa fuente de paz para mí, y se lo leo a los demás por la noche, cuando todo está en silencio.»

¡Qué cuadro para el escepticismo religioso de 1942! ¡Cinco hombres encerrados en cinco celdas diferentes de la Casa de la Muerte, en Eddyville, cuatro de ellos escuchando atentamente al quinto, que, en el silencio nocturno, lee en voz alta las páginas del Kempis!

Una noche, una intensa emoción vibró en la voz de Tom al empezar la lectura del capítulo XXIII del libro primero. Penney se dirigía tan directamente a Anderson, que Baxter, Elliot y Trent se sintieron espectadores de algo como un tremendo duelo a muerte entre dos almas.

— *¿Qué aprovecha vivir mucho* —leía solemnemente— *cuando tan poco nos enmendamos? Una larga vida no siempre nos beneficia, sino que muchas veces, por el contrario, nos añade pecados* —hizo una pausa deliberada. Advertía que Bob necesitaba comprender esta verdad, pero no se atrevió a repetirla, pues hubiera sido demasiado evidente su intención—. Pasó por alto los dos párrafos siguientes y continuó *Si morir nos horroriza, es posible que vivir mucho sea más peligroso. Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte ante sus ojos y se prepara cada día para morir*.

Baxter tosió nerviosamente. La clara voz de barítono de Penney siguió leyendo:

— *¡Qué dichoso y prudente es el que vive de la manera que quisiera le hallase Dios en la hora de la muerte!*

Si cualquier otro hubiera intentado leer semejantes cosas a Baxter, éste se hubiese puesto a ver un periódico humorístico o a liar un cigarrillo sin hacerle caso. Sin embargo, ahora escuchaba a Tom, y le gustaba. Lo mismo podía decirse de Elliot y Trent, que oían a Penney como las serpientes a su encantador. Pero Anderson...

La voz de Tom cobró un nuevo acento al leer:

— *¿Quién se acordará de ti y quién rezará por ti cuando hayas muerto? Haz ahora lo que pudieres... Ahora que tienes tiempo, atesora riquezas inmortales... No pienses más que en tu salvación, y ocúpate solamente de las cosas de Dios... Dirígele a diario tus oraciones, tus lágrimas y tus suspiros para que, cuando mueras, tu alma merezca entrar en la paz de Nuestro Señor...* ¿No es hermoso esto, Bob?

— ¡Psch!... Es un buen sermón. Pero basta por esta noche, Tom.

Ahora voy a rezar el Rosario con el que me regaló Sor Ana Roberta. Cuando le escribas, dile que hago un buen uso de él.

— ¿Por qué no se lo dices tú mismo?

—Yo no tengo tu facilidad de pluma... Me cuesta trabajo escribir. ¿Cuántas cartas has escrito hoy?

—Sólo ocho.

— ¡Sólo ocho! —exclamó Trent—. ¡Más de las que yo escribo en un mes!... Y ¿de dónde has sacado ese libro, que nos has estado leyendo?

—Las Magdalenas de Detroit me lo han enviado con algunos otros desde Nueva York.

— ¡Pardiez! Esas monjas siempre te están mandando cosas... ¿No es verdad?

Tom no supo al punto qué contestar al advertir un ribete de envidia e indignación, algo como una acusación, y una condena en la voz de su joven compañero de presidio. Al fin logró decir:

—Nadie mejor que yo sabe lo poco que merezco sus atenciones.

—Pero ¿cómo demonios te las arreglas para que te hagan tantos regalos?

—Esa es una pregunta muy profunda, Herb, y voy a darte una respuesta también profunda: Yo no *me las arreglo* de ninguna manera. No podría. Por lo que veo Dios se interesó por mí en Lexington, y desde entonces sigue mostrando su interés. Parece que quiere jugar un partido conmigo, pero poniéndolo El todo: desde la pelota, el bate y los guantes, hasta el campo, las tribunas y los porteros.

— ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Elliot.

—El día que llegué a mi pueblo convertido en un criminal confeso, dos monjitas de Nazaret y un sacerdote compinchado con ellas irrumpieron en mi vida sin que yo se lo pidiera. Desde entonces, todo cambió dentro y fuera de mí, incluso mi manera de pensar y de hablar. El sacerdote se marchó a la guerra, y Dios me envió otro magnífico piloto celestial. Este indujo a las Magdalenas a que me adoptaran como hermano y me escribieran sobre las cosas que no se encuentran en los libros. Son para mí como un instrumento maravilloso que me ilustra, me sostiene, me ayuda y me hace ver claro. Y, además, rezan para que cuando muera pueda atravesar las nubes.

—Pero ¿cómo has conseguido todo eso de ellas... o de Dios? —

preguntó Elliot.

—No lo sé. Todo es un puro regalo de Dios.

—No te lo creo —dijo Trent con un gruñido—. Pero, desde luego, eso sí, eres un tío con suerte y diferente a los demás. Esto lo noté en el mismo momento en que pisé este antro infernal. Y también es verdad que no has hecho ningún mal a tus compañeros.

Trent podía haber añadido que Penney había cambiado muchas cosas en aquel antro infernal, haciéndolo mucho menos antro y mucho menos infernal para todos ellos. La fuente secreta de su poder la explicaba Tom en esta carta a Sor Ana Roberta:

> «En estos meses últimos he visto algunas cosas mucho más a fondo. Y ¡qué diferencia entenderlas con toda claridad! Dios es un amante celosísimo y nos conserva en la ignorancia en tanto que no ocupa el primer puesto en nuestro corazón. ¡Oh, cuántas, cuántas cosas he aprendido en un año! Me compadezco de mí mismo cuando pienso toda la verdadera felicidad que antes no echaba de menos. Ahora comprendo por qué mucha gente se ríe al morir. ¿Por qué no? Morir no importa cuando se ama a Dios.»

Unas dos semanas más tarde. Sor Manía Lorenza acudió al despacho de la siempre atareada directora de enfermeras, y con un trémulo de angustia en la voz le pidió que releyese las cinco o seis últimas cartas de Eddyville, para ver si encontraba en ellas algo que indicase una crisis en la vida de Penney.

Era una petición extraña; pero en respuesta a sus preguntas, Sor Ana Roberta sólo obtuvo de su vieja compañera esta contestación:

—Búsquelas en seguida.

Sólo ya casi de noche, Sor Ana Roberto pudo releer aquellas cartas. La primera era del día de Acción de Gracias, y en ella aparecía un Tom malhumorado. Después de describir la buena comida que le habían servido y decir que había pasado la mayor parte del día leyendo, *pero sin dejar de dar gracias a Dios por los mil y un motivos de gratitud que le daba continuamente,* aseguraba a la monja que no moriría el día primero de año, pues acababa de leer en un periódico que su abogado había presentado una petición de nuevo proceso.

Nada alarmante, pues, contenía aquella carta, en la que asimismo decía haber recibido de las Magdalenas una *Guía de almas perdidas,* acerca de la

cual prometía hablarle en su próxima carta.

Pero no lo hizo. Las dos cartas siguientes le mostraban radiante y ligeramente excitado a causa de la encuesta bíblica en la que participaba, a su juicio, con éxito. Su sola preocupación era que ya no estaría en este mundo cuando la encuesta acabase.

También en cada una de ellas hablaba de la Sagrada Comunión, terminando con esta súplica que llenó de lágrimas los claros ojos de la monja: *Lléveme con usted a la Comunión, Hermana. Ese será el mejor regalo de Pascuas para mí*.

La última carta había llegado aquella mañana. Sor Ana Roberta volvió a leerla. Cuando la acabó, movió su cabeza, cubierta con la gran toca blanquísima almidonada, haciendo un gesto enérgico.

— ¿Qué crisis?—murmuró, incisiva y casi desdeñosa.

Ese desdén estaba justificado, puesto que Tom decía:

> «El día de Nochebuena estaré levantado hasta la medianoche para decir: «Niño Jesús queridísimo, entra en mi corazón, pues tu dulce Madre lo ha preparado y calentado para recibirte. Entra, que te amaré siempre y para siempre.»
>
> Estas palabras se parecen a las de mi Comunión Espiritual, que creo no le he dicho nunca, en la que rezo, «Querido Jesús, abandonado en este día por tantos crueles corazones, ven a mi corazón que tu Purísima Madre virginal ha preparado para que te ame eternamente.»

La indignación y el desdén de Sor Ana Roberta se desvanecieron a la mañana siguiente, cuando Sor María Lorenza, después de escucharle pacientemente el relato de sus descubrimientos, le preguntó, un poco agresiva:

—Y ¿no menciona a Bob Anderson en ninguna de esas cartas?

— ¡Noooo!

—Pues en las mías sí, y eso es lo que me preocupa. No veo en los periódicos nada referente a una nueva apelación de Anderson. Sus abogados son mucho más hábiles que los que pueden pagar los pobres Tom o Baxter. Tan intrigada estaba por ese extraño silencio, que no pude por menos de preguntarle a Tom. Su respuesta me ha desconcertado.

— ¿Qué le ha dicho?

—Lea esto —contestó la anciana monja, señalando unos renglones de

su última carta.

Sor Ana Roberta cogió el papel con viva curiosidad, y leyó:

> «Me pregunta usted por Anderson. En efecto, Hermana. Anderson no ha apelado de nuevo. Sin embargo, irá a la silla el primero de año, y quizá no vaya nunca. Pida a Dios que me dé sus luces, Hermana.»

— ¿Qué significan esas palabras?

—Eso es lo que quisiera yo saber —respondió Sor María Lorenza con el rostro muy serio—. Tom es demasiado listo para decirlo claramente. Pero hay alguna maniobra oculta con el fin de ayudar a Anderson. Conozco bastante bien a Penney para no comprender que se trata de hacer algo que no es bueno para él, y él lo sabe. Abra usted bien los ojos, Hermana, y vea todo lo que los periódicos digan acerca de Anderson. Yo, francamente, estoy nerviosa. Tengo miedo de que esos abogados puedan jugar una mala Pasada a Tom.

— ¿Qué se figura?

—No sé... Anderson debía morir el 1 de enero si sus abogados no apelaban. No hay posibilidad de indulto. Me consta, por haberlo preguntado. Y, sin embargo, Tom está seguro de que a Bob no le matarán ese día. Esto ya es bastante raro; pero, además, añade que, probablemente, no le matarán nunca. Esta afirmación de un hombre como Tom es demasiado fuerte. Créame, algo raro ocurre.

La vieja y discreta monja habría estado mucho más nerviosa todavía si hubiera podido leer la carta que Tom escribía en aquellos momentos al Padre Donnelly:

> «Parece ser que no voy a morir todavía, Padre. Mis abogados han presentado un escrito pidiendo una revisión. No sé si reírme o protestar. No sé qué ventajas puede haber en prolongar mi agonía y en retrasar el descanso final. Es muy posible que Dios no esté satisfecho de mí y desee someterme a más severas pruebas. De todos modos, concédame una atención especial en sus misas y en sus oraciones. Yo voy a intentar hacer algo, Padre. No sé qué éxito tendré. Pero nadie intenta algo sin riesgo. Yo no quisiera que el aplazamiento de mi sentencia retrasara su visita. Necesito verle, Padre.
>
> Bob ha tenido una hermosa carta de su amiga Sor Adelaida. Está

tratando de interpretar las Escrituras, pero tropieza con terribles dificultades, Yo le digo que si leerlas le causa tantas dudas, debe abandonar la lectura. Quizá me equivoque, pero me parece que primero debemos conocer o Dios, o, por lo menos, desear conocerle, amarle, obedecer su adorable voluntad y no dudar. Con ello podremos entender mejor los sagrados textos.»

El Padre Donnelly no podía sospechar qué era lo que iba a intentar Tom. De haberlo imaginado, habría molestado la atención de sus jefes con insistentes súplicas e inoportunas peticiones, a pesar de que poco antes le denegaron un breve permiso para volar hasta Paducah y trasladarse desde allí a Eddyville para hablar unas horas con el preso.

En otra carta del 16 de diciembre, Tom llenó toda una página hablando de sus experiencias religiosas. Después de admitir que había andado en malos pasos y reconocer haber vivido negros días y noches, añadía:

«Pero, Padre, ahora puedo decir verdaderamente que ha sido una gran ventaja todo esto, mucho más que si no hubiese dudado un momento. Ahora conozco demasiado bien todo lo indigno que soy y también decir lo hermoso que es cada minuto de mi vida de católico. Tuve y tengo todavía mucho que aprender. A veces les envidio a usted y a cuantos como usted se han criado desde la infancia en el seno de la Religión Católica, aunque también me pregunto si sus almas habrán experimentado alguna vez el arrebato que inflama a un converso al descubrir de pronto el esplendor de la Gloria del Padre Eterno. Y entonces yo no les envidio, Padre.

Supongo que nunca recibirá noticias de Kentucky. Bob debe dejar este mundo el 1 de enero. Sin embargo, no creo que lo haga. Mi fecha y la de Baxter ha sido señalada para el 22 de enero. Esta segunda vez no pierden tiempo en despachar nuestras causas.

Me gustaría decirle muchas cosas, Padre... Toda mi alma se ha transformado. He escrito una pequeña autobiografía para nuestras buenas amigas las monjas. A ellas les alegrará mucho sacar una copia para usted si no lo he visto antes de mi muerte. Pero no desconfío de verlo...

Bob se está volviendo muy fino. Sor Adelaida le ha escrito. Dios la bendiga. Ha conseguido mucho más en dos cartas que yo con todos mis pobres esfuerzos, lo cual es bastante lógico.

Adiós por hoy, Padre, y que Dios le bendiga.»

Si el joven capellán castrense hubiera continuado con su primitivo plan de intercambiar con las monjas las cartas del preso, la prudente Sor María Lorenza habría visto que sus temores por Tom Penney tenían sólido fundamento. Su fértil imaginación empezaba a dar vida a algo gestado lentamente.

De haber podido leer por encima del hombro de Tom cuando leía el libro que Sor Magdalena de Santa Isabel le había enviado, habría visto a Satán realizando uno de sus más sutiles trabajos. Apareciéndose al condenado a muerte como un ángel de luz, le alucinaba con una astucia que dejaba pequeñas a las utilizadas en el Paraíso terrenal.

Tom Penney estaba inclinado sobre la *Guía de almas perdidas*. Después de devorada la doctrina contenida en sus páginas con la avidez de un hambriento, subrayó con un enérgico trazo de lápiz esta frase: «Algunos seres excepcionales se consagran como víctimas a Dios por los demás, esto es, se ofrecen a Él para sufrir por los culpables.» Se interrumpió, y miró a través de su reja hacia la celda en que Bob Anderson permanecía tumbado en su camastro. Sus ojos se entornaron mientras se clavaban pensativos a lo lejos. Con un rápido y casi imperceptible movimiento afirmativo de cabeza, agarró otra vez el lápiz y siguió subrayando frase tras frase. Se inclinó más aún para releer lo subrayado, que verdaderamente era una extraña lectura para un hombre en su situación: «Así como la Hostia presta su forma externa a Jesucristo, estos seres se entregan a El enteramente. Nuestro Señor no puede consentir mucho tiempo que le ofrezcan sus corazones, sus almas y sus cuerpos para los mismos sufrimientos que El desea ofrecer a su Padre celestial para la mayor gloria de la Santísima Trinidad y para el cumplimiento de los divinos designios, especialmente la redención de los pecados.»

Tom trazó otra raya más debajo de este largo párrafo, y siguió leyendo:

De este modo estas víctimas voluntarias realizan en sí mismas lo que dice San Pablo: Que ahora me gozo en mis sentimientos por vosotros y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia (Col., 1, 24).

Esas almas podían exclamar con el mismo Apóstol: Porque deseara yo mismo ser apartado de Cristo por mis hermanos los que son mis parientes según la carne (Rom., 9, 3).

Otro subrayado adicional marcó esta última frase.

Una sonrisa se extendió lentamente por el rostro lleno de cicatrices del prisionero mientras leía: *Con un espíritu de autosacrificio, estas almas víctimas consiguen una perfecta identidad con Nuestro Redentor, que fue inmolado como Víctima propiciatoria, no por sus pecados, sino por los pecados ajenos*. Sus puños se apretaron al leer las líneas siguientes: *Muy a menudo, estos seres ofrecen su vida por la conversión de un pecador determinado*. Un ¡ah! triunfal se escapó de sus labios cuando leyó: *La belleza y sublimidad del autosacrificio por los otros la describe así un ilustre autor: Una generación voluptuosa y sensual contempla el raro espectáculo de estos espíritus puros, cuya sola felicidad y cuyo solo deseo y afán en la vida consisten en ofrecerse a sí mismos por las pobres criaturas*.

— ¿Qué estás rumiando, Penney?... Has hecho un ruido como si tuvieras hormigas en el resuello.

—Mejor que eso, Bob. ¡Mucho mejor que eso!

— ¿Qué es entonces?... ¿Has conseguido el indulto del gobernador?

—No, pero he conseguida otra cosa... Bueno, aún no sé exactamente qué es lo que he conseguido... Voy a darte una sorpresa. Tal vez (fíjate bien que digo «tal vez»), tal vez pueda hacer de Santa Claus este año para ti.

Anderson se sentó en la cama dando un silbido.

— ¡Ya sabía yo que me traerías las nueces antes de salir de aquí! ¿Cuándo empiezas tus compras de Navidad?

—Pronto, según mi calendario. Pero ahora no me molestes durante veinte minutos. Voy a hacer una de esas compras que acabas de mencionar.

La casi imperturbable alegría de Penney había inquietado a Anderson todos aquellos meses. De una manera vaga lo atribuía a la Religión; pero como Dios no constituía la suprema razón de su existencia como para Penney, no lograba entender plenamente la actitud de su compañero en la Casa de la Muerte.

Anderson sabía que su alto y esbelto amigo sentía un vivo afecto hacia él, así como que ardía en deseos de transmitirle la paz espiritual de que gozaba desde el día que se bautizó. Semana tras semana al principio y luego diariamente, le discutía y suplicaba, e incluso rezaba en voz alta para que Dios concediese a su amigo el don de la fe. El afán del ex carpintero, mayor que el de un hermano pequeño, resultaba incomprensible para Bob. ¿Por qué había dado Penney aquel grito? ¿Por un remordimiento? ¿Acaso por tristeza? ¿Estaría arrepentido del testimonio condenatorio que dio en

Lexington? De ser así, debía aprovechar sin pérdida de tiempo ese arrepentimiento en beneficio propio. Tenía, pues, que aclarar lo que había querido decir Tom al hablar de que iba a hacer de Santa Claus.

— ¡Tom!—gritó.

— ¡Déjame ahora, Bob, que estoy ocupado! Yo te llamaré dentro de veinte minutos.

— ¡Vete al infierno con tus ocupaciones!

—No pienso ir nunca, y estoy rezando para que tú tampoco vayas.

Soltando un taco en voz baja, Anderson volvió a su camastro, ilusionado por el tono de cálida amistad que bañaba la voz de Penney. Una secreta esperanza alentó en el fondo de su alma. En las palabras de Penney había algo extraño que llenaba de aliento al subconsciente de Anderson. Sonrió satisfecho, y se volvió hacia la pared entornando los ojos.

De haber podido leer la carta que Tom se había puesto a escribir, su confianza sería mucho mayor. En efecto, Tom contaba al Padre Eugenio que las Magdalenas de Detroit le habían mandado la *Guía de almas perdidas,* y añadía:

> «Me gustaría mucho ser un alma sacrificada: pero ¿qué puede hacer un hombre en mi situación para alcanzar ese privilegio? Ya sé que podría preguntárselo al Padre Libs, mi confesor; pero no le veo desde hace dos semanas, y apenas podré hablarle si viene a traerme la Comunión, como deseo.
>
> Padre, no quiero ofender a nadie. El Padre Libs es un buen sacerdote y un muchacho magnífico, pero no tiene tiempo para prestar mucha atención a los que estamos aquí.»

Esta observación hizo al Padre Eugenio buscar en su archivo la primera carta que recibió del Padre Brian hablándole de Eddyville y de sus hombres, de la cual releyó este párrafo:

> «Estuve ayer por la mañana (1 de septiembre) en la Casa de la Muerte, y sostuve una conversación con Tom Penney, un muchacho muy fino. El Padre Libs tiene la misma opinión sobre él. Permítame decirle entre paréntesis que resulta muy difícil —si no moralmente imposible— que Libs visite el penal con más frecuencia, pues tiene a su cargo aquí, en Paducah, dos parroquias, en las que desarrolla una gran labor, mientras que aquí, en Eddyville, sólo hay setenta

católicos.»

En vista de esta carta, el Padre Eugenio contestó a Tom explicándole lo más completa y claramente que pudo la situación del capellán para justificar sus ausencias. Fue una buena idea. Pero habría sido mejor aún preguntar al preso el porqué de sus deseos de sacrificarse, ya que ésta era la añagaza de que el demonio se valía para tentarle: una añagaza que hacía arrugar el entrecejo de Tom.

A mediados de diciembre, una carta de Sor Magdalena de Santa Gertrudis disipó aquella arruga, e hizo escribir al ex carpintero:

> «Muchas, muchas gracias por su respuesta a la posdata de mi última carta. Ahora veo lo que quería decir al preguntarme por el rompecabezas de mi vida. Estoy conforme en que ningún cuadro sería maravillosamente bello si sólo se emplearan para pintarlo colores brillantes. También los mates y oscuros son necesarios. Hasta ahora yo estaba cubierto de sombras, Hermana; pero al tomarlas como procedentes de Dios, las voy colocando en el lugar que le corresponde, pues deseo que el cuadro del rompecabezas de mi vida sea perfecto cuando el Divino Artista se digne mirarlo después de haber colocado la última pieza, lo que, probablemente, ocurrirá en la madrugada del 22 de enero. Por favor, Hermana, recuerde esta fecha, y téngame presente en sus oraciones. Agradezco mucho a la Madre que haya permitido a usted contestarme tan pronto, y espero recibir alguna carta más antes de mi partida.
>
> Hasta que nos reunamos en el Cielo, pido a Dios que la bendiga por todo su cariño, que tantos ánimos me da.
>
> Su hermano en la derecha de la Santa Cruz.»

Mientras firmaba con su nombre, adivinó lo que estaba pensando: ofrecerse como víctima propiciatoria y por quién hacer el sacrificio. Con esta seguridad, escribió otra larga carta a las cuarenta y nueve Magdalenas de Detroit y a la Madre, a quien acababan de comunicar que tenía que ir a Louisville. Después de cuatro páginas de mensajes personales para cada una, terminaba:

> «Ahora, mi querida Hermana Magdalena de la Compasión, Dios está aquí, en Kentcky. Y si las cosas no fueran bien para nuestra querida Madre María del Dulce Nombre el eco de nuestra pesadumbre

perturbaría la paz del reino de los Cielos. Hágame saber su llegada. Tengo un amigo queridísimo que algunas veces visita el convento del Buen Pastor: es el Padre Eugenio, C. P., del Refugio del Sagrado Corazón, de Newburg Road, Louisville. Así podré oír a la Madre a través de él. Es un verdadera santo, al que quiero como a un padre, y acaba de obtener permiso para visitarme y administrarme los Sacramentos. Es de esperar que los acontecimientos se desarrollen rápidamente.»

— ¿Está usted aquí? —gritó Penney, mientras entregaba su carta al capitán Rankin—. ¡Qué alegría van a tener muchos en las próximas Pascuas!

—Es usted un buen muchacho, Tom—contestó el oficial, que había llegado a respetar a aquel preso alto y con la cara llena de cicatrices, cuya única ambición parecía ser la de hacer felices a los demás.

Mientras el capitán salía de la Galería de la Muerte con la correspondencia de los presos, Trent gritó:

— ¿Cómo demonios vamos a estar alegres en estas Pascuas?

—Porque Penney se va a poner barbas blancas y túnica colorada —dijo Anderson.

—Me faltan el trineo y los renos.

—No los necesitas, ni siquiera la túnica y las barbas —bromeó Trent—. Eres Santa Claus, incluso sin la panza...

Baxter, que se había despertado con la conversación, empezó a cantar con voz desafinada y atiplada:

— ¡Tin-tin las campanas! ¡Tin-tin las campanitas!

— ¡Por amor de Dios, cállate Skeeter! —gruñó Anderson muy nervioso por aquella conversación sobre las Navidades—. Salta, baila, toca la armónica o el arpa si te da la gana, pero no berrees.

— ¿No aprecias mi voz de tenor lírico?

—La detesto, y por eso te pido que te la tragues.

—Deja al chico que haga lo que quiera —terció Elliot—. Sólo le queda un mes de vida y las Navidades están cerca.

— ¿Y a mí qué me importan las Navidades?

Penney se acercó a los barrotes que separaban las dos celdas, y dijo suavemente:

—Deben importarte más que todas las de tu vida, Bob.

— ¿Por qué?

—Una vez me dijiste que te harías católico si yo conseguía salvar tu vida.

—Bueno, ¿y qué?

—Si yo hago de Santa Claus ahora...

— ¿Qué quieres decir?

—De sobra lo sabes.

— ¿Es que tú acaso...?

—Quiero decir que no irás al *asiento caliente* el día primero de año..., y que quizá no vayas nunca.

La boca de Anderson se quedó sin habla y con su lengua humedeció sus labios resecos.

—Puedes decir a tus abogados —continuó Tom— que este año Santa Claus ha llegado muy pronto a Eddyville.

— ¡Tom! —murmuró Anderson—. ¿Quieres decir que estás dispuesto a...?

—Sí, hombre, sí; no te quedes con esa cara de caballo espantado — dijo Penney, echándose a reír.

— ¡Dios mío, Tom! —susurró otra vez Anderson, pasándose una mano temblorosa por la frente, llena de sudor—. Entonces... Si tú... ¿Puedo decir de verdad a Nicholson que tú...?

—Claro que sí. Y debes darte prisa, pues su excelencia el gobernador se irá a pasar las fiestas fuera de la ciudad...

— ¡Cristo! —exclamó Anderson, temblando de emoción en su silla.

Penney dejó transcurrir unos instantes, tras de los cuales, elevando su voz del susurro empleado hasta entonces, dijo:

— ¡Felices Pascuas, Bob, y felicísimo Año Nuevo!

—Penney, Penney —gritó Anderson con voz ronca—, no te burles de mí. ¡Por los clavos de Cristo, no te burles de mí!... ¿De verdad quieres decir que dirás lo de Stewart?...

— ¿No te ha deseado un feliz Año Nuevo?... ¡Pues utiliza tu cabeza, que yo voy a utilizar mi mano! Dentro de poco, el alcaide, Buchanam, tendrá en su poder un documento que hará retroceder la rueda de la Justicia.

— ¡Oh, Dios, Dios! —sollozó Anderson, escondiendo la cara entre las

manos.

Antes de empezar el escrito cuyas consecuencias habrían de absorberle durante varios días, Penney decidió despachar sus felicitaciones de Pascua, y escribió a su madre:

> «Yo pasaré unas Pascuas muy felices si sé que tú estás tranquila. Tengo una pesada tarea ante mí. He pedido a Dios me conceda discernimiento para poder obrar prudentemente y sin el menor motivo personal. Si logro repartir un poco de alegría entre algunos corazones que sufren, sé que me comprenderás. Diariamente ofrezco a Dios mis sufrimientos, trabajos y plegarias... Y acepto todo cuanto quiera enviarme...»

Cuando acabó de leer estas líneas, la señora Penney no comprendió exactamente cuáles eran aquellos corazones que sufren entre los que su hijo quería repartir un poco de alegría. Sólo el 29 de diciembre, cuando sus ojos cayeron sobre los llamativos titulares del periódico matinal, se le aclaró el misterio de la carta de su hijo. Los gruesos y negros caracteres decían que Tom Penney había exculpado a Bob Anderson, en vista de lo cual se acababa de dictar un auto aplazando la ejecución del hombre condenado a morir el 1 de enero.

CAPÍTULO XI

LIBERTADO DE LAS GARRAS DEL DEMONIO

Aquellos titulares no sorprendieron a S. Rush Nicholson y Frank Cahill Jr., los dos tenaces abogados de Anderson, pues el segundo había estado en Eddyville pocos días después que Penney decidiera hacer de Santa Claus. Lo que, una vez de vuelta en Louisville refirió a su colega, indujo a ambos a buscar un procedimiento adecuado para utilizarlo en provecho de su cliente. Aunque merced a un escrito *en aportación de nuevas pruebas* obtuvieron del gobernador Keen Johnson el aplazamiento de la ejecución de la sentencia, sabían que el espíritu de las leyes de la República era bastante inflexible. Habiendo denegado ya un nuevo proceso, el Tribunal de distrito podía negarse a aceptar dicho alegato, en cuyo caso habrían de acudir a los Tribunales federales. Una declaración de *habeas corpus* sería, pues, lo más conveniente; pero para obtenerla era menester depositar una fuerte fianza, y los recursos de Anderson estaban muy disminuidos.

La satisfacción sentida al conocer la decisión de Penney y el júbilo subsiguiente al pensar que podrían llevar a cabo la maniobra preparada hacía tanto tiempo, se teñían de desesperación al buscar con avidez en los libros algunos precedentes. El tono adoptado por los periodistas les incitaba a la máxima actividad, ya que los artículos que figuraban bajo los grandes titulares de los diarios de Lexington y de Louisville rezumaban recelo y escepticismo.

Cahill dijo a Nicholson que, a juzgar por las preguntas que Tom le formuló durante su reciente entrevista, parecía decidido a declarar todo cuanto ellos esperaban desde septiembre de 1941. Tom quería librar completamente a Anderson acusando al difunto Buford Stewart, justificando sus declaraciones en los procesos de Lexington como una venganza personal de las ofensas recibidas anteriormente de Bob. El momento culminante de esta revelación sería aquel en que Tom confesara que su cínica acusación ante la Policía de Lexington contra el propietario del Club nocturno de Louisville había sido una falsedad.

Cuando Nicholson oyó a Cahill contarle que Penney había escrito cerca de un centenar de páginas sin mencionar un solo nombre nuevo, excepto el de Stewart, no pudo por menos de manifestar tanto su admiración por la habilidad del criminal como su estupor ante semejante actitud, ya que, a su juicio, semejante confesión no podía perjudicar a nadie más que al propio deponente. Cahill, al intentar explicárselo, no logró otra cosa que aumentar el estupor de su colega al decirle que lo más increíble de todo era que Tom hacía aquello, más aún que por salvar la vida de Bob, por salvar el alma de Bob.

Pero, a pesar de aquella confusión el caso era que la postura de Penney les favorecía hasta el punto de descubrir que podía servir perfectamente como base y fundamento de un escrito de *coram nobis*. La práctica forense de Kentucky no les ofrecía precedente alguno, pero no les sería difícil demostrar que ese género de escritos era tan antiguo como los más conocidos de *habeas corpus* —si no más— y que se ajustaba perfectamente al caso. Como el año estaba acabando, se daban cuenta de que su presentación en vísperas de fiestas sentaría muy mal a los jueces Adams, Thomas y Lorraine Mix. Ciertamente, no era la mejor manera de felicitarles el Año Nuevo.

Mientras los dos abogados buscaban en las leyes, el hombre que les había inducido a ello dibujaba con su pluma una florida rúbrica en la última página de su deposición. No había terminado de trazarla, cuando Bob Anderson con voz risueña gritó:

— ¡Enhorabuena, Tom! Otra vez vienes en la primera página del *Correo Diario*,

Penney se levantó y cogió un recorte de periódico a dos columnas.

—Ahí va, Bob, la única primera página que me interesa.

La mano de Bob asomó entre los barrotes. Recogió el pequeño recorte, y leyó:

«NUNCA ES TARDE, TOM

> Tom Penney tiene muchas esperanzas de resultar premiado en la encuesta bíblica de este periódico. Su única pena consiste en que los premios no serán distribuidos lo bastante pronto para recibirlo.
>
> El 21 de diciembre, Tom —que es uno de los más entusiastas competidores de esta encuesta— celebrará el primer aniversario de su admisión en el seno de la Iglesia Católica por el Padre Jorge T.

Donnelly, actualmente capellán del Ejército.

«Sólo quisiera que no fuese demasiado tarde, pues estoy seguro de que podría emplear bien ese dinero» —escribe Tom desde su celda de condenado a muerte en el penal del Estado de Kentucky, donde espera la ejecución en la silla eléctrica.

Pero no será tarde para que Tom pueda ganar un premio, ya que esa ejecución, señalada en un principio para el 1 de enero, será aplazada dos meses, por lo menos, por haber planteado sus abogados una apelación. Para entonces, las premios ya habrán sido repartidos.»

— ¿Cómo has hecho algo para esa encuesta bíblica, tú que siempre nos aconsejas no ocuparnos de la Biblia?... ¿De qué periódico es este recorte?

—Del *Register*, de Denver.

— ¿Y esperas ganar mucho dinero?

—Me parece que ninguno. Contesté todas las preguntas; pero Rankin estaba muy ocupado, y no pudo censurar a tiempo mis cartas. Pero ya he ganado algo.

— ¿El qué?

—Amigos en todo el país. Buenos amigos católicos. ¿Has visto últimamente mi correspondencia?

—Sí, un verdadero montón.

—Veinte o treinta cartas diarias, y cada una llena de magníficos deseos.

— ¡No sé qué pueden desearte en tu situación!

—El Cielo, Bob. Para ellos y para mí es lo mejor que se puede desear. Todos ellas rezan por mí y oyen misas por mí. Un alma generosa encargó al Padre Brian..., ¿le recuerdas?

—Sí.

—Pues un alma generosa le encargó cantar una misa solemne por mí el día 22. Otra me ha incluido en seiscientas misas. Más de doscientas se dirán por mí el día de Navidad. ¡Todo eso vale para mí mucho más que el dinero!

—Lo comprendo, si es lo que te gusta... Y ahora, dime...: ¿has terminado mi contestación?

— ¿Tú contestación?

—Sí, hombre... Si has terminado de escribir esas cosas que van a salvar...

Las manazas de Penney agarraron los barrotes que separaban las celdas.

—Bob —dijo con una voz ronca y vibrante—, yo he hecho ya mi parte. Ya has visto los periódicos. Ahora tú puedes ganarlo todo sin perder nada. A mí nada me queda por ganar. Hice lo que hice por salvar tu alma. ¿Qué harás tú por ella? Aunque el Padre Libs no sea como el Padre Jorge o el Padre Brian, puede también bautizarte. ¡Hazlo pronto, Bob! ¡Sé bueno para ti mismo!... ¡Sé cuerdo, y no hagas el tonto!...

—Bueno, bueno, señor cura, ¡déjeme andar a mi paso! Ya te dije en qué condiciones me haría católico.

—El tiempo pasa volando, Bob. Se ha señalado para mi muerte la fecha del 22 de enero, o sea que falta menos de un mes. Tú no morirás el mismo día, precisamente por lo que he escrito. Pero, por amor de Dios...

—Ahora, señor predicador, deje al señor Anderson que se ocupe del señor Anderson. Si cuanto has hecho le sirve de algo, él tendrá muy buen cuidado de él, te lo aseguro.

La gran cicatriz en la mejilla izquierda de Penney brilló tan lívida como su dentadura. Sus nudillos también estaban blancos a causa de la violencia con que sus manos asían los barrotes. ¡Cómo le hubiera gustado alargarlas a través de la reja, agarrar a su rechoncho compañero por los hombros y zarandearle para quitarle aquella petulante complacencia en sí mismo! Sabía que sus ojos flameaban mientras se clavaban sobre aquel hombre burlón y cínico. Y, no obstante, aunque su sangre hervía, sintió una oleada de compasión que barrió su cólera. Aflojó las manos, que oprimían los barrotes. Lo mejor sería rezar. Sólo el Cielo podría convencer a Bob Anderson.

—Está bien, Bob —dijo con toda calma—. Yo he hecho cuanto estaba en mi mano hacer, y espero (y rezaré por ello) que el señor Anderson se ocupe con todo cuidado del señor Anderson.

Durante los días siguientes, Tom Penney se mantuvo extraordinariamente tranquilo. La decisión que había tomado le preocupaba tan sólo por la reacción que pudiera causar en sus amigos la enorme publicidad que se le daba en la prensa. Adivinaba que debería darles alguna explicación y no sabía cómo hacerlo... ¡Sí! Les pediría confiar en él y esperar una última aclaración. Tomada esta determinación, se sentó a la

mesa y escribió a Sor María Lorenza:

> «Seguramente habrá usted leído los periódicos. Sus insinuaciones e intimaciones me tienen bastante disgustado. Por favor, Hermana, no piense demasiado mal de mí, y crea tan sólo la mitad de lo que los periódicos escriben. Puede estar segura que nadie sufrirá por haber tomado una decisión lo que yo estoy sufriendo. Pero explicárselo ahora sería muy complicado, Hermana. Sólo quiero que confíe usted en mí, y pida a Nuestro Padre celestial que me guíe para que no pueda equivocarme...
>
> Hermana: Mi madre desea saber lo que yo quiero que se haga con mi cuerpo. Sin preguntar claramente, he adivinado su intención, pero no puedo contestarla. Ignoro hasta qué punto queda carbonizado un cuerpo electrocutado. No quisiera que la pobre me viese desfigurado, por lo cual mi deseo es ser enterrado lo más pronto posible. Quizá usted encuentre una manera de decírselo. Yo, por lo pronto, le digo que se lo pregunte a usted. Verdaderamente, Hermana: no sé cómo me las arreglaría si no las tuviera a ustedes.
>
> Sí, Hermana, voy a pedir que venga el Padre Donnelly y así se lo he dicho a él.
>
> Debe usted rogar a mis amigos —es decir, a quienes les interese saberlo— que no me censuren y que tengan en cuenta lo mucho que se exagera en los periódicos. Téngame presente en sus oraciones y escríbame pronto...»

El 4 de enero escribió a Sor Ana Roberta, a quien quizá más que a nadie manifestaba su desasosiego:

> «Estoy francamente contento de que los periódicos no hayan alterado lo más mínimo su confianza en mí. ¡Es tan maravilloso tener amigos que quieran creer en lo poco bueno que hay en nuestra humana maldad!... Permítame asegurarle ahora y siempre que nada alterará mi fe ni disminuirá mi amor a Dios. Algunas cosas son difíciles de entender, Hermana, y, naturalmente dan lugar a muchos comentarios; pero Nuestro Padre celestial, que es todo bondad, no condena donde no existe malicia, y yo solamente estoy pensando en El.»

Después de decir lo mucho que sentía la falta de una oportunidad para recibir la Comunión el día de Navidad, proseguía la carta:

«¡Lo que significaría para nosotros tener aquí, a nuestro lado, a un sacerdote! Yo me he visto obligado muchas veces a tomar por mí mismo decisiones en materias harto complicadas para mis escasas luces espirituales. Pero no creo que Dios se fije en que lo haya hecho, sino en el *porqué* lo haya hecho.

Lo que yo haya hecho, lo que haya hecho todo el género humano, lo que haya hecho toda la Creación y cómo lo haya hecho, no significa nada para Dios, Si El quisiera, dispensaría su total ayuda a sus criaturas, pues la verdadera fuerza capaz de ayudamos y sostenernos sólo procede de su voluntad. Dios podría hacer perfectamente lo que nosotros hacemos de manera imperfecta. Si no lo hace, será porque desea otra cosa...»

Tom tenía conciencia de que todo esto era oscuro y complicado; pero, sintiéndose seguro de sí por sus recientes lecturas, siguió escribiendo:

«Los trabajos que emprendemos y el modo de realizarlos es Dios quien nos los proporciona, y su único afán es que los hombres se los consagremos. Pero Él jamás fuerza la voluntad humana. Siempre deja en las manos de las criaturas la posibilidad de elegir bien o mal, proporcionándoles luces, auxilios y ánimos para llevarlos a cabo. Así, pues, Dios trabaja con nosotros en todo cuanto hacemos. El inicia, acompaña y perfecciona todos nuestros actos, y, a pesar de ello, como quiere que parezcan nuestros, nos deja en libertad de ofrecérselos. Nuestro corazón siempre sigue siendo nuestro, y por ello Dios sufre, e incluso llega a suplicarnos por él. San Agustín decía bellamente que Dios nos otorga unos dones que, en realidad, siguen siendo suyos. Lo cual quiere decir que todo cuanto hacemos es obra de Dios.

Cuando más tarde o más temprano comparezcamos ante El en el juicio supremo, la pregunta que nos haga no será: «¿Qué hiciste?», o «¿Cómo lo hiciste?», sino «¿Por qué lo hiciste?» «¿Sabías exactamente todos tus errores?» »¿Te incorporaste en seguida otra vez después de cada caída?» «¿Era por Mí por quien lo hacías todo?» ¡Ah, Hermana, ése sí que será un momento difícil!

Nunca se da en la vida una tormenta lo bastante furiosa o una oscuridad lo bastante densa para que no podamos estar seguros de agradar a Dios durante ellas si lo deseamos, puesto que sólo el sincero deseo de agradarle ya le agrada. Lo escribo todo esto, Hermana, para que sepa que yo no he hecho nada a ciegas, sino con el propósito

consciente de hacer el bien, y sin la menor intención de hacer mal a nadie. Si Dios me juzga sólo por mis intenciones —cosa que creo firmemente hará—, no tengo el menor miedo...»

Lo mismo que había hecho con otras anteriores, Sor Ana Roberta pasó esta carta a Sor María Lorenza, quien la leyó pensativa, comentando al terminarla:

—Este pobre muchacho no ha logrado todavía la paz de su alma.

Más tranquila y reflexiva, añadió:

—Estoy segura de que sus intenciones han sido bonísimas al hacer lo que ha hecho por Anderson. Pero esta carta indica una absoluta falta de seguridad en sí mismo, verdaderamente terrible cuando sólo le faltan dos semanas para morir. ¡Si al menos el Padre Donnelly pudiera ir a verle!

Como el fuerte de Sor María Lorenza no eran los suspiros ni las lamentaciones, escribió sin pérdida de tiempo una carta, en la que, a juzgar por la respuesta de Tom del 7 de enero, mostraba la máxima agudeza para penetrar en los designios del corazón y de la mente humanos. La carta de Tom decía:

«Recibí hoy su carta, Hermana, y no puede figurarse el bienestar que me ha proporcionado saber que usted comprende las cosas y que los periódicos no han envenenado su pensamiento.

Me alegró mucho recibir sus libros. Me faltaba algo que leer, pero ahora ya lo tengo, aunque no me sobre mucho tiempo, pues estoy muy ocupado. Efectivamente, como usted me ha dicho muchas veces, el demonio nunca duerme. Siempre está actuando, pero yo me creo capaz de desenmascararle por mucho que se disfrace.

He recibido tal cantidad de cartas estos días, que me es materialmente imposible contestarlas todas. Una señora de Minnesota me ha mandado un crucifijo —un crucifijo de perdón del Padre Purcell, de Alabama— que tendré en mis manos en el último momento...

Sí, Hermana; ofreceré todo mi ser a Nuestro Salvador con el mayor amor y en reparación de los muchos pecados que la Humanidad comete a todas horas y que tanto le ofenden. Y en el último instante dedicaré a usted y a todos mis buenos amigos un recuerdo especial. Seguramente Dios no rehusará mis postreras peticiones. Para mí le pediré tan sólo que me juzgue de acuerdo con mis intenciones y me

otorgue su misericordia.

Mañana escribiré al Padre Donnelly, y estoy seguro de que vendrá.

Debo terminar y dormir un rato. Hasta la próxima vez, buenas noches, Hermana. Estoy esperando la autorización del Padre Libs para ofrecerme como víctima propiciatoria, y quisiera que untad tuviese presente esta intención mía...

P. S.—Hermana: Conservo todas sus cartas, excepto dos. ¿Recuerda usted si se las remití a mi madre? No quiero que se destruyan. Sería como destruir el testamento...»

Sin duda, esa posdata le hizo cambiar de pensamiento antes de acostarse. Lleno de un alto espíritu por la carta de la monja, escribió a su madre:

«Sé lo tremendo que será para ti todo esto, y pido a Dios en unión de muchos, muchísimos cristianos, que te dé fortaleza. Y tengo la certidumbre de que lo hará, pues si no te hubiese ayudado todo este tiempo no podrías haber resistido hasta ahora.

Todos mis amigos —que son muy numerosos— me dicen que te asegure que no te olvidarán cuando ya haya desaparecido... Las plegarias de todas estas personas piadosas son inapreciables. Lo sé, porque gracias a ellas he conseguido cosas que de otro modo no hubieran sido posibles.

La próxima vez que vayas al hospital pide a las Hermanas que te lleven a la capilla. Cuando llegues al altar de la Santísima Virgen, ruégale que te conceda valor y ánimo para soportar estos días penosos. Ya verás cómo te los da, pues nadie mejor que Ella puede comprender lo que estás sufriendo... Dale también las gracias por los dulces y amorosos cuidados que me ha prodigado.

Todos, madre, somos sus hijos, lo mismo que del Señor de los Cielos, que es nuestro Padre. La Virgen Santísima es la Madre de Nuestro Salvador crucificado, y, por tanto, la Madre queridísima de todos nosotros, y siempre está dispuesta a ayudarnos a amar a su Hijo. Y a Cristo le gusta que amemos a su Madre, lo mismo que a mí me gusta que te ame todo el mundo...

Con respecto a lo que me preguntabas, yo no puedo mentirte. Ten, pues, confianza en mí, querida mía, y recuerda que no tengo

malas intenciones ni pienso en mí...»

Aunque era ya muy tarde, Tom advirtió que no podría dormirse sin haber contestado una de las cartas del paquete de veintiséis que decía a Sor María Lorenza haber recibido aquella mañana de las Magdalenas. Comenzó con una confesión que se convirtió en un fino cumplido:

> «Cuando me siento desfallecer, tomo unas cuantas cartas de mis Hermanas, las releo, y en seguida desconcierto al demonio y recupero la tranquilidad. Para mí, sus cartas son mucho más confortadoras que algunas lecturas espirituales... A veces llego a envidiar a ustedes por estar tan estrechamente unidas a Dios, aunque me consuelo pensando que quizá yo también estaré muy pronto en su presencia y podré hablarle de ustedes. Eso será, Hermanas, el 22 de enero, sin posible aplazamiento.»

Sin levantar la cabeza, repitió las frases que constantemente acudían a la superficie de su conciencia cuando pensaba en la muerte:

> «Deseo que no lean los periódicos que se han ocupado tan desagradablemente de mí estos últimos días, y supongo hablarán peor en adelante. Pero no me importa mucho lo que el público piense de mí, pues ahora sólo Dios es mi Juez.»

Esta verdad exaltaba su corazón, y el tono más jubiloso movía su pluma:

> «Los días que vienen estaré muy ocupado; pero, no obstante, les escribiré una larga carta antes de marcharme para siempre. Entre tanto, ténganme presente en sus oraciones. Diga a todas mis Hermanas que recuerdo a cada una de ellas a diario. Otra vez, Madre, le repito mi agradecimiento por permitirlas seguir escribiéndome. Dios premie a usted tanta bondad. La Madre María del Dulce Nombre ha permitido también a las Magdalenas de Louisville que me adopten. Todo lo que tendré que hacer cuando llegue al Cielo es suplicar a nuestra Hermana mayor, Santa María magdalena, que me conceda un sayal pardo. Sé que el buen Dimas simpatizará conmigo, ya que también es un ladrón del Cielo.»

Terminaba de la forma habitual:

«Gracias, querida Madre, y acuérdese siempre de su devoto hijo adoptivo a la derecha de la Santa Cruz…»

El enojo de Tom con la publicidad de la prensa tendría en adelante más motivos. El 5 de enero, el periódico matinal aseguraba tener pruebas terminantes de que a la hora en que se cometieron los asesinatos, Buford Stewart estaba trabajando. Esta afirmación suscitó un sinfín de comentarios. Toda la ciudad pensaba que la ley debía tomarlos en consideración. El 11 de enero, el juez Lorrain Mix dictó un acto ordenando un nuevo interrogatorio de los reos. Los procuradores y abogados de Anderson no sólo tomarían declaración a Baxter y a Penney, sino que obtendrían de ellos suficientes argumentos para iniciar un procedimiento de *habeas corpus* o *coram nobis*, o, al menos, un adelanto en el sentido de que la declaración de culpabilidad de Bob debía ser desechada por deberse a un evidente perjurio. Sólo Tom y Baxter advirtieron el parecido de este alegato con el presentado seis meses antes por el abogado de Elliot. Todo parecía trabajar en favor de Bob, y tal vez...

Mucha gente de Lexington y Louisville pensaba que todo aquello sería una verdadera cuña, susceptible de quebrantar la sólida sentencia dictada trece meses antes por el juez Adams, y temía que tal cantidad de ratimagos y argucias técnicas pudiera entorpecer el curso de la justicia y poner en libertad a Bob. Lo que nadie acertaba a suponer eran los motivos de Tom Penney para armar todo aquel tinglado.

El 11 de enero se tomaron las declaraciones en el despacho del director del penal de Eddyville. Pero Jess Buchanam llevaba el asunto con un secreto tan riguroso, que los periódicos de aquella mañana anunciaron que dichas declaraciones tendrían lugar en Louisville el 13 por la mañana. Muchos lectores esperaban con curiosidad los periódicos matutinos del jueves, al enterarse de que iba a celebrarse el interrogatorio, y no se intranquilizaron suponiendo que la declaración de Tom Penney sería sobre poco más o menos una repetición de las de Anderson antes del proceso, más algunas cosas que ya los reporteros habían adivinado astutamente y ciertos hechos divulgados por la Policía. Pero otros, que leían entre líneas, temían que los abogados de Anderson hubiesen tejido una historia habilísima, que sólo con gran destreza y paciencia podría desembrollarse. Tom Penney había explicado ampliamente cada uno de sus pensamientos, palabras y hechos desde el 27 de septiembre de 1941 en su última declaración escrita, y lo peor de todo era que el único hombre que hubiera podido contradecirle estaba muerto. Si en el nuevo interrogatorio insistía Penney en las

afirmaciones de su escrito, los jueces se verían en un aprieto para emitir un fallo.

El periódico del día siguiente puso de manifiesto la audacia de los abogados de Anderson. Hebert Monskey —que era ahora el adjunto de Franc Cahill Jr., por haber sido llamado a filas S. Rush Nicholson— manifestó a los reporteros que aunque la ley decía que los nuevos hechos probados debían ser sometidos al Tribunal que primeramente intervino, el de distrito podía denegar un nuevo proceso y la libertad de Bob. Pero si se hacía tal cosa, ellos estaban dispuestos a acudir al Tribunal de Apelación, e incluso al gobernador, solicitando un nuevo aplazamiento de la ejecución hasta que *la inocencia de su cliente se proclamase por un Tribunal regular*. Monskey añadió que el gobernador, siguiendo precedentes y por razones políticas del Estado de Kentucky, probablemente denegaría el aplazamiento. En este caso, él y Cahill recurrirían al Tribunal federal

A fin de semana resultó evidente que todo ello no era una bravata de los dos abogados. Como esperaba Cahill, el juez Chester D. Adams denegó el aplazamiento de la ejecución de Anderson, basando su decisión en el hecho de que no estaba dentro de la competencia del Tribunal de distrito otorgar semejante gracia. También Adams rechazó la petición de *habeas corpus* de los abogados, pues no podían depositar una fianza de 25.000 dólares ni plantear una demanda de pobreza en nombre de su cliente.

Cahill hizo conocer inmediatamente ambas decisiones al Tribunal de Apelación de Kentucky el 19 de enero, presentando su alegato para un escrito de *coram nobis*. Era un nuevo aspecto que el juez Adams, con gran prudencia se dispuso a tomar en consideración. Con ello terminarían las sesiones ante el Tribunal; pero Cahill asestó un golpe bajo al Estado al manifestar a los periodistas que como la situación planteada era «completamente distinta a cualquier precedente o práctica forense, acudiría a cualquier Tribunal para que concediese un nuevo proceso». Esto era un ataque directo al acusador privado Park, que había calificado a este último episodio de puro y simple bromazo, afirmando que no existía el menor precedente que justificara el *coram nobis,* el *habeas corpus* o la pobreza.

La maniobra siguiente de los abogados de Anderson consistió en intentar obtener todas las huellas dactilares que la Policía de Lexington encontró en el Club de Campo en los días del crimen, alegando que deseaban compararlas con las de Stewart y ver si podían establecer una prueba indiscutible de la presencia del difunto en el Club la noche en que Marion Miley y su madre fueron asesinadas.

Tranquilamente, Guy Maupin echó abajo esta maniobra al anunciar que no se había encontrado huella dactilar alguna de los asesinos de las Miley, por lo cual no se podían cotejar con las de Stewart.

El lunes por la mañana, el juez Adams denegó a Cahill su alegato para el escrito de *coram nobis,* diciendo que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos había decidido que antes de poder admitir un alegato de esta clase, la evidencia del perjurio habría de ser conocida como tal cuando se utilizaba como evidencia.

El martes por la mañana, Cahill acudió ante el Tribunal de Apelación de Kentucky; solicitando una declaración de *error coram nobis,* apelando de todas las decisiones dictadas por Adams e insistiendo en que Bob Anderson se encontraba ahora *encarcelado injusta e ilegalmente y cohibido en el ejercicio de sus libertades por orden de la autoridad del Estado de Kentucky,* ya que la evidencia descubierta en el último minuto —la deposición de Penney— le exculpaba completamente.

La Sala escuchó con gran atención. Los jueces preguntaron, discutieron y entregaron el asunto a la decisión del Tribunal. Cahill apenas podía dar crédito a sus oídos al escuchar que la Sala revocaba las decisiones del juez Adams, dictaba un aplazamiento de la ejecución de Roberto H. Anderson, señalada para el 22 de enero, hasta el 26 de febrero, y ordenaba remitir la causa a Lexington para una nueva diligencia.

No era eso todo lo que el combativo abogado deseaba, pero, desde luego, era más de lo que esperaba. Fue informado claramente de que el Tribunal no revocaba su fallo primitivo ni concedía la celebración de un nuevo proceso de Anderson, sino que se le concedía tan sólo otra diligencia para decidir legalmente si había o no lugar a iniciar un nuevo proceso.

Los jueces explicaron que el derecho consuetudinario de Inglaterra permitía a un hombre, mediante una declaración de *error coram nobis,* elevar su caso hasta el más alto Tribunal del rey, y que este derecho consuetudinario se aplicaba en los países que carecían de estatuto legal para conocer casos similares. A lo que añadieron que aquel antiquísimo procedimiento se aplicaba en algunos casos como el de Anderson, cuando en el último minuto surgía una nueva evidencia que exonerase al reo.

Al llegar a Eddyville, todas estas noticias llenaron de alegría y esperanza a Bob Anderson, quien reía y aplaudía en su estrecha celda, felicitando a Penney por ser más listo que todos los abogados del Estado.

Pero Tom estaba abstraído. Durante semanas permaneció como indeciso entre su preocupación y la de sus amigos. Miraba de frente a la

muerte. Los escasos días que le separaban del estrecho y definitivo abrazo con ella transcurrían con aterradora rapidez, sin adelantar demasiado en un escrito que destinaba a tranquilizar a cuantos habían mostrado interés por él y confianza en su conversión. Aun cuando permanecía horas y horas inclinado sobre su mesa, no lograba escribir ni la mitad de lo que quería. En cambio, si se tomaba un descanso de unos minutos para meditar sobre lo que le aguardaba, se impacientaba por el invariable paso del tiempo, demasiado lento y reposado. Tal paradoja le hacía sonreír al hacerle comprender el tierno corazón que Dios le había concedido. Ardía en deseos de emprender el camino, y estaba tan dispuesto a ello, como recelosos algunos de sus amigos. Los tres que entraron los primeros en su vida desde el día que supo estaba a punto de perderla le preocupaban más que nadie. El 13 de enero escribió a Sor María Lorenza:

> «Me encuentro realmente angustiado frente al misterio que ahora envuelve todas las cosas, y soy incapaz de expresar lo que siento. Si lo hiciera, en algún aspecto aumentaría mis temores: así que, como usted dice, creo que lo mejor es guardar silencio.
>
> Hermana, si le resulta difícil confiar en mí, confíe en la bondad infinita de Dios, que me guía y me alienta por el camino en el que usted con tanta paciencia me inició... Alguna vez comprenderá todo esto, y no creo que tarde mucho. Créame que si lo dejaran a mi elección, seria esta misma noche. Estoy harto de un mundo en el que no se encuentra la paz en ningún sitio.
>
> El Padre Libs vendrá esta mañana, por lo que estoy muy contento. Este último mes sin verle ha durado casi tanto como un año.
>
> Siento mucho, en cambio, no tener la alegría de hablar personalmente con el Padre Eugenio. ¡Sé bien cuánto he perdido!
>
> Aún no sé si el Padre Donnelly estará o no conmigo en el último instante. No he tenido noticias suyas.
>
> Por favor, Hermana, no piense un momento siquiera eso de que ha fracasado en el intento de ayudarme a salvar mi alma. Ignoro lo que los periódicos puedan decir de mí, pues ahora no los leo. No puedo afirmar o negar lo que escriban. Sólo me cabe desear que estén tan ávidos de decir toda la verdad cuando lleguen a conocerla, lo que seguramente será al final. Así, pues, tenga paciencia y recuerde que yo sé bien que mi alma es lo que importa y que la vida material nada significa...»

Pocos días antes de recibir esta carta tranquilizadora, la consternada Sor María Lorenza había leído otra que Tom escribiera precipitadamente el día 11 a Sor Ana Roberta, en la que el preso daba a entender en diversos pasajes que se esforzaba en agradar a Dios, aun cuando en unas líneas del primer párrafo les hizo pensar que aún no estaba seguro de sí mismo al decir:

> «Agradezco sus seguridades de que todo va bien. Pero una vez más le digo, Hermana, que deben confiar en que no perjudico mi alma. Una de las razones de mi afán en ver el Padre Donnelly es precisamente para que ustedes adquieran la certidumbre de que no he desaprovechado sus buenas enseñanzas. Pero dudo mucho que pueda venir a visitarme. Como usted verá por el recorte adjunto, tiene muchas preocupaciones estos días.»

A juicio de la anciana monja, tanta ansiedad era incompatible con un pleno convencimiento.

La Hermana sabía que el Padre Donnelly había sido llamado al lecho de muerte de su padre, pero ignoraba que a su regreso de Georgia se encontró con dos cartas de Eddyville, en la primera de las cuales, y después de darle el pésame por su desgracia, Tom escribía:

> «Ahora tengo que decirle que yo también desapareceré el 22 de enero. He pedido que esté usted a mi lado durante mis últimas horas en este mundo, cosa que vivamente deseo. Ahora casi no me atrevo a insistir en esa petición Pero si no es pedir demasiado y lo puedo arreglar, ¿vendrá usted? Ahora, Padre, tendrá libertad para hacer lo que quiera, y yo comprendo que... En fin, hágamelo saber lo antes posible.
>
> En el momento presente, las cosas siguen su marcha. Ya no hay medio de evitar mi partida, y crea que me alegro de ello. Pero ¡con qué vehemencia he deseado su presencia o la de cualquier rostro amigo! Últimamente todo ha sido muy difícil. Usted sabe cómo llama el demonio a nuestras puertas. Supongo que a la mía seguirá llamando hasta que exhale el último suspiro.
>
> El Padre Libs vendrá pronto... Hasta el último instante pediré a Dios que bendiga a usted. Que Él y su Santísima Madre le consuelen y le protejan siempre, como se lo pido desde lo más hondo del corazón en mis pobres plegarias.

Sinceramente suyo en Nuestro Señor.»

El capellán miró al calendario. Sólo disponía de dos días para hacer sus preparativos. Mientras hacía unos rápidos cálculos mentales, abrió la segunda carta, advirtiendo en el grafismo de Tom un estado de nervios e impaciencia. Llevaba fecha de 16 de enero, y decía:

«Querido Padre: Sólo unos renglones. Pensando en mi última carta, supongo que le disgustaría en lugar de consolarle. Sin embargo, no quería añadir nuevas preocupaciones a su pena. Pero el Padre Libs me aseguró que le agradaría mucho que viniese y compartiría su habitación con usted si se decide a venir antes del miércoles. Le contesté que usted podría tomar algún avión desde ahí. Quizá sea suponer demasiado; pero como hay aeropuerto en Paducah...

Permítame asegurarle otra vez, querido Padre, que si no puede venir o no quiere sufrir el mal rato —cosa que no le reprocharía—, lo comprenderé perfectamente. Sé que usted estará conmigo en espíritu aunque esté a mil millas o aunque estuviera en el fin del mundo.

Pero quizá usted haría mucho más que nadie para salvar el alma de otro hombre que también partirá esa noche. Tiene una gran confianza en usted, y ello significa mucho. El Padre Libs es un curita admirable, y yo pienso de él muchas cosas buenas, pero no ha logrado inspirar ni ganar la confianza de Bob.

El Padre Jorge murmuró:

— ¡Bob! —mientras dejaba correr sus ojos por la posdata, que decía:

«No escriba después del martes, Padre, y si telegrafía hágalo al Padre Libs, parroquia de San Francisco de Sales Paducah.»

Con un estremecimiento miró al Cielo:

— ¡El martes, el martes!—murmuró—. ¡El martes ya habrá muerto!... ¡Pero o consigo estar a su lado o muero en el intento!

Justamente en aquel momento, Sor María Lorenza leía la carta que creía iba a ser la última que recibiera de Tom Penney. Acababa de llegar a continuación de la sensacional noticia de que el Tribunal de Apelación de Kentucky había revocado las decisiones del juez Adams; pero ahora leía que esto no afectaba a la situación de Tom:

«El Padre Libs estuvo aquí el miércoles. Confesé con él y me dio la Sagrada Comunión. Este bendito privilegio la tendré otra vez el jueves por la tarde, a las tres, y después recibiré la Extremaunción, pues el Padre Libs y el Padre Thomp. son estarán aquí. Como sabe, el Padre Thompson es el párroco de la Iglesia de San Francisco de Sales, en Paducah y el Padre Libs, su adjunto. Todavía no sabemos nada del Padre Donnelly ni del Padre Eugenio.»

La Hermana apartó los ojos de la hoja de papel para pedir en una breve oración que el Padre Donnelly pudiera ir a Eddyville. El párrafo siguiente le arrancó un suspiro y esta exclamación: ¡Dios lo quiera!, pues en él decía Tom:

«Tengo la esperanza de que Anderson se bautice el jueves. He puesto todo lo que he podido de mi parte a fin de ganar su alma para Dios. Ayúdeme a conseguirlo con sus plegarias.»

Después de menear la cabeza, la monja siguió leyendo:

«No puedo demostrar mi gratitud, Hermana, por todo su cariño y generosidad. Pero sé que la salvación de mi alma será obra suya, y que tanto usted como Sor Ana Roberta se sentirán muy dichosas por ello. Como ve, tengo mucha confianza en alcanzar el Cielo, a pesar de mi indignidad. Nada puede dañarme ahora. El demonio continúa acechando en la sombra, pero ya ha conseguido todo lo que podía sacar de mí.

Antes de irme de este mundo volveré a escribirle y además pediré al Padre le ponga unas letras. Hasta última hora tenga la seguridad de mis oraciones y mis mejores deseos. Consérveme usted siempre en los suyos. No me escriba después del martes, pues ya estaré en el Cielo.»

A mil millas al oeste de Lexington, el Padre Brian leía otra carta de Tom, escrita el mismo día —17 de enero— que otra al Padre Donnelly. Uno de sus pasajes produjo una aguda sensación de lástima en el joven Pasionista:

«Padre: Puede usted decir la misa por mí el día 21. Tengo autorización para que me acompañen tres visitantes en la última noche... He pedido que uno de ellos sea el Padre Donnelly, el sacerdote que me instruyó en la Religión. Como es natural, el Padre

Libs estará aquí. Yo hubiera deseado que usted fuera el tercero, Padre, pues nadie me daría más valor que usted. Pero cualesquiera que sean los que estén conmigo, yo les pediré que le escriban y le den toda clase de detalles. Por ellos podrá usted juzgar dónde pasaré la eternidad.»

«Estoy seguro de dónde, Tom»—se dijo el Padre Brian, y continuó leyendo:

«Yo no tengo la menor duda, pues sólo Dios sabe mi arrepentimiento por todas mis fechorías. ¡Oh, sí, yo sé que subiré al Cielo lo mismo que el buen San Dimas! Dirá usted, Padre, que mi corazón todavía es pecador: pero desde ahora lo utilizaré en arrancar almas al infierno. Seguramente esta tarea será grata a los ojos de Dios. ¿No cree?»

¡Claro que sí, Tom, claro que sí!» —afirmó el religioso, agradeciendo a Dios silenciosamente la maravilla que había forjado en el espíritu de aquel hombre.

Casi al mismo tiempo, su hermano Pasionista, el Padre Eugenio, ofrendaba en silencio idéntica gratitud al Señor después de leer su carta fechada el 16 de enero:

«Cada día me siento más hastiado de este mundo... Querría haber visto a usted antes de abandonarlo, pero no le pediré que venga, pues supongo que no será agradable para usted. Así que me conformo con darle las gracias por escrito por sus oraciones y por todos los amigos que me ha proporcionado…

Los Padres Libs, Thompson y Donnelly estarán conmigo en tanto que yo aliente. Pediré a uno de ellos que le escriba a usted cuando todo haya terminado.

Cuando el Niño Jesús se apareció en el portal de Belén al viejo San Jerónimo, éste le dijo: «No tengo nada que daros sino mis pecados.» A lo que respondió Jesús: «Dame tus pecados, Jerónimo.» Yo tampoco tengo otra cosa que ofrecerle sino mis pecados y mi amor. Pero, ¡oh Padre, cuánto le amo y a su Santísima Madre y al pobre San Dimas, que tan perdido y tan rufián como fue alcanzó los campos de la eternidad, donde está haciendo redadas de almas que rara vez se le escapan! Muchas personas me han dicho que yo estaba ganándome el Cielo como San Dimas, y que quizá allá arriba él me permitirá

ayudarle a arrancar algunas almas del infierno.

No quiero decirle adiós, Padre, sino pedirle que hasta que nos volvamos a encontrar continúe teniéndome en su pensamiento. Yo, por mi parte, no le olvidaré jamás.

Sinceramente suyo en Nuestro Señor y Nuestra Señora...

P. S.—No me escriba después del martes, Padre, pues dejaré de vivir el viernes a la una de la mañana,»

Ahora Tom escribía a su madre casi a diario, y todas las cartas de esos días giraban sobro los mismos temas: tristeza por haber hecho vacilar la fe de sus amigos; profunda amargura por no ser capaz de convencerlos con una plena explicación; peticiones de confianza y un absoluto convencimiento de su salvación. El 12 de enero decía:

«La única cosa que en estos momentos me apena es que jamás oiré a tus dulces debes labios decir que me comprendes... Ahora, querida madre, debes recordar que tu Tom nunca ha sido un loco, y que nunca he tenido ni tendré la menor intención de condenar mi alma por causa de otro...»

La carta del día 18 empezaba más alegremente:

«He recibido hoy tu carta, queridísima, y estoy muy contento y agradecido al Señor por el valor y fortaleza que te está dando. Yo también me encuentro bien dispuesto...»

Y casi con heroísmo añadía:

«Sí, madre querida, comprendo que no vengas. Sólo serviría para hacer las cosas más difíciles para ambos. Además, quiero que me recuerdes como me has visto siempre.»

Y terminaba:

«Bueno, querida madre, hasta mañana y buenas noches.»

Pero Tom no escribió el martes por la noche. No pudo. A primera hora del miércoles explicaba a su madre la causa:

«Supongo que verás las noticias en los periódicos antes que ésta llegue a tu poder, así que no necesito entrar en detalles. El alcalde,

señor Buchanam, vino a mi celda anoche y me dijo que no comenzaban los últimos preparativos para el 22, porque el Ministerio Público había solicitado un nuevo aplazamiento para Baxter y para mí, a fin de tomarnos otra declaración. Dijo que iríamos a Lexington, por lo menos un día en la semana próxima; así que debes mirar los periódicos con atención. No sé qué día será; pero, desde luego, no creo que estemos más de uno.

He pasado la noche tratando de resolver cómo se lo voy a hacer saber a la gente que no ve los periódicos. El Padre Donnelly debe estar volando hacia aquí desde la lejana Georgia. Será una buena visita que nos hará mejores a los dos.

Tengo que terminar pronto esta carta para que salga esta misma mañana. Ya son las cinco de la madrugada. Las buenas monjitas me dijeron que te habían invitado. Cuanto más las conozco, madre, las quiero más y estoy más convencido de que aún hay ángeles sobre este viejo mundo cruel.

Te incluyo, madre mía, una carta de una de mis Hermanas adoptivas. Fíjate en lo que dice de que puedes llevar erguida la cabeza. Cada una de esas Magdalenas está contigo en espíritu, y piden al Cielo por nosotros dos. Y tú sabes que las plegarias de los penitentes atraviesan las nubes...»

La idea de que podría ver otra vez a su hijo llenó de lágrimas los ojos de la señora Penney. Sólo después de un rato pudo leer la carta de la religiosa, que decía:

«Querido hermano: Su carta, llena de profundos y espirituales sentimientos, nos edificó mucho a todas, haciéndonos ver que está muy cerca de Dios. Saber que había sido indultado no me produciría tanta alegría como me ha dado la noticia de su perfecta preparación para el viaje definitivo. Me atrevo a decirle que nunca estaría tan bien preparado como ahora. Al fin y al cabo, todos hemos de morir algún día y la agonía puede ser muy larga. Pero para usted, gracias a Dios, será rapidísima. Y como además está resignado y contento de ofrecer a Dios su existencia, espero que su alma no pase por el Purgatorio.

¡Su fe es verdaderamente maravillosa! Su querida madre podrá llevar bien alta la cabeza. Pocas madres tienen hijos con tan hermosos y elevados pensamientos para Dios y capaces de enfrentarse con la muerte más valerosamente que usted, que la considera como el retorno

al Dios que ama tanto.»

La señora Penney sé enjugó los ojos, y, elevándolos al Cielo, rezó en silencio, dando gracias a Dios por todas las bendiciones que había derramado sobre su hijo, y, especialmente, por aquella amistad de las monjitas y los sacerdotes.

A la misma hora, un celador anunciaba a su hijo que tenía una visita. Tom le miró con un poco de irritación, pues le quedaban muchas cartas por escribir todavía y se sentía cada vez más a disgusto hablando con abogados, periodistas, catequistas, e incluso con algunos oficiales de la prisión que le habían trasladado desde su celda de la Galería de la Muerte a la pequeña y oscura que ocupara al principio de su estancia en Eddyville, diciéndole que era una orden expresa del delegado de Seguridad del Estado, W. A. Frost, por juzgar conveniente la separación de Penney y Anderson.

— ¿Quién es? —preguntó Tom un poco impertinentemente.

—Un amigo suyo.

—No tengo ninguno que se atreva a venir hasta aquí.

— ¿Está seguro? —preguntó el celador, sonriendo—. Mire hacia el paseo.

Tom se levantó, y se dirigió a la puerta de la celda para echar una mirada al largo corredor de cemento y divisó una figura alta vestida de caqui que avanzaba hacia él. Como el campo visual estaba interceptado por un ángulo de la mirilla, no pudo reconocer al impecable oficial que avanzaba hacia su celda. Sólo cuando se quitó el gorro y su cara se iluminó con una sonrisa amistosa, Tom pudo reconocerle y exclamar:

— ¡El Padre Jorge!

Giró una llave. Se descorrió un cerrojo. La puerta se abrió, y el Padre Donnelly agarró por los hombros a Tom Penney, diciendo:

—Bueno, muchacho, al parecer me he jugado el tipo por nada. Un cadete de Aviación que inicia su carrera de piloto me ha traído a Paducah. ¡Vaya un viajecito! Y llego y me dicen que usted se va a Lexington en lugar de al Cielo.

—Esa es la mala noticia que el director me dio anoche.

— ¿Mala?

—Claro que sí, Padre. Estaba todo dispuesto. Casi, casi tocaba las estrellas con la mano, y ahora... Bueno, así podré contemplar mejor su brillo. Y veré a mi madre y a las Hermanas después del juicio.

El capellán se repantigó en la silla, cruzando las piernas.

—Ya, ya... Y a propósito, ¿qué historia es la de ese juicio, Tom?

—Creía que se lo figuraba, Padre, Mire, yo pensé que todavía podía hacer algo bueno con mi vida vieja e inútil. Como yo estaba preparado para morir y Bob no, creía que podría salvarle y tal vez salvar otras almas a través de él.

—Pero piense, Tom, que al comparecer en el banquillo tendrá usted que jurar que eso que ahora dice es cierto.

—Seguramente... —dijo el prisionero, haciendo una pausa—. ¿Jurar, eh?... Usted ha empleado deliberadamente esa palabra. Le conozco y conozco sus intenciones. Quiere decir que ese juramento será una falsedad. Escuche, Padre Jorge, pues tenemos poco tiempo. Usted conoce toda la historia...

El sacerdote alargó hacia su protegido un paquete de cigarrillos, tomando uno a su vez. Cuando lo encendió y expelió una nube fragante de humo, dijo:

—Sí, Tom; creo que sí. Le conozco hasta en sus más íntimos detalles. Incluso ahora creo conocer de dónde vienen y adónde van su pensamiento y su corazón. Usted desea salvar a Bob, ¿no?

—Su alma, Padre, su alma.

—Eso sería magnífico. Pero usted debe saber que de la suma de dos males nunca puede resultar un bien.

Desde que leyó en los periódicos la noticia del escrito de Tom, el Padre había sospechado la existencia de algún motivo quijotesco oculto tras ella, y deseaba averiguarlo. Seguro de que era el corazón y no el cerebro de Penney el que dictara tal declaración, el sacerdote traía preparado un llamamiento a su corazón. Pero he aquí que se veía obligado a apelar directamente a su inteligencia.

—Desde luego —replicó Tom apresuradamente—. Pero también en todo el asunto hay otras muchas cosas injustas que no tienen arreglo.

«Tiene razón —pensó el Padre Jorge. Pero no quiso contestarle con argumentos jurídicos. Sabía que Tom aludía al hecho probado de que él no era el autor material de la muerte de las dos mujeres. Y aunque hubiera reconocido su culpabilidad moral un año antes, el sacerdote no ignoraba la tendencia de la mente humana a sutilizar sobre los hechos materiales. En vista de ello, cambió de táctica, y dijo:

—Dios ha sido bueno con usted, Tom.

— ¡Oh, Padre! Bueno no es la palabra.

— ¿No querrá usted ofenderle ahora?

— ¡Ni ahora ni nunca!

—El perjurio es un gravísimo pecado.

—Pero yo no lo he cometido, Padre.

—Todavía no. Pero cuando vaya a Lexington...

El prisionero se bajó de la mesa en la que se había sentado, echó atrás un mechón de su pelo rubio, se rascó la larga cicatriz de la mejilla, y, después de un hondo suspiro exclamó:

— ¡Oh, Padre! ¡Qué suerte para mí que haya venido!... Yo no pensaba... Yo no creía... Y ahora veo claro, Padre. Ahora sé por qué he sentido tanta desazón por este asunto desde el principio...

Haciendo con sus dos manos un ademán suplicante, añadió:

—Yo creía que no era más que una mentira sin importancia, que bastaría para salvar a Bob. Pero ahora..., ahora...

Se irguió para mirar a los ojos de su interlocutor y preguntarle ansiosamente:

— ¿Qué debo hacer, Padre? ¿Llamar al director y decirle toda la verdad?... Ya lo he pensado algunas veces...

No corra tanto, Tom. Hay que pensar bien las cosas. Hay mucha gente interesada por el asunto y no se puede obrar de ligero. Bob rema en la misma galera que usted...

—Más de una vez me ha asegurado que se bautizaría si yo conseguía salvarle la vida o un nuevo proceso...

—Y ¿no cree usted que si llama ahora al director y suspende la diligencia de Lexington y Bob se entera de que yo estoy aquí, nos tomará odio a usted, a mí, y a toda la Iglesia Católica?

— ¡Déjele que nos odie! Yo no voy a ofender a Dios ni por Bob Anderson ni por nadie en el mundo.

— ¡Eso es hablar bien, muchacho!... Sin embargo, tenemos que ver cómo salvamos la situación. ¿Para qué día está señalada esa diligencia en Lexington?

—No lo sé exactamente, Padre. Para uno de la semana próxima.

— ¡Hum!... Bueno, ¿y por qué no esperar hasta última hora del

domingo o primeras del lunes para hablar con el director? Ese margen de tiempo sería suficiente para que la gente no relacione su confesión con mi visita. Dígale toda la verdad, Tom. Explíquele bien por qué razones urdió toda esa historia, y luego déjele hacer lo que quiera.

— ¡Se me ocurre algo mejor que eso todavía, Padre! —gritó, excitado, el prisionero—. Escuche. Podemos hacer lo que usted dice, indirectamente. Yo diré al director toda la verdad, pero pidiéndole juramento de no revelarla hasta después de mi muerte.

— ¿Qué idea es ésa, Tom? ¿Por qué cree que es mejor?

— ¿No lo comprende? Bob puede beneficiarse con la diligencia. Sus abogados pueden sacar tajada para él de todo este batiborrillo... Si lo consiguen, tanto mejor para Bob... Si no lo consiguen, yo habré hecho todo cuanto de mí dependía.

— ¡Hum! —fue el único comentario del sacerdote mientras echaba una bocanada de humo de su cigarro—. Verdaderamente, es un bonito batiborrillo el que ha armado usted... Pero ¿no irá usted a contradecirse?

—En absoluto.

— ¿No incurrirá en perjurio?

—De ninguna manera.

— ¿Podrá hacerlo sin despertar las sospechas de Bob y convertirle en enemigo nuestro?

—Naturalmente. Diré la verdad al director, y me negaré a ir a Lexington.

—No sé, no sé... —murmuró el Padre, dando otra chupada a su cigarro —. Dudo que acepten su negativa a ir a Lexington. Y si va y se calla...

— ¿Qué quiere decir?

—Si se niega a contestar, confiesa haber mentido.

—Desde luego.

— ¿Cree que podrá hacerlo? ¿Cree que, una vez sentado en el banquillo, tendrá fuerzas para negarse terminantemente a contestar a cuanto le pregunten, sea quien sea el que le interrogue?

— ¿Lo considerarán como desobediencia al Tribunal?

—Por eso no se preocupe. La ley reconoce que nadie tiene por qué acusarse a sí mismo. Usted tiene pleno derecho a callarse. ¿Podrá hacerlo?

—Callar no es difícil, Padre.

—Bien. Dentro de pocos días me marcharé de aquí, usted llamará a Buchanam y le dirá toda la verdad, autorizándole a revelarla solamente después de su muerte. Mejor será que esté delante Rankin, y, si es posible, Lady. Hágalo así para darle más legalidad, oficialidad y solemnidad. Luego haga el viaje a Lexington, y allí no diga nada. Si lo hace así, ni ofende a Dios, puesto que dice la verdad, ni a los hombres, puesto que ejercita el derecho de callarse. Bob aprovechará cualquier ocasión que usted pueda darle. Y usted..., usted podrá ver a su madre y a las monjas, Price se ocupará de ello, estoy seguro.

El preso se dirigió a la silla del sacerdote, y, poniéndole una mano sobre el hombro, dijo con emoción:

— ¡Qué bueno ha sido Dios al enviármele, Padre!... ¡Me encontraba entre las garras del demonio, y no lo sabía!

CAPÍTULO XII

EN LAS MANOS DE DIOS

El plan del Padre Donnelly empezaba a desarrollarse cuando Tom escribía a la Hermana María Lorenza:

> «Acabo de tener una visita encantadora, ¡el Padre Donnelly! Tengo su promesa de que la escribirá a usted para contarle todo. Ahora me siento mucho, muchísimo mejor.
>
> Hermana: estoy verdaderamente disgustado con el aplazamiento, pues no creo pueda reponerme ningún bien. Todo estaba preparado, y ahora debo empezar de nuevo. Pero no me quejo. Al contrario, agradezco todo. Sonrío y doy gracias a Dios, lo mismo por los sufrimientos que por las alegrías. De todos modos, es cuestión de tiempo. Justo un mes. Ello me proporcionará cuatro semanas para acumular más méritos para mí y para cuantas personas amo.
>
> Sé, Hermana, que, a pesar de lo que dice, está usted un poco preocupada todavía, y reconozco que tenía razón para estarlo. Pero todo se debía a ignorancia de mi parte. Por eso deseaba tan ardientemente ver al Padre Donnelly. El comprendió en seguida la causa de mi intranquilidad, y pudo aconsejarme en dos minutos...
>
> Ahora cada cosa está en su sitio y yo mucho más sereno, Y amo a Dios, a usted y al Padre Donnelly más que antes. Nunca habrá otro hombre como él. Pronto marchará con sus soldados al extranjero.
>
> Recuerde siempre, Hermana, que he resbalado, pero que no he llegado a caer...,

Acababa de firmar esta carta cuando el gigantesco alcaide de la prisión, cruzando el paseo, llegó hasta su celda.

—Le traigo buenas noticias, Tom—dijo, alegremente—. Irá a su ciudad natal a primera hora de la mañana del lunes.

— ¡Y yo que pensaba ir esta misma noche a mi eterna ciudad, que es el Cielo!... Mi deseo hubiera sido que no se aplazara el viaje...

—No diga eso, Tom... Va usted a poder ver a su madre.

Antes de ir a Lexington necesito ver a usted en privado, señor Buchanam. Tengo algo muy importante que decirle.

El director se sorprendió por el tono serio y la mirada grave del preso.

— ¿Quiere venir ahora a mi despacho? —preguntó amablemente.

—No. Podemos hacerlo el sábado o el domingo. Y me gustaría que estuviese también el capitán Rankin.

— ¿Tan importante es lo que me va a decir?

—Sí, señor.

—Pues nada, veré al capitán y nos pondremos de acuerdo para la entrevista. Pero yo creí que le gustaría saber lo del viaje a Lexington.

Penney miró hacia el paseo para asegurarse de que estaban solos, y en voz muy baja susurró:

—Ese viaje será perfectamente inútil, señor Buchanam, pues no tendré nada que decir.

Cuando Tom advirtió tras los gruesos cristales de las gafas del director una expresión de sorpresa en sus ojos, añadió:

—Ya he dicho públicamente todo cuanto tenía que decir sobre este asunto. Pero, en cambio, tengo algo que decirle a usted en privado. Por eso creo que será inútil llevarme a Lexington. No conseguirán nada interrogándome otra vez.

—Bueno —dijo el director, cordialmente—, de todos modos, estiraremos las piernas juntos... Espero que no tenga nada que objetar a ello. Luego le haré saber el día y la hora de esa entrevista privada.

Después de dar este primer paso del plan trazado por el Padre Jorge, Tom respiró tranquilo. Volvió satisfecho a su mesa y redactó varios telegramas anunciando a sus amigos que no moriría aquella noche. Muy pocas personas habrían comprendido por qué los ojos azules del condenado se llenaron de lágrimas y su ancho labio superior temblaba mientras escribía aquellas líneas a no ser que leyeran esta carta que a continuación escribió a Sor Ana Roberta:

> «¿Cree usted que puede soportarme un mes más...?
>
> Como ya he dicho a Sor María Lorenza todo cuanto el Padre

Donnelly está haciendo aquí, le hablaré a usted de las hermosas cartas que he recibido de Waterflow, Nuevo Méjico. Cuatro de ellas me escribían con su buena Hermana Ana Rita, diciendo que velarán y rezarán por mí hoy a la medianoche. No puede figurarse cuánto siento haberles dado esa molestia. Me da vergüenza escribirles y decírselo. Así que lo mejor será que me arrodille a esa hora y vele con ellas, ¿no le parece? Estoy seguro de que sus oraciones no se perderán.

Mi querida viejecilla no ha venido, como usted sabe. Pero quizá pueda verlas a todas ustedes la semana próxima cuando me lleven a Lexington.

Como ya es casi medianoche, tendré que despedirme. Después de cuanto lo he deseado, siento ahora una verdadera decepción de no estar llegando en estos momentos a mi mansión eterna. Siga rezando por mí, Hermana, y esté segura de que yo lo hago por usted. En las dos últimas semanas dupliqué mis esfuerzos e intentaré seguir haciéndolo.»

Esta *verdadera decepción* todavía le duraba a la mañana siguiente, cuando escribía:

«22 de enero de 1943.

Querida Madre Santa Clara y Hermanas Magdalenas: Me parece casi imposible encontrarme fuera de mi camino, y, sin embargo, así es, aunque espero tener más suerte la próxima vez. Seguramente, todas ustedes habrán estado preparadas alguna vez para ir a un sitio, y habrán sentido el desencanto de no poder ir. Si conocen esa sensación, imaginarán cuál no será ese desencanto si el sitio adonde uno iba a ir era el que San Pablo describe con estas hermosas palabras: «Ni los ojos del hombre han visto, ni sus oídos han escuchado, ni su corazón ha podido concebir las maravillosas delicias que Dios tiene preparadas para los que le aman.»,

No muchos hombres han tenido la oportunidad de sentarse en una silla y alargar la mano para tocar las estrellas. Desde luego, hay algunos que la tienen por un milagro de la misericordia divina. Cualquiera que haya sido mi pasado, Dios ha dicho: «Aunque tus pecados sean como la púrpura, Yo los haré blancos como la nieve.» La caridad disculpa una multitud de pecados, porque significa a la vez amor de Dios y Dios de amor. Y yo sé que con ese amor en mi corazón

poseo la esencia de la santidad.

Una vez oí esta pregunta irónica: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?» Quizá algunos o muchos se la formularán al llegar a la habitación que desde este penal conduce a la eternidad. La respuesta será siempre la misma. Yo, Madre y Hermanas mías, tan sólo sé demasiado bien lo miserable que soy. En verdad, no tengo riquezas materiales ni hazañas que ofrecer, sino sólo el fardo de mis pecados. Pero cuando San Jerónimo dijo esto mismo, Jesús le respondió: «Dame tus pecados, Jerónimo.»

Mi ofrecimiento es lo mismo que el cuento de la gota de agua que como una joya líquida caía desde los cielos. Al rodar por el canalón y mezclarse con el fango, perdió su radiante centelleo. Pero entonces un rayo de sol bajó, la acarició y la llevó de nuevo al cielo, donde con el frío esplendor de la atmósfera se convirtió en un purísimo copo de nieve. El amor de Dios, queridas Madre y Hermanas, ha sido para mí ese rayo de sol. Y si ustedes me permitieran variar y modernizar la fábula, les diría que ya estaba muy próximo a ser nieve. Por eso, santas Madre y Hermanas, siento ahora esta desazón.

Sin embargo, no estoy desanimado. La fecha se ha señalado para el 26 de febrero. Quizá en estas pocas semanas pueda realizar algunos pequeños actos de amor a Dios que le agraden...

Espero que mi telegrama les llegue a tiempo. Hay muchísimos amigos a quienes no pude avisar y pensarán que ya no estoy en el mundo. He pasado mucho rato pidiendo al Señor que aceptara sus plegarias y las misas que habían encargado decir por mí y las aplique a mi humanidad viviente para que pueda hacerse más digna de El...»

El telegrama del 21 causó gran excitación y emoción en el tranquilo claustro de Detroit, y todavía no había sido leída a la comunidad la carta del 22, cuando Penney mandó llamar a Porte B. Lady, lugarteniente del director del penal de Eddyville. Era el sábado 23.

— ¿Ha dicho algo el señor Buchanam de que tenía que verme hoy? — le preguntó el preso.

—A mí, no, Tom. ¿Por qué?

—Le anuncié que tenía algo importante que comunicarle, y dijo que él fijaría el momento. Yo quisiera que fuera hoy.

—Iré a su despacho a recordárselo.

Cinco minutos más tarde volvió Lady y llamó a la puerta de la celda.

—El director le aguardaba, Tom. Vamos.

Durante hora y media, tres hombres escucharon al grave y humilde prisionero, cuya sinceridad resultaba evidente tanto en el brillo de sus ojos como en su voz y en los ademanes de sus manos.

Buchanam formuló algunas preguntas, a las que obtuvo respuestas rápidas y tajantes. Por último, dijo:

—Está bien, Tom. ¿De modo que no quiere que esto se haga público hasta después de su muerte?

—Eso es. Cuando esté en la silla y usted me haga la pregunta ritual de si tengo algo que manifestar, no tendré muchas ganas de hablar... Sólo desearé rezar... Por eso se lo he dicho ahora. Así que cuando me pregunte la última noche, le contestaré sencillamente: Haga público lo que le dije hace unos días.

—Perfectamente. Ahora quédese ahí hasta que yo ponga por escrito sus manifestaciones. Ustedes dos firmarán como testigos.

Lady y Rankin aprobaron con un gesto estas palabras.

Dos días después, Penney fue trasladado a Lexington, y al siguiente subió al estrado de los testigos que acababa de desalojar Bob Anderson, cuyas últimas frases habían sido:

—Como Tom Penney ha dicho tantas mentiras en este proceso, nadie sabe lo que se le debe creer.

Aquel hombre alto y con la cara llena de cicatrices parecía más aseado y mucho más correcto que cuando ocupó el mismo sitial catorce meses antes. Pero, a pesar del notable cambio de su aspecto y de la corrección y afabilidad de sus maneras, era evidente para todos que estaba a la vez nervioso y decidido.

Cahill fue el primero en interrogarle. Tom no vaciló en reconocer que había hecho manifestaciones totalmente contradictorias. Sin embargo, al preguntarle cuáles eran las verdaderas, dejó estupefacto al Tribunal al negarse a contestar. La cabeza del juez Adams se volvió hacia él y sus cejas se arquearon, expresando sorpresa. El fiscal Park se permitió esbozar una sonrisa mientras miraba a Frank Cahill, ceñudo y con una mueca de impaciencia y enojo.

Después que el fiscal le dirigió sus primeras preguntas, Tom, tranquila y convincentemente, dijo:

—Todo cuanto tenía que decir respecto al asunto lo he dicho ya. Lo hice constar antes de salir de Eddyville.

Pero díganos: ¿reveló usted toda la verdad en la declaración que hizo en Eddyville?

Tom cambió ligeramente de postura en el estrado testifical, y respondió tranquilamente:

—No tengo nada que decir.

Cahill calló un momento. Pero en seguida se volvió al juez solicitando una suspensión de diez minutos, que fue concedida. El intervalo no sirvió de nada. Aunque Cahill le acribilló a preguntas, la única respuesta de Tom era su frío: No tengo nada que decir. Desesperado y nervioso, el abogado acabó apelando al juez.

El juez Adams se volvió hacia el testigo:

—Su deber es contestar a las preguntas, a menos que afecten a sus derechos constitucionales.

Tom no sabía exactamente cuáles eran sus derechos constitucionales. Recordó que el Padre Jorge le dijo algo de ellos, pero no lograba recordar el qué. Como no caía en lo que el juez se refería al derecho que todo ciudadano tiene de guardar silencio cuando el contestar a una pregunta puede suponer una autoacusación, se limitó a mirar a su señoría y decir sencillamente:

—Me niego a contestar.

Cahill perdió todas sus esperanzas. Park, desde su estrado, comenzó su interrogatorio, sin obtener más respuesta a sus preguntas al hombre que ocupaba el sitial de los testigos que ésta:

—No puedo decirlo.

Finalmente, Tom dio una respuesta afirmativa a la última pregunta del Tribunal:

— ¿Se niega a testificar los detalles referentes al caso Miley?

—Sí, me niego.

El juicio se prolongó durante toda la semana. El juez Adams, con gran paciencia y prudencia, admitió numerosos testimonios que en otro caso cualquiera habría rechazado. Penney fue llamado tres veces ante el Tribunal y requerido para hablar. Pero, a pesar de las cuatro comparecencias, nadie pudo aclarar las dudas de en cuáles de sus declaraciones dijera la verdad: si en las del primitivo proceso de Lexington o en su reciente escrito de Eddyville.

A Tom le preocupaba algo mucho más que el juicio. Tan pronto como llegó a Lexington, envió una notita a su madre, pidiéndole que viese al juez Adams y solicitara de él una autorización para visitar al preso en la cárcel cuando terminara el juicio. El 27 de enero, después de la primera sesión ante el Tribunal, Tom encontró una respuesta a esa petición. Se sentó a la mesa y escribió a su madre:

> «El abogado dice que el señor Adams le comunicará qué día puedes verme. Estoy seguro de verte antes de marchar, pues creo que el director me concedería ese privilegio, aunque el juez lo denegase.
>
> Haz el favor de no preocuparte por la cuestión de mis contradictorias declaraciones. Yo sé bien lo que he hecho y no me arrepiento de ello.
>
> ¿Has llamado a las Hermanas? Yo debía haberlas escrito, pero no tengo ahora muchas cosas que decirles, así que esperaré a que todo esto termine. También quisiera ver al Padre Brian, pero temo los comentarios que suscitaría su visita. Tal vez escriba esta noche una nota a las monjas sobre ello.
>
> Cuídate mucho, y procura no angustiarte demasiado...»

Madre e hijo se vieron el lunes 1 de febrero por la mañana. Las Hermanas María Lorenza y Ana Roberta estaban con Tom en la sala de visitas cuando llegó la señora Penney cargada con un enorme pastel que había hecho aquella misma mañana. Sor María Lorenza lo recogió sonriente y señaló con un gesto al condenado, cuyas pupilas brillaban mientras todo su cuerpo se estremecía. Sor Ana Roberta se volvió rápidamente sacando un pañuelo para secar las lágrimas que brotaron de sus ojos al contemplar aquel fuerte abrazo que representaba un amor tan fuerte como el amor de Dios a sus criaturas.

Discretamente, las monjas se retiraron con una despedida sencilla. Habían permanecido cerca de una hora con el preso, encantadas con la serenidad y el elevado espíritu de que daba muestras. Tom les había explicado cumplidamente las causas de sus contradicciones, asegurándoles se debían, en parte, a su ignorancia, y en parte, a su afán de hacer todo el bien que pudiera antes de morir. Con una alegre sonrisa había añadido:

—Pero todo ello es una prueba de que Dios sabe más que el demonio. Si yo no hubiera sido tan estúpido, no habría tenido esta ocasión de volver a verlas.

—Sin embargo, usted lo profetizó el día que fuimos a verle a Eddyville... ¿No se acuerda?

—Aquello fue más bien una corazonada, Sor Ana Roberta, pues yo no soy ni un profeta ni el hijo de un profeta.

—Tom —dijo la anciana Sor María Lorenza, un poco bruscamente—, ¿tiene usted miedo de morir?

El condenado irguió la cabeza y abrió mucho los ojos, cuyo fulgor subrayó la veracidad de sus palabras:

— ¿Miedo? ¿Por qué, Hermana? Si esta silla —dijo, señalando una en la que había estado sentado— fuera la silla eléctrica, me sentaría alegremente en ella ahora mismo... Estoy contento porque tengo la misma edad que tenía Nuestro Señor cuando murió por nosotros, lo que para mí es otra prueba de su bondad conmigo. Como usted dice, soy un niño mimado. Solamente quisiera que el Señor aceptara mi vida como un sacrificio.

— ¿Un sacrificio?... ¿Por quién?

—Más que por nadie, por Bob...

La despedida de su madre no resultó tan fácil. La madre nunca se hubiera desprendido de los brazos del hijo de no convencerla Tom de que desde ellos iría directamente a las manos de Dios.

A primera hora de la mañana del día siguiente Penney y Baxter regresaron a Eddyville. Anderson continuó en Lexington hasta que se hiciera público el fallo del Tribunal. Por la noche, Tom escribió a su madre:

> «Llegué sin novedad a Eddyville a las tres menos cuarto. Habíamos salido de Lexington a las siete y siete de la mañana. Hizo un día hermoso y el viaje fue espléndido. Esto ha sido otra prueba de la bondad de Dios.
>
> Tommie estuvo ayer a verme nada más marcharte tú. Estoy muy contento de haber podido verla. Me trajo un cartón de «Camel», y el director me permitió traérmelo aquí. Me comí los caramelos durante el viaje y he saboreado tu pastel esta noche. Estaba delicioso...»

El largo paseo en automóvil, la tensión nerviosa de tantas horas en el estrado de los testigos y las agotadoras emociones causadas por sus entrevistas y despedidas con las personas a quienes tanto quería, dejaron casi extenuado a Tom. Pero una noche de sueño reparador y la urgencia del tiempo le llevaron de nuevo ante su mesa a la mañana siguiente para escribir incansable. Le quedaban sólo tres semanas de vida. Debía tranquilizar a sus

amigos y explicarles como pudiera lo ocurrido. Al primero que escribió fue al Padre Brian. La explicación no estaba demasiado clara; pero el joven Pasionista tuvo la satisfacción de leer esto:

> «El Padre Libs vendrá el miércoles. Le espero con impaciencia. Él no tiene la culpa de mis errores. Yo no me entendía bien con él, y por ello deseaba la venida del Padre Donnelly, que ya lo sabía todo...»

La explicación al Padre Eugenio terminaba con estas palabras:

> «Esté seguro, Padre, de que el Padre Libs lo sabrá todo. He tropezado, pero no he caído. Espero que usted crea en mi sinceridad cuando afirmo que no tuve malas intenciones y que todo fue culpa mía por no hacerme entender bien de mi confesor. Amo demasiado a Dios para ofenderle deliberadamente, Padre, y le digo muchas veces al día cuánto me entristece lo ocurrido.
>
> .. También me apena mucho todo lo que se ha hablado de mí y la inquietud que con ello he causado a usted y a los demás amigos. Sé que usted lo olvidará y seguirá rezando por mí... Escríbame otra vez, y no olvide lo feliz que sería si usted pudiera estar aquí el 26.»

El 4 de febrero escribió una larga carta al Padre Donnelly de regreso en Turner Field, a la que pertenecen estos párrafos:

> «Querido Padre: Volví de Lexington el martes, pero he esperado para escribirle a que hubiera una decisión en el asunto de Bob. El juez Adams ha denegado ayer un nuevo proceso. No sé qué harán ahora; pero, sea lo que sea, puede estar seguro de que no influirá sobre mí...
>
> Por favor, Padre, no culpe a nadie más que a mí. Yo no expliqué las cosas como debía al Padre Libs, y reconozco que, por tanto, no pudo hacer más de lo que hizo... Volverá aquí el miércoles y ya le diré a usted todo lo que hablemos.
>
> Se me permitió ver a mi madre, hermanas y hermanos. Las buenas monjitas estuvieron conmigo el lunes cerca de una hora. Me alegró mucho verlas. Como es natural, estaban confusas por los últimos acontecimientos. Yo tampoco estaré tranquilo hasta que vea al Padre Libs y tenga una explicación con él.
>
> … Sé que usted estaba enojado de pensar que yo había hecho algo tan contrario a sus enseñanzas, y sufrí mucho por ello. Pero como

deseaba sufrir, no me quejo. Puede estar seguro de que nada por el estilo volverá a suceder...»

Tom estaba cansado e iba a dejar la pluma, cuando sus ojos se fijaron en un sobre con el matasellos de Owensboro. Conoció la letra y sonrió: era de Sor María Francisca, la Ursulina a quien el Padre Brian pidiera que le escribiese. A pesar del cansancio, no tenía más remedio que contestarla, pues ella siempre lo había hecho rápidamente y con absoluta confianza en el hombre a quien todo el mundo llamaba embustero. Desde un principio encontró fácil escribir a aquella monjita tan clara, tan optimista, tan llena de gracejo. Releyó su última carta, que merecía una digna respuesta. Tomó una hoja y escribió:

«Querida Sor María Francisca: No sé cómo se las arregla para ser tan oportuna. Llegué ayer por la tarde, y recibo su carta esta mañana. Ante todo, quiero decirle, Hermana, que aprecio su gran fe en mí, mucho más de lo que pueda imaginar...

Los periódicos, al hablar de mis contradicciones, disgustan a usted, a todos mis amigos y a mí mismo. Pero usted, Hermana, tiene derecho a saber que mi confesor, informado de toda la verdad, me asegura que he hecho bien las cosas. Mi alma está todavía intacta, Dios complacido, yo feliz y el demonio furioso. Es decir, todo marcha a la perfección. El demonio no es precisamente lo que se llama un buen compañero de juego. Como usted dice, tiene muchos disfraces para presentarse y engañarnos.

En efecto, tuve muchas visitas el lunes por la tarde, después de acabar la sesión del Tribunal. ¿No le sonaron los oídos? Las Hermanas María Lorenza y Ana Roberta estuvieron en la cárcel cerca de hora y media. Luego vinieron mi madre, mis hermanas y hermanos, dos sobrinos y otras personas. Sor Ana Roberta la conoce a usted. ¿Por qué no será todo el mundo como ustedes, Hermanas? Entonces nos amaríamos los unos a los otros, no existiría esta guerra, la gente no sabría o no querría mentir, engañar, hurtar, robar ni matar.

Hasta la próxima seguiré pidiendo a Nuestra Señora que ayude a usted en todo cuanto hace. Así, no la abandonará, como nunca me ha abandonado a mí. Continúe recordando a su devoto amigo en Nuestro Señor y Nuestra Señora...»

El viernes por la noche se divulgó por todas las celdas la noticia de que Bob Anderson volvía de Lexington por haber sido denegado un nuevo proceso. Penney estuvo acechando el paseo sin lograr verle; pero los informes que llegaron hasta él hicieron que su mano frotara nerviosamente la cicatriz de su mejilla, gesto que acompañaba a sus emociones fuertes o sus profundas meditaciones. Le dijeron que Anderson le maldecía rabiosamente, lo mismo que a los sacerdotes y a toda la Religión católica.

Tom trató de librarse de sus pensamientos y sentimientos escribiendo a Sor Ana Roberta:

> «Bob ha vuelto esta noche. Sigo separado de él, y quizá sea esto lo mejor que puede ocurrirnos. Yo me encuentro muy bien aquí, pues nadie me molesta. Estoy solo con Jesucristo y a menudo interrumpo mis trabajos para decirle cuán arrepentido estoy de mis errores. ¡Oh Hermana, pídale que me castigue por ellos! ... Si yo le hubiera hecho caso, Hermana, esto no hubiera sucedido. Pero ha servido para demostrarme que su camino es el único posible; que no puede haber términos medios: todo, o es Dios, o nada.
>
> Usted me hizo desear excusarme el lunes último, pero no lo conseguí. No me importa. He rezado mucho para que Bob no se enfurezca demasiado. Me tiene sin cuidado lo que piense de mí. Yo estaré satisfecho de soportar su cólera, si al final logra salvar su alma.
>
> Dese prisa en contestarme. Ahora la dejo para rezar el Rosario. Sí, Hermana, lo llevaré conmigo. Usted verá cómo mi madre lo reza también cuando esté preparada. Sé que lo hará algún día...»

A la mañana siguiente, Tom oyó su nombre gritado por uno de los huéspedes de la celda contigua. Sabía que dos hermanos —Don y Alex Daugherty— estaban en ella condenados a cadena perpetua. Le eran simpáticos aquellos fornidos chicarrones, y desde que oyó que se habían convertido cuando la Misión del Padre Brian, los consideró como buenos amigos. Contestó a su grito todo lo cordialmente que pudo.

—Acabo de ver el periódico de hoy —dijo Don—, el juez ha colocado la responsabilidad exactamente donde corresponde.

— ¿Dónde? —preguntó Tom con súbito interés.

—Sobre los hombros de Anderson.

— ¿Cómo es eso?

Dice que Anderson pudo y debió haber contradicho enérgicamente tus

testimonios durante el primer proceso. Como no lo hizo, considera que su acción ahora es absolutamente inadecuada. Y tiene toda la razón. No puede permitirse que Anderson quiera largarte a ti sus culpas, después que tú has hecho cuanto has podido por salvarle.

—Muchas gracias, Don, por tus noticias y por esas palabras confortadoras.

Palabras que le confortaron todavía más de lo que pensaba, pues le inspiraron una de sus más animadas cartas desde el 21 de enero. Está dirigida a la Madre Santa Clara y a sus Magdalenas, y en ella habla de sus más recientes experiencias:

> «Al llegar a la cárcel de Lexington la última semana, había en ella dos chinos, cinco mejicanos, un griego, un canadiense y dos americanos. Ninguno de ellos era capaz de comprender mi alegría y buen humor, ni que pudiera dormir a pierna suelta. Habían preparado para mí una celda aparte, y todos aquellos hombres tenían orden de no hablarme ni darme navajas, hojas de afeitar, etc. La primera noche llevaron a un individuo para dormir conmigo. Cuando nos prepararon las camas, saqué varias cosas de mis bolsillos, dejándolas sobre la mía. Se acercó y me preguntó: «¿Qué llevas en esa bolsita?» Era la que Sor Macla del Dulce Nombre me mandó en Navidad. Se la alargué, la abrió, sacó el rosario y se lo quedó mirando lleno de asombro. En seguida empezaron a rodar por sus mejillas dos gruesos la-gamones. No le dije nada, pero me di cuenta de que era la primera vez en mi vida que me gustaba ver llorar a alguien. Pronto nos pusimos a charlar, y, entre sus gemidos y gruñidos, pude averiguar que llevaba seis meses sin confesar ni oír misa. A la mañana siguiente se lo llevaron a la enfermería. Al marcharse le pregunté: «¿Qué vas a hacer, Frank, cuando salgas de allí?» Y me contestó: «Lo primero de todo, llamar al Padre y confesarme...»
>
> Luego añadía:
>
> «Más tarde, me dieron por compañero a un muchacho muy joven que maldecía terriblemente. El pobrecillo no sabía ni leer ni escribir. A pesar de todo, pronto supe ganarme su confianza, y, aunque les parezca mentira, queridas Madre y Hermanas, los últimos tres días que pasó allí no le oí ni una sola palabra fea...
>
> El último día, después de terminada la audiencia, se me permitió

ver a varios de mis seres queridos. Cuando tenía entre los brazos a mi anciana madre y la besaba diciéndole adiós quizá por última vez, me preguntó: «¿Podrás verme desde allí?» Y yo le dije: «Madre querida, mis ojos nunca te perderán de vista hasta que te reúnas conmigo en el Cielo.» La dejé con el corazón deshecho pero feliz...

Madre: he estado hablando conmigo mismo mientras no tenía habitación para escribir mis cartas, y el eco de mi voz me ha recordado una conversación sostenida con J. Buchanam durante el viaje, y en la cual me confió un secreto. Una vez estuvo enamorado de una chica que se metió a monja. Yo le dije que para mí demostraba haber sido una mujer muy inteligente. «¿Por qué?», me preguntó. «No hay más que ver la elección que hizo», le respondí. Verdaderamente, es un gran muchacho este grandullón de Jess Buchanam.»

Las horas transcurrían veloces ahora, y, a pesar de que Tom se pasaba escribiendo gran parte del día y de la noche, no conseguía poner su correo al corriente. Pero la mano de Dios quizá fuese entonces más evidente que nunca, pues esta correspondencia con su madre, las monjas y los sacerdotes nos presenta la mente del condenado a muerte enfocada hacia la gran realidad abierta tras el remoto horizonte y sobre Aquel a quien alguien ha llamado «la Evidencia Invisible».

Parece como si las cosas por las que pidió Tom rezara Sor Ana Roberta el 5 de febrero hubieran sido concedidas, pues el día 10 escribía:

«Bueno, Hermana, lo que yo trataba de evitar ha ocurrido. Bob está muy resentido con el Padre Libs, y le ha enviado recado de que no venga a verle hoy. Lo siento mucho. Es una lástima y una ofensa al Padre… Quizá usted pudiera ayudar escribiéndole una carta, pero sin nombrarme y haciendo como que no sabe nada. Yo autoricé al Padre para revelar algo de lo que le dije; así, que podrá hablar francamente con Bob. Mi opinión personal es que Bob desea verle pronto, muy pronto. Tengo confianza, y espero, espero, espero...»

La cólera de Anderson no era el único motivo de aflicción del ocupante de la celda del paseo. Las cartas de Lexington anunciaban que su madre no se encontraba bien. El día del aniversario de Lincoln le escribía:

« ¡Qué feliz sería si Dios quisiera mandarme todas tus penas y dolencias! »

El 16 daba muestras de la congoja de su corazón en una carta al Padre Brian:

> «Me alegra mucho que pueda ir a visitar a sus bonísimos padres. Muchos de nosotros no apreciamos lo que significan hasta que los perdemos o adquirimos el completo conocimiento de lo mucho que les hemos hecho sufrir...»

El 21 escribía a Sor María Lorenza, contándole cómo los abogados de Anderson habían vuelto otra vez a Eddyville, y le mandaron llamar al despacho del director para anunciarle que el viernes comparecería Bob de nuevo ante el juez Miller, del Tribunal federal de Louisville.

> «Pero —añadía— como yo no les dije nada, no me citarán. Doy muchas gracias a Dios por ahorrarme esta nueva prueba. No creo que Satanás vuelva a molestarme; pero por si lo hiciera, estoy alerta... Aún tengo hoy que escribir al Padre Donnelly... Sí, Hermana, no tengo palabras para decir lo que ha sido para mí ese hombre.»

La carta al Padre Donnelly —escrita inmediatamente después— terminaba así:

> «Creo que Bob todavía no ha perdido las esperanzas; pero para mí acabará todo el día 26... Espero que usted pueda venir, aunque temo que tal vez le sea imposible por sus obligaciones militares.»

Las esperanzas de Tom tenían fundamento. El Padre Jorge nunca había temido exponerse a las críticas de Lexington cuando empezó a intervenir en el caso de Penney, ni cuando recorría en su coche dos o tres veces por semana las cien millas que separaban Covington de la cárcel del condado de Fayette para adoctrinar al preso, ni cuando semana tras semana hacía el agotador viaje de seiscientas millas entre su parroquia y Eddyville para confortar al neófito. Tampoco vaciló en exponer su vida al volar desde Georgia con un piloto inexperto, a fin de estar junto a Tom el día señalado para su muerte. El condenado tenía, pues, motivos suficientes para creer que su fiel amigo le acompañaría a recorrer los pocos pasos que mediaban entre su celda y la siniestra habitación en la que había una sola silla.

No es de extrañar, pues, que en la mañana del martes 23 de febrero abriera con avidez un sobre procedente de Turner Field. Sacó la carta lleno

de nervosismo, pero su primer párrafo le hizo sentarse y prorrumpir en un gemido:

> «Querido Tom: Después de tantos meses de amistad, no tengo más remedio que darle un disgusto. Tenía planeado todo para volver a Eddyville, pero las circunstancias no permitirán mi desplazamiento. Espero que se dé usted cuenta de ellas.
>
> Sin embargo, Tom, en medio de la pena que esto me causa, tengo el consuelo de saber que es usted una persona de la que puedo estar seguro va a alcanzar la alegría de la gloria celestial... ¡Cuánta felicidad le aguarda!
>
> No me olvide cuando se vea ante Nuestro Salvador. Recuerde que todos necesitamos ayuda y que su influencia será grande. Usted puede obtener muchas cosas para mí. Tampoco debe olvidar a cuantos han sido tan buenos y caritativos con usted. Nosotros, esté seguro de que tampoco le olvidaremos.
>
> Escribiré a Bob... Le escribí la semana pasada, y no he tenido respuesta. Si pudiera hablar con él, creo que le convencería para hacer lo que debe; pero por el momento es imposible. No obstante, espero que Dios escuche las fervientes súplicas de usted.
>
> Algún día, Tom, veré a su madre, y le explicaré todo cuanto usted desea que sepa, y, en primer lugar, que usted posee la amistad de Dios y que seguramente es una de sus almas escogidas. A ver si cuando Dios la llame a ella logra la gracia de gozar esa dicha que usted ha gozado durante todo el año último.
>
> Tengo que decirle adiós. Tom. Su ejemplo ha significado mucho para mí. Jamás le olvidaré y rezaré por usted siempre, aun sabiendo que para nada necesitará mis oraciones. Usted se ha ganado el Cielo por sus propios méritos; yo sólo supliqué a Dios que le diera la oportunidad de probarlos.
>
> El jueves por la noche estaré en espíritu con usted. ¡Que Dios le ame siempre, Tom!
>
> Hasta que nos encontremos en el Cielo.
>
> *P. Jorge Donnelly.*»

La ausencia del Padre Donnelly era el último sacrificio que Dios pedía a Tom Penney, y quizá el mayor y el más beneficioso. Por última vez en la

tierra, el prisionero había visto a su madre, a sus hermanos y hermanas y a las dos monjas de Nazaret, y ahora sabía que ya no vería más al hombre con quien tantas veces se confesara y por el que sentía veneración. Ahora se encontraría tan desnudo e inerme como Cristo lo estuvo en el Calvario; todavía más, pues Cristo pudo ver al pie de la Cruz a su Madre, a Juan, a María de Magdala y a las otras santas mujeres. Pero él, Tom, se hallaría completamente solo y desamparado... No. No estaría solo, puesto que Dio le parecía casi tan tangible como su mesa, tan íntimo como su escapulario y más real que cualquier realidad terrenal. Dejó caer la desconsoladora carta sobre la mesa, y, golpeando ésta con su mano derecha, murmuró:

—Si ésa es tu voluntad, Señor, también lo es mía. Bendice al Padre Jorge por todo el bien que me ha hecho.

Con este acto de resignación, una paz espiritual —jamás sentida en su vida— invadió al condenado. Consideró aquella contrariedad como la verdadera purificación del Purgatorio, y comprendió toda la felicidad que pueden gozar las almas que sufren.

Sus pensamientos volaban frecuentemente a Lexington. Pero cuando leía que las Hermanas María Lorenza y Ana Roberta visitaban semanalmente a su madre y la permitían ir al Hospital siempre que quisiera; cuando sabía que Tommie, aquella muchacha con la que — ¡ahora lo comprendía!— debió haberse casado, hablaba a diario con su madre, personalmente o por teléfono; cuando se enteraba de que esta misma Tommie consultaba a los abogados, escribía a los jueces, visitaba a Price y planeaba una última apelación de gracia al gobernador; cuando se enteraba del gran número de cartas que su madre recibía de sacerdotes, monjas y personas piadosas, Tom se daba cuenta de que Dios y su Santa Madre correspondían a sus plegarias con mucha más generosidad de la que hubiera podido esperar.

Una semana antes de su ejecución, escribió:

> «Madre querida, yo pediría al señor Davis que te trajese, pero no puedo soportar la idea de ver aquí a alguien que de verdad me quiera...
>
> Madre, quiero decirte una vez más que acepto gustoso cuanto Dios, en su infinita sabiduría, ha dispuesto para mí… No es fácil adquirir para uno mismo una perfecta resignación; pero últimamente he podido comprobar con asombro que no hacen falta más valor y más ánimo para desear morir que para querer vivir. Dios me ha concedido su gracia para llegar hasta el final, y sé que continuará concedién-

domela en tanto que yo le ame. Ahora sólo le pido que me dé también su Gloria.

Los únicos momentos tristes que tengo, madre, son aquellos en que pienso en cuantos verdaderamente me queréis y padecéis por mi marcha de este mundo. Si yo pudiera tener la certidumbre de que estabais tranquilos y no sufríais, te diría que mi último minuto sobre la tierra sería el más feliz de mi existencia.»

En su última semana de vida, Tom comprendió las limitaciones del lenguaje humano cuando trató de demostrar los sentimientos de su corazón a la buena mujer que le había dado toda la sangre de sus venas y la ternura de su alma. No obstante, fue capaz de comenzar aquella semana final con estas palabras,

«Me alegra que te gustara el dibujo que encargué a Tommie comprarte de mi parte. Tenía preparados dos hechos por mí para ti, pero cambié de idea cuando recordé que tú los guardarías avaramente. Como ves, conozco muy bien a mi madre.

Tommie deseaba tener un retrato mío y sorprenderte con él. Pero no he conseguido que me hagan uno aquí. Lo siento por ti y por ella. No necesito decirte que el interés de esta muchacha por mí es mucho más que mera simpatía. Creo que será una alegría para su corazón si algún día le dices que tu Tom también la amaba desde hacía algunos años.

Supongo que ésta será la última carta mía a la que puedas contestar. Ten en cuenta que debes echar tu carta al correo el martes por la noche, pues de lo contrario ya no la recibiría. Escríbeme sin esforzarte, pues como sé de sobra las cosas que querrías decirme, si te dejas alguna en el tintero no te debe preocupar…

Al día siguiente le envió una postal del Día de la Madre que acaba de recibir de Regene Unger, una inválida de Sauk Center con la que sostenía correspondencia a raíz de la aparición de un artículo suyo en la encuesta bíblica del *Register*. Dentro del sobre en que iba la postal, la señora Penney encontró asimismo un billete de un dólar, una notita de Regene a Tom diciéndole que enviara a su madre la postal y el billete como regalo y un inspirado mensaje de monseñor Bougaud dedicado a cuantas personas lloran a un deudo muerto y que la pobre madre había pedido a su hijo al abrazarle por última vez: «El mayor y peor error de mucha gente —escribía monseñor

— consiste en imaginar que quienes se mueren nos abandonan definitivamente. Eso no es cierto. Los muertos viven. ¿Dónde? ¿En las tinieblas? ¡Oh, no! Somos nosotros los que permanecemos en las tinieblas. Somos nosotros quienes no los vemos; pero, en cambio, ellos sí nos ven. Sus ojos, radiantes de gloria, se clavan en los nuestros, arrasados de lágrimas.»

El miércoles por la mañana, Tom escribía a su madre la última carta que la señora Penney recibiría estando él en el mundo:

> «Te escribo ahora y mañana por la noche volveré a hacerlo.
>
> Hoy he tenido una carta de las Hermanas, a la que también contestaré esta noche, pues deseo conservar mi mente lo más lúcida posible para mañana por la noche. Te diré lo que se me ha ocurrido, madre: Como es penoso para mí escribir a todos mis hermanos y hermanas, y supongo que todos estaréis reunidos, te escribiré a ti una larga carta para que tú se la leas o se la dejes leer a ellos,

Por último, después de hacerle unos cuantos encargos personales, terminaba:

> «Adiós, adiós, madre querida. Domina tu dolor, y recuerda de que me voy a la mansión celestial, donde esperaré tu llegada.»

Cuando firmaba esta carta, terminaba su penúltimo día sobre la tierra.

CAPÍTULO XIII

EL ÚLTIMO DÍA SOBRE LA TIERRA

Tom Penney se despertó temprano el día 25. Aunque tenía muchas cosas que hacer aquel último día de su existencia, su primer pensamiento fue realizar un acto de adoración. Se hincó de rodillas en su celda fría y lóbrega, mirando con arrobo a un pequeño redondel blanquísimo de pan sin levadura que le enviara pocos días antes Sor Magdalena de Santa Gertrudis, la anciana religiosa encargada de la confección de las hostias para la capilla del monasterio de Detroit. Al principio, Tom lo consideró como lo que en realidad era una ligerísima oblea de harina de trigo. Pero pronto se dio cuenta de que antes de unas horas cambiaría aquella apariencia material para convertirse en el Cuerpo y la Sangre, el Espíritu y la Divinidad de Aquel que murió por redimir al mundo.

Con las lágrimas en los ojos, Tom recordó haber escrito a Sor Ana Roberta el día que lo recibió:

> «Sor Magdalena de Santa Gertrudis acaba de enviarme una hostia para mi última Comunión. Como usted ve, querida Hermana, tengo aquí en mi celda, junto a mí, el Precioso Cuerpo, esperando a que el día 25 el Padre Libs lo convierta en el Dios vivo de mi corazón. Por favor, no se lo diga a nadie, salvo a Sor Marta Lorenza, aunque estoy seguro de que no hay inconveniente alguno, pues Sor Gertrudis tenía autorización para hacerlo de su confesor y de su Superiora. Para ella es una inmensa satisfacción haberme hecho este último regalo. Crea que no desperdicio un solo momento de esta maravillosa unión con Dios.»

Antes de comenzar las cartas que tenía planeadas, Tom se ocupó de una caja que había preparado para su madre.

En el fondo iban sus zapatos, camisas, pantalones, etc., y encima los tesoros: Libros, folletos, tarjetas postales y aquellas preciosas cartas de

monjas, sacerdotes y personas piadosas. Echó una rápida mirada por toda la celda para comprobar que no se dejaba nada, tomó una gran hoja de papel, la midió con la tapa de la caja, y como era grande, la cortó con el filo de la mesa, ajustándola a las dimensiones de aquélla, y luego, cuidadosamente, escribió con gruesas letras de imprenta este mensaje de despedida a su madre:

Adiós, madre querida,

te ama

y

te aguardará en el Cielo

tu Tom.

La puso bien extendida encima de todo, y cerró la caja, colocándola en un rincón. Los primeros quehaceres de su último día sobre la tierra estaban terminados.

A continuación leyó la carta que había escrito a Sor María Francisca la noche anterior, en la que le hablaba de Regene Unger, su amiga del Sauk Center, encargándole que la tranquilizara con respecto a sus inquietudes, pues la muchacha parecía dispuesta a tener *a la mitad de los conventos y monasterios del país rezando por mí*. Sonriendo, añadió estos párrafos:

> «Pero ¿por qué esa inquietud? ¿No han ganado ustedes el Cielo para mí con sus plegarias? Tal vez, antes que reciba usted esta carta, me habré encontrado ya con su Dulce Amigo y le habré dicho de usted todo cuanto usted merece. Y no le digo nada de lo que tendré que decir a Nuestra Señora.
>
> Hermana: Me alegra mucho que por fin haya comprendido el «Mizpah». Pensé hablar con usted de ello, pero se me olvidó... Usted sabe que se trata de un premio especial para neófitos, sobre todo para neófitos como usted. Bueno, hablando en serio, probablemente heredará usted un trono particular.
>
> Ahora, permítame confesarle que estaba bastante orgulloso de haber pensado enviar a usted un recuerdo antes que me lo pidiera. Pero ahora estoy en dudas de qué puedo mandarle. La mayor parte de mis libros y devocionarios los he devuelto con un autógrafo mío a las personas que me los regalaron; el pequeño Crucifijo de metal que usted me regaló, continúa en su sitio: en la cadena del escapulario que rodea mi cuello. Mi rosario, quiero llevarlo entre mis manos con el

otro Crucifijo. Así, pues, y como no es el valor lo que importa, le he mandado una florecita de metal con el Sagrado Corazón de María sujeto a una escarapela que hizo expresamente para mí la Hermana Santa Clara, del Convento del Buen Pastor, de Detroit.

Hermana: no le diré adiós, pues sé que no le gustaría. Tampoco quiero aprovecharme de que ya no podrá contestarme para cantar sus alabanzas. Sólo le digo que mantenga ese espíritu combativo y conserve ese gesto bondadoso (me gustaría decir esa «dulce sonrisa») para que volvamos a vernos algún día allá arriba. Si no la veo, apuesto mis zapatos y mis calcetines a que será porque yo no he ido. Gracias a todo el mundo por sus oraciones por mí.»

Acababa de firmar esta carta, cuando sonaron unos pasos al otro lado de la puerta. Oyó rechinar el cerrojo, y vio abrirse la puerta. Era el alcaide.

—Buenos días, Tom. Parece usted muy ocupado. —Lo estoy, señor Buchanam. No creo que pueda terminar todo lo que quería hacer hoy.

—Tom, ¿quiere usted hacer alguna manifestación antes de morir?

—Respecto al asunto, ninguna. Pero sí deseo darles las gracias a usted y a todos los empleados del penal por sus atenciones conmigo.

—No tiene que agradecernos nada. Ha sido usted un buen muchacho. Por mi parte, he hecho todo lo posible para que no se le moleste hoy. Sin embargo, hay algunas cosas inexcusables. Por ejemplo, tiene que cortarse el pelo. Pero ahora siéntese, y siga trabajando. Luego volveré otra vez a formularle la pregunta ritual. Hasta la vista.

Tom se sentó, y escribió al Padre Brian:

«Sin duda estará usted extrañado de que no haya contestado a su última carta. La verdad es que como sabía que no la recibiría a tiempo para escribirme otra vez, me he tomado tiempo para hacerlo.

Estoy muy tranquilo, Padre, y cambiando algunas palabras podría utilizar muchos párrafos de su carta. El amor de Dios ha penetrado tan hondo en mi corazón, que el conocimiento de «lo inevitable» produce en mí una gran resignación que lo convierte en una grata perspectiva, y casi me alegra... Mi amor a Dios pesa más que mi amor a la vida. No aspiro al consuelo de Dios, sino al Dios del consuelo; no al donativo, sino al Donante.

Bob acaba de regresar del Tribunal, y. naturalmente, como era de esperar. Siento mucho que nada se haya conseguido con él... Parece

que finalmente ha decidido ingresar en la Iglesia anabaptista. Sin embargo, no lo doy todo por perdido... Creo que usted conoce todos mis sentimientos hacia usted y mi agradecimiento por todas sus bondades. Como yo no puedo pagárselas, Dios lo hará por mí. No le olvidaré en mi felicidad, Padre; esté seguro. Ni a todos los demás buenos amigos que usted me ha proporcionado...

Se acaba el tiempo y tengo que decirle adiós. He saboreado sus maravillosas cartas de aliento y amistad, y puedo decirle que sus esfuerzos no han sido inútiles. Yo estaré «allí» como testigo de su galardón cuando haya terminado «aquí» su tarea. ¡Cómo le llamará Dios a su lado! ¡Qué emoción la del encuentro! ¡Qué alegría verle llegar! Hasta entonces. Padre, que Dios le bendiga, lo mismo que a todos sus seres queridos...»

Inmediatamente escribió al Padre Eugenio:

«Querido Padre Eugenio:

Puede parecer absurdo que le diga que apenas he tenido tiempo ni para respirar en los últimos días...

Quizá le sirva de compensación saber lo mucho que me ha ayudado con sus hermosas cartas de consejo y aliento. Sin ellas no sería capaz de decir ahora con el gran Apóstol: «He reñido la buena batalla y he sostenido la fe.»

Si tiene ocasión de hacerlo, dé mis más cariñosos recuerdos a las Hermanas Magdalenas y a la Madre María del Dulce Nombre del convento del Buen Pastor de la calle Octava.

Recibirá usted, Padre, el magnífico devocionario que tanto ha significado para mí.

Al fin llega el momento de decirle adiós. Pero no se lo digo. Prefiero que la despedida sea: ¡Hasta que nos encontremos en el Cielo!»

Cuando le trajeron el desayuno, Tom hizo ademán de que se lo llevaran, diciendo:

—Hoy no, muchachos. No tengo tiempo de tomarlo.

Naturalmente, la verdadera razón de negarse a desayunar era la pequeña hostia blanca que el Padre Libs había de consagrar.

A la interrupción siguiente no se pudo negar. El que llegaba ahora era

el barbero del penal. Según le habían aconsejado las monjas, Tom pensó en lo que pasó Cristo en la noche de otro jueves. No le cortaron los cabellos, sino que pusieron sobre ellos una corona de espinas. El barbero se quedó sorprendido de la extraordinaria tranquilidad de aquel hombre bajo sus tijeras, y, sobre todo, cuando, al terminar su trabajo, Tom le dio las gracias, sonriendo afablemente.

Poco después del mediodía, volvió el alcaide a preguntarle otra vez si tenía algo que manifestar. Tom ni siquiera se molestó en contestarle, limitándose a sonreír al corpulento Buchanam, que dijo:

—Aquí hay un hombre con el que puede usted hablar, Tom —e introdujo a un individuo que esperaba a la puerta—. Es uno de los cocineros. Dígale lo que desea cenar: carne asada, chuletas o pollo...

—No soy exigente. Cenaré un bistec.

—Se lo traeré con patatas, tomates, mantequilla, pastas, café bien cargado y cigarrillos. ¿Le parece bien?

—Perfecto. ¿Podrá usted con todo? —preguntó Tom al mozo, quien sonrió afirmando con la cabeza—. Lo que siento es no poder darle una propina, pero acabo de enviar los últimos centavos que me quedaban a mi madre.

—No se apure, Tom—dijo Buchanam, saliendo con el cocinero.

Tom consultó una lista de nombres, de la que había ido tachando algunos conforme escribía carta tras carta. Pero aún quedaban los más importantes: su madre, el Padre Donnelly, las Magdalenas de Detroit, Sor María Lorenza, Sor Ana Roberta... Volvió a la mesa, y decidió empezar por la más penosa de todas: *Mis queridos madre y hermanos*. Su pluma tembló sobre la hoja de papel. ¿Cuáles serían sus últimas palabras para la madre y los hermanos? Permaneció largo rato desechando cuantas se le ocurrían, hasta que oyó un golpe en la puerta.

—El Padre Libs llega —dijo el centinela, precipitándose por el paseo a abrir la reja que cerraba toda la fila de celdas.

Tom cayó de rodillas. El sacerdote entró en silencio, abrió un maletín, sacando un altar portátil en miniatura, encendió dos velas y empezó a rezar. Tom permanecía de hinojos con la cabeza profundamente inclinada. Sólo Dios puede saber los pensamientos que cruzarían su mente durante aquellos momentos sagrados. Pero que se sintió todo lo cerca del Cielo que puede sentirse un hombre que alienta aún sobre la tierra, se deduce claramente de la primera carta escrita después de su largo coloquio con Cristo,

sacramentalmente presente en su corazón. La misma carta que acababa de encabezar antes de recibir aquel verdadero Viático.

«25 de febrero de 1943.

Mi querida madre y hermanos:

No he encontrado el consuelo de Dios, sino el Dios del consuelo. Así, pues, queridos todos, os ruego que deis gracias, infinitas gracias, al buen Dios presente en mi corazón, por concederme la gracia de morir con toda tranquilidad.

No lloréis...

Velaré siempre por vosotros, esperando daros la bienvenida. No me faltéis allá arriba.

No sé explicarme por qué se siente tan feliz mi corazón.

Recordad, queridos míos, lo mucho que os quiere

Tom.

¡Que Dios bendiga a todos y os proteja!»

Después de estampar esta última bendición, clavó los codos en la mesa, y, apoyando, la frente en las manos, lloró mansamente. En esta actitud le sorprendieron los que entraron para traerle su última comida. Al sentirlos, se enjugó los ojos, y sonrió con melancolía.

Gracias, muchachos —dijo sinceramente—. Me parece que haré bien los honores a todo esto que me traéis.

Eran casi las cuatro de la tarde, y Tom estaba levantado desde antes del amanecer.

Terminaba de encender un cigarrillo para saborearlo con el café, cuando volvió el director.

— ¿Ha comido bien, Tom?

—Creo que no lo dudará, señor Buchanam —dijo, señalando a los platos casi vacíos.

—Me parece que sólo ha comido moderadamente. ¿No estaba bueno?

—Todo estaba perfecto...

—Me alegro mucho... Oiga, Tom, ahí fuera hay un hombre que quiere hablar con usted.

— ¿Quién es?

—Un periodista.

Los labios de Tom se contrajeron y su cabeza se movió con un ademán que Buchanam calificaría más tarde de *indignado e impaciente*.

—En obsequio de usted, señor Buchanam, puede verme. Pero yo nada tengo que decirle.

Se dirigió a la puerta de su celda, donde se hallaba Bruce Temple, redactor del *Correo Diario*, de Louisvitle.

Después que Buchanam les presentó, Tom escuchó correctamente los deseos del periodista y el relato de las entrevistas que acaba de celebrar con Anderson y Baxter en la Galería de la Muerte. Al terminar, sacó un block de notas y un lápiz, y preguntó:

—Y ahora, vamos a ver qué tiene usted que decir al mundo, Tom.

Con absoluta calma, Penney respondió:

—Ya he dicho todo cuanto tenía que decir, señor Temple.

—Pero, bueno, Tom, ¿no va usted a decir al público, que desea saberlo, cuál de las historias que contó es la verdadera?

Penney permaneció en un silencio pétreo.

Antes que Temple insistiera, Buchanam le dio ligeramente con el codo, y se lo llevó, diciendo:

—Vámonos, Bruce. Tom tiene cosas más importantes que hacer.

Esto era bastante cierto. El preso volvió a su mesa para repasar un documento que titulaba *Ultima voluntad y testamento*. Leyó con gran atención cada uno de sus párrafos, y cuando se sintió plenamente satisfecho, colocó aparte tres copias, designando mentalmente a las personas a quienes iban dirigidas.

A las seis hubo otra nueva interrupción del director. Esta vez no venía a formularle ninguna pregunta, sino a leerle la sentencia de muerte, que Tom oyó impasible. Cuando Buchanam terminó, dijo:

—Muchas gracias, señor Buchanam. Cúmplase la voluntad de Dios. Soy un hombre de suerte.

A las siete, el Padre Libs volvió a la estrecha celda, a fin de pasar las últimas horas con el condenado. Charlaron unos minutos, durante los cuales Tom aseguró al sacerdote que estaba perfectamente preparado para morir, pues no tenía nada que enturbiara su mente y perdonaba a todos desde lo más profundo de su corazón.

—Si pudiera acabar con las tres cartas que me faltan sería plenamente

feliz.

—Pues mire, Tom. Mientras usted las escribe, yo rezaré mis oraciones.

— ¡Magnífico! — exclamó Penney, entusiasmado—. Voy a despacharlas pronto. Son para los tres mejores amigos que he tenido en este mundo.

La primera fue la del Padre Donnelly. Eran las ocho cuando la empezó.

> «Le he descuidado terriblemente en estos días, Padre, porque contaba con usted esta noche y pensaba poder decirle de palabra todo mi afecto. Pero como parece que Nuestro Señor ha dispuesto otra cosa, pensaba decirle por escrito todo cuanto le hubiese dicho de haber venido. Nunca he guardado secretos con usted, Padre, salvo, quizá, que le haya tenido ignorante de todo el milagro que Dios ha obrado en mi alma.
>
> Ahora tengo que escribir de prisa, Padre. Me han interrumpido varias veces y noto que ya no soy capaz de reconcentrarme. Así, pues, pediré al Padre Libs le diga lo que falte y a Dios que le recompense sus bondades conmigo. Las palabras humanas pueden significar muchas cosas; pero las de Dios son absolutamente dignas de crédito. Tenga la seguridad de que las mejores serán para usted. No le olvidaré en mi bienaventuranza. Continúe su magnífico trabajo, y confiemos en que Dios nos proporcionará un día felicísimo. Despídame de Sor Adelaida, pues yo ya no puedo contestar su bella carta. Dentro de cinco horas, querido Padre, estaré con Nuestro Señor y Nuestra Señora y toda la Corte celestial. Apuesto cualquier cosa a que usted les habrá hablado de mí.
>
> Hasta que nos encontremos, reciba ml afecto y mis mejores deseos.
>
> Sinceramente suyo en Nuestro Señor y Nuestra Señora,
>
> *Tom.*
>
> Le incluyo una copia de mi última voluntad. El Padre Libs le escribirá. «Mizpah» es la consigna.»

Seguidamente tomó otra hoja y escribió a la Madre Clara y a las Hermanas Magdalenas:

«Queridas Madre y Hermanas:

Muchas gracias por sus hermosas cartas de ayer. Sólo tengo tiempo para ponerles unos renglones para ser yo quien diga la última palabra. En esto resulto casi casi «femenino», ¿verdad?

No puedo decir que las voy a echar de menos, queridas Madre y Hermanas, porque en el sitio adonde voy tendré tanta felicidad y tanto trabajo, que no me quedará tiempo de echar de menos a nadie; pero pueden apostarse ustedes sus sandalias a que esa felicidad no me hará olvidarlas ni dejar de transmitir cada uno de los encargos que ustedes me han hecho.

Como saben bien, en estos últimos meses he experimentado los efectos de sus plegarias, y por ello estoy sentado aquí valientemente, esperando las cosas con toda calma. Estoy tranquilo y no tendré el menor miedo en el momento final. Tengo que terminar, queridas Madre y Hermanas, pues el Padre está aquí desde hace un rato.

Hasta que Dios las llame a su mansión, en donde las estaré esperando. ¡Qué alegría cuando las vea llegar! Que Nuestro Redentor y Su Santísima Madre las bendigan y protejan noche y día. Recuerden que las esperaré pidiendo las gracias necesarias para alcanzar la más alta perfección.

Siempre soy su hijo y hermano en Nuestro Señor y Nuestra Señora.

A la derecha de la Santa Cruz.

Dios las bendiga.

Thomas Penney.»

Mientras firmaba, sintió un remordimiento de conciencia. Había una anciana Magdalena a la que deseaba escribir aparte de la carta general. Preguntó al Padre Libs qué hora era. Al saber que eran sólo las nueve y media, exclamó:

— ¡Puedo hacerlo!

Y rápidamente empezó su última carta a Sor Magdalena de Santa Gertrudis:

«Querida Hermana:

Tengo el tiempo justo y esto no va a ser una verdadera carta; pero no quiero marcharme del mundo sin ponerle unas letras de

despedida.

Envío a usted mi escapulario y mi crucifijo. Los he llevado sobre mí desde el día de la Primera Comunión y han sido testigos de la última, la preparada por sus preciosas manos. Esté segura de que nuestro pequeño secreto quedará bien guardado. Solamente al amoroso y tierno corazón de una hermana se le pudo ocurrir semejante obsequio... Hasta que nos encontremos en el Cielo, donde muy pronto empezaré a pedir por usted. Tenga la seguridad de que transmitiré todos sus mensajes.

¡Que Dios la bendiga siempre!

En Nuestro Señor y Nuestra Señora,

Thomas Penney.»

Todavía le quedaba una carta por escribir; pero antes que la escribiera, vio a los guardias que venían a buscarle para dar el paseo que daba nombre al largo pasillo de cemento. Salió con ellos para dar su *último paseo*. En la Galería de la Muerte fue saludado por Anderson con una terrible maldición, a la que contestó tranquilamente:

— ¡Qué Dios te bendiga y te ayude, Bob!

Después del paseo le llevaron de nuevo a su celda.

— ¿Desea alguna cosa, Tom? —preguntó cariñosamente uno de los guardias.

—Sí. Quisiera otra hoja de papel y que me llenaran la pluma.

El guardia marchó con la estilográfica casi vacía. Mientras aguardaban su vuelta, el Padre Libs charló con el otro guardia, comentando la maravillosa serenidad de aquel hombre a las puertas de la muerte. Cuando trajeron la pluma llena, Tom se sentó y escribió:

«Queridas Hermanas María Lorenzo y Ana Roberta:

Son ya las once y media y no puedo escribirles mucho. La alegría de mi corazón es indecible y espero con toda calma el final que se aproxima. Sólo entonces, queridas Hermanas, empezará mi vida.

El Padre Libs les escribirá luego para contarles todo. Yo estoy seguro de ir al Cielo, Hermanas, donde no las olvidaré en mi felicidad. Gracias por todo cuanto han hecho. En muy breve plazo podré empezar a pagarles algunos de sus favores.

Hasta que nos reunamos, las esperaré y velaré por ustedes. Den

las gracias a la señora Campbell, cuyo corazón caritativo bendiga Dios.

Tengo muchas esperanzas de grandes cosas.

Que Dios las bendiga y conserve bajo la protección de su Santísima Madre.

Con eterna gratitud,

Tom P.»

Cuando terminó de meterla en el sobre, clavó los ojos al Cielo y dijo:

—Bueno, Padre, ya estoy dispuesto para volver a las manos de Dios.

Eran las doce menos tres minutos.

Transcurridos éstos, la Cámara de la Muerte empezó a vivir con un nervioso movimiento. El número de guardias aumentaba en el pasillo, mientras los electricistas del penal hacían sus últimos preparativos en la estancia verde y canela, de veinte pies cuadrados, llenos de cables y conmutadores, donde, pavorosamente vacía, se alzaba la silla eléctrica.

Enfrente de la macabra habitación había cuatro celdas en las que cuatro hombres veían angustiados los pocos granos que iban quedando en los relojes de arena de sus existencias sin posibilidad de vuelta. A las doce y media todo estaba preparado y a punto, y sólo se oían los pasos arrastrados de los guardianes.

El tenso silencio se rompió de manera fantástica cuando Trent inició con su armónica, desafinando, un himno cuyas palabras cantaba Baxter con delgada y temblorosa voz de tenor. Anderson blasfemó al oírlos. Penney —más alejado— no se enteró.

Mientras las manecillas de los relojes avanzaban inexorables, Baxter y Anderson chupaban furiosamente sus cigarrillos. Penney, que había pasado casi una hora rezando, parecía más tranquilo que nunca.

A la una menos dos minutos, el gigantesco Buchanam, seguido de más de dos docenas de hombres —reporteros, un médico, empleados, clérigos y guardias— entró en la Cámara de la Muerte. El mismo nervioso silencio se apoderó de aquellos hombres, generalmente locuaces, mientras el alcaide, con ademanes y sin palabras, iba indicándoles los sitios que debían ocupar. La silla vacía atraía magnéticamente las miradas de todos los ojos, que no podían apartarse de ella. A pesar de la muchedumbre de testigos que había, la habitación daba la sensación de estar completamente vacía.

Sonó la una. Una oleada de expectación sacudió a todos los presentes. Todos los ojos se clavaron en la puerta, a través de la cual los condenados darían sus últimos pasos sobre la tierra.

A la una y un minuto, la rechoncha figura de Anderson pisó temblorosa el umbral. Visiblemente agitado, sus mandíbulas trabajaban enérgicas masticando un chicle. Una maldición gutural a Tom Penney salió de su garganta y llenó la estancia mientras el condenado avanzaba fanfarronamente hacia la silla vacía. Chupando colérico su cigarrillo, se sentó y dio un chasquido jactancioso con la lengua mientras sonreía despectivamente a los espectadores con un gesto bravucón. Cuando le ataron los brazos con las correas, Buchanam formuló la pregunta de ritual:

— ¿Tiene usted algo que manifestar?

Anderson escupió el pedazo de goma que mascaba, y contestó:

—Señores, todo lo que puedo decir es que soy inocente del crimen que se me imputa.

Le pusieron una máscara negra sobre la cabeza, y mientras un clérigo anabaptista rezaba una oración, se sacó los zapatos. Dos descargas eléctricas sacudieron su cuerpo, y murió instantáneamente.

A la una y catorce, otro hombre penetró en la tétrica estancia. Era el fornido Tom Penney. Traía las manos a la espalda. Su cabeza rubia le caía sobre el pecho en una actitud de recogimiento y plegaria. Su persona irradiaba un halo de serena solemnidad que envolvió a los treinta hombres agrupados en un impresionante silencio. Con sorprendente tranquilidad, sin el más leve temblor, el condenado se sentó en la silla y colocó sus manos en la mejor posición para que se las atasen.

—Tom—preguntó Buchanam—, ¿tiene usted algo que manifestar?

—Sí, señor —dijo con su vibrante voz de barítono—. Que deseo haga público mañana mismo todo lo que le dije.

Sesenta ojos se clavaron en el alcaide. Buchanam, lentamente, preguntó de nuevo:

— ¿Todo lo que me dijo era la verdad y me la dijo por su libre voluntad?

—Así es.

Antes que pudiera añadir una palabra, la máscara negra le cubrió la cabeza. El Padre Libs comenzó a leer la recomendación del alma. Pareció como si Tom preguntara algo desde dentro del saco negro que cubría su

rostro. Lo que, desde luego, resultaba evidente, por la posición de su cabeza, era que trataba de escuchar. Se vio cómo su cuerpo vibraba cuatro veces. El médico avanzó hacia la figura yacente en la silla, le aplicó el estetoscopio y se volvió a Buchanam, haciéndole una seña.

—Tom Penney ha muerto —dijo el alcaide—. Ha recibido cuatro descargas.

Eran exactamente la una y veintidós minutos de la madrugada.

KENTUCKY STATE PENITENTIARY

EDDYVILLE, KY. Feb. 20. 1942

NAME Tom Penney CELL NUMBER

TO WHOM STREET

RELATION CITY AND STATE

RULES FOR GUIDANCE OF RELATIVES TO INMATES

Inmates may write one letter each week to persons on their mailing list. In writing to inmates put cell number and name written plainly in English on the envelope.
Letters written to prisoners must not exceed four 4 pages in length. Prisoners may receive small boxes of edibles once each month, not more than enough for two 2 meals. It is strictly against the rules to send bananas grapes, raisins and cigarettes to the prisoners and they will not be allowed to receive the above mentioned. Prisoners may receive visits from members of their family once each week between the hours of 8:30 to 10:30 A. M. and 1 to 3 P.M. Sundays and Holiday hours will be from 8:30 to 10:30 A. M. only. Persons desiring to see prisoners on business will have to secure permission from the Warden. IMPORTANT. We solicit your co-operation in carrying out the above.

W. JESS BUCHANAN, Warden

Dear Sisters M.L. and R.A.
It's now 11.30 P.M. dear Sisters and I won't say much, - but the joy in my heart is unspeakable as I calmly await the approaching end. Only Then dear Sisters will my life begin.
[illegible] write you later and see you all. I am assured of heaven Sisters, I won't forget you in my happiness, be assured of that. Thank you for all you have done I will in a very short time be repaying some of those favors.
So until we meet up there I'll be watching and waiting. Thank Mrs. Campbell and God bless her charitable heart.
I have great hopes of many accomplishments.
May God Bless and keep you under the protection of Our Bl. Mother.
In loving Gratitude
Tom P.

Facsímil de la última carta que Tom Penney escribió una hora antes de su ejecución a las Hermanas María Lorenza y Ana Roberta.

EPÍLOGO

EL MUERTO VIVE Y TRABAJA

El bullicioso grupo de reporteros esperaba con indiferencia la última ejecución. Raymond *Skeeter* Baxter nunca había tenido interés periodístico, y tampoco lo tenía verle morir. Como los dos protagonistas habían desaparecido de la escena y acababan de enterarse de que Buchanam estaba en posesión de algunas declaraciones del hombre que tanto les había hecho escribir durante los últimos diecisiete meses, deseaban que todo terminase. Pero ni el alcaide ni el médico tenían prisa. El desgraciado toxicómano entró, se sentó, fue preguntado con la fórmula de rigor y se le ató a la silla. Algunos de los periodistas se dirigieron a la puerta; pero Buchanam les detuvo con una imperiosa mirada. Un pastor protestante empezó a rezar y dos sacerdotes católicos —el Padre Libs y el Padre Boehmicke, de Earligton, a quien el primero había rogado acudir a las ejecuciones— trazaban la Cruz en dirección del hombre encapuchado. Sonó una señal, y el pequeño cuerpo que surgía debajo del negro capirote se estremeció dos veces violentamente. Mientras el médico se dirigía a la plataforma para comprobar la defunción, se oyó la ronca voz de uno de los periodistas, que murmuraba:

—Esto ya está visto. Vámonos.

A las dos menos cuarto, todos habían cruzado el patio y se agrupaban en el despacho del alcaide. Buchanam parecía desesperadamente circunspecto. Pero, una vez sentado en su sillón, habló con rapidez. Comenzó recordando que el 11 de diciembre anterior, Penney redactó su larga declaración exculpando a Anderson. Algunos nerviosos gestos de los periodistas daban a entender que no necesitaban que se les recordase nada.

—Bueno —continuó Buchanam—. Pues el día 22 de enero, es decir, el día que debía haber muerto, Penney solicitó una nueva entrevista conmigo. Se la concedí el 23...

—O sea, el sábado antes que fueran a Lexington para el último juicio, ¿no?—preguntó un reportero.

—Eso es —contestó Buchanam, y siguió diciendo cómo Tom le confesó que se había jugado el alma al hacer aquella declaración de quince días antes, y ahora deseaba rectificarla lo antes posible diciendo la verdad.

— ¿Y la verdad era...? —preguntó el impaciente periodista.

Jess Buchanam le miró fríamente, y contestó:

—Que Bob Anderson estuvo con él en Lexington, y participó en el asesinato y en el robo.

Aquello era bastante para la mayor parte de los reporteros, que abandonaron el despacho para correr al teléfono o el telégrafo más próximo. Los pocos que permanecieron con Buchanam oyeron la detallada confesión en la que Penney manifestó que Baxter había trazado el plan del asunto, cómo Anderson les proporcionó las pistolas y disparó el primero, y cómo él —Tom— fue derribado al suelo y se incorporó disparando su arma. En aquella confesión no hubo nada nuevo, pero corroboraba cuanto se había dicho en el primer proceso de Lexington y dejaba completamente fuera del asunto el nombre del difunto Buford Stewart. Penney dijo también que el plan para implicar a éste en el asunto fue trazado a principios de 1942, cuando los tres cómplices estaban en la cárcel de Lexington. Portes B. L. Dady, el adjunto de Buchanam, interrumpió en este momento a su jefe para manifestar que Penney dijo que Anderson ya sabía entonces que Stewart había muerto.

Al terminar Buchanam su relato, uno de los periodistas le preguntó qué se iba a hacer con los cuerpos de los ajusticiados. Buchanam contestó inmediatamente:

—El de Anderson irá a Louisville, y los de Penney y Baxter, a Lexington.

Lo que Buchanam no sabía era el acto de caridad que encubrían estas últimas palabras. Sor María Lorenza, fiel hasta el final —e incluso más allá del final—, sugirió a la señora Penney dejar que el Estado enterrara a Tom a sus expensas en el cementerio del penal. La prudentísima monja conocía los precios que cobraban los establecimientos de pompas fúnebres y la precaria situación económica de la pobre señora. Pero al ver que los ojos de la infortunada madre se llenaban de lágrimas, Sor María Lorenza cambió de idea, y se dirigió al señor Kerr, dueño de uno de esos establecimientos en Lexington, próximo al Hospital de San José, llamándole aparte con gran

misterio para apelar a su caridad. El industrial la escuchó hasta el final, y sonriendo, dijo:

—No se esfuerce más, Hermana. Traeremos el cuerpo, lo amortajaremos dignamente y lo tendré en mi depósito hasta el momento del entierro. ¿Tiene usted una idea de dónde y cuándo tendrá lugar?

Ahora fue la religiosa quien sonrió, preguntando:

— ¿Es usted capaz de guardar un secreto?

Lo intentaré.

—Tom Penney va a ser enterrado en la iglesia de San Pablo. Tendrá una misa de *Requiem* y descansará en tierra sagrada. El Padre Mc. Kenna lo ha arreglado todo. El plan lo han trazado en Hill Crest.

El señor Kerr se echó a reír.

— ¿Dice usted que el Padre Mc. Kenna lo ha arreglado todo? ¿Sería usted capaz de jurar que Sor María Lorenza no ha tenido arte ni parte en ese arreglo?... ¡Dios la bendiga, Hermana! Será para mí un placer el ayudarla.

De esta manera, Tom Penney pudo volver a Lexington. El funeral fue sencillo. Algunos niños de las escuelas formaron el coro. La señora Penney y su familia asistieron con Sor Ana Roberta y otras dos monjas. Sor María Lorenza, que había estado de vela por Tom Penney toda la noche del 25 al 26 de febrero, estaba un poco enferma a causa de la agotadora tensión de nervios, y no pudo acudir al templo, perdiendo el emocionante tributo que el Padre Mc. Kenna tributó a aquel hombre tan completamente entregado a Dios desde su conversión, así como el cálido alivio que fue para la madre oír —sonriendo a través de sus lágrimas— a un ministro del Señor afirmar que cualquier muerte es una resurrección.

Al día siguiente, la señora Penney recibió esta carta de otro sacerdote, fechada en Paducah el 27 de febrero de 1943, que le produjo idéntico efecto confortante:

> «Querida señora Penney:
>
> Voy a escribir sobre algo que nunca traté antes. Difícilmente sabré empezar o qué decir a una madre que ha sufrido mucho por su hijo. No obstante, respetando profundamente esos sufrimientos, he de decirle que debe alegrarse de ellos teniendo en cuenta esto que su hijo dijo una vez: «Padre, de no haber pasado por todas estas amarguras, creo que no iría al Cielo.»
>
> Usted sabe que Nuestro Señor puede hacer mucho bien con

cualquier cosa. Creo que nunca he visto ni veré una muerte más hermosa que la de su hijo. Todo cuanto me es posible decirle es que Tom murió como debe morir un buen católico. Pasó sus últimas horas en un espíritu de recogimiento absoluto, con el pensamiento puesto en Dios y dando muestras de un arrepentimiento tan sincero, como nunca he visto a nadie. Estaba particularmente acongojado por los sufrimientos que le había causado a usted, y me pidió escribirle esta carta para decirle cómo había muerto.

Era un temperamento admirable, y sólo Dios sabe cuánto bien hará su muerte ejemplar a otras almas. Siempre me decía que esperaba firmemente que usted se convirtiera muy pronto al catolicismo, y rezaba mucho para que así fuera, pues quería que su madre participase de la alegría y el consuelo que proporcionan los Sacramentos y la verdadera fe.

Quisiera hacer la apología de su hijo para levantar otra vez su corazón, señora Penney; pero sólo puedo decirle que era una de las almas más santas que he encontrado en mi vida. Su fe era tan sencilla como la de un niño, y usted sabe que Nuestro Señor dijo; «A menos que seáis como los niños, no podréis entrar en el Reino de los Cielos.» Estaba tan bien preparado, que no pude menos de decirle que mi mayor deseo sería estarlo como él cuando me llegase la hora.

Dios quiera dar a usted las mejores bendiciones por sus sufrimientos. Yo le pido que también la bendiga por ser madre de tan gran hijo y piadoso varón.

Sinceramente suyo,

Thomas Libs.
Capellán, Eddyville.

P. S.—He dicho misa por Tom y siempre le tendré presente, lo mismo que a usted, en mis oraciones.,

Fiel a su promesa, el capellán escribió asimismo a las monjas. Su carta era lacónica, pero ese laconismo resultó elocuente para ellas, que no sólo leyeron las palabras, sino lo que decía entre líneas:

«27 de febrero de 1943.

Hermanas María Lorenzo y Ana Roberta.

Queridas Hermanas:

Thomas Penney me pidió que les escribiese para decirles que había muerto como debe morir un católico, y que Robert Anderson murió sin arrepentirse y con toda la contumacia de que es capaz un ser humano. No obstante, quizá se arrepintiera sobre la silla eléctrica, pero nosotros no lo supimos.

Penney dijo que sería mejor que les escribiese a las dos en una sola carta, como él lo había hecho algunas veces_

Sinceramente suyo,

Thomas Libs.

Capellán, Eddyville.»

La semana siguiente, el Padre Libs pudo recordar la escena con mayor calma y dar una descripción completa al Padre Brian en esta carta fechada el 8 de marzo:

«Sé lo mucho que desea saber cómo llegó Tom Penney a la ejecución, y le voy a contar algunos de los hechos. Yo fui al penal el jueves por la tarde y le administré la Sagrada Comunión a eso de las tres y media...

Después de cenar, volvimos a la Galería de las Muerte... Llevé al Padre Boehmicke, porque Anderson estaba encolerizado con Penney y conmigo, y pensé que él podría hacer algún bien a Anderson...

Cuando llegó la hora en que los muchachos debían morir, Andemos fue el primero, y con un cigarrillo en la boca maldecía a Tom Penney. Según nos dijeron, murió sin arrepentirse, aunque el Padre Boehmicke le exhortó muchas veces a hacerlo, sin éxito...

Tom Penney fue el segundo, e incluso el predicador reconoció la manera ejemplar que tuvo de morir. Entró en la cámara con las manos a la espalda y los ojos bajos. Mientras le ataban a la silla, el alcaide le preguntó si tenía algo que decir, y respondió que hiciera público aquella misma mañana lo que le habla confiado (es decir, la verdad de la participación de Anderson en el crimen). Entonces, yo empecé a rezar las oraciones de los agonizantes. Después de la ejecución, hice que el Padre Boehmicke trajera los óleos y le administré la Unción condicionalmente.

Baxter, el último hombre del trío, iba diciendo: «Voy a reunirme

con Jesucristo.» El predicador rezaba mientras el Padre Boehmicke y yo rezábamos el oficio de difuntos y le absolvíamos condicionalmente.

Después de la muerte de Baxter, el Padre Boehmicke y yo no permanecimos mucho tiempo en el penal. Fuimos a casa del Padre Boehmicke, en Earlington, donde llegamos a las cuatro de la mañana. Era el final del día más penoso que he tenido en mi vida, y espero no tener otro igual. Sabiendo que uno de los predicadores que habían estado presentes hablaba en un programa de radio todas las mañanas, a las once, me levanté para oír lo que decía. Generalmente, habla del infierno a las monjas y los curas; pero aquella mañana no lo hizo. Sin embargo, llegó a decir cosas como éstas: «Cuando murió Penney, oí a los ángeles tocar sus arpas y cantar.» Desgraciadamente, mis oídos no son tan finos como los suyos. Pero lo que sí puedo decir es que Tom murió como un fervoroso católico...»

Pocos días después, el Padre Brian se apresuró a enviar una nota a Sor Francisca, pues deseaba que viese la última carta que Tom le había escrito. Después de reflexionar, escribió:

«No creo que haya usted leído las últimas cartas que he recibido, y si puedo sacar copias se las enviaré también. En una de ellas —la única que me escribió después de volver de Lexington— demuestra un vivo interés por usted.»

Se interrumpió unos segundos, y prosiguió:

«Un caso interesantísimo hago concluido..., y yo noto que todos nosotros tenemos un amigo en el Cielo. Es indudable que Tom fue un granuja en sus primeros días, pero también lo es que más tarde se vio asistido de la Gracia Divina. Nunca tuve el menor motivo para dudar de su sinceridad desde el primer día que le vi. Y su gratitud hacia usted, por sus bondades, debe servirle de estímulo en los más ásperos trabajos de su vida.»

No había hecho más que poner el punto final a este párrafo cuando le trajeron una carta certificada de Eddyville. Lleno de curiosidad, la abrió y leyó:

«Querido Padre:

Hemos tenido la gran alegría de recibir una carta suya.

Esperamos otra más larga, que no sabemos cuándo llegará. Tom Penney nos dijo que habla pedido a usted ponernos unas líneas. Tom le quería mucho, Padre. Después de recibir una de sus cartas, nos dijo una vez: «¡Muchachos, he aquí un hombre cabal!»

Naturalmente, coincidimos con él, pues aun cuando su estancia aquí cuando vino la Misión fue corta, acertó usted en el blanco con nosotros. Ocupamos las celdas contiguas a la de Tom, que siempre estuvo muy cariñoso con nosotros y lleno de buen humor. La noche que le llevaron a la Cámara de la Muerte, su rostro parecía nublado por primera vez. Se detuvo ante nuestras celdas, y nos dijo: «¡Adiós muchachos!» Apenas puede verle, por tener los ojos llenos de lágrimas. Sólo tuve fuerzas para contestarle: «¡Dios te bendiga, Tom! Rezaremos por ti esta noche.» Este es el único recuerdo desagradable que tengo de él. Sé que también él sufriría al despedirse de nosotros para ir a la Cámara de la Muerte.

Aquella misma noche nos avisó que había recogido todos los libros y folletos religiosos que había en su celda para dárnoslos. Yo no sabía que usted los había enviado para la biblioteca; así, que mañana los mandaré arriba para que los pongan en ella. Tom nos regaló a cada uno un libro de oraciones con su nombre y la fecha en que lo recibió, y nosotros le prometimos conservarlos hasta el final de nuestra vida...»

El Padre Brian no pudo resistir más tiempo, y volvió la hoja para ver la firma, y al ver que era doble, *Don* y *Alex*, reconoció a los hermanos Daugherty, condenados a cadena perpetua. El joven Pasionista movió la cabeza, murmurando:

—Tom fue el mejor misionero que hubo en Eddyville...

Otro sacerdote, en el lejano Sur, sentía una emoción todavía mayor por el último contacto con el hombre que acababa de morir en la silla eléctrica. El Padre Jorge T. Donnelly, sentado en su despacho de capellán castrense en Turner Field, Georgia, temblaba de admiración y gratitud leyendo una y otra vez las últimas palabras recibidas de Tom Penney. Con excepcional cuidado y pulcritud, el condenado había escrito:

«MI ULTIMA VOLUNTAD

En el nombre de la Santísima Trinidad. Amén.

Yo, Thomas Penney, encontrándome en el pleno uso de mis

facultades, deseo declarar públicamente ante la Santísima Trinidad y toda la Corte celestial ésta mi última voluntad: cómo quiero vivir y morir.

Os doy mis más altas y expresivas gracias por haberme hecho vuestra criatura, haberme regenerado con el Santo Bautismo y haberme santificado con los sagrados Sacramentos de vuestra gracia. Creo y profeso firmemente la verdadera fe que recibí con el Bautismo, y todos y cada uno de los artículos y mandamientos que nuestra Santa Madre Iglesia Católica manda creer y guardar.

¡Oh Dios mío, en mi última hora quisiera encontrarme limpio e intacto! Abomino con todas mis fuerzas mis pecados. Pido humildemente perdón a todas y a cada una de las personas a quienes haya causado aflicción y ofendido de palabra u obra. Igualmente, desde lo más profundo de mi corazón, perdono todas las injurias, insultos o acciones, así como a las personas que las infirieran, lo mismo que mi amadísimo Jesús perdonó a sus enemigos, mientras sufría por nosotros clavado en la Cruz.

Finalmente, declaro que deseo morir como un verdadero católico y participar de los más sagrados Sacramentos. Deseo tener parte en todas las misas, plegarias y sufrimientos que serán ofrecidos por todos los fieles hasta el día del juicio final,

¡Oh, queridísimo Jesús, yo os imploro que concedáis a mi alma uno de esos suspiros que brotaron de vuestro amante Corazón mientras os clavaban en la Cruz y la rociéis con una gota de vuestra preciosísima Sangre!

Os ruego, ¡oh tierno Jesús mío!, que os dignéis recoger ésta mi última voluntad públicamente en vuestro supremo Tribunal y le selléis con las huellas de vuestras cinco sacratísimas llagas.

¡Oh Señor! Haced que todos los hombres sepan que es vuestro en cuerpo y alma vuestro más indigno hijo que ahora firma y sella con su mano,

Thomas Penney.»

— ¡Oh, Dios! —murmuró el sacerdote—. ¡Qué maravilloso es vuestro arte y qué misteriosos vuestros caminos!

Pensando cómo había acabado Anderson y cómo Baxter había afrontado sus últimos momentos, el Padre Jorge recordó el poema:

Tres hombres compartieron la muerte sobre una colina,
pero solamente murió uno.
Los otros dos
—un ladrón y el propio Dios—
se habían encontrado.
Tres cruces inmóviles
había clavadas en el Calvario
donde los delincuentes eran condenados.
Sobre una de ellas, un hombre roto, tronchado,
moría maldiciendo.
De otra colgaba un ladrón implorante
que, como los penitentes arrepentidos
encontraba a Cristo,
próximo a él sobre el patíbulo.

FIN